

Ana María Sevilla Pérez

El Ecuador en sus mapas: Estado y nación desde una perspectiva espacial



FLACSO
ECUADOR

Sevilla Pérez, Ana María

El Ecuador en sus mapas: estado y nación desde una perspectiva espacial / Ana María Sevilla Pérez. Quito : FLACSO, Sede Ecuador, 2013

274 p. : mapas y tablas. - (Serie Atrio)

ISBN: 978-9978-67-391-1

GEOGRAFÍA HISTÓRICA ; ECUADOR ; CARTOGRAFÍA ; MAPAS ; TERRITORIO ; NACIONALISMO ; ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA ; VACAS GALINDO, ENRIQUE ; WOLF, TEODORO .

911.866 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 323 7960
www.flacso.org.ec

ISBN: 978-9978-67-391-1
Cuidado de la edición: Paulina Torres
Diseño de portada e interiores: FLACSO
Imprenta: V&M Gráficas
Quito, Ecuador, 2013
1ª. edición: abril de 2013

Índice

| | |
|--|-----------|
| Presentación | 11 |
| Agradecimientos | 12 |
| Capítulo I | |
| Ficciones y ciencias. El debate sobre el territorio ecuatoriano en el siglo XIX | 13 |
| Mapas nacionales: cartografía en “zonas de contacto” | 14 |
| Mapas del Ecuador: una genealogía | 18 |
| El poder de los mapas: preguntas metafísicas | 20 |
| Trabajos sobre geografía en Ecuador | 25 |
| Estructura del libro | 29 |
| Capítulo II | |
| Manuel Villavicencio: ciencia y nacionalismo en la construcción del primer mapa del Ecuador | 33 |
| La elocuencia de los mapas | 33 |
| El “honor de la invención”: ciencia en Ecuador | 36 |
| Ciencia universal, ciencia local y nación | 55 |
| Mapas y la disputa por la región oriental | 58 |
| Terrenos baldíos: indios salvajes, pero ecuatorianos | 69 |
| Conclusiones | 76 |

| | |
|--|-----|
| Capítulo III | |
| Entre el servicio y la convicción, la propuesta cartográfica de Teodoro Wolf | 81 |
| Un sabio entre poetas | 81 |
| El contexto del cartógrafo: expediciones a espacios desconocidos | 84 |
| El contexto de la ciencia: comunidades científicas, ciencia universal y nacionalismos | 98 |
| El contexto de otros mapas: Latinoamérica sin longitud ni territorio | 114 |
| Conclusiones | 118 |
| Capítulo IV | |
| Enrique Vacas Galindo: guerra, barbarie, religión y espionaje | 123 |
| El mapa como hecho legal | 123 |
| Misiones, jibarías, aventuras y archivos | 127 |
| El mapa poscolonial en los Andes y el inicio de la disputa entre Ecuador y Perú | 137 |
| El problema del territorio sucesor y la conquista peruana | 149 |
| Conclusiones | 158 |
| Capítulo V | |
| Lectura de mapas: signos, predicciones, evocaciones y anticipaciones | 162 |
| Decodificación de los mapas | 164 |
| Conclusiones | 191 |
| Capítulo VI | |
| Sujetos nacionales territorializados, clases de geografía y literatura | 194 |
| Geografía y educación | 195 |
| Geografía y literatura | 205 |
| Conclusiones | 224 |

| | |
|--|------------|
| Capítulo VII | |
| Cartografía poscolonial y la metáfora del desierto | 228 |
| Ciencia, Estado, nación y territorio | 228 |
| Nacionalismo y ciencia | 230 |
| La metáfora del desierto | 232 |
| Mapas poscoloniales. | 238 |
| Sujetos territorializados sin territorio ¿el fracaso de la cartografía? | 242 |
| Bibliografía | 246 |
| Archivo | 262 |
| Aurelio Espinosa Pólit | 262 |
| Banco Central del Ecuador - Fondo Jijón y Caamaño. | 265 |
| Biblioteca Escuela Politécnica Nacional | 266 |
| Archivo Histórico del Guayas. | 266 |
| Royal Botanical Gardens, Kew Archives | 267 |
| Archivo Royal Pharmaceutical Society- Londres | 267 |
| Anexos | 268 |

*En honor a todas las veces que pensé que el sur
estaba en el norte y el norte, en el sur. Este libro está dedicado
a todas las personas que cuando ven un mapa no lo
entienden; y cuando tienen que llegar a un lugar que no
conocen, sienten vértigo.*

Presentación

El libro que presentamos examina el material textual producido alrededor de tres tempranos mapas nacionales del periodo republicano ecuatoriano. Se analizan las geografías y los mapas del médico quiteño Manuel Villavicencio (1858), del geólogo alemán Teodoro Wolf (1892) y del padre dominico Enrique Vacas Galindo (1906). El inicio de la vida republicana en el Ecuador está marcado por la falta de una imagen oficial del territorio. Los primeros mapas que se trazaron son controversiales y contradictorios, disputados y politizados. Su estudio comparativo evidencia el complejo proceso de definición de fronteras externas y la escasa problematización de las fronteras internas del país. En este debate, el territorio amazónico ocupa el centro de la discusión.

Los contextos científicos, geopolíticos y personales alrededor de los cuales estos textos fueron producidos son el punto de partida para pensar sobre la relación entre el territorio, el Estado y la nación. Los mapas son vistos como ventanas a través de las cuales se observa una historia intelectual y cultural de las primeras manifestaciones poscoloniales del Estado ecuatoriano. El estudio incluye un análisis de las formas en las que el conocimiento geográfico migra para circular de manera más amplia entre los habitantes del Ecuador a través de material educativo y novelas.

Juan Ponce
Director
FLACSO Ecuador

Agradecimientos

Quiero agradecer a Mercedes Prieto por acompañarme durante esta investigación. Sus comentarios e intuiciones fueron muy valiosos para completar este trabajo; pero más valioso aún fue su cariño y amistad durante todo el laborioso proceso.

También quiero agradecer a todos mis compañeros de doctorado: Elisa, Mireya, Mónica, Alba, Juan Carlos, Luis Alberto, Sandro, Rafael, Paúl y Javier; ¡están todos de una manera u otra en estas páginas!

Por último, quiero agradecer a Eduardo Kingman por enseñarme a disfrutar del polvo de los archivos.

Capítulo I

Ficciones y ciencias. El debate sobre el territorio ecuatoriano en el siglo XIX

“¿Qué es la geografía sino el dibujo y la interpretación de una línea? ¿Y qué es el dibujo de una línea sino la creación de nuevos objetos? Qué líneas dibujamos, cómo las dibujamos y cuáles son los efectos provocados por estos dibujos, son preguntas cruciales”
(Pickles, 2004: 3).

“Léeme con cuidado, sígueme de cerca y no dudes de mí (...). Soy la tierra en la palma de tu mano. Sin mí, estás solo y perdido. Si todos los mapas del mundo fueran destruidos (...) todos los hombres (volveríamos) a estar ciegos, todas las ciudades serían extrañas entre sí, todas las marcas de la tierra se convertirían en señales sin significado apuntando hacia la nada. (Y sin embargo) al verlo, sentirlo, pasar un dedo sobre sus líneas, un mapa es una cosa fría (...), producto de los instrumentos de medición y la hoja del dibujante (...). Aquella costa, ese garabato irregular con tinta escarlata, no muestra arena ni mar ni rocas; no habla de ningún marinero moviéndose a toda vela en mares profundos para legar a la posteridad, en un pergamino o en una tabla de madera, un manuscrito invaluable. (A pesar de que) 20 hombres, o 10 o uno solo hayan arriesgado la vida para escalarla, esa mancha café que marca una

montaña no tiene, para el ojo común, ningún significado. (Mientras el mapa nos muestra por aquí) un valle, (por) allá una ciénaga y más allá un desierto, (nosotros no podemos dejar de soñar en aquella) alma curiosa y valiente, como un lápiz en las manos de Dios (que lo) trazó por primera vez con los pies sangrantes” (Markham, 1988).

Mapas nacionales: cartografía en “zonas de contacto”

“Es difícil, sin duda alguna, y muy difícil escribir la geografía de un país cuya mayor parte no se conoce” (Juan Bautista Menten, 1881:12).

La primera vez que vi en conjunto los primeros mapas del territorio que llamamos hoy “Ecuador” fue en un desordenado ático donde un coleccionista había encargado su fabuloso museo mientras se mudaba de casa (nunca llegué a conocer al dueño de tantos tesoros). Inicié esta investigación motivada por la curiosidad que me produjeron estos mapas antiguos que parecen ser los centinelas de un tiempo y un espacio que ya no están y los testigos de las verdades que dominaron una época. Me propuse analizar estos mapas dentro de su contexto de producción para lo cual situé mi enfoque en un campo interdisciplinario donde se cruzan las fronteras de la historia, la geografía y la política. El análisis que aquí presento es una suerte de economía política de los mapas que se inscribe en una de las líneas de investigación del programa de doctorado de FLACSO-Ecuador. Es a partir de este punto de partida interdisciplinario que me propongo hacer un análisis político de la imagen del mapa y de su contexto de producción.

En primer lugar es importante definir el objeto que nos proponemos estudiar en este trabajo. Nuestro punto de partida es la examinación del material textual producido alrededor de tres mapas nacionales del periodo republicano en el Ecuador del siglo XIX. ¿Qué entendemos como mapas nacionales? Según Anderson (1993) los mapas nacionales reflejan y regu-

lan proyectos estatales y expresiones de la identidad nacional, al mismo tiempo que detallan información técnica sobre el territorio para la toma de decisiones: a pesar de que representan el territorio entero de un estado-nación, la escala y la cantidad de detalle que contienen refleja los significados culturales e imaginaciones socioespaciales de la cultura del estado-nación más que una estructura detallada de información administrativa. Esta definición es problemática para el caso que nos proponemos estudiar, donde los tres elementos que son mencionados como determinantes en la estructura de un mapa nacional; el Estado, la nación y el territorio, no son necesariamente evidentes. De hecho, en el Ecuador del siglo XIX, el territorio es prácticamente desconocido, el Estado se encuentra fragmentado y disperso, y la nación es más una insinuación de las élites que un sentimiento de comunidad compartida. Entonces, para definir qué son los mapas nacionales, dentro de este contexto, tendríamos que establecer otro tipo de relación entre el mapa, el Estado, la nación y el territorio que la que propone Anderson.

De esta forma, y a diferencia también de lo que sugiere Radcliffe (2009: 427), los mapas y productores de mapas que analizaremos trabajan dentro de un horizonte de posibilidades que no es únicamente definido conceptual e institucionalmente por el Estado. En muchos casos, el Estado es una figura ausente. Más bien, debemos ver el mapa nacional como parte de una conversación que se desarrolla dentro de un contexto tanto internacional como nacional: es decir, los mapas nacionales se construyeron en distintos momentos con distintos retos pero raramente se construyeron solamente en un contexto insular y nacional. Los mapas nacionales no siempre muestran conflictos sobre fronteras y/o límites, sino que son muchas veces parte de una conversación internacional alrededor de la ciencia, el conocimiento geográfico y el prestigio.

Ahora, la propuesta de Pratt (1992) nos ayuda a encontrar una manera más apropiada para definir qué es un mapa nacional para los fines de este estudio. Vamos a partir del concepto de que un mapa nacional es una forma de escritura cartográfica desde una “zona de contacto”. Para Pratt (1992: 4) la “zona de contacto” es un espacio social donde culturas dispares se encuentran, chocan y lidian unas con otras, muchas veces en relaciones

asimétricas de dominación y subordinación. En este sentido, el espacio del encuentro colonial es una “zona de contacto”. Con esto queremos puntualizar que los mapas nacionales que analizaremos son mapas poscoloniales en los que existe un proceso de selección y adaptación de discursos europeos sobre América en un afán de crear estados, naciones y territorios autónomos, independientes y decolonizados. El análisis de los mapas nacionales nos llevará a ver cómo se reciben y apropian, en la periferia, las formas de representación de la metrópoli. En este sentido, nos interesamos en el rol del encuentro intercultural en la circulación de saberes al ver la zona de contacto como un espacio de producción de conocimiento (Raj: 2007: 13).

Así, nuestro enfoque partirá de un cuestionamiento de los aspectos morales y políticos de la ciencia (Raj, 2007: 5-9) en un afán por entender el conocimiento científico en su dimensión local. Este esfuerzo de localización, siguiendo la tesis de Raj (2007), nos lleva a plantear la pregunta sobre la movilidad del conocimiento lejos de su lugar de producción con el afán de entender la construcción de la ciencia más allá de Europa como un proceso recíproco, a pesar de ser asimétrico. Ahora, en el estudio de la producción de conocimiento en la zona de contacto pondremos atención en una disciplina científica “al aire libre¹” (Raj, 2007: 14): la cartografía; que, al igual que la botánica, es una práctica que involucra necesariamente negociaciones entre especialistas y grupos heterogéneos en la elaboración y autorización de los saberes, lo cual da como resultado tanto la emergencia de nuevos conocimientos como la reconfiguración de conocimientos existentes en ambos lados de la zona de contacto (Raj, 2007: 223). Estas ciencias al aire libre, que en su inicio fueron piezas fundamentales para alimentar y reforzar el orden colonial (Cañizares, 2005: 67), se convierten más tarde, a partir de este juego de negociaciones, en elementos fundamentales para la formación de la identidad nacional. De aquí parte la noción planteada por Raj (2007) de la co-construcción del conocimiento, como un esfuerzo por historizar la relación entre la producción, circulación, certificación, legitimación y reapropiación del conocimiento, que desafía el común énfasis en la ciencia occidental.

¿Es la cartografía moderna exclusivamente una invención occidental introducida en el resto del mundo a través de la expansión colonial europea? La historia de la cartografía moderna puede ser contada como una historia

del poder europeo sin mencionar los paralelos desarrollos de esta historia en otras partes del mundo y su influencia en el resultado final del proceso. En contraste, Raj (2007: 64) insiste en que el desarrollo de la cartografía forma parte de una narrativa más amplia que sólo puede ser entendida como una historia conectada y en circulación, que simultáneamente construye e involucra el centro y la periferie. De hecho, en este trabajo nos sumamos a la crítica de Raj (2007: 60-62) que cuestiona la ciencia moderna como una racionalidad impuesta sobre el mundo no occidental que funcionaría acorde a “otras” culturas científicas. En efecto, cuando se exportan productos científicos más allá de su lugar de producción es necesario replicar instrumentos y destrezas materiales e intelectuales en otros entornos; pero, sobre todo, se necesita que gestos, protocolos, leyes sociales y convenciones asociados con la especialidad científica en cuestión sean negociados en relación con las costumbres del nuevo entorno. Todo esto provoca necesariamente una reconfiguración. En este sentido, la naturaleza de estas otras ciencias, su articulación con las estructuras sociales y de poder en las cuales se desenvuelven y su historia de encuentros y desencuentros con las prácticas científicas europeas son preguntas que han sido raramente planteadas.

Si se puede argumentar que, en el transcurso de la interacción entre el conocimiento europeo y local, emergen productos y prácticas que son, en efecto, híbridos, resultando de la circulación de gente, instrumentos, procedimientos y prácticas; ¿qué se puede decir de la representación que resulta de esta interacción bajo la forma de un mapa? ¿No es el mapa, por excelencia, tal como lo conocemos, una representación que emerge de una epistemología europea? Muchas veces nos olvidamos que los mapas también tienen una historia que incluye, por un lado, la evolución de las redes sociales donde se mueven los productores de mapas, sus patrocinadores y sus consumidores; y, por otro lado, el debate alrededor de preguntas epistemológicas sobre su función como documentos de precisión (Raj, 2007: 82-83). Este estudio se centra en las contradicciones y tensiones de esta conciencia híbrida. Siguiendo las pistas de Cañizares-Esguerra (2001) intentaremos hacer una historia de la credibilidad y autoridad del conocimiento geográfico del Ecuador a lo largo del siglo XIX.

Mapas del Ecuador: una genealogía

Teodoro Wolf (1975: 617) define los “mapas del Ecuador” como las “cartas geográficas que comprenden todo el territorio de la República y que han sido publicadas”. De manera cronológica, se puede categorizar estos mapas en cuatro grupos. En primer lugar (1) encontramos los mapas de la época colonial; luego (2), los mapas del interludio grancolombino; en tercer lugar (3) los mapas republicanos antes de la institucionalización de las ciencias geográficas; y en cuarto lugar (4), los mapas producidos a partir de 1928, año desde el cual el Instituto Geográfico Militar es la institución oficial para la producción de mapas del Ecuador (Radcliffe, 1996: 26).

De los mapas coloniales Wolf (1975) destaca tres (Fritz, 1707; La Condamine, 1745 y Maldonado, 1750)². El “mapa más antiguo y algo detallado que poseemos del territorio de la actual República del Ecuador” es el del Padre Samuel Fritz³; impreso en Quito en 1707. El segundo mapa es el de La Condamine⁴, que comparte el objeto del mapa de Fritz de “precisar el curso del río Amazonas desde Jaén de Bracamoros hasta su boca” (Wolf, 1975: 617). “Pocos años después del pequeño mapa (de la Condamine), continúa Wolf (1975: 618), salió a la luz el grande de Maldonado⁵”, que considera una obra fundamental para la geografía moderna del Ecuador.

De los mapas del período grancolombino, Wolf (1975) destaca dos (Humboldt, 1825 y Restrepo, 1827). La “Carta general de Colombia”, grabada en París en 1825, es la hoja 22 del gran “Atlas geográfico y físico del Nuevo Continente” de Humboldt. Wolf (1975: 620) considera que esta carta “no contribuye mucho de nuevo a la geografía física del Ecuador; pues en las regiones, que comprenden nuestra actual República, siguió a Condamine y a Maldonado salvo la corrección de algunas posiciones astronómicas. Sin embargo es de importancia, por cuanto Humboldt indica con mucha exactitud los límites de Colombia con el Perú, como existieron en su tiempo”. Dos años más tarde, en 1827, aparece la “Carta de Colombia” por José Manuel Restrepo, que fue producida por las autoridades colombianas antes de la disolución del país en tres repúblicas diferentes (Ecuador, Nueva Granada y Venezuela). Al igual que la Carta de Humboldt, a opinión de Wolf (1975: 621), la Carta de Restrepo contiene pocos datos físicos nuevos, “pero es de

importancia en la cuestión de límites”. El mapa de Restrepo señala “las divisiones políticas de la República, en departamentos y provincias, arregladas a la última ley del 25 de Junio de 1825, dada por el Congreso”; ley que invoca el Ecuador en su arreglo de límites con la Colombia moderna (Wolf, 1975: 621). De hecho, el trabajo de Restrepo permite concebir la importancia en la historiografía ecuatoriana del interludio grancolombino. La cartografía europea y americana, hasta la década de 1860, se ceñía a los límites anteriores de 1802 que le otorgaban a la Real Audiencia de Quito el margen izquierdo del Marañón. Este hecho refleja el uso del mapa de Restrepo que unilateralmente “ensanchaba los límites de la Gran Colombia hasta el sur del Marañón” (Espinosa, 2010: 499). Así, este mapa se convirtió en el modelo para las representaciones de Ecuador en mapas ingleses y franceses entre 1830 y 1858 (J&C Walker, 1842; Thomas Coperthwait, 1850; JH Colton, 1855, entre otros). El mapa forma parte, junto con 12 mapas departamentales, del llamado “Atlas de Restrepo”, o volumen XI de la “Historia de la revolución de Colombia”, de José Manuel Restrepo (1781-1863). La publicación del atlas y textos de Restrepo se dio en un período en que circulaban en Europa diferentes mapas y documentos que presentaban una visión del territorio que divergía de la que los representantes del Gobierno colombiano tenían y querían transmitir tanto nacional como internacionalmente. Bajo el principio del “*uti possidetis juris*”, según el cual la República de Colombia heredaba los territorios del Virreinato de la Nueva Granada y la capitanía de Venezuela vigentes en 1810, Restrepo le asigna al país grandes territorios en Centro América, la Amazonía y la Orinoquía (Díaz Ángel, Muñoz y Nieto, 2010: 43).

Los mapas republicanos antes de la institucionalización de las ciencias geográficas son los que nos interesan en este estudio. De hecho, después de la Independencia (1830), el Ecuador siguió sin carta propia hasta el año de 1858 en que salió a la luz la “Carta corográfica de la República del Ecuador” por Manuel Villavicencio que analizaremos con detalle en los siguientes capítulos. En 1884 se publicó el Mapa del Ecuador por Santiago M. Basurco, luego se publicó el “Mapa de los Hermanos de las escuelas cristianas”⁶ (s/f)⁷ y en 1891 Bernardo Flemming⁸ publicó su Mapa General del Ecuador. Luego, en 1892 se publicó la carta de Wolf. Y, finalmente,

ya en el siglo XX se publica, en 1906, el mapa de Vacas Galindo, en 1922 el mapa de Gualberto Pérez⁹ y en 1924 el mapa de Tufiño¹⁰ (1924). De estos ocho mapas que se publican después de la Independencia y antes de la creación de Instituto Geográfico Militar, tomamos para efectos de esta investigación sólo tres (Villavicencio, 1858; Wolf, 1892 y Vacas Galindo, 1906) porque son cronológicamente los primeros mapas que se proyectan a nivel nacional y porque se han disputado en la historia del Ecuador contemporáneo su puesto.

La cuarta etapa de la historia de la cartografía del Ecuador tiene estrecha relación con el Instituto Geográfico Militar. Tanto Capello (2010a, 2010b) como Radcliffe (1996, 2001, 2009, 2010, 2011) han hecho valiosas contribuciones para el estudio de esta dinámica. Sin embargo, todavía hay mucho trabajo por hacer.

El poder de los mapas: preguntas metafísicas

Un elemento determinante en el análisis de los mapas tiene que ver con los efectos de poder que estos transmiten. Independientemente del horizonte en el cual se producen los mapas nacionales, lo que sí sucede es que a través de su abstracción, ayudan a crear un efecto de Estado como un aparato lógico mientras que a la vez esconden su precariedad (Sparke, 2005: 10). De ahí que la geografía y el mapeo del territorio sean importantes instrumentos del arte de gobierno (Anderson 1993; Craib, 2004; Radcliffe, 2009). Es por eso que cuando observamos un mapa nacional, nos inquietan siempre los motivos de su financiamiento y publicación; todas preguntas que apuntan a la premisa de que la publicación de un mapa es por definición un acto político (Akerman, 1995: 139) que se basa y que busca reforzar una determinada estructura de poder. Pero las respuestas a todas las preguntas que quisiéramos plantear a los mapas no son siempre evidentes. De hecho, el mapa sólo es capaz de entregarnos una imagen estable y sólida del espacio porque oculta discusiones de representación y hegemonía (Sparke, 2005: xxxi). Este doble movimiento característico del mapa, que lo hace bailar entre la revelación y el silencio (Harley, 2005),

es justamente el elemento que le entrega su enorme potencial como herramienta de dominación política.

En este sentido, y siguiendo el trabajo de J. B. Harley (2005), el análisis de los mapas nos lleva a teorizar sobre la relación entre conocimiento y poder. Los mapas pueden ser vistos como elementos de poder que circulan para reforzar y legitimar una forma de ver el mundo. Pero al fundirse el conocimiento con el poder dentro de un mismo proyecto político ¿se reduce, el primero, a ser un mero instrumento del segundo? ¿Es la cartografía tan sólo una herramienta que el Estado utiliza para dominar a su población? La intuición que perseguimos en este trabajo es que la relación entre conocimiento y poder en la construcción de los primeros mapas nacionales del Ecuador es mucho más compleja. Dado que durante el siglo XIX tanto la ciencia como el Estado en el Ecuador se encuentran en un temprano proceso de consolidación, su interacción en el contexto de la producción de los primeros mapas del territorio es mucho más ambigua, al punto que la ciencia cartográfica llega a moldear la peculiar forma de poder llamada “estado-nación” (Biggs, 1999: 376). Así, una vez que la cartografía se desarrolla y el Estado intenta tomarla como un instrumento de administración de la población –intención que se lleva a cabo con muchos tropiezos; existe también una influencia paralela a través de la cual el estado-nación se convierte en el objeto de la cartografía la cual define el territorio del Estado, de tal manera que se convierta en realidad geográfica. De esta forma, a través de los procesos de mapeo, un nuevo tipo de territorio, y por ende, un nuevo tipo de Estado aparece (Biggs, 1999: 391).

En efecto, para configurar el “cuerpo de la patria”, entender su historia, sus dimensiones y sus trazos definitorios, es necesario transformar el espacio que el Estado intenta ocupar en un territorio y convertirlo en una nación (Moyano, 2001: 55). En principio, esta definición territorial permitiría, por un lado, que el Estado disponga de la habilidad para difundir organizadamente la experiencia de la comunidad nacional que pretende representar (Vargas, 2003: 40); y, por otro lado, que la nación conciba al territorio como una extensión de su esencia (Hardt y Negri, 2000:112). El propio hecho de vincular el Estado con una comunidad nacional, es un acto geopolítico que involucra la construcción de una identidad que es

tomada de un universo de posibilidades; provocando la expropiación de ciertas memorias y la negación de varios conflictos locales (Craib, 2004).

Dentro de este proceso, el establecimiento de una frontera es fundamental ya que crea un adentro y un afuera con los que la multiplicidad de espacios posibles se convierten en opciones binarias. A cada uno de los lados separados por una frontera, se juntan historias dispersas y heterogéneas para formar una sola historia; trascendente y desprovista de ambigüedades. Así, las prácticas que consolidan la autoridad del Estado y de la nación son paralelas y dependientes de la creación del espacio estatal donde esa nacionalidad se aloja (Vargas, 2003: 41). En este sentido, la investigación del mapa como imagen de un territorio nos plantea interrogantes sobre el poder del Estado y de la nación, cuyos conceptos modernos se presentan a la vez como palabras y como imágenes (Biggs, 1999: 376-391). Sin embargo, la territorialización del gobierno, entendida como la fusión simbólica de una autoridad política sobre un área geográfica, no implica automáticamente una coincidencia con la nación. Al representar, en primera instancia, una cantidad de distancias y no la calidad de un mito ¿cuán capaz es el mapa de construir la relación entre geografía y nación? ¿Cómo superponer el mapa del Estado con el mapa de la nación? (Fernández Bravo, 1999: 79).

La propuesta de Anderson (1993) de que el concepto de nación debe ser entendido en función de una comunidad imaginada y que dentro de este proceso los mapas (junto con los museos y los censos) juegan un rol fundamental como motores de estos actos de imaginación, se topa con un claro límite en el momento en que analizamos las dinámicas internas de un mapa nacional. Aparece la pregunta de si estos actos de imaginación fueron lo suficientemente poderosos como para organizar una imagen coherente y unitaria de un territorio. ¿Es posible proyectar, a través de la aparente coherencia de un mapa, una imagen llena de ríos navegables, vías férreas e instituciones organizadas (Moyano, 2003), escondiendo sistemáticamente el caótico y frustrado encuentro entre el territorio, el Estado y la nación? ¿De qué manera podría un nuevo territorio político ser visto desde adentro y desde afuera como algo legítimo? Craib (2002: 34) considera que estas son preguntas metafísicas y que, en el transcurso del siglo XIX, fueron respondidas en función de una metafísica nacionalista. El autor parte del

concepto aristotélico de la “Metafísica” para señalar, por un lado, los elementos necesarios para demostrar la posibilidad de existencia del estado-nación; y por otro, las estrategias que llenan al estado-nación de historia al punto que ingresa en el mundo de lo eterno e inmutable, haciendo que su carácter sea atemporal y sus condiciones de producción desaparezcan, llevándose consigo todas las otras formas de contar la historia. Tanto la noción de la “trampa territorial” de Agnew (1994), de los excesos de soberanía de Sidaway (1992, 2000, 2003), como la propuesta del “estado-guión-nación” de Sparke (2005), se suman a esta perspectiva crítica de Craib sobre la peligrosa tendencia de tomar el estado-nación como una verdad, fija y natural; y no como un hecho histórico y contingente.

Este trabajo se suma a esa corriente crítica para pensar en las formas en las que la soberanía estatal y nacional toma autoridad exclusiva sobre un determinado territorio y, al mismo tiempo, cómo este territorio se construye en función de esa autoridad. A partir de un enfoque que entiende el espacio como una construcción social, en función de una lectura de Lefebvre (1976), Soja (1989) y Harvey (1990), indagamos sobre el proceso de estatización y nacionalización del espacio. Para esto, tomamos el territorio, el Estado y la nación como una triada problemática y nuestro hilo conductor se centra en cuestionar la naturaleza de las conexiones entre estos tres conceptos. Dentro de este contexto, una de nuestras principales inquietudes ha sido analizar en qué medida en los tres mapas republicanos del Ecuador que analizamos se refleja una continuidad colonial en el manejo del espacio o si pueden ser interpretados como productos de una nación poscolonial ¿La nación y la geopolítica del nuevo gobierno marcan o no una ruptura en la representación geográfica del territorio? Esto nos llevó a entender los alcances del estado-nación en tanto cambio fundacional en la organización política del territorio y en qué medida, tal como afirman Radcliffe (2001) y Sassen (2006), la estatización y nacionalización del espacio implicaron la incorporación del territorio geográfico dentro de un elaborado sistema institucional que funcionaría de tres maneras: primero clasificando el espacio, luego entregándole un sentido de lugar y, por último, estableciendo mecanismos de control sobre ese espacio (Radcliffe, 2001: 126).

La discusión en torno a la continuidad colonial en el manejo del territorio nos llevó también a analizar las bases territoriales sobre las que se construye América Latina y preguntarnos sobre cuán ordenado o caótico fue este proceso. De hecho, Demelas (2009) sostiene que, en comparación con la violencia que caracterizó el proceso de construcción de un sistema estatal europeo, al ser las Audiencias las bases territoriales de América Latina, tal como lo estudia Deler (1987), la transición americana fue mucho más ordenada. Así, para Demelas, la estabilidad territorial es la regla en América. Sin embargo, el caso que estudiamos sugiere una lectura diferente.

Consideramos, finalmente, el universo de las ciencias geográficas, el mapa como imagen y los libros de geografía como discursos sobre el territorio, no sólo como productos culturales terminados sino también como manifestaciones de una determinada dinámica social que los imagina. Tomamos en cuenta la materia prima con que este universo geográfico es elaborado, su proceso de construcción y finalmente el uso que de él hacen tanto sus creadores como el público para quién fue creado. Dentro de este contexto, el tema de la ciencia europea, su interacción con la ciencia local y otras formas de conocimiento del mundo es un punto clave dentro de nuestra discusión. De hecho, durante el siglo XIX un número importante de científicos europeos llegan al Ecuador con el objetivo de hacer contribuciones a las ciencias naturales y el conocimiento del mundo físico en general.

Como afirma Fitzell (1996: 290), un elemento en común en todos estos viajeros fue su confianza en que eran representantes de la civilización y del progreso. La pregunta que perseguimos en la comparación de las distintas propuestas geográficas es si estas ideas europeas de progreso fueron o no capaces de introducir un nuevo lenguaje que influiría en la forma en la que los ecuatorianos interpretaron su espacio. Estas maneras de representar, clasificar y organizar el territorio fueron consideradas por los europeos como el único sistema de conocimiento verdadero y legítimo, mientras que los geógrafos locales interpretaron a su manera y en función de sus prioridades el espacio que les rodeaba.

En este sentido, en el debate sobre la construcción del espacio discutimos sobre las bases de legitimidad de las distintas formas de conocimiento

y su autoridad para determinar la interpretación de los eventos. Así, la idea de hegemonía es importante en nuestro análisis, donde nos preguntamos sobre las razones por las que el significado atribuido a ciertos conceptos toma más importancia en determinados contextos históricos. ¿Por qué ciertas ideas que se construyen como “ciencia” en un contexto, una vez que el escenario y las prioridades cambian, son consideradas como productos de ficción? Así, analizamos cuán hegemónicos fueron los discursos de las ciencias geográficas y si fueron aceptados en el contexto ecuatoriano y llevados a la práctica. El tema en discusión, entonces, no es si los distintos lenguajes de la geografía fueron capaces de representar adecuadamente una realidad particular, pero más bien cómo estos lenguajes fueron utilizados para construir nuevas ideologías políticas.

Trabajos sobre geografía en Ecuador

Existen varios trabajos importantes que son una base indispensable para estudiar la problemática del poder y la geografía para el caso ecuatoriano. En primer lugar, encontramos varios enfoques de tipo genealógico que se centran en la problemática del espacio colonial. Podemos citar el trabajo de Larrea (1977) quien hace una recopilación de la cartografía vinculada con el actual territorio del Ecuador a partir de los siglos XVI, XVII y XVIII. En esta misma línea, el trabajo de Latorre (1988) es un estudio más detallado sobre los mapas del Amazonas y el desarrollo de la cartografía ecuatoriana en el siglo XVIII. Latorre (1988: 5) considera que la atracción por la región amazónica es un fenómeno que ha llegado a ser parte integral del sentimiento de nacionalidad ecuatoriano tanto por la presencia del “Gran Río Amazonas” como por la tradición de conquista y aventura que dejó la Real Audiencia de Quito en relación con ese espacio. El objeto de su estudio son todos los mapas e informes que se produjeron a propósito de esta región durante el siglo XVIII. En ambas obras encontramos información rica sobre los mapas de Fritz y Magnin que tienen capital trascendencia para entender la historia de la geografía de la Real Audiencia de Quito, particularmente de la región oriental del Ecuador, “como para la deter-

minación de las zonas hasta donde se extendió la conquista territorial y la evangelización quiteña de la Hoya Amazónica” (Larrea, 1977: 32).

Luego, queremos resaltar el trabajo de recopilación de Kennedy-Troya (2008) que es un importante aporte sobre la cultura visual del Ecuador centrado en la representación del territorio y su relación con la construcción de la nación. Su punto de partida es tomar la representación del paisaje como una determinante forma de autoconciencia nacional en el Ecuador independiente: “el paisaje empezó por ser el tablero de juego de exploradores científicos ilustrados, desde el siglo XVIII, y se convirtió poco a poco en el centro del discurso nacional que captó buena parte de la construcción del imaginario nacional” (Kennedy-Troya, 2008: 7). Su enfoque busca dar a conocer el “paisajismo ecuatoriano, tomándolo no sólo como una expresión de belleza, en algunas ocasiones académicamente sobresaliente, sino en sus significados intrínsecos y en el uso político que tuvieron”. Dentro de este contexto, algunos artículos de esta recopilación son de especial interés.

Por un lado, al hablar de los antecedentes de la pintura de paisajes en el Ecuador, Abram (2008) hace un recuento de los hitos más importantes en el desarrollo de una mirada científica sobre el territorio del Ecuador. Así, menciona como la Misión Geodésica francesa, a partir de 1737 impuso un estándar muy alto de conocimiento del territorio. Luego, habla de las cartas publicadas por los jesuitas misioneros de Mainas, que están llenas de detalles sobre el Oriente. La carta del padre Fritz (1707) pertenece a este grupo. Más tarde, viene la misión de límites del español Francisco Requena. Finalmente, “los meses frenéticos vividos entre los ecuatorianos por el Barón von Humboldt y su compañero Aimé Bonpland (1802-1803)” (Abram, 2008: 27). Por otro lado, Moreno (2008) habla sobre la historia de las penetraciones en la Amazonía; y León (2008) analiza las formas cómo se vincula la geografía, la geología y la educación cívica que permitió difundirlas más allá de los círculos científicos. Hay que resaltar el aporte de esta recopilación; pero, como apunta la autora, su enfoque sólo “resulta un abrebocas hacia ciertos aspectos importantes” (Kennedy-Troya, 2008: 15).

Desde un enfoque más crítico, cabe mencionar la recopilación de Manguaschca (1994) que se propone hacer una historia regional del siglo XIX. Dos textos de esta recopilación son de especial interés. Por un lado, el

trabajo de Taylor (1994) sobre el Oriente ecuatoriano en el siglo XIX en el que la autora concluye que este espacio es prácticamente inexistente si se lo analiza dentro de las dinámicas regionales. Y, por otro lado, el artículo de Deler (1994) sobre las transformaciones regionales y la ocupación del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930, que formula un concepto del “espacio nacional” para analizar el proceso de integración del territorio nacional ecuatoriano.

De igual manera, el trabajo de Morelli (2000, 2005) nos entrega luces sobre la relevancia del espacio en la formación de identidades colectivas y su impacto en la construcción de los estados-nación. La autora concentra su estudio en la Audiencia de Quito desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta la Independencia. Morelli (2005) sostiene que la crisis de la monarquía y las guerras impidió que durante buena parte del siglo XIX el territorio se identificase con la nación. El problema fue entonces que la nación imaginada por las nuevas élites no coincidía con el territorio que habían heredado de las guerras. A través del estudio del caso ecuatoriano la autora sugiere que si bien el nuevo Estado se correspondió globalmente con los territorios de la antigua Audiencia, no hubo sin embargo continuidad administrativa suficiente entre la época colonial y la instauración de la República como para establecer un paralelismo real entre ambas entidades (Morelli, 2005: 268).

Finalmente, dos autores son de especial interés en el contexto de esta investigación. Por un lado, queremos mencionar el trabajo de Capello (2005, 2010a, 2010b) quien se ha centrado en la historia cartográfica ecuatoriana de inicios del siglo XX. Capello (2010a) ha trabajado sobre la institucionalización de la cartografía en relación con la fundación del Instituto Geográfico Militar y también ha estudiado críticamente la llegada, entre 1901 y 1906, de un equipo de geógrafos militares franceses para desarrollar en el Ecuador el segundo estudio del arco del meridiano ecuatorial (Capello, 2010b). El enfoque de Capello busca trazar los orígenes coloniales de las dinámicas cartográficas del siglo XX. Por otro lado, destacamos el trabajo de Radcliffe (1996, 2001, 2009, 2010, 2011) que es un esfuerzo por entender el poder en el espacio poscolonial en Ecuador a través de la cartografía. Un elemento común en su producción (Radcliffe, 1996, 2001;

Radcliffe y Westwood, 1996) es la insistencia sobre la conexión entre las aplicaciones estatales de la geografía y el desarrollo nacional. Así, Radcliffe sugiere que la geografía se inserta dentro de las expectativas del horizonte nacional en formas que continuamente refuerzan una asociación entre la geografía y su utilidad para el desarrollo. De especial interés para nuestra investigación es su artículo sobre imaginaciones geográficas (Radcliffe, 1996) donde discute sobre el significado cultural de estas imaginaciones en los espacios poscoloniales. Así, para examinar las bases discursivas e institucionales de las imaginaciones geográficas del espacio poscolonial ecuatoriano (Radcliffe, 1996: 23), el artículo se basa principalmente en el análisis de la “Geografía” de Terán¹¹ y se centra en la institucionalidad del Instituto Geográfico Militar (IGM) que, desde 1928, ha sido la institución oficial para la producción de mapas del Ecuador (Radcliffe, 1996: 26). Gran parte del enfoque de Radcliffe se basa en el estudio del movimiento indígena ecuatoriano de los años noventa como un ejemplo del contraste entre geografías populares y geografías oficiales (Radcliffe, 1996). Radcliffe (2009, 2010) se pregunta sobre las formas en que los mapas son naturalizados y utilizados en el arte de gobierno poscolonial y neoliberal y describe cómo las organizaciones indígenas producen mapas de raza-etnicidad bajo la tendencia multiculturalista promovida por el Estado. En su última producción, Radcliffe (2011) se pregunta sobre las dinámicas detrás de la producción de estos mapas como manifestaciones de resistencia.

Como podemos ver, y como afirma Capello (2005: 72) existen relativamente pocos intentos de entregar un sentido histórico a la cartografía ecuatoriana. Esta falta de análisis hace que tanto Capello como Radcliffe, quienes estudian la cartografía del siglo XX, hagan suposiciones infundadas sobre las dinámicas propias del siglo XIX. Capello, por ejemplo, traza relaciones de la cartografía del siglo XX con la etapa colonial que vistas desde la problemática del siglo XIX parecen inexistentes. De igual manera, Radcliffe (2009, 2011) afirma que desde el siglo XIX la geografía —con este término se refiere a la construcción de mapas y a la recolección de información del espacio— fue muchas veces una herramienta de equipos militares especializados en cartografía. Esto, como veremos en esta investigación, no es el caso en el Ecuador.

Estructura del libro

Dividimos esta investigación en dos secciones que a su vez están organizadas en cinco capítulos. En la primera sección, que incluye los tres primeros capítulos, nos centramos en la relación entre la cartografía, el Estado y la nación. Entendemos la cartografía como una ciencia basada en una serie de técnicas (como la abstracción, objetivación y diferenciación del terreno) para producir conocimiento del espacio que luego es representado en un mapa y publicado bajo la forma de libros de geografía. En principio, la tradición cartográfica occidental busca concebir el espacio en términos de cantidad pura (Biggs, 1999: 377), pero en esta investigación vemos cómo la calidad de la experiencia del cartógrafo, sus miedos, prioridades y aficiones, forman parte constitutiva del significado que le entrega al espacio. La publicación de cada mapa analizado en este estudio está acompañada por un texto o geografía que resume el estado de la cuestión del conocimiento geográfico. En estas geografías se detallan los hitos geológicos, hidrográficos, demográficos e históricos del territorio y se discute también sobre las inestables y problemáticas relaciones con los países vecinos. A pesar de que los distintos geógrafos esperan que el conocimiento geográfico sea un proceso acumulativo (dado que la vida de un solo hombre no basta para recorrer y conocer el territorio en toda su extensión) y que cada geografía debería ser una contribución al conjunto del conocimiento que se intenta construir; cada nueva publicación tiene un enfoque sustancialmente distinto que pone en duda si existe una lógica o una institucionalidad en todo el proceso.

Villavicencio, Wolf y Vacas Galindo presentan tres formas radicalmente diferentes de construir la cartografía del país y distintas maneras de articular este conocimiento con la nación. Pondremos énfasis en las diferentes perspectivas de estos intelectuales/cartógrafos para mostrar que esa no es —¿cómo podría ser?— una élite homogénea. Las tres figuras del texto tienen sus propios objetivos, sus propios impulsos para hacer mapas, sus propias ideas sobre el rol de la ciencia y sobre la producción del conocimiento geográfico. Queremos, por ende, subrayar la importancia de la historia intelectual y la diversidad de perspectivas que existe alrededor del mapa y de

la ciencia entre los intelectuales de la época. Así, en primer lugar (a), analizaremos la propuesta de Villavicencio que apela a la ciencia y a la nación; mientras que (b) el enfoque de Wolf recurre a la ciencia y al Estado en un afán por definir de manera tajante los límites y posibilidades de un deseado modelo de ciencia universal; y, finalmente (c), el caso de Vacas Galindo ilustra una tercera manera de vincular el territorio con la nación, dejando de lado el debate sobre la ciencia y tomando el mapa como un hecho legal.

El análisis de estos textos geográficos, que son la materia prima con la cual se construyen los mapas, pone en evidencia las tres transformaciones que caracterizan la construcción del conocimiento cartográfico y que son el origen de la utilidad que los nacionalismos nacientes encuentran en los mapas (Anderson, 1993). En primer lugar, está la geografía tal cual se presenta al cartógrafo. En segundo lugar, las técnicas científicas de mapeo del territorio abstraen el territorio de tal manera que la cartografía ya no sólo muestra lo que está ahí, sino que se anticipa a la realidad espacial y se convierte en un modelo para lo que se quiere representar. El conocimiento científico se convierte entonces en un objeto de proyección. Esta característica de anticipación está muy presente en las geografías del siglo XIX especialmente en el manejo de todo lo que en la época es considerado como tierra incógnita; desarrollaremos especialmente el caso paradójico del Oriente ecuatoriano.

A partir de este punto donde el mapa es un objeto de proyección, hay una tercera transformación que es la que introduce la segunda sección del trabajo donde estudiamos la historia de la geografía en el Ecuador del siglo XIX desde un punto de vista amplio. Así, nuestro enfoque se extiende más allá del área central de conocimiento geográfico, compuesta por los estudios formales en el tema y sistematizada por los geógrafos, y toma en consideración toda la zona periférica que incluye las ideas geográficas de todo tipo de gente, como de misioneros, novelistas y hombres de Estado. En esta zona periférica encontramos toda la geografía informal de trabajos no científicos (libros de viaje, ficciones y poesía), la cual ofrece una intuición muy valiosa, una sensación del espacio que no necesariamente se puede encontrar en las elaboraciones científicas (Wright, J., 1947: 10-12). Ahora, la tercera transformación de la cartografía hace que el conocimien-

to del espacio se desprenda de sus referencias geográficas predominantes y se convierta en signo, en logotipo. En este contexto, nos interesa analizar cómo el conocimiento de la geografía salta de un dominio a otro y a su paso crea sujetos territorializados. Este cambio le entrega una dimensión nueva a la cartografía: la posibilidad ilimitada de reproducción, la cual se basa en una permanente migración del conocimiento geográfico; del terreno al libro de geografía, del libro a la imagen del mapa, y finalmente de la imagen a la literatura y a la educación. De esta forma, el conocimiento geográfico se traslada desde las geografías hacia los mapas, las novelas y los textos escolares de geografía que son elementos que tienen un potencial inmenso de circulación y por ende son capaces de crear las bases de estos sujetos territoriales. En este sentido, la construcción del territorio como logotipo se va armando en función de una serie de eventos (Anderson, 1994) que rastreamos en esta investigación.

El tema que tratamos en el cuarto capítulo (d) es justamente la relación entre la construcción del mapa y los sujetos nacionales territorializados. Analizamos el mapa a la vez como imagen científica y como materialización de un mito. Hacemos una lectura comparativa de los tres mapas republicanos, resaltando sus similitudes, sus diferencias, y el ideal de futuro, o la anticipación a la realidad, que cada uno intenta proyectar. Finalmente, en un último capítulo (e) indagamos sobre algunos mecanismos adicionales de territorialización a más del mapa: las novelas y los textos escolares de geografía. Estos dos espacios hacia donde migra el conocimiento geográfico ponen en evidencia la manera en que otros actores interpretan y transforman esta información fortaleciendo ciertos mitos y creando algunos nuevos. De esta forma, al analizar la literatura, la educación y el mapa como eventos de territorialización, en la segunda sección de este trabajo nos preguntamos sobre cómo circula el conocimiento geográfico enunciado en primera instancia por los geógrafos y más tarde utilizado por públicos diversos para construir poco a poco una imagen del territorio. Esta ampliación del circuito, fruto de la migración de las ideas geográficas, es la base de la relación del territorio con el Estado y la nación.

Notas

- 1 Tomada de Callon (2001).
- 2 No menciona el *Mapa de la Provincia de Quito y de sus Misiones* del P. Juan Magnin (1740), ni el *Mapa de la Provincia de Quito* de los PP. Brentan y de la Torre (1751), ni el *Mapa de la Audiencia de Quito* por Alceso y Herrera (1766), ni el *Mapa de la Audiencia de Quito* de F. Requena (1779), ni el *Mapa General del Quito Propio* del P. Juan de Velasco (1789), ni el *Mapa del Distrito de la Real Audiencia de Quito* de F. Requena (1781). Ver Latorre (1988).
- 3 “Cours du fleuve Maragnon, autrement dit Amazones, par le P. Samuel Fritz Missionnaire de la Compagnie de Jesus”.
- 4 “Carte du cours du Maragnon ou de la grande riviere des Amazones, dans sa partie navigable depuis Jaen de Bracamoros jusqu’á son embouchure, et qui comprend la Province de Quito et la cote de la Guiane depuis le Cap de Nord jusqu’á Essequébé: levée en 1743 et 1744, et assujettie aus Observations Astronomiques par Mr. De La Condamine de L’Ac. R. des Sc.”.
- 5 “Carta de la Presidencia de Quito y de sus adyacentes”.
- 6 No hemos encontrado ni el mapa de Basurco ni el de los Hermanos de las escuelas cristianas en la Mapoteca del Archivo Aurelio Espinosa Pólit donde hemos trabajado.
- 7 Paz y Miño (1948: 38) pone como fecha de publicación el año de 1886 (con signo de interrogación).
- 8 En su Geografía, Wolf dedica algunos párrafos a la descripción de este mapa (Wolf, 1975: 622-623).
- 9 “Carta Geográfica de la República del Ecuador por Gualberto Pérez” (Paz y Miño, 1948: 29).
- 10 “República del Ecuador” (Paz y Miño, 1948: 29).
- 11 Varios elementos de la imaginación geográfica nacional que analiza Radcliffe (1996) parten del libro de texto publicado por el profesor Francisco Terán que para 1990 se había publicado ya trece veces. Este texto es utilizado en las escuelas secundarias del país.

Capítulo II

Manuel Villavicencio: ciencia y nacionalismo en la construcción del primer mapa del Ecuador

La elocuencia de los mapas

“Avergonzado de que un pueblo tan rico i tan hermoso se viera ignorado de tal modo por las naciones más civilizadas, me propuse darlo a conocer por medio de una Geografía” (Manuel Villavicencio, 1984: vii).

Este capítulo se centrará en el análisis de la “Geografía” de Manuel Villavicencio que es el primer esfuerzo por presentar, de manera ordenada y sistemática, el conocimiento geográfico sobre la República del Ecuador. El mapa¹ que acompañó esta “Geografía” se utilizó como instrumento de instrucción pública por más de treinta años; hasta que, en 1892, fue reemplazado por el mapa de Teodoro Wolf el cual revolucionó la concepción de esta disciplina en el Ecuador y opacó el aporte de Villavicencio. A lo largo de su “Geografía”, Wolf descalifica sistemáticamente el mapa de Villavicencio argumentando que sus ilusiones patrióticas parecen ser más fuertes que su rigurosidad científica; lo cual hace que su mapa no sea más que un “mamarracho fantástico” (Wolf, 1975: 621). La fuerte crítica de Wolf junto con la autoridad científica que adquirió su mapa han relegado al olvido la propuesta geográfica de Villavicencio, considerándola un trabajo acientífico, caduco y lleno de falacias que no se deben repetir y mucho menos enseñar.

En este trabajo proponemos tomar como materia de análisis justamente todo lo que Wolf criticó y desechó. No nos interesa discutir sobre los aciertos o desaciertos científicos de Villavicencio, sino que resaltaremos la forma en la que sus representaciones geográficas pueden ser leídas como producciones culturales que nos permitirán analizar el funcionamiento de la política y del poder. Los mapas son perspectivas del mundo en el momento en que fueron hechos, es por eso que hay que interrogarlos como acciones más que como descripciones para entender cuáles son sus efectos. Seguiremos la propuesta de Harley (2005) quien sostiene que uno de los elementos faltantes en la historia de la cartografía tiene relación con lo que Carl Sauer (1956) entendía como la elocuencia de los mapas: ¿cómo podemos hacer “hablar” a los mapas acerca de los mundos sociales del pasado? Para contestar esta pregunta, es necesario explorar el discurso de los mapas dentro del contexto del poder político y partir de una visión de los mapas como imágenes cargadas de valor. Así, es necesario renunciar a entender los mapas como registros inertes de paisajes morfológicos, y considerarlos como imágenes que contribuyen a un diálogo dentro de un mundo construido socialmente.

De esta forma, nos alejaremos de la crítica cartográfica tradicional con su lista de oposiciones binarias entre los mapas “ciertos y falsos”, “precisos e imprecisos”, “objetivos y subjetivos”, o los basados en una “integridad científica” opuesta a la “distorsión ideológica” (Mitchell, 1986: 9-14), para analizar las formas en las que la selectividad de su contenido, sus signos y su estilo de representación son capaces de concebir, articular y estructurar el mundo. De esta forma, nuestro análisis se basará en interpretar la objetividad como un mito y aplicar el concepto sociológico de poder-conocimiento. El hecho de ver los mapas como imágenes “científicas” dificultaría enormemente esta tarea (Harley, 2005).

Trataremos entonces de entender cómo la ciencia y el nacionalismo se entrelazan en el afán de Villavicencio por construir el primer mapa del Ecuador. El tema de fondo que discutiremos es la conexión entre nación, ciencia y mapas, y cómo esta interacción presenta una serie de ambigüedades. Como veremos en las siguientes secciones, la ciencia se va construyendo en función de una noción de universalidad antes que un afán por

construir nación, pero a la vez, esta entrada a lo universal se hace a través de la idea de nación. De aquí parten algunas interrogantes: ¿se construye nación para estar en el mapa de la ciencia universal o se participa en la ciencia a través de la nación? ¿Es el Estado el único promotor de las iniciativas nacionales o estas iniciativas se promocionan desde otras esferas de la sociedad?

Dividiremos nuestro trabajo en tres partes. En una primera sección, trataremos sobre el desarrollo de la ciencia en las primeras décadas de vida republicana en el Ecuador y sobre el rol que cumplieron algunos científicos europeos en este proceso. De hecho, la figura de Villavicencio evidencia un punto de transición entre dos momentos cruciales en el desarrollo de la ciencia en el Ecuador; la migración de la ciencia desde el ámbito privado hacia el espacio público. Así, el mapa de Villavicencio es elaborado y financiado sin protección estatal, pero luego es utilizado como instrumento oficial de instrucción pública. El análisis de este cambio pondrá en evidencia en qué medida logra el conocimiento científico articularse a la administración estatal como una novedosa herramienta de gobierno.

En una segunda sección, pondremos en diálogo el trabajo de Manuel Villavicencio con el de Teodoro Wolf en un afán por entender el alcance político del mapa. La tensión entre Villavicencio y Wolf es especialmente interesante si comparamos la forma en la que cada uno de los autores asume el enorme desafío de poner en el mapa la región más enigmática y desconocida del Ecuador: el “Oriente”. Estos mapas en disputa muestran que es en el manejo de lo desconocido que salta a la vista el potencial seductor de la ciencia y sus límites en relación con la soberanía.

En una tercera sección, analizaremos la posición de Villavicencio en relación con el trazado de límites con las repúblicas vecinas, el manejo de los terrenos “incultos” y la inmigración europea. De hecho, Villavicencio defiende un modelo que vincula el territorio por un lado con la posibilidad de estabilizar las potencias regionales y por otro lado como garantía para el desarrollo nacional. La función de los “pueblos salvajes” dentro de esta dinámica será un punto de especial interés.

El “honor de la invención”: ciencia en Ecuador

“Los ecuatorianos por nuestra posición excepcional y por ser nuestro país poco frecuentado de exploradores sabios, tenemos que trabajar casi todo y caminar sin guía; pero en reemplazo de este mal, nos espera el honor de la invención, si aprovechamos del inmenso, rico y bello campo que tenemos a la vista para los descubrimientos importantes, estudio que forma hoy el anhelo de los hombres ilustres del globo”
(Manuel Villavicencio, 1957: 346).

Este fragmento que acabamos de citar forma parte del discurso que pronuncia Villavicencio (1822-1871) en su incorporación a la Academia Nacional Científica y Literaria en 1864, seis años después de la publicación de su “Geografía” y de su mapa. El público al que se dirige incluye a los personajes más distinguidos de la época. Están presentes desde jefes de Estado, hasta grandes literatos y distinguidos botánicos y geólogos². Para entonces, Villavicencio es un hombre maduro, que lleva más de veinte años involucrado en estudios científicos de diversa índole. Inició con una pasión por la botánica, pero no tardó en interesarse por la zoología, la paleontología, la antropología, la arqueología, la geología y, finalmente, la geografía. Y ahora, cuando por primera vez tiene la oportunidad de dirigirse al reducido grupo de hombres de ciencia del Ecuador, se describe como un caminante sin guía y afirma que la invención es la forma de hacer ciencia en el Ecuador. ¿Qué quiere decir Villavicencio con esta comparación? ¿Está cuestionando la posibilidad de autoría del científico? ¿Está criticando la falta de conexión con una comunidad intelectual? ¿Se refiere a la interpretación y el descubrimiento de una naturaleza virgen? ¿O busca enfatizar la importancia de la relación entre ciencia y nación?

Tres maestros: el contorno de un campo

A través de la figura de Manuel Villavicencio podemos analizar el rol que cumplió la ciencia europea en el desarrollo de la ciencia local en las primeras décadas de vida republicana. En esta sección nos interesa analizar la relación de Villavicencio tanto con el botánico inglés William Jameson como con el aventurero italiano Gaetano Osculati y con el geógrafo italiano Adrian Balbi. Estos tres personajes incentivan en Villavicencio el gusto por la observación y el descubrimiento de la naturaleza y le permiten establecer vínculos con esferas científicas que rebasan las fronteras del Ecuador. El contacto con estos científicos extranjeros le permite a Villavicencio tener una noción del tipo de herramientas y disciplina que debe asumir para analizar un “país virgen de observaciones” (Villavicencio, 1984: 153).

De hecho, la interacción entre Villavicencio y sus distintos maestros va estructurando un medio científico que define sus acciones y expectativas. En este sentido, el concepto de campo de Bourdieu³ puede ser útil para entender estas primeras etapas en el desarrollo de la disciplina del científico. Así, Villavicencio encuentra un grupo de personas que tienen en común un conjunto de intereses (Baranger, 2004: 200) que determinan los elementos constitutivos de la disciplina. Este campo se define tanto por un énfasis por encontrar un orden en el espacio (elemento fundacional tanto de la geografía como de la botánica) como por el uso de la experimentación y el descubrimiento como métodos de conocimiento (la búsqueda de lugares intocados y la idea de transgredir a lo desconocido).

“El esclarecido maestro”⁴: William Jameson y el gabinete del naturalista

“Confesamos también, mal que nos pese, que el atraso de las ciencias en el Ecuador proviene del mal sistema de enseñanza, i de las preocupaciones que aun dominan el país” (Villavicencio, 1984:180).

En 1840, a los 18 años de edad, Villavicencio ingresa a la Universidad de Santo Tomás de Aquino de Quito, donde entra en contacto con William

Jameson (1796-1873) quien se encargaba de la cátedra de Química. Jameson, a pesar de ser cirujano de profesión, tiene una enorme pasión por la botánica y desde su llegada a Quito en 1826, donde residió por 44 años, dedicó mucho de su tiempo a la recolección de distintas plantas a lo largo del país. El científico inglés hizo varios viajes por la República; fruto de los cuales publicó en 1856, bajo encargo del Gobierno ecuatoriano, su principal obra: “Synopsis Plantarum Aequatoriensium”⁵ (Arauz, 1957: 328). Durante su larga estadía en el Ecuador, Jameson mantuvo correspondencia con científicos en Inglaterra, Alemania y América⁶. De esta correspondencia se destaca el intercambio de cartas con Sir William Jackson Hooker, director del jardín botánico de Kew (Londres). Esta colección se conserva en el herbario de Kew y se compone de más de cincuenta cartas escritas entre 1829 y 1869, cuyo principal objetivo es la descripción detallada de nuevas plantas encontradas por Jameson junto con el envío de las respectivas semillas para el jardín botánico de Londres.

Esta larga y sostenida relación con el jardín botánico de Kew pone en evidencia uno de los motivadores más fuertes del trabajo de Jameson que, a su vez, refleja la ética científica de la época: la posibilidad de entender y representar la naturaleza a través de un afán de inventario y de colección. De esta forma, cuando Jameson desciende por primera vez por la vertiente oriental del Pichincha y penetra los bosques hasta llegar a los bancos del río Napo, se enorgullece de su hazaña porque le permitirá aumentar “unas pocas especies nuevas al gabinete del naturalista” (Jameson, 1858: 337, la traducción es mía). Así, bajo el marco del gabinete, del jardín botánico, del museo y de toda forma de “naturaleza representada” (Pimentel, 2003: 147), se consolida una nueva manera de conocer el mundo que se basa en objetos que se observan, que se miden y que se ordenan (Pimentel, 2003: 177).

Esta es justamente la influencia que tiene Jameson sobre su joven estudiante. Villavicencio aprende a observar metódicamente la naturaleza, a tomar notas minuciosas y a formar extensas colecciones. Así, encontramos que el 20 de septiembre de 1840, el mismo año que ingresa a la universidad y conoce a Jameson, Villavicencio ya escribe una carta al director del jardín botánico de Kew, William Hooker, enviándole su primera colección

y ofreciendo sus servicios. A continuación transcribimos una traducción de la carta en francés (Villavicencio, 1840):

Señor,

Me tomo la libertad de escribir a usted para ofrecerle mis pequeños servicios. Ubicado en una región totalmente distinta a la suya, creo que es posible que encuentre aquí plantas que le podrían interesar. En este momento sólo le envío una colección muy pequeña, porque no hace mucho tiempo que he comenzado el estudio de la Botánica, y porque la mayoría de las plantas están sin flor. Pero le ofrezco enviar próximamente colecciones más numerosas y más completas; y si le interesa, pondré también los nombres locales de las plantas y los usos de las mismas.

También le enviaré colecciones de insectos y de pájaros que he comenzado a hacer. Espero que acepte el respeto de aquel que tiene el honor de ser su humilde y obediente servidor.

f. Manuel Villavicencio

De esta forma, Jameson introduce a Villavicencio al enigmático y fascinante mundo de la historia natural cuyos secretos necesitan de “muchos años i muchos sabios” para ser descifrados. Villavicencio se forma como científico bajo la tutela de su maestro y rápidamente identifica las maneras en las que puede contribuir, desde el Ecuador, al estudio de las ciencias naturales. En este sentido, afirma que “pocos países de la tierra pueden suministrar más variedad de vegetales; unos útiles a la humanidad doliente, otros propios para la industria i las artes, de que se pueden sacar grandes ventajas” (Villavicencio, 1984: 121-122). En este contexto, Villavicencio llama la atención sobre las diferencias entre Europa y Ecuador:

Entre los vegetales útiles a la medicina se encuentran las diversas i abundantes *Quinas*, *Zarzaparrilla* (...) etc a más de muchas no conocidas en las escuelas de Europa, i de las que se hace uso con ventaja a favor de los enfermos” (es por eso que el botánico encuentra en el Ecuador) “la mejor i mas abundante materia para entrar en largas e importantes consideraciones. La geografía botánica es completa en esta república, pues se halla la distribución de las fajas vegetales desde el nivel del mar hasta una altura de 5,671 metros, límite

hasta donde crecen los líquenes, mientras en Europa, su límite está a 4729 metros de elevación sobre el mar, por lo que se ve que el Ecuador tiene más fajas frías que contemplar i estudiar (Villavicencio, 1984: 125).

De hecho, a las afueras de Quito, en *El Panecillo*, donde Villavicencio tenía una quinta llamada Yavirá, el científico formó un museo con una variedad de elementos recopilados a lo largo de sus viajes y un jardín botánico donde intentaba aclimatar algunas especies de plantas traídas del Oriente (Larrea, 1958: 339). La importancia que entrega Villavicencio a los museos y a las colecciones en el desarrollo de las ciencias naturales es evidente en el siguiente párrafo tomado de una de las cartas que escribe al presidente Roca, algunos meses antes de ser nombrado Gobernador de Oriente. Villavicencio menciona a tres científicos que trabajan en el Ecuador; Jameson, Wisse y Espinosa, y llama la atención al hecho de que los gobiernos europeos se interesan más por las ciencias naturales de nuestro país que el propio gobierno local:

Plausible me ha sido el deseo de V.E. por mejorar el Museo de la Capital, lo que podía realizarse encargándose del departamento de Botánica el señor Guillermo Jameson, hombre que por su saber en el ramo es una notabilidad entre nosotros. El activo y científico Wisse, que tenía una casi completa colección de piedras, de las rocas del Ecuador podría encargarse con provecho del de geología; y los demás ramos podían confiarse a varios conciudadanos que anhelan por la cosa pública. Si V.E. tomare algunas medidas a fin de que se reuniese la sociedad de ciencias naturales, de que tantas ventajas reportaría el país, se conseguiría el objetivo sin dificultad. El Sor. Dor. José Manuel Espinosa, científico y diestro profesor que tantas pruebas ha dado de su consagración y saber, hizo varios esfuerzos para reunir esta sociedad como presidente de ella y ningún adelantamiento se ha conseguido en esta ciencia que llama la atención de los gobiernos y académicos europeos (Villavicencio, 1958: 37).

La conexión de Villavicencio con científicos europeos y el interés que provoca su obra en estos círculos se evidencia en la serie de artículos que citan su trabajo a partir de 1858: Roderick Impey Murchison, 'Address

to the Royal Geographical Society of London,' Proceedings of the Royal Geographical Society of London, Vol. 2, No. 5 (1857-1858), p. 297; William Jameson, 'Excursion Made from Quito to the River Napo, January to May, 1857,' Journal of the Royal Geographical Society of London, Vol. 28, (1858), p. 345; Roderick Impey Murchison, 'Address to the Royal Geographical Society of London,' Journal of the Royal Geographical Society of London, Vol. 28, (1858), p. clvii; 'Accessions to the Library and Map-Rooms, to May, 1859,' Journal of the Royal Geographical Society of London, Vol. 29, (1859), p. lxxix; The Earl de Grey and Ripon, 'Address to the Royal Geographical Society,' Proceedings of the Royal Geographical Society of London, Vol. 4, No. 4 (1859-1860), p. 174; George James Pritchard, 'Explorations in Ecuador in the Years 1856 and 1857,' Journal of the Royal Geographical Society of London, Vol. 30, (1860), pp. 64, 70, 73; The Earl de Grey and Ripon, 'Address to the Royal Geographical Society of London,' Journal of the Royal Geographical Society of London, Vol. 30, (1860), pp. c-cxcii; Roderick Impey Murchison, 'Address to the Royal Geographical Society,' Proceedings of the Royal Geographical Society of London, Vol. 9, No. 5 (1864-1865), p. 247; Roderick Impey Murchison, 'Address to the Royal Geographical Society,' Journal of the Royal Geographical Society of London, Vol. 35, (1865), p. clx; Alfred Simson, 'The Boundaries of Ecuador,' Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography, New Monthly Series, Vol. 2, No. 3 (Mar., 1880), p. 194; Edward Whymper, 'A Journey among the Great Andes of the Equator,' Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography, New Monthly Series, Vol. 3, No. 8 (Aug., 1881), pp. 453, 466, 469; 'New Geographical Publications,' Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography, New Monthly Series, Vol. 9, No. 8 (Aug., 1887), p. 526.

Sería interesante comparar estas reacciones internacionales con las reacciones a nivel nacional del trabajo de Villavicencio. Esta sostenida relación con la ciencia europea y el reconocimiento de Villavicencio en el Ecuador hacen que en 1865 Villavicencio sea nombrado miembro honorario coperesponsal de la Royal Geographical Society de Londres:

The proceedings commenced by the SECRETARY reading the Regulations for the conduct of the meeting, and the minutes of the last Anniversary; the President then appointed as scrutineers of the ballot Mr. John Hogg, M.A. 1 F.R.S., and Mr. T. Lee. His Royal Highness the Duc de Brabant was elected one of the Honorary Members of the Society. Captain Jansen, of the Dutch Navy; Don Felipe Paz Soldan, of Lima; and Don Manuel Villavicencio, were elected Honorary Corresponding Members; and Frederick Boyle, Esq., Alfred Davis, Esq., Augustus W. Franks, Esq., Rev. Charles Hudson, Edward Langley, Esq., Perceval A. Nairne, Esq., Earl Percy, William Perkins, Esq., Thomas Rawling, Esq., Captain the Hon. William Le Poer Trench, Sir Thomas Wathen Waller, Bart., Fellows of the Society (*Proceedings of the Royal Geographical Society of London*, 1865: 189-190).

“El intrépido viajero”: *Osculati y la aventura de la ciencia*

“Hombres y niños me rodeaban, y no pudiendo dar crédito a sus propios ojos tocaban el cañón colocando un dedo encima y retirándolo de inmediato como si estuviera ardiendo y pasando al mismo tiempo de mano en mano el ave que yo había matado a gran distancia.

Las mujeres acariciaban mi larga barba para convenirse de que no era postiza: todo en mí despertaba su asombro, mi color, mi manera de vestir, incluso la larga daga que colgaba de mi cadera” (Osculati, 2000:148).

Ahora, si para Jameson la forma de entender un país virgen de observaciones es a través de la colección y en función de una posibilidad de contribuir el gabinete del naturalista, Gaetano Osculati (1808-1894) propone una entrada un poco más audaz, que sin descartar la importancia de las colecciones como medio de conocimiento⁸, plantea una actitud mucho más desafiante frente a lo desconocido. El motor que mueve a este “intrépido viajero”, como lo califica Villavicencio, es el deseo de ir a donde ningún europeo ha ido; “una empresa audaz, incluso temeraria, superior en todo sentido a las fuerzas del individuo quien en nadie más debía encontrar los

recursos para soportar tantas fatigas, para superar los riesgos” (Osculati, 2000: 18-19):

Sabiendo que debajo de la línea equinoccial existían regiones donde todavía no había entrado ningún europeo, o que habían sido exploradas únicamente en la primera mitad del siglo pasado por algún misionero, y estando enterado también que sobre dichas tierras los relatos eran escasos y sumamente inciertos, decidí cruzar el estrecho de *Panamá*, y de ahí me fui a *Guayaquil*, puerto de la República del Ecuador en el Océano Pacífico, y a *Quito*, su capital, en el altiplano del Pichincha y del Chimborazo. De allá, cruzando nuevamente los Andes, siguiendo el curso del Napo desde sus manantiales hasta su desembocadura en el río Amazonas, yo pretendía llegar justo al centro del continente americano, y cruzarlo en su zona más ancha, para finalmente llegar a algún puerto del Atlántico del gran *Pará*, provincia del Imperio Brasileño (Osculati, 2000:18-19).

El 20 de Julio de 1847 Osculati llega a Archidona y se dirige, por recomendación de Jameson⁹ a quien conoció en Quito, “al tambo donde desde hace varios meses vivía el doctor Villavicencio” (Osculati, 2000: 92). En esa época, el gobernador de Quixos¹⁰ era Clemente Guerrero quien residía también en Archidona junto con seis justicias y oficiales. De hecho, Villavicencio hace su primera exploración al Oriente en 1846 y se instala en Archidona (Arauz, 1957: 329). Los detalles de este viaje se han conservado a través de dos cartas escritas por Villavicencio desde el Napo y dirigidas al Presidente Vicente Ramón Roca (4 febrero 1847 y 20 abril 1847), haciéndole conocer sus observaciones sobre la geografía, historia natural y organización política de esas regiones distantes. Esta correspondencia podría sugerir que el viaje y la permanencia de Villavicencio en el Oriente responden, desde un inicio, a intereses estatales. Villavicencio describe sus actividades en esta época como las de “naturalista y geógrafo” (Villavicencio, 1858: 26).

Osculati se queda en Archidona, en casa de Villavicencio quien le “acogió con gran cordialidad y quiso que fuera su huésped durante todo el tiempo” que pensaba quedarse allá (Osculati, 2000: 92). Su estadía se prolongó por tres meses (desde finales de julio hasta finales de octubre de

1847) esperando la llegada de su equipaje para continuar su viaje hacia el Amazonas. Durante este tiempo Osculati y Villavicencio realizan varias excursiones en los alrededores de Archidona:

Me ocupé en compañía de mi nuevo amigo (Villavicencio), activo cultor de las ciencias naturales, de investigaciones ornitológicas y entomológicas, siéndome fácil formar una colección de variados y raros ejemplares (...) no dejando de escribir notas sobre los cantones de *Quixos* y *Canelos* y las costumbres de esos indios, a propósito de los cuales no le molestará al lector que me entretenga bastante, ya que esos lugares son poco frecuentados incluso por los ecuatorianos (Osculati, 2000: 92).

El 26 de octubre Osculati se despide de Villavicencio y empieza a navegar río abajo en dirección al gran Pará acompañado de gobernador Guerrero; el 1 de noviembre llega a Santa Rosa de Oas y algunos días después, el 12 de noviembre de 1847, Villavicencio le da alcance con la noticia de que ha sido nombrado gobernador de la provincia de Quixos en reemplazo de Guerrero y que debía viajar hacia el Tiputini para hacer una visita oficial a “las jibarías”. Sobre este tema, Osculati se expresa de la siguiente forma: “no dudo que este joven erudito y lleno de amor por su patria debe haber logrado con su talento y don de gentes, mejorar los destinos de esas poblaciones desde hace tanto tiempo abandonadas y sumergidas en la más grande ignorancia. El viaje que estaba a punto de emprender en la Zaparía para obtener informaciones exactas acerca de su estado, sin duda habrá llevado inmensas ventajas tanto en lo político como en lo religioso y comercial” (Osculati, 2000: 131). Pocos días después los dos amigos se separan definitivamente.

Los biógrafos de Villavicencio (Larrea, 1958; Arauz, 1957, Pérez Pimentel, 2009) afirman que Villavicencio es nombrado gobernador por el presidente Urvina en 1852, pero el diario de Osculati afirma que Villavicencio es gobernador desde Noviembre 1847, durante el gobierno de Roca. Sin embargo, Villavicencio (1858: 26) confirma en su “Apéndice a la Geografía y defensa de los terrenos baldíos” que “el señor Guerrero permaneció como jefe político de Quijos hasta el año de 1849, en que tuve la

honra de subrogarle en su empleo”. De hecho, en 1850 ya lo encontramos asumiendo sus funciones, como lo muestra el siguiente permiso de paso:

El jefe político del cantón de Quijos concede franco y libre pasaporte a todos los indígenas del cantón de Loreto perteneciente a la capital de Ávila para que puedan salir a sus negocios a la capital de Quito y del mismo modo puedan conducir las cargas (...) que diere por conveniente servir las el cura párroco (...) Gabriel de las Islas. Por tanto ordena i manda a las autoridades sujetas a su jurisdicción, i a las que no los están (...) encarga no le pongan embarazo alguno, antes bien le presten los ausilios necesitare. Dado en Loreto a 10 de Septiembre 1850. Manuel Villavicencio (Archivo Banco Central).

La forma de hacer ciencia de Villavicencio muestra esta influencia casi temeraria de Osculati. El aventurero italiano le enseña que para poder contribuir a la ciencia europea se tiene que convertir en un descubridor de experiencias y de lugares. Este acercamiento plantea una ética en torno al cuerpo del científico que se convierte a la vez en la posibilidad y el límite de la experimentación. El siguiente párrafo en la introducción de la obra de Osculati muestra esta relación con el cuerpo:

Quería recorrer confiando únicamente en mí mismo y en la fuerza de mi voluntad; vi una y otra vez la muerte encima (...) sin pan para el mañana, al límite de las fuerzas y con malas armas para defenderme contra las fieras: salvado casi por milagro de la ira de los elementos que parecían desencadenados en contra mí, tuve que luchar contra las artes de salvajes sin fe, que ansiaban mi sangre y mis pertenencias; tampoco faltaron las enfermedades, aciagas consecuencias de tantas fatigas y tan prolongadas privaciones; las fiebres que, sacudiendo todo mi cuerpo, me desmoronaron también el espíritu: perdí la esperanza de volver a ver a las personas queridas y aquella tierra que tanto amo; pero mi buena suerte venció, y después de largos meses pasados siempre bajo las estrellas, alimentándome de fruta y carne de tapires y monos levemente asados, logré llegar a tierra brasileña que fue para mí realmente la tierra prometida (Osculati, 2000:18-19).

Prueba de esta forma de conocer ligada al cuerpo es la experiencia de Villavicencio con el ayahuasca que es considerada como el primer relato de un científico sobre esta costumbre indígena (Harner, 1973):

Yo, por mí, sé decir que cuando he tomado el ayahuasca he sentido rodeos de cabeza, luego un viaje aéreo en el que recuerdo las perspectivas más deliciosas, grandes ciudades, elevadas torres, hermosos parques i otros objetos bellísimos; luego me figuraba abandonado en un bosque i acometido de algunas fieras, de las que me defendía; enseguida tenía sensación fuerte de sueño del que recordaba con dolor i pesadez de cabeza i algunas veces mal estar general (Villavicencio, 1984: 373).

De igual forma, Villavicencio manifiesta esta ética del conocimiento cuando afirma que cualquier explorador no puede arrojarse a “esas espesuras desiertas, sin que al amanecer del día menos pensado, se viera solo en medio de los bosques sin auxilio ni socorro”. Sin embargo, él es capaz de hacer muchas incursiones tanto por estar investido de autoridad, como por conocer perfectamente el idioma, las costumbres y las relaciones de parentesco espirituales de las poblaciones locales (Villavicencio, 1984: 407).

“El célebre Mr. Balbi¹¹”: Adrian Balbi y la geografía universal

“En las ciencias geográficas (...) la intuición no puede remplazar al descubrimiento¹²” (Reybaud, 1839:1).

Ahora, la pregunta que cabe hacer es cómo llegó este joven botánico y administrador estatal a proponerse el proyecto de escribir la primera “Geografía del Ecuador”. De hecho, en el primer párrafo de la Introducción a su “Geografía”, Villavicencio responde a este interrogante:

Mis relaciones con uno de los naturalistas que han viajado por nuestro país me proporcionaron la honra de establecer correspondencia con el célebre Mr. Balbi, quien, remitiéndome un compendio de Geografía, me dijo: Vea V. Lo poco que figura del Ecuador en ese compendio; pues, a pesar

del interés que él me inspira, me han faltado los datos necesarios: si V. me envía algunos, me serán muy útiles, porque ya pienso en una reimpresión (Villavicencio, 1984: v).

Villavicencio se refiere al geógrafo y estadista italiano Adrian Balbi (1782-1848)¹³ quien publica en 1833 un compendio sobre geografía universal (“Abregé de Géographie, rédigé sur un nouveau plan d’après les derniers traités de paix et les découvertes les plus récentes”¹⁴). El trabajo de Balbi da cuenta de un momento crítico dentro de la historia de la geografía en el que “se trata de ordenar la ciencia, de darle un horizonte metodológico y de controlar sus elementos” (Reybaud, 1839). Los tres siglos que marcan la era de los grandes descubrimientos¹⁵ (partiendo del descubrimiento de América a finales del siglo XV) se caracterizan por la producción de una enorme cantidad de información que debe ser leída críticamente y organizada para ir construyendo la geografía como un campo de conocimiento. Capel (1977) considera que en la primera mitad del siglo XIX la geografía en Europa era “una ciencia en profunda crisis e incluso en trance de desaparición” (1977: 4). En función de una lectura del trabajo de Numa Broc, Capel menciona que la primera mitad del siglo XIX representa un “largo purgatorio” en la historia de la geografía, durante el cual “se asiste a una especie de repliegue de la curiosidad, a una verdadera regresión” (Broc, 1976, 225, citado en Capel, 1977: 4). Para Broc, “en la primera mitad del siglo XIX la geografía no goza de gran consideración” (1976: 227), y los más conocidos geógrafos de la época, como Malte Brun o Balbi, (...) consideraban a la geografía como una “ciencia descriptiva”, “de hechos y no de especulación”, “del dominio exclusivo de la memoria” (Broc, 1976: 227-228, citado en Capel, 1977: 4).

Si entramos a analizar el capítulo sobre el Ecuador en el “Compendio de Geografía” de Balbi, nos damos cuenta que no ha recurrido a ningún informante local¹⁶, sino que sus dos fuentes de información para describir esta República que “ha terminado al fin el gran problema de límites con la Nueva Granada y parece comenzar a disfrutar de los beneficios de la paz interior” (Balbi, 1844: 1048) son el periódico *Allgemeine-Zeitung* en el cual se basa para hablar de la organización del territorio y los relatos de

Humboldt sobre los volcanes, las ciudades y los restos arqueológicos. Esta falta de información sobre el Ecuador en la geografía universal es la base de la relación entre Balbi y Villavicencio. Esta relación permite que, por un lado, Balbi encuentre un contacto que le provea la información necesaria para enriquecer la reimpresión de su compendio; y, por otro lado, Villavicencio encuentre el incentivo y la protección intelectual para iniciar una búsqueda que será el germen de un doble juego: construir el territorio nacional a la vez que se posiciona al Ecuador en el mapa universal.

De hecho, en virtud del pedido de Balbi, Villavicencio se dedica a “formar un cuadernito” que marcará el inicio de sus inquietudes geográficas. Sin embargo, antes de concluir estos primeros apuntes, Villavicencio recibe “la noticia de la muerte de tan ilustre sabio” (Balbi muere en 1848, diez años antes de la publicación de la “Geografía” de Villavicencio) y su “pequeño libro quedó sin esta alta protección”. Es entonces que, a fin de no perder su trabajo, Villavicencio se propone extenderlo cuanto le fuese posible para “formar una Geografía del Ecuador, que, aunque imperfecta, contuviese algunas ideas exactas” del país, “que tanto ha descuidado este ramo importantísimo” (Villavicencio, 1984: v). Desde la muerte de Balbi hasta la publicación de la “Geografía”, transcurren diez años. Villavicencio mantiene su cargo de Gobernador de Oriente hasta 1854, año en que viaja a Guayaquil¹⁷ y hasta 1858 se dedica a terminar de escribir su “Geografía”¹⁸.

La geografía universal de Balbi: una estructura jerárquica del conocimiento

En esta sección nos detendremos en el trabajo de Balbi como compilador de conocimiento geográfico universal y su relación tanto con los viajeros europeos que visitan América como con los informantes locales como Villavicencio. Proponemos analizar la relación entre Balbi y sus informantes en función de una estructura jerárquica en la construcción del conocimiento científico que promueve un determinado sentido en el flujo de la información y determina una serie de reglas para su análisis y comprensión. Balbi define la geografía como el estudio de la tierra en general y sus

divisiones políticas en particular; es una ciencia que, para ser tratada correctamente, debe acudir a muchas otras. Dado que los hechos estadísticos y políticos, que son la materia prima para el análisis geográfico, están en constante movimiento, la geografía es una ciencia que sufre un proceso de metamorfosis continuo: “la geografía es sobre todo una ciencia colectiva que golpea en todas las puertas y recibe de todas las manos, con el fin de construir este gran monumento para el cual todo el mundo debía aportar su grano de arena” (Reybaud, 1839).

Balbi plantea una estructura en la construcción del conocimiento de las ciencias geográficas que parte de una clara jerarquía en la recolección y tratamiento de los datos. Dentro de este proceso, podemos identificar una triada de actores que se complementan para dar forma a las ciencias geográficas: el compilador o geógrafo, el viajero y el informante local. Balbi representa la figura del compilador por excelencia; el geógrafo, el gran tratadista. Su complemento indispensable es el viajero enciclopédico (el prototipo de este perfil es Humbolt que es el informante principal de Balbi para describir la geografía del Ecuador en su compendio). Por último, está el informante local, que en nuestro caso es la figura de Manuel Villavicencio, el especialista, la fuente de primera mano. Identificamos entonces una comunidad científica muy jerarquizada. ¿Cuáles son, según Balbi, las habilidades que debe tener cada personaje dentro de esta estructura?

El compilador o geógrafo

“Conocer todos los documentos, juzgarlos y ordenarlos; esos son los tres aspectos bajo los cuales hay que desarrollar una tarea que demanda combinar las facultades de la erudición, la crítica y el método”
(Reybaud, 1839).

La figura del geógrafo sugiere que existe la posibilidad de conocer el mundo a través de la escritura, sin necesidad de recorrer el campo. Balbi elabora teoría basándose en el libro y no en la experiencia. Para Reybaud, las tres

virtudes esenciales del geógrafo son “saber, comparar y clasificar”; el geógrafo debe tener “paciencia suficiente para analizar todos los documentos, suficiente crítica para juzgarlos y suficiente método para ordenarlos con armonía” (Reybaud, 1839). Balbi menciona una cualidad adicional que es la de tener numerosas relaciones: con viajeros, con personajes locales importantes pero también el estar inmerso en una esfera intelectual que enriquezca su trabajo.

Balbi es muy enfático en relación con el tipo de documentos sobre los cuales un geógrafo puede apoyarse para construir su obra; “no pueden ser sino de los más respetados –dice Balbi– de aquellos que han visto con sus propios ojos lo que describen”. Pero no es suficiente que un geógrafo recurra a las mejores fuentes, es necesario tener buen criterio de selección¹⁹. Para Balbi este arte depende de conocimiento y sobre todo de una gran experiencia; sin estas guías, uno se expone a dar como actual un orden de cosas que hace mucho tiempo no existe y a repetir viejos errores que “la inspiración a las largas búsquedas de algunos sabios o los valientes esfuerzos de ciertos viajeros han logrado desraizar” (Balbi, 1844: LXI). Es necesario –continúa Balbi– conocer a fondo la historia de la geografía para poder escoger las mejores obras de consulta, y el difícil arte de la crítica para poder apreciar el mérito de los distintos autores que han escrito sobre los mismos lugares. Se necesita la capacidad para discernir lo verdadero de lo falso y para reducir a su justo valor los prejuicios recibidos como verdades eternas. Así, podemos ver que en Balbi existe a la vez una idea de la verdad como algo fijo, pero también una consideración de que el ojo que ve y describe viene de un contexto que va a determinar el carácter de la información.

Se debe tener el talento, tan raro, de poder conciliar el juicio, muchas veces diametralmente opuesto, que dos viajeros han pronunciado sobre una misma nación, sobre un mismo país, sobre una misma ciudad, tanto en diferentes épocas, como en el transcurso del mismo año (Balbi, 1844: LXI). Finalmente, hay que conocer las ciencias auxiliares a la geografía, para admitir, dentro de la multitud de datos tan diversos, solo los hechos validados por personas competentes, porque no es suficiente estar en el terreno para apreciar la exactitud de ciertos juicios o mediciones, se debe poseer la ciencia a la cual dichas proposiciones pertenecen (Balbi, 1844: LXII).

El viajero

“El viajero, en cambio, tiene un rol mucho más bonito; él crea mientras que el geógrafo resume; él reflexiona sobre lo que mira y le entrega su sello a lo que observa. El uno opera sobre la naturaleza viva, el otro sobre la naturaleza muerta” (Reybaud, 1839).

Balbi reconoce el indispensable rol que cumplen los viajeros para poder recopilar todos los datos necesarios que le permitan tener una comprensión de la geografía del mundo. En efecto, sin la figura del viajero en tanto testigo e informante de los hechos, el trabajo de compilación de Balbi sería imposible; su análisis depende de esta enorme fuente de conocimiento en bruto que le llega de distintos lugares y de distintos tiempos. Bajo el concepto de “viajero”, queremos recoger al importante grupo de europeos que viajan a todas partes del mundo ya sea en busca de tesoros, de aventuras, de raras especies de plantas y animales, de nuevos productos, etc (Muratorio, 1987: 20); y de los cuales Humbolt representa la figura por excelencia: el viajero enciclopédico (Reybaud, 1839). Es evidente la enorme admiración que provocan estos viajeros en el espíritu de Balbi quien los elogia en su texto con una fuerte adjetivación. Es el caso de los “intrépidos escandinavos” que identificaron en el siglo IX las riquezas de América y del “inmortal Colón”, quien “ayudado por una hipótesis ingeniosa, defendido por un azar provechoso y sostenido por una intrepidez heroica, realizó este importante descubrimiento” (Balbi, 1844: LXIII). A lo largo de su texto, vemos como el gran compilador, que desde París conoce el mundo, muestra una cierta nostalgia por probar ese espíritu explorador, entre romántico y científico (Muratorio, 1987: 20), que caracteriza a sus informantes.

Dentro de este contexto, Balbi anota que el trabajo de recopilación de información ha sido mucho más importante en América que en otras partes del mundo.

Si la geografía de América no ofrece las grandes tinieblas que aún reposan sobre una vasta extensión del Asia, si su gran superficie no presenta las

enormes lagunas que encontramos en Oceanía, si el geógrafo no encuentra en el nuevo mundo los abismos inmensos del África, es gracias a la gran rapidez de los primeros conquistadores que atravesaron en todos los sentidos este nuevo hemisferio en busca de tesoros y a la piadosa contribución de los misioneros católicos quienes, conquistando de otra manera, hicieron marchar la propagación del evangelio a la par del progreso de la civilización y los descubrimientos geográficos (Balbi, 1844: LXIII).

Esta relación entre la conquista y el conocimiento geográfico tiene que ver con la idea de Reybaud quien afirma que en geografía “ver es conocer” (Reybaud, 1839). Así, desde París, Balbi sólo tiene acceso a conocer los territorios que han sido “vistos” por ojos europeos; todo el resto del mundo es una “gran tiniebla”, una “enorme laguna” o un “abismo inmenso”. Luego vemos cómo el conocimiento del nuevo mundo se va completando como un rompecabezas, donde cada nueva pieza entra a calzar perfectamente para ir entregando forma a un cuerpo de conocimiento que se estructura desde Europa. “Más tarde –afirma Balbi– el más célebre de los viajeros modernos, el barón de Humbolt, tuvo el difícil talento de aprehender toda la geografía del nuevo mundo en su tratado sobre su memorable viaje”. Así, bajo la hábil pluma de este viajero enciclopédico, “va naciendo toda la geografía física de una región sobre la cual sólo se conocían datos inconexos, vinculados con muchos errores”. Balbi considera que Humbolt marca un estilo de viaje, un ejemplo que permite que se lleven a cabo “magníficas exploraciones auspiciadas por el emperador de Austria y el rey de Bavieres (...) y el rey de Francia y (...) el rey de Inglaterra”. De esta forma, Europa es capaz de “conocer muy bien una enorme parte de la América meridional”, la América del norte, las costas de la América del Sur y los mares boreal y austral. Poco a poco se completan los descubrimientos que estaban pendientes en el nuevo mundo y el trabajo del geógrafo se enriquece²⁰ (Balbi, 1844: LXIV).

Sin embargo, dentro de la jerarquía del conocimiento geográfico, la relación entre el compilador y los relatos del viajero presenta una serie de dificultades que determinan la calidad del trabajo de compilación. “El viajero –advirtió Reybaud– es un ser tan diverso, tan móvil, tan impresio-

nable” que “engaña al lector con un aplomo tan perfecto” a la vez que “se engaña a sí mismo con una fe tan inocente”. Así, “antes de confiar en él, incluso para las cosas más insignificantes, hay que estudiarlo, para adivinar cuál es su temperamento, sus capacidades, su nacionalidad, su humor; saber de dónde viene y a dónde va, tomar sus impresiones en función de su origen y asegurarse que ninguna condición personal las modifique”. Es aquí donde la erudición, la crítica y el método, que deberían ser las tres virtudes del buen compilador, entran en juego. El compilador debería ser capaz de identificar al “fanfarrón” que “se construye un pedestal a través de lo que describe”; o saber entender a aquellos “que se inclinan a exagerar todo” y a los que tienden a disminuir todo. Como afirma Reybaud (1839) algunos viajeros “tienen el sentido matemático y miden” mientras que otros “tienen el sentido poético y pintan”. Pero, en general, en todos ellos, por más mediocres que sean, existe una línea de verdad, y es esa la que hay que resaltar: “lo que un examen parcial puede dejar en la sombra, la comparación lo pone al día; y, de esta forma, de documento en documento, de viajero en viajero, un espíritu recto y penetrante llega a la casi certitud de las cosas, tanto por simple deducción, o por la puesta en perspectiva de varias observaciones” (Reybaud, 1839).

El informante local

“Desde hace algunos años, todas las miradas de Europa se dirigen hacia los nuevos Estados independientes que se levantan sobre los escombros de las magníficas colonias de la América española” (Balbi, 1844).

Un tercer punto de vista dentro de la estructura jerárquica del conocimiento geográfico es la figura del informante local. Dentro de este concepto queremos abarcar una gama de actores y documentos que representan la mirada americana sobre América, que es leída por el compilador europeo y comparada con las versiones propuestas por los viajeros en relación con estos mismos territorios. La figura del informante local pone en evidencia

la complejidad y reciprocidad involucrada en la construcción de una ciencia, incluso en una situación poscolonial de asimetría (Raj, 2000: 133). En este sentido, el informante local rompe con un concepto difusionista de la ciencia en el cual el flujo de conocimiento sería unidireccional; desde el centro hacia la periferie. Detrás de la categoría del informante local también existen una serie de relaciones de poder ya que este informante, a su vez, se basaba en conocimientos transmitidos por pobladores locales que en la mayoría de ocasiones se convierten en elementos transparentes u olvidados dentro de la jerarquía de construcción del conocimiento²¹.

Al hablar de la disponibilidad de documentos locales, Balbi advierte que “las guerras que siguen minando los nuevos Estados sobre las ruinas de las colonias portuguesas y españolas, no han permitido a sus gobiernos dedicarse a poner a punto documentos oficiales”. Es por eso que en su “Compendio de Geografía” todo lo que se expone sobre los nuevos Estados “se reduce a generalidades para cada Estado, que están muy lejos de ser completas y exactas”. A esta escasa información disponible, Balbi suma la información recopilada de su “relación personal con algunos de los jefes de Estado de las principales repúblicas, de ciertos diplomáticos distinguidos y algunos hábiles administradores de estos nuevos Estados”, al igual que el contacto directo con “algunas personas instruidas de los países mismos que queremos describir” (Balbi, 1844: LVX). De esta forma, Balbi afirma que es sobre todo por las luces de estos personajes que él tiene la ventaja en su geografía de presentar, de manera resumida, las verdaderas divisiones actuales de los nuevos estados; divisiones que ha encontrado en la mayoría de casos inexactas en todas las obras, incluso las más recientes, que ha consultado. De igual manera, Balbi sostiene que su obra tiene la ventaja, no menos importante, de dar una descripción sin los errores que caracterizan a la mayoría de las geografías. En este sentido, son las notas de estos personajes que ponen a Balbi en condición de evitar los reproches que señala en su trabajo y de llenar muchas de las lagunas que ofrecía la geografía (Balbi, 1844: LVX).

La relación entre el compilador, el viajero y el informante local apunta a una paradoja sobre la forma en la que distintos métodos, prácticas y protocolos son colocados dentro de la misma geografía y dentro del mismo

mapa. La interrogante que se desprende de esta paradoja es cómo se da el paso de las prácticas locales (ya sea la del viajero o la del informante local) a la ciencia universal. La relación entre Balbi y Villavicencio justamente ejemplifica esta paradoja. Raj (2000: 133) considera que para responder esta pregunta hay que distinguir los dos elementos que caracterizan la ciencia: por un lado, sus prácticas materiales y sociales, y, por otro lado, el conocimiento que estas generan. Mientras las primeras son siempre locales (en el caso de la geografía, los procedimientos y protocolos de mapeo varían en función de la persona que los realiza, del lugar y de la institución que los financia), el conocimiento se “hace” universal a través de una serie de mediaciones y calibraciones. Así, es a través de la calibración que un instrumento elaborado en un lugar puede ser utilizado en otro. De esta forma, los datos obtenidos en una instancia pueden ser comparados con los datos obtenidos en otra instancia. El resultado de este proceso es el reclamo de universalidad de la ciencia²². Es a través de la calibración que el conocimiento geográfico tomado de diversas fuentes puede ser conmensurado dentro de mapas locales, regionales, nacionales o mundiales. Esto no quita que en la construcción del nuevo conocimiento estas diversas fuentes sean catalogadas en función de una jerarquía científica, como lo hemos revisado en esta sección.

Ciencia universal, ciencia local y nación

Como vimos en la sección anterior, los elementos constitutivos del campo científico en el que se desenvuelve Villavicencio son el orden en el espacio y el descubrimiento. Ahora, proponemos considerar un tercer elemento; uno que se centre en las relaciones entre una mirada universal y una nacional. ¿Es posible intuir esta arista en los tres maestros y en Villavicencio? La pregunta que queremos formular es si desde el campo científico que este grupo de pensadores intenta construir, la noción de universalidad se impone por delante de la construcción de naciones, o si la entrada a lo universal es justamente a través de la idea de naciones. En definitiva, nos interesa problematizar el tema de nación de cara al proyecto de ciencia universal.

Este análisis nos permitirá entender el impulso que llevó a Villavicencio a formular una propuesta geográfica que parece responder, en primera instancia, a un llamado de la ciencia universal y no a una estrategia estatal por representar y controlar su territorio. La duda que aquí se expresa es si Villavicencio, en su geografía y en su mapa, construyó una imagen de la nación con el fin de posicionarse dentro del mapa de la ciencia universal o si su participación en la ciencia universal se logró gracias al elemento diferenciador de la nación.

En este punto, podemos volver al concepto de campo científico de Bourdieu en el afán por entender qué papel juega la nación dentro de la relación entre la ciencia local y la ciencia universal. De hecho, un campo científico depende de la interacción entre dos dimensiones: por un lado, depende de la posibilidad de producción de verdades universales, y por otro lado, depende de la producción de las condiciones de realización de las mismas (Baranger, 2004: 201). ¿En qué sentido, entonces, podemos considerar a la nación como una condición de posibilidad de la ciencia universal? En Villavicencio y en sus maestros encontramos varias intuiciones que nos ayudan a responder esta pregunta. En primer lugar, encontramos una intuición que sugiere una diferencia en la posibilidad de hacer ciencia en América antes y después de la Independencia. De hecho, tanto Balbi como Villavicencio coinciden en que los nuevos estados independientes de alguna manera logran garantizar un espacio para la ciencia que fue negado durante la colonia. Como vimos en la sección anterior, Balbi resalta una nueva posibilidad de *ver*, y por ende conocer (Reybaud, 1839), espacios que antes estaban ocultos. Villavicencio²³ coincide con Balbi y afirma que “la metrópoli, durante su larga dominación, no sólo impidió la propagación de algunos conocimientos que podían poner en peligro su autoridad, sino también se mantuvo indolente i jamás pensó promover las ciencias entre sus colonos”. En este contexto, “la Independencia abrió la puerta a la civilización” y, a pesar de la inestabilidad política, Villavicencio considera que “se avanza notablemente; i el Ecuador independiente, adelanta dejando atrás esa época en que la férula peninsular nos cubría con un espeso manto de tinieblas” (Villavicencio, 1984: 177-179). En este sentido, una forma de entender la nación frente a la ciencia universal es que,

en comparación con la colonia, las nuevas naciones se convierten en una garantía y una condición de posibilidad de la ciencia universal.

Así, esta apertura de los nuevos Estados independientes a la ciencia permite a europeos como Jameson y Osculati inventarse como científicos en tierras remotas para poder ser reconocidos en sus respectivas patrias. Este hecho sugiere una segunda lectura de la relación entre nación y ciencia universal. Estos científicos llevan a cabo sus prácticas en lugares apartados y desconocidos (ciencia local), pero sus escritos se dirigen a sus compatriotas que forman parte del pequeño círculo intelectual que debate y analiza la ciencia universal. En un inicio, ellos ven estas naciones remotas como una oportunidad de reconocimiento ya que son espacios donde no se ha hecho ciencia y, por ende, espacios donde cualquier trabajo es un descubrimiento y un aporte para la ciencia universal. Pero sus esfuerzos no sólo les permiten inventarse como científicos en tierras desconocidas, sino que a medida que recorren, descubren, clasifican y narran van también inventando la nación de cara a la ciencia universal. En este sentido, el caso de Jameson y Osculati refuerza la lectura anterior de la nación como condición de posibilidad de la ciencia, pero también muestra cómo estos científicos, a través de la calibración que transforma la ciencia local en ciencia universal, construyen la nación para estar en el mapa de la ciencia universal.

La pregunta que cabe formular entonces es qué rol cumple el Estado en este proceso. Al parecer, si la ciencia local se construye gracias al espacio de posibilidad que le brinda la nación, pero a la vez construye nación para entrar dentro del mapa de la ciencia universal; existiría un espacio o un campo científico, donde son otros los actores, y no el Estado, los que dirigen ciertas iniciativas nacionales. Esta podría ser una forma distinta de leer la propuesta inicial de Villavicencio: si el que trabaja sin guía tiene el honor de la invención, podríamos interpretar que el científico que trabaja fuera de una matriz institucional definida por el Estado, tiene el honor de inventar su objeto de estudio en función de un público y de una serie de reconocimientos que están por fuera de las fronteras del Estado; es decir, puede inventar la nación para la ciencia universal.

De hecho, este espacio donde la nación se construye desde y para la ciencia y por fuera del Estado va a sufrir grandes modificaciones en el mo-

mento en que la ciencia se comience a percibir, desde el Estado, como una herramienta útil de administración de poblaciones. Este punto de quiebre comienza a tomar forma con los trabajos científicos de Jameson y Villavicencio. De manera progresiva, la ciencia va combinando la retórica universalista con una práctica profesional definida cada vez más por patrones nacionales²⁴ (Hernández Asensio, 2008: 134). Como veremos más adelante, el caso de Teodoro Wolf, algunos años más tarde, evidencia los efectos de este cambio en donde la agenda intelectual ya se rige en última instancia por las prioridades estatales y, a cambio de esta subordinación, el Estado se convierte en el principal soporte de la práctica científica (Hernández Asensio, 2008: 114).

Mapas y la disputa por la región oriental²⁵

“El descenso oriental, pues, presenta el aspecto de un mundo que se ha desplomado, dejando un hacimiento de picachos elevados, crestas, precipicios i grietas profundas, todo cubierto de un verdor eterno (...) desde las faldas de la cordillera, la vista del viajero descubre un plano que forma límite con el horizonte (...) su aspecto es el de un mar de esmeralda formado por las copas siempre verdes de los árboles que constituyen un bosque no interrumpido” (Villavicencio, 1984: 346).

“Todos los detalles nos faltan o están en contradicción según los distintos autores (...). Si esto nos sucede en la región mejor conocida del Napo, ¿qué será, dejando el país de los cristianos y entrando en el de los infieles y bárbaros, que comienza en la desembocadura del río Coca?” (Wolf, 1975: 242).

En esta sección queremos analizar, a partir de la disputa suscitada entre los mapas de Villavicencio y Wolf, los efectos de la entrada en escena del Estado como un elemento determinante dentro del campo científico del Ecuador. Este enfrentamiento entre dos formas de concebir el alcance de los mapas pone en evidencia una característica fundamental dentro de la definición

de campo de Bourdieu que hemos utilizado a lo largo de este trabajo: un campo debe ser interpretado como una contestación histórica en constante cambio. Así, la novedosa interacción entre ciencia y Estado muestra cómo la ciencia es también una arena de lucha en la que los personajes disputan sobre las bases de la identidad y de la jerarquía (Wacquant, 2005: 64).

En este contexto, la tensión entre Villavicencio y Wolf es especialmente interesante si comparamos la forma en la que cada uno de los autores resuelve el enorme desafío de poner en el mapa la región más enigmática²⁶ del Ecuador: el Oriente²⁷. La representación del Oriente es un elemento crucial para entender los mapas porque es a la vez desconocido para la ciencia, estratégico para el Estado y habitado por “otros”. A medida que el Oriente se va convirtiendo en prioridad estatal, la agenda del científico comienza a sentir una nueva influencia que hace que sus esfuerzos respondan ya no solo a un deseo por contribuir a la historia natural, sino que busquen también contribuir, a través de la ciencia, a la formación de la nación.

Las dos opciones cartográficas que presentan Villavicencio y Wolf responden a distintos momentos en el desarrollo de la ciencia y de la nación. La imaginación de Villavicencio y la responsabilidad científica de Wolf hacen que la ciencia y el nacionalismo interactúen de maneras distintas en la elaboración de cada uno de los mapas.

Espacio lleno: la imaginación de Villavicencio

“Esta provincia (...) aislada, en cierto modo, del resto de las poblaciones del Ecuador, rara vez recorrida en parte por unos pocos habitantes a quienes la codicia lleva a aquellos solitarios e impenetrables bosques que en estos últimos tiempos han servido de presidio a los reos políticos, permanece desconocida i apenas se tiene de estos ricos países ideas muy imperfectas”
(Villavicencio, 1984: 344).

El contexto en el que Villavicencio publica su mapa era muy complejo; el estado de efervescencia social en el Ecuador era tal que el país estaba

al borde de desaparecer. La soberanía del territorio ecuatoriano fue amenazada tanto por movilizaciones de poderes regionales, como por grupos subalternos e intentos de invasión tanto del Perú como de Colombia. Como afirma Maiguashca (1994: 414), la situación del Estado ecuatoriano era tan dramática, que no era posible imaginar mayores iniciativas en el ámbito de la integración “material” de la nación, sino que los avances debían iniciarse en el plano “ideal”. De esta forma, debido a la situación de guerra civil casi permanente y a la debilidad de las instituciones, la región oriental ocupó un lugar marginal dentro de las prioridades estatales (Esvertit Cobes, 2001: 546). A esto se sumaron las dificultades presentadas por la topografía andina y amazónica y las indefinidas y disputadas fronteras entre las nuevas repúblicas. Todo esto provocó que el control efectivo de la región oriental se convirtiera en una tarea casi imposible (Padrón, 1998: 219).

Dentro de este contexto de ruptura, Villavicencio escribe una geografía que busca describir el Ecuador como una comunidad vinculada a un territorio. Su trabajo se basa en dos tipos de fuentes: por un lado, están las observaciones, mediciones y descripciones hechas en diversos viajes y en diversas épocas (ya sea los datos cartográficos recopilados por científicos y viajeros antes de Villavicencio o sus propias observaciones en el Oriente) las cuales denotan un conocimiento de primera mano del terreno pero que por definición es escaso e incompleto; y por otro lado, están las leyendas e imaginaciones de todo lo que no se conoce, lo cual supone una información mucho menos precisa y mucho más difusa, pero que va construyendo un cuerpo de conocimiento desde donde se puede concebir lo que no es posible conocer²⁸.

Estas dos fuentes de información se mezclan a lo largo del trabajo de Villavicencio; de ahí que su descripción del Oriente haya sido catalogada por Wolf como un error “fantástico”. En la idea del error fantástico podemos notar el diálogo entre estos dos sistemas de conocimiento. El concepto del error hace referencia al primer tipo de fuente, en el que la medida y la observación pueden ser cuantificadas; mientras que el concepto de fantasía nos lleva al segundo tipo de conocimiento, donde la imaginación es la que prima. ¿Qué describe Villavicencio del Oriente y desde dónde lo imagina?

Curiosamente, a pesar de sus múltiples reparos, Wolf afirma que de los autores nacionales que han tratado del tema de la provincia de Oriente, el más recomendado es Villavicencio. “Su artículo sobre la provincia de Oriente –dice Wolf– es de lo mejor que tiene el libro. Aunque adolece de cierta vaguedad y falta de precisión en los datos geográficos, hay sin embargo muchas observaciones buenas, que arrojan una vislumbre sobre la variedad de los terrenos y su carácter general”²⁹. Wolf copia algunos párrafos de la descripción de Villavicencio en su propia “Geografía”, por supuesto, “sin asumir la responsabilidad por todo lo que dice el autor”³⁰ (Wolf, 1975: 643). Por un lado, señala las riquezas del área oriental pendiente de colonizar y denuncia la creciente implantación de las naciones vecinas en el área amazónica, poniendo énfasis en el tema limítrofe³¹. De igual manera, su relato introduce asuntos novedosos al conocimiento del Oriente tales como los problemas en la organización social de la zona y el desconocimiento y la desatención del territorio oriental por parte de los gobiernos. Villavicencio dedica también varias páginas de su “Geografía” a la descripción de la organización de los pueblos del Oriente, haciendo notar que la subsistencia de los escasos pobladores blancos depende de los indígenas³² (Esvertit Cobes, 2001: 555). Villavicencio también se involucra en las costumbres y rituales propios de los indígenas; es el caso de la descripción de su experiencia con el ayahuasca que describimos en la anterior sección.

Por otro lado, en el mapa, la provincia de Oriente, pintada en color verde, cubre más de la mitad de la superficie del papel. En esta amplia sección, Villavicencio incluye el trazado de varios ríos y lagunas, la posición de ciudades y pueblos y amplias regiones pobladas por diferentes grupos indígenas. Una de las características que salta a la vista es que la trayectoria de los ríos del Oriente es dibujada con unas serpentinas perfectamente simétricas. Elemento que es evidente en la siguiente sección del mapa de Villavicencio:

zación, mientras que en el campo de la ciencia, desde el punto de vista de Wolf, la propuesta de Villavicencio sugiere unas fronteras bastante difusas entre la medida y la imaginación.

Espacio vacío: la responsabilidad cartográfica de Teodoro Wolf

“El debate científico no es un proceso neutro, al margen de luchas de poder y de condicionamientos sociales y políticos” (Hernández Asensio, 2008: 20).

Al referirse al mapa de Villavicencio, Wolf menciona que es bien conocido en el país pero que ha sido censurado en varias ocasiones por nacionales y extranjeros. Una de las sanciones más fuertes al trabajo de Villavicencio es la pronunciada por Richard Spruce quien utilizó el mapa pocos años después de su publicación. En 1861, en su Reporte sobre su expedición para recoger semillas y plantas de Cinchona, Spruce señala que “recientemente se ha publicado un trabajo topográfico sobre el Ecuador (*Geografía de la República del Ecuador*. Por Manuel Villavicencio. Nueva York. 1858), que dado que ha sido impreso en buen papel y está acompañado por un mapa de gran escala finamente grabado, probablemente va a ser recibido en Europa con un grado de crédito que no se merece”. “El trabajo –continúa Spruce– ya ha sido criticado severamente, y sus errores más evidentes han sido destacados, por la prensa de Quito”, pero considera que es muy difícil que estas críticas y correcciones lleguen a los geógrafos europeos, por lo cual decide incluir su protesta en este reporte (Spruce, 1861: 5). En su “Geografía”, Wolf transcribe la sección más dura de la crítica de Spruce:

Parece que el autor, señala Spruce a propósito de la obra de Villavicencio, no tienen idea clara entre Norte y Sur, Este y Oeste, puesto que emplea muchas veces uno de estos términos en lugar del opuesto. En el mapa muestra el autor su ignorancia de los primeros principios de geografía por la numeración errónea de los minutos de longitud y latitud; y los nombres están muchas veces tan equivocados en sus posiciones, como si los hubiera

escrito sobre pedazos de papel y recibido sobre el mapa después de lanzarlos al aire, fijando así su posición respectiva (Spruce, 1861, citado en Wolf, 1975: 621).

Es por todas estas razones, que Wolf afirma que se va a limitar a pocas observaciones ya que el juicio crítico sobre el trabajo de Villavicencio es unánime. Wolf considera que fue de mucho valor la iniciativa de Villavicencio de querer dar al país una nueva carta, luego de que la de Pedro Vicente Maldonado³⁴ se había escaseado. Sin embargo, Villavicencio no se limitó únicamente a recopilar y a reproducir los materiales geográficos disponibles en la época (Maldonado, Humboldt, Wisse, Fritz Roy, Kellet), sino que en las palabras de Wolf, llenó el mapa con sus “particularidades” y no aprovechó de aquellos materiales. De esta forma, Villavicencio “desfiguró completamente las costas ecuatorianas y hasta las partes mejor conocidas del interior (...), y en donde quiera que quiso corregir el mapa de Maldonado, lo sembró de errores enormes”. En este contexto, Wolf concluye que esta carta no hubiera merecido ninguna atención pero, desgraciadamente, era la única que el Ecuador poseía para la instrucción pública (Wolf, 1975: 621).

En esta sección nos interesa analizar el debate científico entre Wolf y Villavicencio y, especialmente, las repercusiones que tuvo esta discusión en el posicionamiento del Oriente en el mapa. Entenderemos el debate científico como un proceso cruzado por intereses personales y de grupo, en el que “junto con la exactitud de las hipótesis hay que considerar la capacidad de los científicos para expresar sus ideas dentro de un marco político y culturalmente aceptable” (Hernández Asensio, 2008: 20). Dentro de este contexto, la controversia sobre la forma de posicionar el Oriente en el mapa (como espacio lleno para Villavicencio y como espacio vacío para Wolf) forma parte integral de la construcción y socialización del conocimiento científico. Así, la desaprobación por parte de Wolf de la propuesta de Villavicencio también debe ser leída como parte de una lucha de poder que se desarrolla por el control de espacios institucionales y sociales. Este enfrentamiento de puntos de vista pone en juego “distintas maneras de ver el mundo, prioridades intelectuales, presunciones cognitivas diferentes (...) y sensibilidades generacionales distintas” (Hernández Asensio, 2008:

22). De esta forma, el debate entre Wolf y Villavicencio, quienes están separados en el tiempo por más de treinta años, pone de manifiesto distintos momentos y prioridades en la historia de la ciencia en el Ecuador.

De hecho, al igual que en el contexto de la publicación del mapa de Villavicencio, cuando Wolf publica su mapa y su “Geografía” (1892), la cuestión limítrofe entre el Ecuador y el Perú se encontraba una vez más en un momento crítico³⁵. Pero, a pesar de estas similitudes en el contexto de publicación, existe una diferencia crucial que marca el alcance de los dos mapas; de hecho, para 1892, los vínculos que unían la ciencia con el Estado se habían consolidado de tal forma que la relación entre las dos esferas era mucho más íntima que en 1858. Así, la elaboración del mapa de Wolf da cuenta de un paso decisivo en el que se conforma un nuevo modelo de relaciones entre los científicos y la administración pública³⁶ (Hernández Asensio, 2008: 23). De esta forma, el trabajo de Wolf pone en evidencia las maneras en que el Estado comienza a asumir la tarea de promover la ciencia y decidir qué conocimientos pueden ser útiles para la nación y cuáles no. En el debate con Villavicencio, Wolf pone en juego su reconocimiento público, el cual está condicionado por su reconocimiento por parte del Estado (Hernández Asensio, 2008: 23).

Es necesario contextualizar las críticas de Wolf a Villavicencio en función de esta nueva relación simbiótica entre la ciencia y el Estado. Así, a diferencia de Villavicencio, y a partir de un vínculo muy cercano con el aparato administrativo del Estado, el esfuerzo cartográfico de Wolf adquiere la autoridad de definir las reglas del juego de la ciencia. De esta forma, en la argumentación de Wolf en contra del trabajo de Villavicencio podemos ver una intención de definir quién es científico y quién no lo es, cómo un científico llega a serlo y en qué condiciones un trabajo de mediciones y parámetros cartográficos puede llegar a ser considerado científico³⁷. Justamente, el dilema principal con el que se encuentra Wolf al tener que describir la zona oriental del país y dibujarla en el mapa es sobre qué autoridad se basarían sus afirmaciones dado que él nunca conoció esa zona y no cuenta con las fuentes suficientes en número ni en calidad científica como para basarse en ellas:

Es una lástima, afirma Wolf, que el señor Dr. M. Villavicencio, que tanto tiempo vivió en el Napo (...) no pudo sin embargo darnos una buena y clara descripción topográfica, mucho menos un plano exacto o un croquis siquiera de las partes recorridas. Le faltó completamente el sentido o el talento topográfico, como lo comprueba su mapa (Wolf, 1975: 246).

Ahora, en el momento de componer el mapa y de describir la geografía del Oriente, Wolf adopta una estrategia inversa a la de Villavicencio: la falta de información le obliga a resumir en lugar de imaginar. De hecho, Wolf inicia el cuarto capítulo de su “Geografía”, que se titula “Bosquejo hidrográfico de la región oriental”, advirtiendo al lector que hasta ese momento las descripciones de su obra se habían fundado por sobre todo en sus propias observaciones y estudios. Sin embargo, en la sección sobre el Oriente, el autor admite que debe limitarse a un resumen de trabajos ajenos y “en gran parte antiguos”³⁸ (Wolf, 1975: 221) puesto que “un solo hombre no alcanzaría en toda su vida a construir un mapa del Ecuador (...) si quisiera basarlo en sus propias mediciones geodésicas y estudios topográficos detallados” (Wolf, 1975: 30). En este punto, Wolf se lamenta de que “la tarea de trazar un bosquejo de la Región del Oriente, con materiales tan insuficientes³⁹, es muy ardua y desagradable para el geógrafo, de manera que más de una vez se siente tentado a poner el punto final, y a hacer una raya larga” (Wolf, 1975: 245).

Mapas, nación y Estado

“Bien sabéis, Señores, que una obra de Geografía no es para un hombre solo y entregado como estuve a ganar la subsistencia con mi asiduo trabajo, ella demanda la consagración por algún tiempo de un geógrafo rentado por la Nación o el trabajo colectivo de una sociedad de hombres patriotas y amantes del progreso”
(Villavicencio, 1957: 374).

En el mapa de Villavicencio, el territorio nacional es presentado como una entidad homogénea y compacta. Villavicencio representa el Oriente bajo

la misma escala y de manera continua en relación con el resto del territorio nacional. Las vastas zonas no exploradas, que cubren casi la mitad de la superficie del mapa, están llenas de ríos imaginarios y cordilleras tomadas de diarios de viajes. Así, a pesar de los limitados recursos que se utilizaron en el proceso de mapeo y el contexto de inestabilidad política en el que salió a la luz, Villavicencio nos entrega lo que normalmente esperaríamos de un mapa nacional: la imagen de una comunidad vinculada a un territorio. El resultado final, es que el mapa de Villavicencio produce en el papel lo que todavía tiene que ser producido en el terreno: un territorio nacional homogéneo cuya disponibilidad para la representación cartográfica promete al Estado la posibilidad de poseerlo por completo (Padrón, 1998: 217).

A diferencia de Villavicencio, Wolf representa el Oriente bajo una escala mucho más reducida⁴⁰ que la del resto del territorio y como un inserto en una de sus esquinas.

Mapa No. 2
Recuadro de la región oriental en el mapa de Teodoro Wolf (1892)



Fuente: Wolf, Teodoro (1892), *Carta Geográfica del Ecuador*, Leipzig, Instituto geográfico de H. Wagner & F. Debes

Dentro del inserto, Wolf marca el curso de algunos ríos y coloca una leyenda que dice: “Regiones poco conocidas y habitadas por indios salvajes”:

Mapa No. 3
Detalle de la leyenda en el recuadro de la región oriental del mapa
de Teodoro Wolf (1892)



Fuente: Wolf, Teodoro (1892), *Carta Geográfica del Ecuador*, Leipzig, Instituto geográfico de H. Wagner & F. Debes

Así, Wolf rechaza la propuesta de Villavicencio en función de su falta de rigurosidad científica y plantea una nueva forma de enfrentar el desafío del Oriente basando su trabajo en la cartografía científica en detrimento de una apropiación retórica de esta vasta zona desconocida y contestada. Wolf justifica su opción de presentar el Oriente en un recuadro separado y a menor escala en función de su responsabilidad como científico y como geógrafo de Estado. Ya que se conoce tan poco del territorio amazónico, no es posible mapearlo en la misma escala que el resto del país. De esta forma, Wolf pone por delante el rigor de la ciencia como un método deseado y como alternativa válida a partir de la cual se pueden construir proyectos de consolidación

nacional. En este sentido, el mapa de Wolf deja a un lado la retórica nacionalista y la reemplaza por la rigurosidad científica (Padrón, 1998: 218).

Estas dos formas de posicionar el Oriente en el mapa ponen en evidencia la tensión y las paradojas que existen en la construcción de la cartografía nacional. De hecho, una de las principales funciones ideológicas de un mapa nacional es la de naturalizar, tanto en ojos domésticos como internacionales, una imagen del Estado vinculada con un territorio homogéneo. Es claro que el mapa de Villavicencio cumple este objetivo, en detrimento de la rigurosidad científica; mientras que Wolf, de cierta forma, lo traiciona en función de su fe en la ciencia. El mapa de Villavicencio invita a la colonización a través de la domesticación del territorio, mientras que el mapa de Wolf advierte y pone en evidencia lo desconocido y lo salvaje, como un llamado a la necesidad de llevar a cabo nuevos descubrimientos. Al contrastar estos dos mapas, Padrón (1998: 218) se pregunta por qué el Estado auspició un mapa (en el caso de Wolf) que no se pronuncia en relación con el Oriente, y en este mismo sentido, por qué sedujo tanto Wolf con un mapa que compromete la soberanía del país. De hecho, esta interrogante apunta a distintas formas de concebir el proyecto de consolidación nacional y el rol que cumple la ciencia en cada una de ellas. Así, el mapa de Villavicencio aparece en un momento político en que la imaginación era el recurso más factible de consolidación nacional, a diferencia del mapa de Wolf, que propone más bien que la ciencia puede convertirse en el instrumento de aglutinación. Pero a pesar de la diferencia de contextos, la paradoja del mapa de Wolf persiste. Otra forma de entenderla sería pensar que al no dar forma a la región queda necesariamente un espacio abierto a la interpretación. Entonces, la nación no se constituiría sólo desde los límites hacia su interior, sino en un juego complejo de límites e interior que posibilita dejar la negociación de los límites abierta.

Terrenos baldíos: indios salvajes, pero ecuatorianos

Algunos meses después de la publicación de su “Geografía”, Villavicencio encuentra la necesidad de utilizar la información geográfica en un entorno

más político y publica un folleto titulado “Terrenos baldíos del Ecuador” (1858) donde defiende los derechos territoriales del Ecuador en contra del Perú; documento que dos años más tarde se reimprime, con algunas modificaciones que bajan el tono característico de la primera impresión⁴¹, bajo el título de “Apéndice a la Jeografía del Ecuador y defensa de los terrenos baldíos” (1860). Cuando Villavicencio viaja a los Estados Unidos con el objetivo de imprimir su “Geografía”, “ninguna cuestión se ajitaba entre este Estado y los limítrofes, sobre derechos a los terrenos colindantes” y por esa razón el autor justifica el no haber enunciado su “opinión sobre la línea divisoria del Perú y la Nueva Granada, por el Oriente, en la carta (y) explicar las razones que (le) asistían para fijar tales o cuales límites a este país” (Villavicencio, 1958: 11). A propósito de la demarcación de límites, el único comentario que hace Villavicencio en su mapa y su “Geografía” es que se ha apartado de lo “que comúnmente adoptan las cartas extranjeras (...) y los antiguos derechos territoriales del Ecuador” y le “ha parecido más racional” señalar un sistema de demarcación que armonice con “las necesidades impuestas por la naturaleza”, dejando “a cada país limítrofe el uso de las tierras y aguas que le son indispensables” (Villavicencio, 1958:12).

Pero en 1858, Villavicencio anuncia la necesidad de “contener los avances de la ambición de los vecinos”, quienes a través de las “prevenciones⁴² del Ministro de una de las naciones limítrofes han ajitado” el debate. Es así que el autor se propone “esclarecer de una vez la verdadera extensión” del territorio ecuatoriano. Cabe resaltar la concepción de Villavicencio del territorio del Ecuador: lo califica como indefenso y como víctima de reiteradas usurpaciones (Villavicencio, 1958: 12). En este contexto, su folleto sale a la luz con un carácter reivindicatorio que busca reclamar derechos que se han perdido. Esta posición, como veremos más adelante, es muy similar a la que toma Enrique Vacas Galindo casi cuarenta años más tarde, pero está absolutamente ausente en los escritos de Teodoro Wolf. Al escribir este folleto, Villavicencio considera que su opinión es la de un “ciudadano sin pretensiones que solo indica a los gobiernos, sin arrogarse facultades, lo que es natural y provechoso para el más pronto arreglo de una odiosa cuestión” (Villavicencio, 1958: 12). Esta posición del autor es radicalmente diferente a la que tomará Wolf años más tarde en calidad de geógrafo de Estado.

La discusión central del folleto gira en torno del problema de los terrenos baldíos. Durante la década de 1850 se pusieron de relieve los desacuerdos entre Ecuador y Perú respecto a su soberanía territorial. En 1857, un año antes de la publicación del mapa de Villavicencio, el Perú protestó cuando Ecuador suscribió un tratado con sus acreedores para la liquidación de la deuda externa en el que se acordaba la cesión a una compañía inglesa de grandes extensiones de territorio en la Costa y en la Amazonía. Esta deuda respondía a los préstamos obtenidos en Inglaterra para financiar las campañas independentistas (Ayala Mora, 1990: 159-160 y Flores Jijón, 1890). La cuestión suscitó una guerra con el Perú, durante la cual se efectuó el bloqueo de Guayaquil, en un contexto en el que la situación política interna del Ecuador alcanzó un estado crítico con la división del país en varios gobiernos territoriales. El Tratado de Mapasingue, suscrito entre el Presidente del Perú, General Ramón Castilla, y el Jefe Supremo del Gobierno de Guayaquil, General Guillermo Franco, implicó el reconocimiento de la soberanía del Perú en extensos territorios amazónicos reclamados por el Ecuador. La firma de este tratado provocó la oposición del resto de las fracciones políticas ecuatorianas, que se unificaron contra el gobierno de Guayaquil. La crisis nacional e internacional de 1859 puso de manifiesto de forma dramática las complicaciones derivadas de la falta de delimitación territorial definitiva (Esvertit Cobes, 2001: 546 -547).

Dentro de este contexto, Villavicencio se propone dar información a propósito de las bases territoriales sobre las cuales se sustenta la posición del Ecuador. Así, basándose en un documento impreso en Londres y escrito por “el comisionado de los tenedores de bonos anglo-ecuatorianos (Pritchett)”, Villavicencio desarrolla el tema de la cesión de terrenos con el fin de “aquietar los ánimos de aquellos que en el Perú y la Nueva Granada propalan maliciosamente la alarmante cuanto falsa aserción⁴³ de que el gobierno del Ecuador ha adjudicado en pago de sus créditos a los ingleses una grande extensión de los territorios orientales aun no deslindados”. Así, “para hacer tangible su inexactitud⁴⁴” Villavicencio traduce “literalmente parte del cuaderno (...) para presentar clara y palpable la razón del Ecuador⁴⁵” (Villavicencio, 1959: 12).

Luego de traducir el cuaderno de Pritchett, el geógrafo construye un interesante argumento en relación con los “actos de dominio” que demues-

tran la soberanía del Ecuador sobre los terrenos baldíos. Curiosamente, estos actos de dominio sobre el territorio se efectúan por fuera del alcance del Estado central y se refieren tanto a la presencia de misioneros y empresarios, como al “patriotismo de las tribus indígenas” (Villavicencio, 1858: 31). De hecho, Villavicencio discute sobre la nacionalidad de los indios del Oriente: “estos Jíbaros que derrotan a los peruanos y se sujetan a los ecuatorianos, ¿serán peruanos o ecuatorianos?” (Villavicencio, 1858: 22); y concluye que “los salvajes” son y se sienten “ecuatorianos” porque “han sabido escarmentar siempre a los peruanos que en diversas ocasiones han pretendido hacer correrías⁴⁶” en los ríos del Oriente. Para Villavicencio, los jíbaros son “salvajes, pero ecuatorianos” y las hazañas y nombres de sus grandes capitanes⁴⁷ no están olvidados en el Ecuador por “sus compatriotas civilizados” (Villavicencio, 1858: 21). Villavicencio pone énfasis en que esta defensa no se hace únicamente por “salvajismo” ya que estos son “indios de las misiones ecuatorianas que están sujetas a las autoridades del país y que tienen la convicción de que el extranjero no debe pisar el territorio, sino por las vías legales” (Villavicencio, 1858: 19). Aquí podemos ver cómo la autoridad de las misiones en el Oriente no es solamente eclesiástica sino también política; este elemento se repite muy claramente en los escritos de Vacas Galindo que analizaremos más adelante.

Villavicencio menciona una diferencia entre los grupos de indios que están “convencidos de que son ecuatorianos” (los indios del alto y bajo Napo) y aquellos que no comparten esta creencia (los záparos). Así, los indios ecuatorianos han sido “súbditos del Ecuador” desde la “más remota antigüedad” y es por eso que “reciben con placer los misioneros y autoridades del Ecuador”; ninguna de estas tribus y familias desconoce al gobierno y viven todas sometidas a él. De esta forma, el sentimiento de nacionalidad estaría ligado a un sistema de dominación de larga duración representado principalmente por el poder de las misiones. Por otro lado, están los záparos o “nuevos pobladores” quienes no han vivido bajo la influencia misional. Villavicencio cuenta de un viaje que efectuó al “centro de los bosques” para recorrer las tribus záparas, rectificar su mapa y empadronar esta nación; y afirma que jamás se puso en duda su autoridad. Los záparos, afirma Villavicencio, “tenían entusiasmo por el gobierno del Ecuador,

recordaban lo que sus padres les habían contado sobre los Jesuitas y otros misioneros, y me pedían con entusiasmo doctrineros y párrocos para poder vivir reunidos y atraer a la comunidad otras tribus de lo interior de los bosques” (Villavicencio, 1858: 27-30). Aquí podemos ver una vez más como el Gobierno del Ecuador y las misiones son usados casi como sinónimos en el Oriente. Villavicencio justifica esta ausencia del Estado en el Oriente, y su remplazo por las misiones, al afirmar que muchas veces el “gobierno ecuatoriano ha estado imposibilitado por sus cuestiones civiles” (Villavicencio, 1858: 30-31). En una de las cartas dirigidas al presidente Roca, encontramos la siguiente descripción del encuentro de Villavicencio con un záparo y sus inquietudes sobre la idea de comunidad política. Villavicencio asume un interesante rol de traducción tratando de hacer entender por un lado al záparo la idea de República y la figura del presidente; a la vez que explica al Presidente Roca el sistema de lealtad de los záparos:

Un záparo llamado Sargento jefe de más crédito entre los de Sinchichicta, preguntándome a quién obedecía, le contesté que al Gobierno de la República cuyo Presidente era V.E. y ha tomado el nombre de V.E. en la memoria haciéndome repetir constantemente. Al otro día, en el momento de despedirme, me suplicó escribiera a V.E. asegurándome que deseaba ser su amigo y en prueba de ello le remitía un regalo; acepté y di las gracias al uso de esta nación. El regalo se compone de un canasto y dentro de él tres ruedas (llaitas) de ponerse en la cabeza, un par de aretes que usan ellos, una faja con pendientes de pájaros para sus danzas, una camiseta de él y una pampanilla de la mujer más querida. Los de esta nación acostumbran cuando quieren enamistarse con algún mandarín remitirle un regalo de lo mejor que tienen, y aceptado toman el título de amigos y tienen que morir en su defensa sin poder traicionarse jamás (Villavicencio, 1847: 35).

Ahora, regresando al problema de los terrenos baldíos, la evaluación final que hace Villavicencio de este debate es que la cesión que el Ecuador ha hecho de terrenos a sus acreedores ingleses es un “buen negocio” ya que permite promover estas regiones para la inmigración. Aquí Villavicencio se expresa a favor del sueño de una inmigración europea, concebida como instrumento de modernización de la sociedad, figura que es un rasgo co-

mún de la cultura política hispanoamericana del siglo XIX⁴⁸. Así, el concepto de inmigración señala una entrada, “de preferencia masiva, de familias de campesinos o de artesanos europeos, organizada o cuando menos favorecida por el Estado o empresas privadas con contrato con el Estado, bajo la perspectiva de poblar zonas vírgenes, de limpiarlas, cultivarlas, de convertirse en propietarios” y tener acceso a la nacionalidad ecuatoriana (Martínez, 1998: 2).

De hecho, Villavicencio defiende en varias partes de sus escritos la necesidad de la inmigración para el bienestar del Ecuador: “es innegable que los terrenos cedidos son un paraíso verdadero, por su virgen suelo, su feraz vegetación, sus riquezas auríferas, su posición topográfica y cuantiosos productos en los tres jéneros de la naturaleza” pero “¿de qué sirven las riquezas escondidas? ¿De qué sirven los tesoros que no se pueden usar? ¿Para qué son los terrenos que no se pueden cultivar?”. Para el geógrafo la principal debilidad del Ecuador es su “falta de brazos”; razón por la cual el “comercio no aumenta con la rapidez que exigen las riquezas de nuestros productos” y “la agricultura se va quedando atrás en la carrera que lleva en otros pueblos”⁴⁹. Villavicencio identifica varias razones por las que se ha impedido el aumento de la población; entre ellas menciona “la mezquindad de las rancias preocupaciones en los gobiernos, la falta de confianza, la inseguridad de las garantías (y) los disturbios intestinos”. De esta forma, Villavicencio se suma a una ideología “europeísta de la modernización” (Martínez, 1998: 2) al considerar que con la inmigración que llegue de la “necesitada Europa” estos terrenos baldíos se convertirán “en fuentes de riqueza y de poder” (Villavicencio, 1858: 41-42). Villavicencio toma el caso de los Estados Unidos como ejemplo para demostrar “las ventajas de nacionalizar a todo hombre que pisa el territorio, sea cual fuere su color, su secta o nación”. Así, la “riqueza y grandeza” de esta nación es fruto de las grandes migraciones que aumentaron su población, cultivaron sus terrenos, y le dieron “brazos fuertes y hombres inteligentes para sus manufacturas, minas y caminos” (Villavicencio, 1858: 44).

Podemos ver que existe una expectativa muy grande en los migrantes de quienes se espera que traigan sus herramientas y sus conocimientos con el fin no sólo de sanear el terreno, abrir las vías de comunicación y desa-

rollar el comercio; sino que también “se espera de ellos que desempeñen un papel moral, cívico, que ayuden a construir las instituciones nacionales, la civilización material y a inculcarle al pueblo el amor por el trabajo y el orden”. De alguna manera, parece que los migrantes europeos estarían encargados de educar el país y civilizar las poblaciones aisladas donde el Estado no puede llegar (Martínez, 1998: 3). Siguiendo este modelo, Villavicencio es un ferviente defensor de la inmigración como instrumento de colonización interior, como mecanismo para ocupar, valorar y controlar el territorio e incluirlo dentro del proyecto nacional. En contraste con la posición de Villavicencio, Wolf y Jameson son muy críticos sobre estos proyectos de colonización al considerarlos en muchos casos improvisados e inviables. Para Wolf, el desconocimiento del Oriente ha permitido que el imaginario nacional se sustente en una visión demasiado homogénea del territorio oriental, lo cual ha distorsionado las posibilidades reales de fomento y explotación de la Amazonía: “no dudo que una gran parte de esa región sea muy feraz y a propósito para el cultivo de productos tropicales, pero debemos cuidarnos de no generalizar las observaciones locales y extender el juicio favorable sobre todo el país sin distinción, como lo hacen algunos propagandistas del Oriente y de su colonización, más entusiastas que prudentes que fundan sus suposiciones problemáticas en cálculos muy atrevidos y hasta imposibles, y edifican castillos en el aire” (Wolf, 1892: 208-209, citado por Esvertit Cobes, 2001: 555).

Por su parte, Jameson (1858: 345) describe lo siguiente:

Durante esta corta expedición, todo lo que he visto me convence de que el Napo no se puede convertir, por lo menos en nuestro siglo, en un lugar de importancia bajo ningún aspecto, ya sea comercial o agrícola. Desde Quito, es prácticamente inaccesible, luego de un largo y acontecido viaje a pie pasando rocas y precipicios, sin mencionar los formidables ríos que se debe superar. Por otro lado, el viaje al Amazonas requiere de 15 días, pero el regreso se hace por lo menos en tres meses, dada la fuerza de la corriente. Estas consideraciones deben paralizar para siempre las esperanzas de los colonizadores que se puedan sentir inclinados a establecerse en sus orillas (la traducción es mía).

Un último punto que nos interesa tratar en relación con la opinión de Villavicencio sobre el trazado de límites y el manejo del territorio tiene que ver con su concepto de la “balanza política de las repúblicas sudamericanas”. Después de revisar todos los argumentos históricos y legales sobre la posesión del territorio oriental, Villavicencio concluye que la razón más importante por la que “los territorios orientales le son indispensables al Ecuador (es) porque sin ellos quedaría reducido su territorio a casi nada” mientras que el Perú agrandaría su superficie y asumiría una preponderancia territorial demasiado peligrosa para el equilibrio geopolítico de la región (Villavicencio, 1958: 42). En este punto, Villavicencio ya no habla en calidad de “ciudadano (ecuatoriano) sin pretensiones” como lo hace en secciones anteriores, sino que afirma sentir latir en su “pecho un corazón verdaderamente americano” (Villavicencio, 1958: 40). Así, para el mejor interés de todos los americanos, el Perú debería “buscar su engrandecimiento en la paz y en la libertad” (Villavicencio, 1958: 44) y no en la dimensión de su territorio⁵⁰:

Ojalá todos los gobiernos de las secciones americanas se convencieran de que no es de la mayor o menor extensión de sus territorios incultos de que depende su felicidad, sino de la unión, de la mejora de sus instituciones, de la instrucción de los pueblos, del desarrollo del comercio y de la industria, de la protección de las ciencias y de las artes, y del respeto a la justicia y a las garantías individuales de los ciudadanos. Separarse de este programa es retrogradar inmensamente y alejarse de ese provenir brillante a que está llamada esta parte del mundo, sobre la cual ha derramado la Providencia sus inagotables dones (Villavicencio, 1958: 46).

Conclusiones

En este capítulo discutimos sobre la relación entre la ciencia vista desde la nación y la ciencia vista desde un afán por aprehender un conocimiento universal. Propusimos que la nación garantiza un espacio de posibilidad para la ciencia local que, a su vez, construye un concepto de nación con el fin de participar dentro del mapa de la ciencia universal. En este sentido,

el mapa de Villavicencio es una evidencia de un espacio donde actores independientes al Estado central dirigen definidas iniciativas nacionales. Así, si regresamos a la relación entre el cartógrafo, el territorio y el estado-nación, en este capítulo un elemento curiosamente ausente es la relación de Villavicencio con el Estado. De hecho, esta característica responde a varias circunstancias. Por un lado, está la dificultad de reconstruir la vida y relaciones de Villavicencio dentro del archivo. En efecto, los rastros de este personaje son difíciles de seguir: más allá de sus principales publicaciones, Villavicencio aparece de manera muy esporádica en los registros a los que hemos tenido acceso en esta investigación. Pero este problema metodológico apunta también a una característica de la relación entre la geografía y el Estado en este período. La inquietud que nos queda es cómo se llevó a cabo la publicación del primer mapa del Ecuador republicano sin una evidente y frontal participación del Estado en el proceso.

Por un lado, existe la duda de quién financió la publicación del mapa y, por otro lado, queda por investigar en qué momento el mapa se convirtió en un documento oficial del Estado. En todo caso, la ausencia del Estado en este capítulo refuerza el argumento de que, en este período, la ciencia tuvo relaciones mucho más estrechas con esferas internacionales que con el aparato de Estado. Sin embargo, al comparar el mapa de Villavicencio con el mapa de Wolf, anticipamos un cambio en esta relación ciencia/nación/Estado caracterizado por la articulación del conocimiento científico con la administración estatal como una novedosa herramienta de gobierno. Este cambio será más evidente en el próximo capítulo donde analizaremos la “Geografía” y el mapa de Teodoro Wolf.

También discutimos en este capítulo sobre la opinión de Villavicencio de que el buen manejo de las disputas por el territorio y los límites puede determinar mejores adelantos para las naciones americanas. Es en este sentido que el geógrafo defiende la tesis de los terrenos baldíos, la inmigración europea y la balanza geopolítica regional. Dentro de este contexto encontramos también la posibilidad de imaginar a las poblaciones “incultas” y “salvajes” del Oriente como parte de la nación ecuatoriana. Este tema se retomará en los siguientes proyectos cartográficos desde perspectivas distintas.

Notas

- 1 Ver Anexo 1.
- 2 La “Academia Nacional Científica y Literaria” fue fundada por la Convención en 1861 (El Nacional, #42, 21 de Mayo 1861) y desapareció en 1864, el mismo año en que Villavicencio fue aceptado. Sobre sus primeros miembros ver Arauz, 1957: 334.
- 3 La fuente más accesible y amplia sobre los usos del concepto está en Bourdieu (1993), *The Field of Cultural Production* (citado en Wacquant, 2005: 63).
- 4 Villavicencio, 1984: viii
- 5 Un estudio sobre la contribución de Jameson a la botánica de Sudamérica es una tarea pendiente (Ver Pearson, 2004).
- 6 Mucha de esta correspondencia se guarda en la biblioteca del Gray Herbarium en Harvard. Esta colección contiene 220 cartas dirigidas a Jameson desde 1827 hasta 1869. El análisis de este conjunto de cartas sería una contribución muy valiosa.
- 7 Villavicencio, 1984: 140.
- 8 De hecho, a lo largo de sus viajes Osculati prepara numerosas colecciones de armas, instrumentos, tejidos y objetos de historia natural, de los cuales una buena parte fue regalada al Museo de Milán (Osculati, 2000: 18).
- 9 Osculati llega a Quito el 27 de Abril de 1847 y al día siguiente de su llegada fueron a saludarle el ministro inglés M. Koope y el doctor Jameson (Osculati, 2000: 38). Osculati se expresa con mucha admiración al hablar de Jameson: “este célebre botánico inglés establecido desde hace muchos años en Quito” (Osculati, 2000: 61).
- 10 En el reporte sobre su viaje al Napo en 1858, Jameson (1858: 345) es muy crítico en relación con la función del Gobernador del Napo.
- 11 Villavicencio (1984: v) reconoce la autoridad de Balbi y lo pronuncia como el “Célebre Mr. Balbi”.
- 12 Todas las traducciones del texto de Reybaud, 1839 son mías.
- 13 Para datos biográficos sobre Balbi, ver (Von Wurzbach, 1856; Errera, 1938). Balbi tenía una gran reputación en Rusia donde era a menudo citado en clases universitarias de estadística, ver (Ptucha, 1955, citado por Zbikowska Migon, 2001: 232).
- 14 Todas las referencias al texto de Balbi son traducciones mías.
- 15 Drayton (2000) sostiene que las ciencias naturales requieren del mundo entero para poder tener un significado, por lo que este tipo de ciencias se modificaron sustancialmente con la expansión imperial.
- 16 De aquí el interés de Balbi por que Villavicencio le entregue información de primera mano sobre el Ecuador para una reimpresión de su obra.
- 17 En Guayaquil el Vicerrector del Colegio San Vicente del Guayas, Dr. Luciano Moral, le entrega una cátedra (citado por Pérez Pimentel, 2009). A él dedicará años después su obra: “a mi compatriota, Luciano Moral, Vicerrector i profesor de matemáticas del Colejio Nacional de Sn. Vicente del Guayas: Ninguna mejor que tú, querido amigo, merece la dedicatoria de esta *Geografía* de la cara patria.” (Villavicencio, 1984).
- 18 Segun Terán (1984: xv) y Pimentel (2009) Juan Antonio Gutierrez, ciudadano argentino, cónsul de Argentina y Chile en Guayaquil, costeó la impresión de la obra y pagó el viaje de Villavicencio a Nueva York, en 1859, para dar el visto bueno de la impresión de la “Geografía”. Villavicencio se refiere de la siguiente forma de su patrocinador, sin mencionar su nombre: “el temor de abusar de la protección del jeneroso e ilustre patriota a cuya bondad se debe la publicación de este tratado, nos ha hecho omitir todo lo que no fuese absolutamente necesario a nuestro objeto; por otra parte como el grabado de láminas aumenta el valor de la obra, no hemos querido recargar su precio” (1984: ix).
- 19 Podemos analizar la noción de criterio de selección a partir de los conceptos de objetividad y testigo desarrollados por Cook (2007). Ver también Pimentel, 2003.

- 20w Las guías principales del trabajo de compilación de Balbi son los viajes y reportes de Humboldt, de Ward, Bullock, Lyon, Hardy, Beltrami, Mollien, Thompson, Rengger y Longchamp y Nuñez (Balbi, 1844: LXV).
- 21 Ver discusión en Safier (2008) al respecto de esta dinámica en el siglo XVIII.
- 22 Sobre la legibilidad y commensurabilidad (para el centro) de las observaciones, medidas, textos y representaciones hechos en la periferia, ver Bruno Latour (1987).
- 23 Ver también Collins (1985: 100-106) sobre el reclamo de universalidad de la ciencia (citado en Raj, 2000: 133).
- 23 Villavicencio considera que “si los conocimientos científicos en el Ecuador no han llegado a la altura a que se encuentran en los países civilizados de Europa, este atraso debe atribuirse al régimen colonial (...) i al carácter fanático de nuestros conquistadores” (Villavicencio, 1984:178).
- 24 Sobre esta tensión entre nacionalización de la ciencia e ideal universalista, ver S. Sörlin (2000).
- 25 En los textos geográficos que estamos analizando se utilizan varias formulaciones para describir la región oriental del país. Villavicencio habla principalmente de la “provincia de Oriente”, mientras que Wolf habla de la “región oriental” o de la “región amazónica”.
- 26 Hegen (1963: 432) analiza las razones por las que el Oriente es un territorio política y económicamente casi inexistente.
- 27 El conocimiento más o menos detallado de la estructura geológica y geográfica del Oriente se pudo alcanzar recién en la segunda mitad del siglo XX; más de cincuenta años después de la publicación del mapa de Wolf. La posibilidad de mapear el Oriente dependía fundamentalmente de los medios técnicos para hacerlo. Wolf únicamente tenía a su disposición un teodolito, una brújula y un barómetro; y el mapeo del Oriente tuvo que esperar la llegada de la aerocartografía para poder ser exitoso (Wolf, 1975: 743).
- 28 Esvertit Cobes (2001: 544) considera que las leyendas del Oriente colonial de Juan de Velasco influyeron importantemente en la imaginación de Villavicencio (1858), de Francisco Andrade Marín (1884) y de Enrique Vacas Galindo (1892). Dos trabajos se han enfocado sobre los imaginarios del Oriente ecuatoriano: Ospina, 1996 y Trujillo, 1992.
- 29 Al comentar sobre el trabajo de Villavicencio, Spruce (1861: 6) coincide con Wolf en que la mejor parte es la sección de Oriente.
- 30 Wolf copia al pie de la letra (a excepción de dos párrafos que son omitidos) las primeras páginas del capítulo de Villavicencio sobre el Oriente (en la edición de 1984, corresponden a las páginas 346-359).
- 31 Otros trabajos que hacen énfasis en el tema limítrofe, en la época en que escribe Villavicencio, son Wisse (1848) y Mera (1875).
- 32 Ver Villavicencio (1984: 354).
- 33 Ver Monmonier (1991) para la idea del “arreglo cartográfico” con fines estéticos. Citado por Padrón (1998: 221).
- 34 El mapa del riobambeño Pedro Vicente Maldonado (1704-1748) fue publicado a título póstumo por La Condamine en París en 1750. Al respecto ver Lafuente y Mazuecos (1992) y Safier (2008).
- 35 En 1890 se suscribió el Tratado Herrera-García, que reconocía la soberanía del Perú sobre las áreas orientales en disputa que este país ya ocupaba, mientras que el Ecuador obtenía acceso al Amazonas. El Congreso peruano objetó el tratado y propuso una modificación que dejaba para el Ecuador una precaria salida al Amazonas. Los cambios no fueron aceptados por el Congreso ecuatoriano y, suspendidas las negociaciones directas, se recurrió al arbitraje español para la solución del diferendo (Esvertit Cobes, 2001: 556).
- 36 Como veremos en la siguiente sección, después de la muerte de García Moreno en 1875, Wolf es nombrado geólogo del Estado ecuatoriano, por el nuevo presidente de la República, Antonio Borrero. En 1891 fue contratado por el Presidente Antonio Flores Jijón para la elaboración de la Carta Geográfica del Ecuador que se imprimió 15 meses más tarde (Martínez, 1994).

- 37 En relación con la autoridad científica, ver Hernández Asencio (2008: 141).
- 38 Al igual que Balbi, Wolf destaca la importancia de los “auxilios ajenos” en la construcción de los estudios geográficos (Wolf, 1975: 30).
- 39 Los materiales que utiliza Wolf para elaborar la descripción hidrográfica y orográfica de la región del Oriente son principalmente la descripción de A. Wertheman (ver Wolf, 1975: 633) de su expedición del alto Marañon en 1870 y los extensos trabajos de A. Raimondi (1889-1892) sobre la geografía del Perú (ver Wolf, 1975: 623). También cita referencias a las descripciones de M. de la Condamine (1745) en su viaje por la provincia de Quito. Adicional a estas referencias, Wolf trabaja con la información de la excursión a Gualaquiza de Luis Cordero (1875) y critica los aportes de Villavicencio (1858).
- 40 En el mapa de Wolf la escala del Oriente (1:3.000.000) es casi siete veces más pequeña que la escala en la que se representa en resto del territorio nacional (1:445.000). Las islas Galápagos, por su parte, son representadas en una escala (1:890.000) sólo casi dos veces más pequeña que la escala del resto del mapa.
- 41 A lo largo de esta sección señalaremos los puntos en los que difiere la primera edición de la segunda.
- 42 En la edición de 1858 Villavicencio habla de las “odiosas y mezquinas prevenciones del Ministro” (Villavicencio, 1858: 4).
- 43 En la edición de 1858 Villavicencio se refiere a la “injuriosa especie” (Villavicencio, 1858: 5).
- 44 En la edición de 1858 Villavicencio dice: “para hacer palpable la ignorancia, calumnia y mala fe del autor o autores de semejante dicho, traduzco literalmente parte del cuaderno, sintiendo tener que referirme a la misma carta y obra mía, por no poder grabar el pequeño mapa que lo acompaña, pues no hai trabajadores en la única litografía que tiene esta ciudad” (Villavicencio, 1858: 5).
- 45 Finalizada la transcripción del informe de Pritchett, en la edición original de 1858 Villavicencio incluye algunos párrafos que no están presentes en la edición de 1860 (Villavicencio, 1958: 13 -14 y 17).
- 46 Villavicencio describe una *correría* de los peruanos de la siguiente manera: “Asaltan por las noches las descuidadas rancharías de los Indios, las incendian por varias partes, hacen descargar a bala sobre las cosas, y cuando los infelices salvajes escapados de las valas se despiertan sorprendidos, hallan los blancos y las lanzas que los sacrifican impacientes. El objeto de esta bárbara y alevosa carnicería es robar los niños de esos indios, sus hamacas y curiosidades para venderlas en Tabatinga y demás pueblos del Perú” (Villavicencio, 1858: 47).
- 47 Anguasa y Cayuca (de Gualaquiza), Canambi y Nanchirima (del Mendena y Alapicos), el caliente Cundunama (del Copataza) el bravo Uyungara (del Balsa yacu) y tantos otros” (Villavicencio, 1858: 21).
- 48 Agustín Codazzi, por ejemplo, una de las figuras más importantes de la cartografía colombiana del siglo XIX, es “solicitado a finales de 1850 por el Secretario de Relaciones Exteriores, Paredes, para dar su diagnóstico sobre el tema de la inmigración” (Martínez, 1998: 8).
- 49 “Si no hai brazos, no puede cultivarse la tierra; y si no hai consumidores, ningún provecho sacará el que pretenda aumentar los productos” (Villavicencio, 1858: 42).
- 50 De ahí que su noción del trazado de límites con los países vecinos se guía en función del principio de que “se deben hacer concesiones para obtener linderos naturales y que nos proporcionen una paz sólida” (Villavicencio, 1958: 44).

Capítulo III

Entre el servicio y la convicción, la propuesta cartográfica de Teodoro Wolf

Un sabio entre poetas

“Los ecuatorianos son más adictos a las bellas letras que a los estudios serios; la República ha producido algunos poetas y literatos notables, pero ningún físico, químico, geógrafo, naturalista, en fin, ninguno que sobresalga en las ciencias exactas, que necesitan largos estudios y mucha paciencia. Por la misma razón de trabajar más con la fantasía y el corazón, que con el entendimiento y la cabeza, son muy aficionados a la música y a la pintura y escultura, y para estas artes manifiestan mucho talento” (Wolf, 1975: 591).

Por encargo del Arzobispo Manuel María Pólit, Cristóbal Escobar viaja a Alemania para visitar a Teodoro Wolf¹ pocos años antes de su muerte (1924). Lo encuentra en su casa en Dresden, en un cuarto repleto de “papeles, cuchillas, tijeras, lápices y plumeros (...) y cerca de ellos, dos galerías con libros en varios idiomas, todos publicados por Teodoro Wolf”: ¡Era el cuarto de un sabio! (Pérez Pimentel, 1975: 22). Este sabio vivió por más de veinte años en el Ecuador (1870-1891), y seguramente conoció este país con mucha más profundidad que cualquier otro personaje de su época. Esta larga permanencia “entre poetas” frustró a cada paso al metódico científico quien no encontraba interlocutores que compartan su afición

por el razonamiento lógico y la exactitud matemática. Pero este contexto dominado por la “fantasía” también lo volvió más sensible y creativo. Su “Geografía” y su mapa del Ecuador, publicados en 1892 como obras cúspide de todo su trabajo científico en el país, son muestra de esta tensión entre la erudición y la poesía².

¿Qué es la ciencia para Wolf? ¿Cómo la relaciona con el Estado? ¿Y cómo entiende las dinámicas nacionales? De hecho, una serie de publicaciones hechas por Wolf en sus primeros años en el Ecuador³ nos permiten entender su concepto de la relación entre la política, la naturaleza y la ciencia. El enfoque de estos primeros artículos conecta la aplicación de la geología con la política. Así, el geógrafo vincula el estudio de la tierra con la dinámica de formación y consolidación de las naciones: “el suelo que pisamos influye acaso más de lo que se piensa en las condiciones y costumbres del hombre, ejerciéndose esta influencia de un modo invariable pero insensible en el especial desarrollo de las naciones”. “¡Quién lo creyera!” se sorprende el jesuita, que la vida social y política “extiende sus raíces hasta las hondas profundidades de la tierra enlazándose por medio de ellas con las épocas más remotas de la antigüedad geológica”. De esta forma, Wolf considera que las naciones “llegan a arraigarse en el suelo en que se asientan” (Wolf, 27 febrero, 1871). Así, a través de este proceso, el suelo finalmente se convierte en patria. En este sentido, Wolf sostiene que existe una dependencia y armonía admirables entre las condiciones geológicas y políticas de una localidad. Pero a pesar de que la constitución geológica de la tierra ocupa un espacio clave en la historia de las naciones, este lugar suele estar muy descuidado. Wolf concluye señalando la importancia de los usos de estas ciencias en tanto saberes indispensables para una nación y como “uno de los fundamentos en la doctrina de la economía nacional” (Wolf, 27 febrero 1871).

En este capítulo discutiremos sobre la relación entre la propuesta científica de Wolf y su contexto de producción. De hecho, esta influencia del entorno social en el trabajo del geólogo hace que su mapa describa el mundo en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales⁴. Esta influencia puede ser leída en el trabajo de Wolf como una disyuntiva entre su forma de hacer ciencia y el Estado y la nación que lo aus-

pician. De esta forma, si seguimos con la hipótesis planteada en el capítulo anterior, la dinámica entre ciencia, Estado y nación tiene un carácter muy distinto entre Villavicencio y Wolf. Para el caso de Wolf, esta triada se va convirtiendo paulatinamente en una relación cada vez más comprometedora. De hecho, los científicos europeos del siglo XIX no fueron los primeros en introducir la ciencia en el Ecuador como una forma de conocimiento disciplinario, sino que continuaron en el trabajo que comenzó en el siglo XVIII por los jesuitas y la comisión científica francesa (Acosta-Solís, 1985). Un hito en la relación entre ciencia y Estado en Ecuador se da en el año de 1857, cuando el Congreso Nacional pasa una ley donde se proclama que la enseñanza de las ciencias es un elemento indispensable para el progreso de la República. De esta forma, el trabajo científico de los europeos visitantes toma mayor relevancia y legitimidad: su actividad en el Ecuador ya no es solo auspiciada por personas con intereses particulares, sino que recibe el apoyo oficial del Estado (Miranda Ribadeneira, 1972: 30-31).

Dentro de este contexto, la figura de Teodoro Wolf es sumamente interesante porque es el hombre de ciencia por excelencia. Este carácter paradigmático de Wolf es evidente, por ejemplo, en el debate sobre la interpretación de los motivos de la devastadora erupción del Cotopaxi de 1877 analizado por Fitzell (1996: 309). Este evento sacó a la luz la diferencia abismal entre las interpretaciones religiosas y las interpretaciones científicas y cuál de las dos opciones es más útil para el estado-nación. De hecho, Wolf es el único que analiza los hechos exclusivamente desde el punto de vista científico; incluso su compañero Luis Sodiro, quien viaja con él a hacer un levantamiento de información bajo la orden del presidente Veintimilla, incluye detalles bíblicos dentro de su informe. Este ejemplo pone en evidencia el contraste que intentamos construir entre Wolf y su contexto; que es un elemento clave para entender su “Geografía” y su mapa.

El contexto del cartógrafo: expediciones a espacios desconocidos

“Cartas tan exactas y minuciosas hasta en sus últimos detalles, como las que poseen la mayor parte de los Estados de Europa, son el resultado de la colaboración de centenares de geógrafos, astrónomos, ingenieros, sociedades científicas, Gobiernos ilustrados y sería injusto medir con la medida comparativa de ellas las cartas de una República sudamericana, que apenas sale de los pañales de su infancia política y tienta los primeros pasos en el vasto campo de la ciencia moderna. Tales cartas quedarán por algún tiempo un *pium desiderium* para los países sudamericanos”
(Teodoro Wolf, 1975: 30).

Tal como afirma Wolf en el párrafo que acabamos de citar, el trabajo geográfico en los países sudamericanos se diferencia sustancialmente del ámbito europeo. La principal diferencia es la soledad en la que tienen que trabajar los pocos hombres que se especializan en este campo. En América en la segunda mitad del siglo XIX, las sociedades científicas son todavía incipientes y los “centenares de geógrafos, astrónomos e ingenieros” que existen en Europa, tienen que ser reemplazados por una mano de obra poco calificada y escurridiza. En este contexto adverso, la monumental obra de escribir la geografía de un país y trazar su mapa aparece como una tarea casi imposible para un solo hombre.

En esta sección trataremos de entender cómo Wolf enfrenta este desafío. Iniciaremos por una descripción de su llegada al Ecuador y su relación con el Estado, para luego hablar de sus grandes expediciones a lo largo del país y centrarnos en la problemática del Oriente que nos permitirá poner de manifiesto la tensión entre la ciencia y las estrategias estatales por controlar el territorio.

Ciencia, universidad y Estado

El 30 de Agosto de 1869, durante el segundo mandato de García Moreno, la Convención Nacional expide un decreto para el establecimiento de la Escuela Politécnica en Quito⁵. Así, esta resolución buscaba formar profesores de tecnología, ingenieros civiles, arquitectos, maquinistas, ingenieros de minas y profesores de ciencias. El Poder Ejecutivo debía entregar, de las rentas nacionales, las sumas suficientes para traer del extranjero un grupo de profesores calificados. La instrucción sería gratuita.

Dentro de este contexto, en el año de 1870, fueron contratados los padres alemanes de la Compañía de Jesús: Juan B. Menten⁶, Teodoro Wolf⁷ y Luis Sodiro⁸; y el 3 de Octubre de 1870, se iniciaron las clases en la Escuela Politécnica de Quito. Según la nómina tomada del Libro de Matrículas, en el curso de 1870 a 1871, se matricularon veinte alumnos en Matemáticas y Física (1.Manuel de Angulo, 2.Miguel Egas, 3.Aparicio Ortega, 4.Carlos Casares, 5.Braulio Buendía, 6.Agustín Garrido, 7.Juan Pablo Sanz, 8.Antonio Sánchez, 9.David M. Rivera, 10.Rafael Villamar, 11.Fidel Sosa, 12.Leonidas Larrea, 13.Estuardo Arboleda, 14.Daniel García, 15.Carlos Guerrero, 16.Elías Mena, 17.Joaquín Alvarez, 18.Abel Egas, 19.Clodomiro Quevedo, 20.Belisario Quevedo) y 8 alumnos en Ciencias Naturales (1.Miguel Abelardo Egas, 2.Manuel Jaramillo Egas, 3.Agustín Garrido, 4.Juan Pablo Sanz, 5.Antonio Sánchez, 6. Carlos Guerrero, 7.Santiago Galindo, 8.Gaspar Fabara). La Escuela Politécnica funcionó durante seis años. Entre 1870 y 1876 se matricularon 97 alumnos en las distintas carreras y se contrataron 16 profesores. Luego de la llegada de los tres primeros padres jesuitas en 1870, llegaron en 1871 los padres Luis Dressel (profesor de Química), Luis Heiss (profesor de Química), José Kolberg (profesor de Matemáticas superiores), José Epping (profesor de Matemáticas superiores), Cristian Boetzkes (profesor de Zoología), Emilio Müllendorf (profesor de Maquinaria Descriptiva) y A. Wenzel (profesor de Matemáticas inferiores, Física e Idiomas). Luego, en 1873 llegaron los padres Eduardo Brugier (profesor de Matemáticas inferiores) y Alberto Claessen (profesor de Matemáticas superiores). En este mismo año, también fueron contratados el arquitecto Jacobo Elbert (profesor de Arquitectura y Dibujo), el ingeniero civil Nicolás

Grünewalt (profesor de Ingeniería Civil) y Carlos Honshteter (preparador de animales embalsamados para el Museo Zoológico de la Escuela Politécnica). Por último, en 1874 vino el padre Clemente Faller quien se desempeñó como decano de la Escuela de 1874 a 1876. Cada año, se publicaban programas detallados de todas las materias que se iban a dictar. Estos programas estaban siempre precedidos de una investigación científica de uno de los profesores. Luego de la muerte de García Moreno, esta iniciativa no fue impulsada: la Escuela se cerró en 1876, muchos estudiantes no pudieron terminar sus carreras y la mayoría de profesores regresaron a sus países de origen. Sin embargo, tres de los dieciséis profesores; Menten, Wolf y Sodiro⁹, se quedaron en el país por muchos años.

A pesar de la corta duración del proyecto de la Escuela Politécnica, esta iniciativa marca una nueva dinámica entre la ciencia, la universidad y el Estado. El interés por traer a este grupo de profesores quienes trabajarían bajo la lógica de la “ciencia moderna”, como afirma Wolf (1975: 591), convierte a la universidad en un novedoso espacio que intenta fundar una determinada relación entre la ciencia y la administración estatal. Wolf se da cuenta rápidamente de la oportunidad de este entorno para el desarrollo de nuevas teorías, de ahí su enorme interés por la teoría darwinista, que desarrollaremos más adelante. Esta progresiva instalación de ideas positivistas dentro del Ecuador es un tema muy relevante en el desarrollo del contexto de la publicación del mapa de Wolf. El positivismo genera un campo de poder, dentro del cual debemos entretejer la figura de Teodoro Wolf. ¿En qué tipo de ciencia se inscribe su trabajo y cuáles son sus dispositivos?

Costa, Sierra, Galápagos y Oriente: expediciones por el Ecuador

Tras la muerte de García Moreno, el nuevo presidente de la República, Antonio Borrero, nombra a Wolf como geógrafo de Estado a finales de 1875 para estudiar los minerales útiles del país; cargo que desempeña por varios años (Pérez Pimentel, 1975: 18). Más tarde, en la etapa progresista, una de las responsabilidades que se le atribuyó fue la de validar y completar el conocimiento cartográfico de la época, con el fin de producir una nueva

carta geográfica del Ecuador. El conocimiento cartográfico en la segunda mitad del siglo XIX consistía principalmente de los cálculos y observaciones de La Condamine de principios del siglo XVIII, y los datos recopilados y validados por las expediciones de Humbolt (1802), Boussingault (1831) Reiss y Stubel (1871 y 1874) y finalmente Whimper (1879-1880). A esto se suma el trabajo de Manuel Villavicencio que revisamos en la sección anterior. De hecho, Wolf resalta el carácter colectivo de la construcción del conocimiento geográfico dado que:

Un solo hombre no alcanzará en toda su vida construir un mapa del Ecuador (más dilatado que Francia o el Imperio Alemán), si quisiera basarlo en sus propias mediciones geodésicas exactas y estudios topográficos detallados. Es indispensable que se valga de auxilios ajenos. Operaciones geodésicas en varias partes de la República, observaciones astronómicas de diferentes sabios y hechas en diversas épocas, planos de innumerables localidades separadas, cartas marítimas, itinerarios y descripciones geográficas, bosquejos y croquis más o menos completos, mapas antiguos de misioneros y viajeros, dibujos de paisajes y hasta fotografías, ángulos tomados con la brújula en los viajes, observaciones barométricas en todas las alturas, etc., etc., todos estos materiales tan heterogéneos y a veces de tan ambiguo valor, tienen que amalgamar con prudente crítica y combinar con sus propios trabajos en un solo conjunto, que en forma de una carta geográfica represente el estudio actual de los conocimientos geográficos del país (Wolf, 1975: 30).

Wolf firmó contratos con las administraciones de José María Plácido Caamaño (Quito, 19.05.1884) y Antonio Flores Jijón (Guayaquil, 25.02.1891), en cuyas bases se reglamentaban las condiciones para la publicación de un mapa y de un texto geográfico sobre el país. Fruto de un trabajo minucioso de más de veinte años, Teodoro Wolf publica en 1892 la “Geografía y geología del Ecuador y la carta geográfica del Ecuador”¹⁰ (Wolf, 1892) que serán los documentos oficiales sobre el espacio nacional por 14 años, hasta ser remplazados por la carta de Enrique Vacas Galindo.

Este mapa está basado en las siete grandes expediciones que realizó Wolf a lo largo del Ecuador que se llevaron a cabo entre 1871 y 1878. Las

tres primeras expediciones; Manabí (Wolf, 26 septiembre 1871), Guayas (Wolf, 3 enero 1874) y Galápagos (Wolf, 14 noviembre 1887), se realizaron bajo el gobierno de García Moreno. Las siguientes cuatro expediciones¹¹; Loja, Azuay, una segunda visita a Galápagos y Esmeraldas se llevaron a cabo durante la presidencia de Veintemilla. La primera expedición de Wolf tiene como objetivo estudiar unos extraños movimientos de tierra en las Costas de Manabí. El siguiente viaje, a la provincia del Guayas, se realiza en función de una instrucción directa de García Moreno para el levantamiento de datos geológicos y productivos de la zona. Los dos viajes de Wolf a las Islas Galápagos tienen relación casi exclusivamente con el interés científico de Wolf y su admiración por Darwin. Es en sus siguientes tres viajes; Loja, Azuay y Esmeraldas, que podemos observar la transición de un interés por levantar mapas geológicos a un interés por levantar mapas geográficos. Ahora, como mencionamos anteriormente sus siete grandes expediciones se ven plasmadas en el trazo del mapa. La siguiente cita sugiere cómo el mapa se vuelve una entidad que homogeniza diferencias de medición y de fuentes:

De la historia del mapa se deduce claramente, que no todas sus partes pueden tener el mismo valor intrínseco, porque los diferentes materiales, de que debía valerme forzosamente en su composición, no pueden pretender el mismo grado de exactitud y precisión. Hay muchas partes en el interior y en la costa, basadas en triangulaciones exactas, propias y ajenas; otras que se fundan en mis apuntes y delineaciones hechas mediante la brújula en los viajes, otras, en fin, que he tenido que trazar según los mapas antiguos y por cuya precisión naturalmente no puedo asumir la misma garantía y responsabilidad, por más cauteloso que procedía en la selección de esos materiales ajenos y antiguos (Wolf, 1975: 30).

Es así que, fruto de sus repetidas expediciones a la zona costera del Ecuador¹², Wolf se enorgullece al describir sus aportes en el mapa. Estas diferenciaciones que hace Wolf apuntan a una distinción crucial entre sus aportes, los posibles silencios y los espacios que aún quedan para la imaginación en la construcción del mapa. Esta sutileza en el manejo de las fuentes apunta a la importancia del testigo:

Considero como un mérito principal de mi carta el haber aclarado la región baja del Ecuador occidental entre el Océano Pacífico y la Cordillera de los Andes, desde el río Túmbez hasta el río Mira, región demasiado descuidada anteriormente. Desaparecieron los blancos extensos de la carta de Maldonado y las montañas imaginarias, con que Villavicencio quería llenar estos vacíos. Todas esas regiones extensas de las provincias de El Oro, del Guayas, de Los Ríos, de Bolívar, de Esmeraldas, con excepción de las partes centrales de Manabí, he visitado y estudiado personalmente, y el levantamiento de esta mitad del mapa sobre bases nuevas es casi exclusivamente obra mía, como se verá comparándola con las cartas antiguas (Wolf, 1975: 31).

De igual manera, Wolf menciona los aportes que ha realizado para mejorar la cartografía de la sierra:

Las provincias interiores quedaron mejor trazadas en sus rasgos principales desde los célebres trabajos de los académicos franceses en el siglo pasado. Sin embargo, también en esta parte hubo que hacer correcciones considerables, sobre todo en las regiones que caen fuera de la red de triangulaciones de los académicos, que ocupa solamente una zona angosta entre las cordilleras grandes, desde Mira al N. de Ibarra hasta Tarqui al S. de Cuenca (Wolf, 1975: 31).

A propósito de las islas Galápagos, vale resaltar la justificación que da Wolf sobre la utilización de una escala más pequeña, que contrasta con su acercamiento al problema del Oriente. En el caso de Galápagos, la escala reducida responde a la simplicidad del terreno representado que, a pesar de estar en una escala pequeña, no pierde detalles ni precisión:

En una situación mucho mejor nos hallamos con respecto a las islas de Galápagos. En primer lugar, tenemos como fundamento muy bueno de su mapa las cartas marítimas del almirantazgo inglés, y en segundo lugar un estudio de cinco meses durante dos viajes me permitió completar su geografía terrestre. Si en el mapa presento el Archipiélago en escala reducida, es porque la falta de ríos y poblaciones hace la lectura muy sencilla, y la escala elegida (la mitad de la del mapa grande) permite representar perfectamente la configuración orográfica de las islas (Wolf, 1975: 32).

Todos estos aportes contrastan con el tratamiento que da Wolf a toda la zona oriental del Ecuador que aparece en la “Geografía” trabajada exclusivamente en función de fuentes secundarias. Estas fuentes son: 1. La descripción de A. Wertheman (1870) de su exploración del alto Marañón, transcrita en Raimondi (1879: 415-425); 2. La descripción de La Condamine (1745) “Extracto del diario de observaciones hechas en el viaje de la provincia de Quito”, Amsterdam 15-24 (Wolf, 1975: 222-3); 3. Cita también a Luis Cordero (1875) “Una Excursión a Gualaquiza” Cuenca, (Wolf, 1975: 231); 4. Para el río Morona menciona las descripciones del general Victor Proaño (ecuatoriano) quien realiza un itinerario desde Macas hasta el Marañón en 1861 (descrito por Raimondi, 1879: 281, 369, 518); 5. Para el Pastaza sigue los datos de Don Pedro Vicente Maldonado “por ser hasta ahora el mejor, para no decir único de este río” (Wolf, 1975: 235); 6. Menciona a Osculati y Orton. Cita a Orton (1876) y no cita a Osculati: “El señor Orton, uno de los mejores naturalistas que visitaron la región del Napo” (Wolf, 1975: 371); 7. En relación con la navegación en el Napo, cita el reporte de Herndon (Wolf, 1975: 242); 8. Sobre el Putumayo y el Yapurá consulta la carta de Colombia de Codazzi (Wolf, 1975: 243) y Rafael Reyes, Compañía colombiana para la exploración de los productos naturales del Caquetá (Wolf, 1975: 243); 9. También utiliza como fuente el trabajo de Alfredo Simpson “proceedings of the Royal Geographical Society” vol. XXI-VI; 10. Por último discute constantemente con Manuel Villavicencio (1858) pero discutiremos más adelante si Wolf lo considera como una fuente o no.

De hecho, como vimos en la sección anterior, en relación con el Oriente, el desconocimiento es enorme, al punto que Wolf se limita a pocas descripciones y a ponerlo como un recuadro en su mapa. En la siguiente cita Wolf establece un vínculo entre civilización y terrenos medibles. Lo interesante es que no se civiliza el territorio a través del conocimiento, sino que sólo es posible conocerlo una vez civilizado.

La tercera porción del territorio ecuatoriano, allende la Cordillera Oriental, que podemos llamar la región amazónica, porque todos sus ríos se dirigen al Amazonas, es la menos conocida. Nuestros conocimientos geográficos de la región oriental se reducen a algunas cartas antiguas, que los misione-

ros levantaron en los dos, y a los itinerarios de algunos viajeros modernos que se limitan al curso de unos pocos ríos principales. Todo el interior de esta región vastísima es tierra incógnita, y pasarán muchas generaciones hasta poder trazar un mapa medianamente exacto de ella. Lo que un solo geógrafo actualmente puede contribuir a esta obra, es bien poco. Por la colaboración de muchos y por expediciones científicas se aumentarán poco a poco los materiales geográficos, conforme se abran sucesivamente esos países a la civilización. Nunca ha entrado en el plan de mis estudios propios de la región oriental, y solo he recogido cuantos materiales geográficos existen sobre ella, para poder bosquejarla con la exactitud posible. Me pareció impropio presentar este bosquejo en la misma escala grande, en la que figura la parte estudiada de la República, siendo la pequeña en que la pongo, más que suficiente para exhibir todo lo que sabemos de la región oriental (Wolf, 1975: 31).

La pregunta que cabe hacer es porqué Wolf nunca hizo una expedición al Oriente. Tal como él mismo afirma, “nunca ha entrado en el plan de mis estudios propios la región oriental” (Wolf, 1975: 31). Hay dos vías para responder esta pregunta. En función de las motivaciones de las siete expediciones que realizó Wolf entre 1871 y 1878, podemos ver que las dos grandes razones por las que se desplaza a lugares remotos del Ecuador es (a) por directa orden del gobierno en función de intereses específicos (ya sea en busca de minas o para el levantamiento de datos geológicos o geográficos) o (b) por intereses científicos específicos de Wolf; elemento que se destaca sobre todo en sus viajes a las Islas Galápagos. ¿Por qué el gobierno no inventa la gran expedición al Oriente? ¿Y por qué Wolf no encuentra un interés científico en viajar al Oriente?

El Estado ecuatoriano y el Oriente: una estrategia ambigua

“La tarea de trazar un bosquejo de la Región del Oriente, con materiales tan insuficientes, es muy ardua y desagradable para el geógrafo, de manera que más de una vez se siente tentado a poner un punto final,

y a hacer una raya larga. Si esto le sucede con la descripción puramente hidrográfica y orográfica, se siente todavía más embarazado, cuando quiere componer un cuadro general y característico de la región. Hacerlo en pocos renglones, parece imposible, porque considerando la inmensa extensión del país, es de suponer, que el carácter varía bastante, según las regiones y zonas (...). En fin, yo confieso, que a pesar de haber leído la mayor parte de los libros que tratan de la región del Oriente, no puedo formarme una idea clara de ella o de sus caracteres distintivos, y como no la he recorrido personalmente, no puedo aventurarme a recopilar un artículo largo, que nada de nuevo contribuiría a su mejor conocimiento” (Wolf, 1975: 245-246).

Una de las pistas para contestar esta pregunta tiene que ver con la confusión que caracterizó la administración del espacio oriental durante los siglos XIX y XX, la cual nunca tomó posición entre lo que Deler (1987: 129) define como el espacio nacional reivindicado y el espacio nacional efectivo. Deler señala que existe una enorme distorsión en la historia de la incorporación del Oriente a la nación. Esta distorsión tiene que ver con tres formas de interpretar el espacio nacional que no permiten que el Estado defina una política clara. En primer lugar está el espacio nacional de derecho, definido por los tratados de límites internacionales; en segundo lugar está el espacio nacional reivindicado, que equivale a las aspiraciones territoriales de acuerdo a una interpretación del territorio originario de la jurisdicción colonial de la Audiencia de Quito y; en tercer lugar el espacio nacional efectivo, en el cual se registra una verdadera presencia del Estado y se encuentra verdaderamente integrado. Tal como señala Esvertit Cobes (2001: 63) esta confusión hizo que a pesar de que la incorporación económico-social o político-administrativa de extensos espacios amazónicos al Estado ecuatoriano fue muy insuficiente, se plasmó en los mapas nacionales las jurisdicciones administrativas coloniales ya caducas y que fijaban sus límites en el Amazonas.

Las políticas orientalistas elaboradas por el Estado ecuatoriano se pueden clasificar en cuatro grandes temas: (a) administración del territorio

oriental, (b) colonización del mismo –ya fuera con pobladores ecuatorianos o extranjeros, (c) promoción de las misiones católicas, y (d) construcción de vías de comunicación que conectaran la Sierra con el Oriente (Esvertit Cobes, 2001: 12). De hecho, en la época que nos ocupa, el control ejercido por la administración ecuatoriana en el Oriente era apenas perceptible. Después de la fracasada experiencia de ocupar y gobernar esta región mediante las misiones jesuitas emprendidas por García Moreno, durante la etapa de Veintimilla se produce una desaparición de las iniciativas políticas destinadas al Oriente, que tiene su efecto en la revitalización del poder de los caudillos locales. Más tarde, los gobiernos del período progresista reemprendieron las políticas para la incorporación del Oriente al Estado nacional, pero ya en este punto, “el Ecuador era el país con menos posibilidades reales a la hora de apropiarse y nacionalizar territorios, puesto que su débil presencia tanto política como económica en el área, contrastaba con la fuerte expansión de otros frentes amazónicos, especialmente el del Perú” (Esvertit Cobes, 2001: 254).

Dentro de este contexto, la interrumpida y dilatada historia de nacionalización del Oriente ecuatoriano contrasta con el dinamismo desarrollado por los otros países andinoamazónicos (Perú, Colombia, Bolivia) especialmente durante la etapa cauchera, en la que el Ecuador enfrentó dificultades insalvables para hacer efectiva su presencia y su actuación en el Oriente. Así,

los obstáculos tradicionales se agigantaron: las distancias geográficas tomaron dimensiones mucho mayores (...), los presupuestos estatales resultaron, si cabe, aún más insuficientes de lo que habían sido hasta entonces en relación con la situación prevaleciente, (...) el posicionamiento de los grupos de poder local, que ya había condicionado la acción administrativa en décadas anteriores, se tornó mucho más compleja debido a las distorsiones que causó la economía del caucho y los fenómenos asociados a ella (Esvertit Cobes, 2001: 271-2).

¿Por qué los procesos de ocupación territorial que se desarrollaron asociados al caucho, así como las negociaciones de límites en curso, no plantearon a los gobiernos ecuatorianos la necesidad de mejorar el conocimiento

geográfico de la región oriental? Esvertit Cobes (2001: 330) sostiene que sí existió un intento por controlar los contenidos que se difundían en las obras geográficas y en los mapas en cuanto a las fronteras internacionales. Así, la autora afirma que “durante los años del progresismo, la importancia que adquirieron las áreas amazónicas reforzó el interés por representar su territorio, pero algunos de los mapas que se elaboraron fueron desautorizados oficialmente, por no reproducir de forma correcta las aspiraciones territoriales ecuatorianas”. Por ejemplo, en 1884, Santiago M. Basurco publicó un mapa del país que fue prohibido por el gobierno para la enseñanza pública porque una gran parte de la provincia de Oriente, reivindicada como posesión histórica ecuatoriana, constaba como “terreno disputado por el Perú y Ecuador”¹³. Otro mapa que no obtuvo la aprobación oficial fue el mapa elaborado por Bernard Flemming¹⁴ y editado en 1891. El gobierno invalidó este mapa, a pesar de tener mayores fundamentos científicos que el anterior, porque planteaba diferencias con las posiciones oficiales sobre los límites del país. Pero, a pesar de este control del Estado sobre los contenidos de los mapas, seguimos dentro del campo de espacio reivindicado y no del espacio efectivo. El mapa que finalmente se publica en 1892 es el mapa de Teodoro Wolf; en las siguientes secciones hablaremos sobre la manera ambigua en la que Wolf asume el problema de los límites con las Repúblicas vecinas.

Dentro de este contexto, una iniciativa que apuntaría al reconocimiento efectivo del territorio es la que se presenta en 1888 al Congreso del Ecuador: la creación de una sociedad destinada al estudio científico del Oriente, que se dio a conocer como Sociedad Científica Nacional o Sociedad Científica Exploradora del Oriente (Sánchez, 1888). En 1891, los promotores de esta iniciativa intentaron firmar un contrato con el gobierno ecuatoriano para realizar una exploración de las áreas fronterizas, los centros poblados y los lugares de importancia económica, con el fin de realizar de “una carta geográfica *completa y perfecta*”. Sin embargo, el contrato nunca se llevó a cabo porque el ministro de Hacienda y el director de Obras Públicas consideraron que el proyecto era demasiado caro e inviable (Esvertit Cobes, 2001: 332).

Otro caso de reconocimiento del territorio son las expediciones de Víctor Proaño, que según Esvertiti Cobes (2001: 415) fue auspiciado por los

gobiernos del Perú en diversas ocasiones, ante la falta de apoyo de la administración ecuatoriana. Retomaremos en un capítulo más adelante el caso de Proaño.

¿A qué se debe esta ausencia de grandes exploraciones de promoción oficial para el reconocimiento geográfico del Oriente por parte del Estado ecuatoriano durante el siglo XIX? Esta pregunta es aún más significativa dado que este tipo de expediciones sí tuvieron lugar en otros países del área andino-amazónica como es el caso de las expediciones al Oriente organizadas por el gobierno peruano que revisaremos a continuación. ¿Por qué el Ecuador no organizó expediciones de cierta envergadura, que implicaran la travesía de los principales ríos o el reconocimiento de áreas extensas de la región oriental? ¿Cómo explicar que, a pesar de que el Oriente adquirió una importancia creciente en la política ecuatoriana a lo largo del siglo XIX, la nacionalización de los territorios selváticos respondió a una actitud retórica más que práctica? ¿Y cómo es que esta actitud retórica tomó tal fuerza que hizo que el Oriente pase de ser un elemento desarticulado y únicamente mencionado en función de la cuestión limítrofe, a desempeñar funciones de aglutinación nacional y referente ideológico común?

El Perú y el liderazgo en los procesos de nacionalización de la Amazonía

“Preciso es confesar, que todos los conocimientos modernos (de los últimos 50 años), que tenemos de aquellas regiones apartadas (...) los debemos a los exploradores peruanos, o a extranjeros bajo la protección del Perú. El Ecuador no ha hecho nada, para, no digo adelantar, sino para conocer y conservar lo que cree suyo” (Wolf, 1975: 227-228).

Las iniciativas del Perú sobre su vertiente oriental se desarrollan desde mediados del siglo XIX¹⁵ con la apertura de los grandes ríos a la navegación, la organización de expediciones civiles y militares para el reconocimiento

de la región y el nombramiento de autoridades. La historia y descripción de todas estas exploraciones peruanas, ejecutadas ya sea con objeto científico o con fines prácticos de colonización, se encuentra en “la gran obra de Raimondi¹⁶ “Perú”, especialmente en el tomo III” (Wolf, 1975: 227). Los gobiernos de Ramón Castilla¹⁷ (1845-51 y 1854-62) marcan el inicio de la integración de la región amazónica al Estado en función de un claro proyecto orientado a la necesidad de articular el Perú al mercado Atlántico (Sala i Villa, 1998: 81). Así, en 1853 se creó la provincia limítrofe de Loreto, la cual se transformó en departamento marítimo militar de Loreto en 1868, con jurisdicción sobre las riberas del Amazonas y sus afluentes. De igual manera, en 1867 se creó la Comisión Hidrográfica del Amazonas, cuyo objetivo era la exploración de los afluentes de este río para establecer un tráfico comercial (Esvertit Cobes, 2001: 253).

Díaz Ángel (2008: 85) sostiene que el nacionalismo cartográfico peruano debe enmarcarse en la crisis de la economía del guano y en los efectos de la Guerra del Pacífico. Estos dos factores dinamizaron la proyección peruana a la selva y la economía del atlántico y determinaron el interés peruano en la explotación cauchera. Con estos antecedentes es más fácil comprender la enorme expansión del frente cauchero peruano a fines del siglo XIX y la vinculación comercial de los territorios al norte del Amazonas con el puerto de Iquitos, la cual centralizó las actividades de varios frentes caucheros amazónicos, y permitió que el Estado consolide una posesión efectiva sobre extensas áreas sin delimitar (Esvertit Cobes, 2001: 253). De igual forma, la importancia que otorgó Raimondi a los ríos amazónicos como potenciales vías de comunicación, provocará el estudio sistemático de todos los afluentes del Amazonas, levantando planos exactos del curso de toda su red fluvial. Las “ideas planteadas por Raimondi servirán de antecedentes para la posterior creación de la Comisión Hidrográfica del Amazonas, entidad encargada de llevar a cabo el levantamiento de la cartografía de los ríos amazónicos” (Ccente, 2003).

A partir de la década de 1870 se intensifica el enfoque geográfico peruano sobre todas estas regiones fronterizas que en el primer mapa del Perú republicano, el mapa de Mariano Felipe Paz Soldán (publicado en 1864) se representaban por fuera de los límites del territorio representado. En este

contexto, el mapa de Antonio Raimondi¹⁸ puede ser leído como una propuesta cartográfica para incluir los territorios caucheros. Así, las fronteras trazadas en este mapa anexan regiones al norte del río Putumayo y toda la región al sur de la línea imaginaria Yavarí-Maderas, que incluye, las riberas del Madre de Dios (Díaz Ángel, 2008: 85).

El trazado de fronteras en el mapa de Raimondi no resulta una sorpresa para Wolf (1975: 624) quien afirma que es natural que este mapa indique “los linderos con el Ecuador según las pretensiones del Perú”. De hecho, Wolf defiende a su “malogrado amigo”, a quien conoció “bastante”, de la opinión de algunas personas quienes consideran que Raimondi escribió sobre los límites “sólo en servicio del Perú, sin verdadera convicción”. Wolf utiliza dos argumentos para protestar contra esta “sospecha”: en primer lugar, “es claro –afirma Wolf– que como geógrafo del Perú debía indicar en el mapa los límites que el Gobierno peruano considera como legítimos, aún en el caso de que personalmente hubiese seguido otra opinión”. Y en segundo lugar, Wolf resalta que Raimondi “vivió y murió con la convicción de que la Cédula real de 1802 fue obedecida, y en esta convicción debía poner los límites del Perú así como los puso”. Finalmente, Wolf concluye la defensa de Raimondi justificando el hecho de que pueda “prescindir de la cuestión del derecho” tal como él lo hace con los linderos del Ecuador¹⁹: “¡los pongo como el Gobierno ecuatoriano los desea!”. En el siguiente capítulo donde analizaremos la propuesta cartográfica de Enrique Vacas Galindo, veremos un contraste absoluto con esta opinión de Wolf en relación con el derecho internacional. A diferencia de Wolf, la posición de Vacas Galindo está absolutamente comprometida con este debate.

La defensa de Wolf de su apreciado amigo pone de manifiesto una clara tensión entre el servicio y la convicción del geógrafo; tensión que no estaba presente en el trabajo de Manuel Villavicencio, treinta años antes. Este conflicto está directamente relacionado con el nuevo vínculo entre la ciencia y el Estado. De hecho, tanto Raimondi como Wolf publican sus respectivos mapas mientras desempeñan la función de geógrafos de Estado y a su vez, la publicación de ambos mapas es financiada por el gobierno. Dentro de este contexto, la pregunta que cabe hacer es cuánto de ciencia y cuánto de interés estatal se plasma en estas representaciones espaciales de

territorios determinados. ¿Por qué pensar en Wolf y Raimondi como parte de proyectos específicos de construcción de una nación a la que deberían contribuir con productos científicos útiles? ¿Acaso ambos científicos, en calidad de geógrafos contratados por el Estado, tenían la obligación de anteponer un compromiso político por encima de sus ambiciones personales por estar en el mapa de la ciencia universal? ¿Son los objetivos geopolíticos de un Estado incompatibles con las curiosidades de un científico?

El contexto de la ciencia: comunidades científicas, ciencia universal y nacionalismos

A lo largo de su “Geografía”, Wolf muestra un deseo por debatir y contribuir con una ciencia que rebase los límites del Ecuador. Él busca estar en el mapa de la ciencia universal, de ahí las constantes referencias que hace a un entorno científico más amplio donde discute con un sinnúmero de científicos como Antonio Raimondi, Agustín Codazzi, Alexander von Humboldt, Wilhelm Reiss, Alphons Stübel y Charles Darwin. De igual manera, encontramos en sus escritos una fuerte crítica a los viajeros europeos que han pasado por tierras americanas y que según Wolf no hacen ciencia, sino que simplemente formulan una serie de impresiones subjetivas e irresponsables que luego alimentan la imaginación de la sociedad europea sobre estas tierras lejanas. Todo esto pone en evidencia el deseo de Wolf por definir una comunidad intelectual, a la cual algunos personajes pertenecen y otros no.

La admiración por Darwin y las Islas Galápagos

“Darwin no exagera diciendo, que hay más de 2.000 cráteres volcánicos en las islas (...) algunos parajes están sembrados de estos últimos, como la piel de uno que ha tenido las viruelas, y presentan el aspecto más singular y grotesco que la fantasía puede imaginar: centenares de fraguas ciclópicas edificadas de enormes

trozos de la lava más áspera y negra: entre las rocas quemadas tal tronco corpulento de un espino o de una tuna; por aquí un monstruo de galápagos, que mueve sus miembros deformes con una flema admirable, por allá un grupo de las feas y extrañas iguanas marinas, que se asolean. Todo en esta naturaleza es extravagante y raro, pero las partes inorgánicas y orgánicas del cuadro están en perfecta armonía entre sí, y a veces recuerdan los paisajes antediluvianos, cuales los geólogos suelen pintar en sus descripciones de los fósiles” (Wolf, 1975: 529).

En su mapa de 1892, Wolf representa las 13 islas principales que componen el Archipiélago de Galápagos pero no incluye los numerosos islotes menores que rodean estas islas. Dos de estos islotes, llamados antes de 1892, “Culpepper” y “Wenman”, que “se hallan a 27 leguas al NO de Abingdon” y que “ya no son visibles” (Wolf, 1975: 518) en el mapa de Wolf, hoy en día, luego de los cambios en los nombres de las islas fruto de la legislación de 1892²⁰, se llaman “Darwin” y “Wolf”. Estas solitarias islas, ausentes en el mapa de Wolf, han quedado plasmadas en la geografía como muestra silenciosa de una conexión que determinó la vida de estos dos científicos y que hoy son celebrados juntos en la mitad del Océano Pacífico. Esta conexión tiene que ver con la fascinación por el mundo natural y la intriga por entender su lógica y sus elementos. También tiene que ver con una disposición de hacer ciencia en lugares remotos que ofrecen perspectivas innovadoras que no serían posibles de ver desde Europa. Por último, esta conexión explora también la posibilidad de romper con las formas convencionales de ver el mundo y entenderlo.

De hecho, la primera relación de Wolf con las teorías de Darwin se da tan solo tres años después de la publicación de “El origen de las especies” (1859) cuando en 1862, gracias al talento que demostraba Wolf por la historia natural, la orden jesuita²¹ le envía a la Universidad de Bonn, con la expectativa de que haga un estudio crítico de las nuevas teorías de Darwin (Thomas, 2005: 1150). Martínez (1994: 264) afirma que tanto Wolf como Dressel y Sodiro²² se matricularon en la Universidad de Bonn donde es-

tudieron Geología con el profesor Noggerat, Petrografía y Cristalografía con el profesor Gerhard vom Rath²³, Botánica con el profesor Schadh²⁴, Paleontología, Mineralogía, Zoología y Química con otros profesores. Wolf sólo se quedó por dos años en esta Universidad²⁵, pero parece que esta experiencia, más que reforzar una posición crítica frente a la teoría de Darwin, incentivó en el joven naturalista una serie de inquietudes que luego determinarán su trayectoria en el Ecuador.

A partir de 1870, junto con Menten y Sodiro, Wolf formó parte activa del proyecto garciano²⁶. García Moreno encargó la educación y la investigación en manos de los padres jesuitas que regresaron al país en 1864 y los científicos jesuitas traídos expresamente para abrir la Escuela Politécnica de Quito en 1870. La relación entre estos dos grupos fue tensa. Para los clérigos, la ciencia fue vista como distracción, desviación e incluso sacrilegio; mientras que los científicos batallaban entre la ignorancia que prometía el clero y las luces de la ciencia. Las reflexiones del padre Menten (1872: 13) ilustran estas tensiones:

En el clero como en todas las demás clases de la sociedad, no son todos iguales en saber, y habrá (¿quién lo duda?) individuos cuyos conocimientos no se hallan a la altura que fuera de desear; más por esto ¿podrá con razón y fundamento echarse sobre la clase entera, sobre todo el cuerpo del sacerdocio católico calificación tan repugnante? ¿No habrá en ella nada de gratuito, nada de arbitrario? No están resplandeciendo en el mundo de la ciencia como lumbreras de primer orden no pocos de sus individuos que siguen los verdaderos progresos de la ciencia y artes.

Así, desde un inicio, los científicos jesuitas se vieron enfrentados a los dilemas de la época sobre ciertos conocimientos o teorías científicas y su divergencia con lo estipulado en la Biblia (Sevilla, 2007:6). Estas contradicciones fueron tres: (1) la teoría de la creación del sistema solar de Laplace, (2) los tiempos geológicos largos de Lyell, y (3) la teoría de la evolución de Darwin. En relación con la tercera, Fernós (2005:195) sostiene que es sorprendente cuán temprano se discutieron estas ideas en América Latina, a pesar que su difusión en la práctica científica no se sintió por más de dos décadas. De hecho, en concordancia con lo que sucedió en el Ecuador, la

exposición al darwinismo en América Latina se dio principalmente por parte de profesores alemanes. Esta predominancia, quizás se deba al hecho de que Alemania fue uno de los primeros países europeos en aceptar el darwinismo, a diferencia de Francia y España donde fue fuertemente rechazado. Es así que a partir de 1871, la Escuela Politécnica comienza a dictar clases sobre el darwinismo:

Lecciones públicas sobre las más interesantes cuestiones de la geología moderna (1 hora en la semana): una vez en la semana a la hora conveniente se darán estas lecciones públicas, que para nadie son obligatorias y a las que podrán asistir también los no matriculados. Las cuestiones serán en parte científicas y en parte prácticas y son por ejemplos: el Darwinismo, la edad del género humano bajo el aspecto geológico, la geología especial del Ecuador, capítulos de geología industrial y agrícola, etc. (Escuela Politécnica, 1871)²⁷.

Sin embargo, y a pesar de la apertura inicial que muestra la Escuela Politécnica por exponer estos temas controversiales, la tensión entre la ciencia y el clero no dejó de estar latente al punto de provocar un enfrentamiento con Wolf “que definió (...) el futuro del sabio maestro” (Martínez, 1994: 259). El evento ha quedado grabado en la historia bajo la forma de una anécdota contada por uno de los estudiantes de Wolf, Augusto Martínez (1994: 259), quien en 1874 asistía como oyente, “dos veces a la semana, de 7 a 8 de la noche” a las conferencias que dictaba el profesor Wolf “sobre altas cuestiones de Geología ante un auditorio, si bien escasísimo, formado de caballeros notables de la capital”. Martínez recuerda con humor haber asistido “con absoluta puntualidad a esas conferencias” a pesar de que “no entendía gran cosa”:

(Wolf) Exponía los fundamentos de la teoría darwiniana, jamás oída en el Ecuador, hasta ese entonces, cuando notó que en la puerta del salón había dos sacerdotes que no se atrevían a entrar: eran los señores canónigos, Dr. Leopoldo Freire y Dr. Nicolás Tobar, altas dignidades de la Iglesia Metropolitana. Parece que este acto impropio, para decir lo menos, de los señores canónigos, exaltó la cólera y el mal humor de Wolf, a un grado indescriptible²⁸,

cortó el hilo de la conferencia, y con voz airada exclamó: –Señores si ustedes vienen como discípulos entren y no se queden afuera; o, si quieren discutir conmigo sobre las doctrinas científicas que expongo en estas conferencias, también estoy listo para ello, pero no aquí sino en mi cuarto que ustedes lo conocen muy bien. Los señores canónigos, sin contestar una palabra, se esbozaron en sus amplios manteos dieron media vuelta y se marcharon. Después se dijo, lo recuerdo muy bien, que habían llegado a oídos del excelente y bonísimo arzobispo Checa, noticias de que el doctor Wolf, en sus conferencias, dictaba doctrinas anticatólicas y disolventes. Para cerciorarse de la verdad, comisionó entonces a los dos señores canónigos, que tan mal fueron recibidos por Wolf. ¿Cuál fue el resultado de este incidente? La conferencia aquella fue la última, y pocos meses después, Wolf abandona para siempre la Compañía de Jesús, “con el mismo placer que debe experimentar el presidio cuando sale de la prisión” (palabras que oí del maestro algunos años más tarde en Guayaquil) (Martínez, 1994: 259).

De hecho, los estudios y viajes científicos de Wolf se sumaron a esta disputa en torno al darwinismo para provocar muchos conflictos con sus compañeros jesuitas españoles quienes le acusaron de descuidar sus responsabilidades como cura. De esta forma, Wolf se enfrentó a una campaña gradual y sistemática de oposición a sus estudios prácticos. Los jesuitas del convento de Quito estaban muy incómodos con la preferencia que le concedía el Presidente de la República, y trataron de oponerle toda clase de dificultades (Thomas, 2005: 1151). Otra de las causas principales de aquel enfado contra Wolf fue su amistad con el protestante Stübel (Thomas, 2005: 1151), que desarrollaremos más adelante. En este contexto, el 17 de noviembre de 1874 se acepta la solicitud de Wolf de salir de la orden (Martínez, 1994: 269). El científico se instala en Guayaquil y sólo regresa a las zonas altas del país en dos ocasiones: en los últimos días de agosto 1877 para estudiar y ascender al Cotopaxi después de la erupción del 26 de junio²⁹, y en marzo de 1880 para encontrarse en Ambato con Menten y “concertar las bases de un grandioso proyecto que ambos llevaban entre manos: ¡la carta geográfica del Ecuador!” (Martínez, 1994: 202).

Es desde Guayaquil, que Wolf planea su primer viaje a las islas Galápagos³⁰. De hecho, Wolf tenía un gran interés en el estudio de la geología, botánica y zoología de esas islas y su intención fue la de escribir una obra completa sobre ellas acompañada de mapas y láminas (lamentablemente, este trabajo nunca se llevó a cabo). Al leer la relación de Wolf sobre estos dos viajes, es evidente su gran admiración por Charles Darwin; el “naturalista observador más agudo de nuestro siglo” a quien “fue reservado hacer conocer en el mundo científico aquel Archipiélago singular, que en el mismo grado llamó la atención a los geógrafos, botánicos y zoólogos”. Dentro de este contexto, Wolf confiesa “que las relaciones de Darwin fueron el estímulo principal” de sus dos viajes a las islas, “creyendo con fundamento que esas islas en que él en pocas semanas hizo tantas observaciones importantísimas, debían ofrecer al naturalista un campo inmenso” (Wolf, 1887: 5).

Así, desde Guayaquil logra financiar su proyecto con los recursos económicos que consigue luego de dar “diez conferencias científicas populares, con gran aplauso en Guayaquil” (Martínez, 1994: 270). Finalmente, el 1 de agosto de 1875, cinco días antes del asesinato de García Moreno, Wolf se embarca desde Guayaquil con rumbo a Galápagos en el buque del señor Valdizán³¹. Sobre las islas Galápagos, dice en su “Geografía” que fueron introducidas en el “mundo científico” por Darwin, “cuyas noticias de su flora, fauna y geología llamaron en alto grado la atención de los naturalistas”. Y se pregunta: “¿quién no lee con interés sus descripciones de aquellas islas volcánicas, en que miles de cráteres se han acumulado en un espacio relativamente pequeño, de los interesantes géneros de plantas y animales, que no se encuentran en ninguna otra parte del mundo, y de que algunos recuerdan las antiguas épocas geológicas?”. Finalmente afirma que “varios naturalistas han visitado después de Darwin las islas de Galápagos”, pero ninguna ha realizado “una exploración sistemática de todas (...) bajo todos los puntos de vista científicos” (Wolf, 1975: 517-8).

A pesar de que no logra publicar su estudio completo sobre las islas Galápagos, uno de sus más grandes aportes fruto de estos viajes es la descripción detallada de la que ahora llamamos la corriente de Humboldt y de sus consecuencias³². De hecho, afirma que Humboldt fue “el primero que estudió la temperatura baja y la dirección de la corriente del mar que

baña las costas del Perú, y que reconoció un influjo marcado de ella sobre la temperatura baja del litoral; pero no sacó las últimas consecuencias de su descubrimiento, no explicando la aridez del clima directamente de la corriente” (Wolf, 1975: 427). Y en este punto discute una vez más con Villavicencio quien “teme, que el Ecuador occidental se convierta poco a poco en un desierto”. Y concluye que “este temor es infundado, como lo demuestra la experiencia de los últimos decenios, en que hemos tenido inviernos muy fuertes. La razón alegada no merece refutación. Mientras que no cambien las corrientes del mar su curso, se conservará en las costa ecuatoriana el estado actual respecto a las estaciones” (Wolf, 1975: 443). Por último, exclama:

La influencia del mar en el clima litoral es tan grande, que sin hesitación afirmo: extendida la corriente antártica con su temperatura baja, hasta el golfo de Panamá y pronto se convertirá la costa del Ecuador y Colombia en un desierto parecido al peruano; y al revés: dada a las costas peruanas el mar trópico con su temperatura normal y pronto se cambiará el aspecto de su litoral y Cordillera occidental, cubriéndose con una vegetación vigorosa, en consecuencia de las lluvias solsticiales regulares (Wolf, 1975: 429).

De la relación de Wolf con Darwin podemos sacar dos conclusiones. En primer lugar, es evidente el estímulo intelectual que provoca la lectura de las obras de Darwin en Wolf, a tal punto que uno de los cambios más significativos de su vida (la separación de la orden jesuita) fue en parte provocado por esta sensibilidad. Las investigaciones de Darwin también abren un espacio de oportunidad para Wolf quien tiene la suerte de encontrarse cerca de las islas Galápagos como para darse el lujo de hacer dos viajes científicos. Este hecho posiciona a Wolf en un lugar privilegiado dentro de la comunidad científica europea en la cual el debate sobre el darwinismo está en pleno auge. Es curioso, entonces, que Wolf no haya aprovechado de estas circunstancias para publicar una obra completa sobre las islas Galápagos. Las condiciones de inestabilidad social y política que encuentra al regreso de su primer viaje (fruto de la muerte de García Moreno) deben haber contribuido a esta dificultad de escribir un estudio detallado. La segunda conclusión tiene que ver con la pregunta que hemos formulado

en secciones anteriores sobre por qué Wolf no viaja al Oriente. ¿Por qué el Oriente nunca entra dentro de sus planes de estudio, pero sí viaja a Galápagos, e incluso financia su propio viaje? La relación con Darwin y con una comunidad científica asociada a estas nuevas teorías permite pensar que las islas Galápagos ya estaban en el mapa de la ciencia y prometían mucho como campo de estudio para el joven científico; mientras que el estudio sistemático del Oriente no ofrecía esas mismas oportunidades. Esta puede ser la razón por la cual Wolf no consideró el Oriente como un espacio que lo posicionaría dentro de los debates de la época y por ende no estuvo dispuesto a sufrir los grandes sacrificios físicos y económicos que implicaba trasladarse a la Amazonía.

Stübel y los magníficos volcanes andinos

“Los volcanes del Ecuador le han dado su fama universal entre los geólogos del mundo. Ellos eran el terror de los indios, la admiración de los conquistadores, el estudio de los naturalistas y la plaga de los habitantes de sus alrededores (...). El Ecuador es el país clásico para la volcanología, el que se presta más que ningún otro a la solución de varias cuestiones teóricas y disputadas entre los sabios” (Wolf, 1975: 369).

En la figura de Alphons Stübel y en su relación con Wolf encontramos nuevamente la importancia del campo de la ciencia europea al que Wolf hace referencia constante. Esta vez se encuentra con los volcanes en el país clásico de la volcanología. El Ecuador todavía no tiene un buen mapa de todo su territorio, pero ya es un clásico dentro las “discusiones de los sabios”. Ese es el mundo que enciende las pasiones de Wolf. Es ahí donde se siente a gusto, donde se inspira para investigar, para recorrer, para escribir:

No hay duda, que esta materia (la volcanología) pertenece a las que excitan la curiosidad humana en el grado más alto y ofrecen al estudio un aliciente particular; (...) A. de Humboldt era el primero, que comprendió esta im-

portancia, y no sin razón eligieron dos de los volcanólogos más eminentes de nuestros tiempos, los doctores Reiss y Stübel, los volcanes del Ecuador por objeto de sus estudios durante cuatro años (1870-1874) (Wolf, 1975: 369).

W. Reiss y A. Stübel llegan al Ecuador en 1870³³, en el mismo año que llega Wolf, después de haber estudiado los volcanes de Colombia, con el objetivo de examinar toda la región volcánica del Ecuador. Según Wolf (1975: 260) sus colecciones mineralógicas y geognósticas que cuentan con “millares de muestras”³⁴ y que son el resultado de este recorrido, son lo más completo que existe en el ramo de volcanología; razón por la cual los estudios de estos dos geólogos son conocidos en el mundo científico.

Wolf menciona en varias ocasiones los grandes aportes que han hecho estos dos vulcanólogos al desarrollo de la ciencia y resalta cómo estos aportes han mejorado la calidad de su mapa: “el primero y hasta ahora el único que ha estudiado detenidamente esta región interesante entre la hoya de Riobamba y el Sangay, es el infatigable explorador de los páramos ecuatorianos, Dr. A. Stübel, quien me proporcionó graciosamente los materiales para el trazo de esta parte del mapa” (Wolf, 1975: 89).

En 1891 Wolf viaja a Alemania para encargarse de la impresión del mapa del Ecuador y nunca más regresa a América. Su amistad con Stübel hizo que eligiera la ciudad de Dresden (ciudad natal de Stübel) para su residencia definitiva³⁵. Esta etapa final de su vida en Alemania contrasta sustancialmente con las dos décadas que vivió en el Ecuador. De hecho, el siguiente extracto de una carta dirigida a Augusto Martínez en 1894 muestra la importancia que le otorga Wolf a la vida dentro de una comunidad científica en comparación con la soledad y lejanía intelectual que experimentó durante varios años en el Ecuador:

Ya hace casi dos años desde la conclusión de mi obra sobre el Ecuador, que me ocupo con las grandes colecciones del Dr. Stübel (...). La colección petrográfica sola, comprenderá unas 10.000 muestras. Es la colección vulcanológica más completa que existe en el mundo y me dará ocupación por muchos años. Así que me veo todos los días con mi excelente amigo Dr. Stübel y también con otros profesores de Ciencias Naturales. Esta es la ventaja que tenemos en Europa, que uno no está aislado con sus ideas

y aspiraciones, que vive en un círculo de hombres científicos, que respira continuamente la atmósfera de la ciencia (Martínez, 1994: 276).

Esta idea de “respirar la atmósfera de la ciencia” plantea la pregunta de dónde se produce ciencia ¿en América o en Europa? De hecho, este grupo de hombres de ciencia reflexionan en Europa sobre colecciones y datos americanos. Lo cual apuntaría a una visión de América como el lugar del descubrimiento y la experimentación, ligado con la juventud de estos científicos y Europa como el lugar de la reflexión y el debate, ligado a periodos de madurez de los científicos. La enorme cantidad de cartas escritas entre América y Europa en la mitad de estos dos momentos representaría el único vínculo entre estos procesos de descubrimiento y reflexión. La pregunta que cabe formular es qué sucede con los científicos locales que descubren y experimentan en América pero que luego no tienen la oportunidad de compartir estos espacios de debate y reflexión en Europa. ¿Son capaces de producir conocimiento científico?

Stübel muere en noviembre 1904³⁶, y Wolf se consuela con “la posibilidad de seguir trabajando para él aún después de su muerte”. De hecho, en su testamento, Stübel nombra a Wolf como “Administrador, Ordenador y Distribuidor de toda su herencia científica (manuscritos, libros, colecciones de toda clase, etc...)”. Así, al conocer todas esas cosas como sus “propias, y además, las intenciones que tenía el difunto al respecto a cada una de ellas”, Wolf logra “cumplir escrupulosamente con este encargo honroso”. De esta forma, “la mayor parte y la más valiosa de las colecciones” de Stübel es utilizada para “completar y ampliar el museo Stübeliano en Leipzig”. En carta a A. Martínez del 23 de diciembre de 1904, Wolf dice que espera poder “concluir una que otra de las obras principiadas o medio acabadas, para publicarlas. En especial desearía que se publique la gran obra sobre los volcanes de Colombia, acompañada de un número considerable de reproducciones fotográficas de los dibujos magníficos de Stübel” (Martínez, 1994: 278-279). De hecho, en 1905 Wolf publica “Las montañas volcánicas de Colombia” (Baensch, Dresden).

Stübel escribía regularmente cartas a sus parientes de Dresden, las cuales se conservan en su totalidad³⁷ y pueden ser leídas como un diario de

viaje (Hönsch, 1996). En vida, tanto Reiss como Stübel se opusieron a una publicación de sus cartas de viaje que eran muy atractivas no sólo en círculos de especialistas científicos sino que provocaban mucho interés como relatos de aventura. Precisamente contra esta faceta se resistían ambos personajes. Ellos no deseaban despertar la atención como aventureros, sino ante todo como científicos (Hönsch, 1996). Finalmente, Karl Heinrich Dietzel publicó las cartas de Reiss 13 años después de su muerte, mientras que la publicación de las cartas de Stübel es una tarea pendiente. La abierta intolerancia de las cartas de Stübel es criticada por algunos autores (Gómez García, 1995; Schrader, 1996) quienes contrastan la actitud hostil de Stübel frente a los más sofisticados relatos de Humboldt. Por un lado, Gómez García (1995) destaca que la tarea científica de Reiss y Stübel se define en función de una firme convicción de “ser portavoces del mundo civilizado, en medio de una sociedad de bárbaros”. Por otro lado, Schrader (1996) analiza esta diferencia en función del concepto de Weber (1973: 323) de la evolución hacia el “hombre experto”. Al igual que para Wolf, para Stübel la ciencia era ya una profesión. En este contexto, Stübel, como “hombre experto” se vanagloria como alguien que no tiene que guardar consideración. Esta posición de Stübel revela una ética de investigación que lo diferencia sustancialmente de científicos anteriores y que separa al científico de los lugares y las circunstancias en las que investiga.

De hecho, a pesar de la enorme admiración inicial de Reiss y Stübel por Humboldt, quienes quisieron seguir sus huellas y explorar los Andes, el contexto científico³⁸ en el que estos dos investigadores se movían hizo que se distancien progresivamente de los supuestos teóricos del Cosmos humboldtiano. Así, a medida que conocían mejor los Andes, menos apreciaban los resultados científicos de Humboldt³⁹:

Las descripciones de Humboldt de esta región y su conformación son tan absurdas, falsas y miserables, que deben releerse para convencerse uno de que el famoso personaje realmente las escribió (carta de Stübel del 31 de agosto de 1870, en Stüttgen, 1996b).

Esta observación acerca de Humboldt pone en evidencia “cuán extraños se les habían convertido tanto los métodos y objetivos de investigación del científico berlinés, como su concepción humanista y filosófica, formulados casi setenta años atrás” (Stüttgen, 1996b). Así, los nuevos científicos comienzan a renunciar a las vaguedades y reconocen la amplitud excesiva de su materia y las superficialidades a ella inherentes de la época humboldtiana (Gómez García, 1995). En ese clima de precisión positivista no resulta extraño que Stübel rebata constantemente los datos aportados por Humboldt considerándolos pretensiones más poéticas que científicas. De esta falta de aprecio por el trabajo de sus antecesores, nace la visión del terreno americano como un entorno científicamente “virgen”, donde la ciencia se presenta como una esperanza orientadora, como la única manera para entender una tierra llena de volcanes no conocidos (para la ciencia) y por tanto sin nombre, que “crecen como hongos en el suelo” (Stübel, 2 agosto 1892, Riobamba, en Hönsch, 1996):

Nuestro viaje actual se limita a algunos volcanes cercanos de Quito, que nuestros habladores antecesores (en verdad charlatanes) habían pasado completamente por alto (...). Podríamos decir sin arrogancia que hemos realizado una tarea en estas regiones –que son tierra virgen para las investigaciones científicas–, que nadie antes de nosotros ha llevado a cabo y que después de nosotros, aunque disponga de medios diez veces más favorables, no será labor fácil de ejecutar (Stübel, 15 de agosto 1870, desde Tambillo, en Hönsch, 1996).

En definitiva, a diferencia de Humboldt, y conforme a las exigencias de su tiempo, Reiss y Stübel aspiraban a la “exactitud, imparcialidad y objetividad, libres de cualquier especulación. Ellos no eran pensadores universales como el barón de Humboldt, sino especialistas y empíricos” (Stüttgen, 1996b). Es por eso, que “en lugar del impulso de los descubrimientos entró el deseo de poner barreras y rechazar todo lo extraño, de construir un campo definido, con métodos determinados de investigación y exposición” (Hettner, 1927:106, en Gómez García, 1995). Esta característica de hacer ciencia se refleja también muy claramente en los trabajos de Wolf y nos sugiere una nueva forma de ver su falta de interés por ir al Oriente. Ir al

Oriente era una tarea para aventureros (como Gaetano Osculati) y esta nueva generación de científicos ya no quería ser vista de esa forma.

Crítica a otros trabajos: el planteamiento de un método de investigación

“Si la falta de un buen mapa se hace sentir en todas las clases de una sociedad culta, es doblemente dolorosa para el viajero científico y sobre todo para el geólogo, que necesita como base indispensable para sus estudios el conocimiento topográfico del terreno”
(Wolf, 1975: 29).

La “Geografía” de Wolf debe ser entendida en su afán por definir las bases metodológicas de una disciplina que se construye en función del rechazo a una tradición de corte más especulativo. El texto de Wolf trata de establecer una agenda de investigación dentro de un campo donde el desarrollo de los estudios científicos es todavía muy pobre. Wolf discute y pelea constantemente en su texto tratando de justificar un cambio en la forma de concebir la ciencia geográfica. Esta lucha se manifiesta en algunos puntos; entre ellos: la constante desaprobación del trabajo de su antecesor, Manuel Villavicencio; la discusión de teorías volcanológicas con Karsten; y, la crítica a los libros de viajeros.

En primer lugar, como hemos mencionado anteriormente, bajo los nuevos parámetros positivistas sobre los que trabaja Wolf, la imprecisión de Villavicencio aparece como un error imperdonable. La crítica que Wolf hace al trabajo de Villavicencio es un elemento constante dentro de su “Geografía”. Wolf concluye que a Villavicencio “le faltó completamente el sentido o talento topográfico, como lo comprueba su mapa”. Como vimos en el capítulo anterior, la distancia más importante que marca Wolf en relación con el trabajo de Villavicencio tiene que ver con el manejo del Oriente. Otro elemento que critica Wolf es el trazado de cordilleras imaginarias: “las cordilleras altas que se hallan en los mapas antiguos, sobre todo en el de Villavicencio, y aún en el novísimo de Raimondi, son imaginarias, y en su mayor parte no existen” (Wolf, 1975: 46). De hecho, esta discusión

sobre las cordilleras imaginarias tiene enorme relevancia en relación con los problemas limítrofes entre Perú y Ecuador, y por eso es tan problemático para Wolf que tanto Raimondi como Villavicencio las reproduzcan. Este problema también se repite en la representación que hace Villavicencio de la costa: “no es por demás repetir en esta ocasión, que las antiguas geografías y cartas andan en esta región completamente erradas y que las “cordilleras de las Cruces, de Balzar, de Palenque, el Nudo de Sandomo, etc.” (véase el mapa de Villavicencio) no existen” (Wolf, 1975: 46). En este punto, Wolf, hace una referencia al problema de los informantes y a la interpretación de su lenguaje. Así, afirma que “probablemente han comprendido mal a los que daban los informes, tomando *las montañas* en el sentido de cerros, cuando no significan más que monte o selvas”. Y concluye que “cerros altos o cordilleras no existen en toda esta región” en la que ha “penetrado desde el lado sur y el lado norte hasta cerca de la línea de vertientes, y en la trocha que se abrió sobre ella desde Chone hasta Santo Domingo, tampoco se ha encontrado con alturas notables”. Termina reafirmando su argumento “pero la mejor prueba de lo que digo, es el hecho que todos los riachuelos de la región son navegables en pequeñas canoas hasta cerca de su origen, lo que no sucede en las *cordilleras*” (Wolf, 1975: 180-181).

Otras críticas al trabajo de Villavicencio tienen que ver con varias afirmaciones incorrectas sobre montañas (El Sara-urcu, el Ilaló, el Guagualzhuma y el Altar), con la utilización de cifras erróneas (sobre las víctimas del terremoto de Latacunga de 1757, sobre la distribución de los habitantes de las diferentes razas⁴⁰ y sobre el número de habitantes de Quito⁴¹) y con temas antropológicos (sobre los nombres de naciones primitivas⁴² y sobre los indios de la región oriental⁴³).

Un segundo tipo de crítica presente en la “Geografía” de Wolf muestra una faceta interesante del científico porque evidencia su reacción frente a las críticas que él mismo recibe de su trabajo y las teorías que desarrolla. Es el caso de la pelea con Hermann Karsten⁴⁴ que según Wolf se inicia en 1873 cuando se “atrevió” a atacar sus “disparatadas teorías volcánicas”. A partir de ese momento –reclama Wolf– el señor Karsten “no pierde ocasión de contradecirme, y de hacer sospechosas mis observaciones”⁴⁵. La pelea de Wolf responde a la falta de argumentación científica con la que Karsten cri-

tica sus teorías: “también le parece *improbable*, que el mercurio de Azogues provenga de la arenisca. ¿Por qué? ¿Acaso solamente porque a mí me pareció probable?” (Wolf, 1975: 403). Wolf refuerza su crítica a la posición de Karsten apoyándose en el trabajo de uno de sus discípulos, Augusto Martínez:

El señor Augusto N. Martínez describió esta erupción en algunos artículos (erupción del Tungurahua 11 enero 1886) publicados en “La Nación” de Guayaquil en el año citado. En lo esencial no se distinguió de las grandes erupciones del Cotopaxi, y de nuevo dio al suelo con la teoría de Karsten, y con la opinión de que los volcanes modernos del Ecuador no arrojen lava líquida (Wolf, 1975: 403).

Ahora, un tercer elemento de crítica en su “Geografía” tiene que ver con la enorme producción literaria de los viajeros europeos que visitan tierras americanas. En este punto, Wolf no sólo resalta elementos de interpretación científica⁴⁶, como es el caso de los dos puntos anteriores, sino que incorpora un carácter social dentro de sus determinaciones metodológicas. En este punto, la posición de Wolf es poco conciliadora:

¡Cuántos disparates, cuántas injusticias contienen estos libros! Unos pintan sus hazañas y aventuras de tal modo, que el lector debe creer que el héroe ha vivido entre antropófagos; otros generalizan ciertas costumbres malas o ridículas de la plebe de manera que se debería suponer, que en el Ecuador no existe ninguna sociedad culta; otros ridiculizan las costumbres sólo porque no son las mismas que las de su país (Wolf, 1975: 586).

Esta crítica tiene resonancia, como vimos en la sección anterior en el caso de Reiss y Stübel, con la intención de este nuevo tipo de científico de diferenciarse del aventurero y crear una reputación distinta que ya no se base en el espíritu curioso de estos viajeros sino que resalte una disciplina y un orden en la investigación del mundo. Sin embargo, en esta crítica encontramos también un distanciamiento frente a la posición de Stübel. De hecho, Wolf desaprueba el juicio rápido e irresponsable que formulan los europeos “que cruzan rápidamente el Ecuador, casi sin llegar al contacto con sus habitantes, con excepción de algunos arrieros, sin conocer a veces la lengua del

país”. Dentro de este contexto, para Wolf es imposible que logren “componer un cuadro general de las costumbres públicas y dar fallo justo sobre su estado social”. En este sentido, Wolf se lamenta del hecho de que, a pesar de estas circunstancias, “en el exterior se conoce el Ecuador, en cuanto a su estado social, casi sólo por las relaciones de tales viajeros” (Wolf, 1975: 586):

Cuántas cosas chocan al principio, que más tarde gustan y parecen muy naturales! ¡Oh, la ignorancia que reina en Europa respecto a los países sudamericanos en general y al Ecuador en particular, es talvez más grande, que la del pueblo americano respecto a los Estados de Europa! (Wolf, 1975: 586).

De esta forma, la metodología que defiende Wolf incorpora necesariamente una sensibilidad cultural que no parece estar presente en Stübel.

¿En qué medida este contexto de la ciencia universal, en el cual Wolf busca insertar su trabajo, se ve plasmado en el mapa del Ecuador de 1892? En este punto, podemos discutir con el argumento de Capello (2010a: 3) quien sostiene que la institucionalización de los estudios geográficos en el Ecuador se da recién en las primeras décadas del siglo XX con la fundación del Servicio Geográfico Militar (1927) antecesor del Instituto Geográfico Militar. ¿Qué sucedía antes de la llegada de estos procesos que definieron una institucionalidad estatal en la creación de los mapas? ¿Existía más bien, en los mapas del Ecuador, una continuidad con el trabajo geográfico de la época colonial (reflejado en la obra de Maldonado de 1745)? ¿El Estado no inventa nada? ¿El mapa no crea novedad? Sin embargo, el Oriente aparece y desaparece, lo cual pone en duda la continuidad colonial. De hecho, estos cambios no parecen responder a un aparato estatal sino al establecimiento de una institucionalidad en la geografía, en la ciencia. De esta forma, los cambios en el mapa del Ecuador responden a los cambios en la disciplina científica. Es por eso que Wolf critica tanto a Villavicencio, no porque represente bien o mal el territorio ecuatoriano, sino porque no utiliza correctamente los parámetros establecidos por la ciencia geográfica. Wolf es un técnico y por eso defiende los ataques que le hacen a Raimondi diciendo que él también pone los límites donde el Gobierno le pida que los ponga. En esto va a haber una diferencia enorme con el proyecto de Vacas Galindo quien no se posiciona desde la ciencia sino desde la historia y el derecho.

El contexto de otros mapas: Latinoamérica sin longitud ni territorio

“La descripción geográfica de un país comienza naturalmente con la indicación de la posición astronómica, que ocupa sobre el globo terrestre, y de su extensión territorial. Respecto a ambos puntos, el Ecuador corre la suerte de todas las demás Repúblicas latinoamericanas, es decir, de que no son conocidas con exactitud ni en su posición astronómica ni en su extensión” (Wolf, 1975: 33).

En esta sección vamos a analizar el contexto de otros mapas, específicamente el de los mapas de Colombia y del Perú con los que Wolf dialoga de manera constante a lo largo de su “Geografía”. De hecho, este diálogo marca una diferencia fundamental entre el enfoque de Wolf y el enfoque de Villavicencio; característica que más tarde se mantendrá en los trabajos de Vacas Galindo. A lo largo de su “Geografía” (1858), Villavicencio no pone ningún énfasis en las construcciones cartográficas de los países vecinos, sólo dialoga con los trabajos geográficos realizados en territorio ecuatoriano (Maldonado, La Condamine, Humboldt). A diferencia de Villavicencio, Wolf parte de un análisis de estas cartas antiguas que existen del territorio ecuatoriano y concluye que “por buenas y útiles que hayan sido en su tiempo, ya no satisfacen las exigencias modernas” (Wolf, 1975: 29). De ahí que para Wolf, el dar “un paso adelante” de estas cartas sea una tarea indispensable “para no quedar demasiado atrás de las Repúblicas vecinas al Sur y al Norte, que desde hace algún tiempo han comprendido la misma necesidad de reformas cartográficas en sus territorios respectivos” (Wolf, 1975: 29). De esta forma, podemos ver que el trabajo geográfico de Wolf no sólo se fundamenta en la necesidad de entender el territorio con fines científicos o administrativos, sino que enmarca este trabajo dentro de una competencia más amplia donde las diferentes naciones buscan mostrar su territorio al resto del mundo.

Dentro de este marco, Antonio Raimondi y Agustín Codazzi son sus dos puntos de referencia dentro del contexto sudamericano; siendo la figura de Raimondi mucho más respetada como científico y apreciada como

amigo personal que la de Codazzi⁴⁷. La carta nacional de Raimondi⁴⁸, obra en la que plasmó toda la experiencia e información acumuladas en sus viajes⁴⁹, fue entregada en distintas fechas entre 1890 (año en el que muere su autor) y 1900. A esta obra dedicó los últimos cuatro años de su vida y fue culminada gracias al esfuerzo de la Sociedad Geográfica de Lima⁵⁰, la cual, por mandato del Estado peruano, fue depositaria del legado documental de Raimondi y editora responsable de las siguientes publicaciones del “El Perú” (Ccente, 2003). Por otro lado, en el caso colombiano, entre 1847 y 1865 se elaboraron al menos seis mapas del conjunto de Colombia, centrados en la geografía física y en la división política del país (Díaz Ángel, 2008: 62). Dentro de este contexto, la carta de 1865 de Codazzi es considerada como la primera carta oficial del país ya que todas las otras cartas fueron trabajos esencialmente individuales (como el de Manuel Villavicencio) que no estuvieron inscritos dentro de un proyecto estatal planificado. La carta de 1865 fue realizada tomando como base los materiales cartográficos producidos por Agustín Codazzi durante la Comisión Corográfica entre 1850 y 1859, que es el primer proyecto de levantamiento geográfico general financiado por el Estado colombiano. A partir de la década de 1870, el mapa de Codazzi “haría parte del conjunto de material geográfico y cartográfico que empezaría a ser reproducido y diseminado en las escuelas públicas por el régimen liberal” (Díaz Ángel, 2008: 69).

A pesar de estos avances cartográficos en los países vecinos, Wolf resalta que todos se encuentran inmersos en el mismo problema de no tener bases sólidas en temas astronómicos ni territoriales. Como menciona Wolf en la cita con la que comenzamos esta sección, la descripción geográfica de un país comienza por la indicación de su posición astronómica y de su extensión. En relación con la extensión del país, vinculada con el problema de límites, ya hemos discutido que Wolf no toma posición sino que espera instrucciones específicas del Gobierno. Pero en relación con el problema astronómico, su posición es mucho más definida. De hecho, el problema de la falta de datos astronómicos, dificultad que comparte con las cartas de Colombia y Perú, lleva a Wolf a discutir y cuestionar fuertemente el trabajo del Observatorio Astronómico de Quito. De igual manera, dentro de una discusión más amplia, las determinaciones astronómicas lo proyectan

dentro de una discusión entre la geografía universal y la geografía nacional.

Así, Wolf cita un pasaje de Raimondi (Perú, I: 65) para mostrar “que en todas partes de Sudamérica el geógrafo se encuentra con las mismas dificultades por ahora insuperables, con que tropezamos en el Ecuador” (Wolf, 1975: 631-632). “¡Ojalá que tuviéramos siquiera 15 o 20 puntos bien determinados y situados a distancias convenientes en la extensión longitudinal del país sobre la Cordillera occidental o entre ella y la oriental!” exclama Wolf, puntos con los que “un geógrafo práctico y bien ejercitado podría construir un mapa muy exacto sin más materiales astronómicos, y apoyándose en sus triangulaciones y demás operaciones geodésicas, y en sus itinerarios”. Sin embargo, estos puntos no existen, y el geógrafo debe trabajar sin estos instrumentos. De hecho, la determinación de la longitud de un punto implica una serie de observaciones difíciles que necesitan de grandes conocimientos astronómicos. Wolf admite que él no tiene los conocimientos ni los instrumentos para hacerlo, por lo que insiste en la “importancia de que se ejecute este trabajo de determinar aquellos puntos cardinales por parte del Observatorio Astronómico de Quito, pero en vano”⁵¹ (Wolf, 1975: 631-632). Wolf menciona que logró “interesar al director del observatorio”, en ese entonces Guillermo Wickmann⁵², del problema de la longitud para la geografía, exponiéndole sus “dudas respecto a las Longitudes de Humboldt”. “Me prometió hacer la revisión de la longitud de Quito mediante las observaciones con estrellas, y también se ofreció a determinar la diferencia de longitud entre Quito y Guayaquil”, dice Wolf, “me entusiasmé con la esperanza de que se efectúe siquiera esta última determinación. Pero después de tener todo preparado en Guayaquil para las observaciones correspondientes y cuando le escribí al señor director, que el cronómetro, el teodolito y el telégrafo (merced al ofrecimiento del señor Gobernador) estaban listos, y que se sirva señalar el día de la observación, quedé sin contestación, y emprendí mi viaje a Europa con un nuevo desengaño” (Wolf, 1975: 631-632). Esta falta de colaboración del Observatorio Astronómico tiene grandes repercusiones en la calidad final del mapa de Wolf. Al respecto, Wolf afirma:

Hasta la fecha (después de un año y medio) tampoco no tuvo a bien comunicarme los resultados de sus observaciones con las estrellas; por lo demás

ahora vendrían tarde, porque el mapa ya se halla impreso. Perdóneme el lector esta exposición, que no hago por odiosidad o resentimiento (a que no tengo motivo), sino tan sólo para que se sepa a qué atenerse, por si acaso mi mapa será examinado y criticado por los astrónomos. Sin duda, el Observatorio Astronómico de Quito, aunque ya existe unos 20 años, no se halla todavía en la posibilidad de ejecutar las observaciones que deseaba. Me contento con haber iniciado una reforma en el mapa, que tarde o temprano se llevará a cabo, con o sin la cooperación del Observatorio Astronómico de Quito (Wolf, 1975: 631-632).

El énfasis en el trabajo del Observatorio Astronómico lleva a Wolf a una discusión que diferencia la geografía universal de la geografía nacional. De hecho, por definición, el establecer que el punto de partida para construir el mapa de un país es su extensión y su longitud, implica reconocer en primera instancia el mapa nacional como una parte de un todo. Así, la longitud de un punto tiene validez sólo en relación con un sistema de coordenadas al cual ese punto responde. Es por eso que Wolf dice que “por punto de salida para contar las longitudes, he adaptado el meridiano de París, indicando también en segunda línea el meridiano de Greenwich”. En la época en la que Wolf construye su mapa, la discusión sobre los meridianos está en pleno auge, y recién se resuelve algunos años más tarde con la definición del meridiano de Greenwich como punto de referencia universal. De hecho, en su mapa Wolf evidencia estas contradicciones al utilizar ambos meridianos (el de París y el de Greenwich) para mantener una lógica con las últimas cartas de Colombia y del Perú, a pesar de que afirma que “en nuestros tiempos el meridiano de Greenwich tiene una aceptación más general y casi universal entre los navegantes, por referirse a él la mayor parte y las mejores cartas marítimas del mundo”. Dentro de este contexto, Wolf celebra el hecho de que se haya “abandonado la costumbre (particularismo ridículo) de que cada país, por pequeño e insignificante que sea, cuente con su propio meridiano, dificultando así el estudio de los mapas a todos los geógrafos que no sean nacionales”. Wolf establece una diferenciación entre el geógrafo nacional y el “geógrafo del mundo civilizado”. Así, el geógrafo que no es nacional necesita de parámetros universales para

poder entender, con la lectura de un mapa, “sobre qué punto del globo terrestre debe buscar una ciudad, una provincia, indicándola por las longitudes de París o de Greenwich”. La utilización del meridiano de Quito como referencia (que es la base del mapa de Villavicencio) no permitiría que esto suceda porque “primero tiene que buscar la diferencia entre Quito o París o Greenwich, y después reducirá la longitud de aquella ciudad a la universalmente conocida”. En este contexto, Wolf termina diciendo que:

No se concluirá este siglo, sin que desaparezcan todos los meridianos particulares y sin que tengamos un meridiano común y adoptado por todas las naciones civilizadas, llámese de París o de Greenwich o de cualquier otro lugar (probablemente no será el de Quito).

De hecho, Wolf resalta que “El Congreso Internacional de Geógrafos trabaja desde hace algún tiempo en pro de la aceptación de un meridiano universal, y en su última reunión, que tuvo lugar el año pasado (1891) en Berna (Suiza), constituyó una comisión permanente que se ocupe seriamente de esta cuestión” (Wolf, 1975: 32).

Conclusiones

De este capítulo podemos sacar algunas conclusiones. En primer lugar, uno de los puntos que caracteriza el contexto en el que se desenvuelve Wolf y que lo diferencia del contexto de Villavicencio es el tema de la institucionalidad. Así, tanto las clases de la politécnica, el énfasis en la formación académica, su diálogo con los cartógrafos de países vecinos y la idea de la transición de los exploradores a la instalación de una comunidad científica; apuntan a una importante transición de lo que fue el esfuerzo de un individuo relativamente aislado como Villavicencio a una comunidad científica más o menos definida.

En segundo lugar, esta noción de la comunidad científica se desarrolla en gran parte en función de una transición en el concepto de la relación entre el Estado y la ciencia. La ciencia se convierte poco a poco en un

recurso de Estado y el Estado se preocupa en la formación de nuevos científicos quienes podrán desarrollar el potencial de su territorio.

En tercer lugar, el trabajo de Wolf presenta una nueva manera de plantear la dinámica entre cartografía y límites. Los límites tienen poca relevancia para Wolf y son tratados dentro de su análisis cartográfico con poco énfasis. Nunca pretende intervenir activamente en la discusión. Deja ese tema con salidas ambiguas y poco comprometidas lo cual podría sugerir que su prioridad no es la construcción de la nación a través de la definición de lo “otro”. Sin embargo, sí hay un tema de cartografía y reconocimiento de territorios hacia adentro: es el caso de la importancia de las islas Galápagos y los volcanes, los cuales tienen eco con la ciencia universal. En su deseo por debatir con Darwin y Stübel, Wolf manifiesta sus inquietudes por mantener el nexo con lo que pasa en Europa.

En cuarto lugar, al igual que la falta de compromiso en el tema de los límites, la posición de Wolf en relación con los vacíos del Oriente lo muestra como un científico desarraigado de todo compromiso político al que no le importa la “ausencia del Oriente” en su mapa. ¿Por qué debía arriesgar una imagen del Oriente que podría haber sido científicamente controvertida luego? ¿Su mapa se utilizaría en lugar del de Villavicencio sólo por su valor científico y no político? La relación ciencia-poder tiende a estar demasiado cargada hacia el lado de cómo el poder utiliza la ciencia, lo cual asumiría que no es capaz de producir conocimiento alejada del poder. El hecho de que se utilice el mapa de Villavicencio podría contradecir esto. El Estado utiliza el mapa por ser científico y estar validado universalmente, no tanto porque le sea útil como instrumento de administración de la población. El Estado casi se ve obligado a hacerlo porque no puede controvertir científicamente los hallazgos y “vacíos” de Wolf⁵³. Por último, este capítulo nos permite establecer nuevas hipótesis sobre si la nación marca o no una ruptura en la representación geográfica del territorio. De hecho, las distintas maneras de representar geográficamente el Oriente muestran que no es tanto la colonialidad lo que se muestra en el mapa sino la geopolítica del gobierno.

Notas

- 1 Ver Anexo 2.
- 2 La siguiente cita de Wolf muestra esa alma lúdica del científico que encuentra momentos de belleza mientras descifra las leyes del universo: “Una determinada distribución geográfica se manifiesta en todos los órdenes de insectos, pero en ninguno es más fácil de observar que en el de los *Lepidópteros* diurnos (*Mariposas*). De más de 500 especies, que poco a poco recogí en mis viajes (sin contar las nocturnas y crepusculares), unas dos docenas me servían como de barómetro, y me divertía adivinando de su aparición las alturas aproximativas en que me hallaba” (Wolf, 1975: 510).
- 3 Wolf publica 25 boletines científicos sobre los estudios geológicos en “El Nacional” (a partir del Número 22). Los primeros cuatro artículos de esta colección (en “El Nacional” del número 22 al número 25) se titulan “La tierra y el hombre”.
- 4 Para interpretar los mapas, Harley (2005: 63) parte de la regla básica del método histórico que dice que sólo se pueden interpretar los documentos en su contexto: “esta regla se aplica igualmente a los mapas que deben llevarse de regreso al pasado y situarse estrictamente en su propio período y lugar”.
- 5 Los datos de esta sección son tomados de Pérez (1921). Juan Gualberto Pérez fue uno de los 97 alumnos que, entre 1870 y 1875 ingresaron a la Escuela Politécnica de Quito. Pérez se graduó el 31 de Julio de 1882 como ingeniero civil: de los 97 estudiantes que ingresaron a la escuela, solamente 15 se graduaron.
- 6 Fue el primer decano, profesor de Astronomía y Geodesia, construyó e instaló el observatorio de Astronomía en 1873.
- 7 Profesor de Geología y Geognosia.
- 8 Profesor de Botánica.
- 9 Menten y Sodiro, junto con algunos alumnos que sí obtuvieron el título profesional, organizaron la Facultad de Ciencias en la Universidad Central, a partir de 1879.
- 10 “Geografía y geología del Ecuador, publicada por orden del Supremo Gobierno de la República, por Teodoro Wolf, Dr. Phil., antiguo profesor de la Escuela Politécnica de Quito y geólogo del Estado”.
- 11 Los informes sobre los viajes de Teodoro Wolf a las provincias de Loja, del Azuay y de Esmeraldas, son publicadas por orden del presidente Veintemilla en 1879 bajo el título de “Viajes científicos por la República del Ecuador”, Guayaquil: Imprenta del Comercio.
- 12 Al describir sus repetidas excursiones en la zona litoral, Wolf (1875: 192) menciona que un grupo de montoneros en Manabí no le permiten conocer una vasta región de la costa. Estos comentarios abren la discusión de un tema crucial sobre la relación del cartógrafo con la población local y las manifestaciones de resistencia frente a la medición del territorio. La interacción entre las poblaciones rurales y los cartógrafos ha sido trabajada por Raimond Craib (2004).
- 13 Wolf (1975: 622) analiza el mapa de Basurco y concluye que tiene muy poca validez como documento de enseñanza para las escuelas públicas.
- 14 Ver “Informe del Director General de Obras Públicas relativo al mapa del Ecuador dibujado por el Sr. Bernardo Flemming”. En *Periódico Oficial* n° 12 (Quito, 11.03.1892) (en Esvertit Cobes, 2001: 330).
- 15 Deler (1987: 117) considera que “el Perú fue el primero entre los tres estados andinos implicados, en realizar esfuerzos regulares para incorporar mejor las tierras orientales al espacio nacional”.
- 16 Wolf (1975: 623-624) describe a Raimondi como “el gran naturalista, que el Perú con justo orgullo puede considerar como uno de los suyos”. Para conocer la vida de Raimondi ver: Balta, 1926; Janni, 1942; Azzariti, 2000.
- 17 El presidente Ramón Castilla lideró la guerra con el Ecuador de 1858-9, que concluyó con el bloqueo de Guayaquil y con la subsiguiente firma del tratado de Mapasingue, con el cual Guayaquil reconoció la soberanía del Perú en extensos territorios amazónicos reclamados por el Ecuador (Díaz Ángel, 2008: 82).
- 18 *Mapa del Perú señalando los límites con los demás Estados vecinos, a que tiene derecho según documen-*

- tos antiguos y modernos*. 1: 500.000. Grabado e Imp. por Erhard Hnos., Calle Denfert-RochereauE 35 bis, Paris.
- 19 Sobre los motivos que justifican el trazado de límites de su mapa, ver Wolf, 1975: 34-41.
 - 20 Al respecto de los nombres de las islas ver McEwen (1988), Larrea (1958) y Black (1973).
 - 21 Wolf ingresa en el instituto jesuita de Gorhein en Siegmaringer en octubre de 1857 (Martínez, 1994: 264).
 - 22 Cuando Wolf habla de Sodiro en su “Geografía”, dice que es “el mejor conocedor de la flora ecuatoriana” (Wolf, 1975: 495). Es curioso que Wolf nunca menciona el trabajo botánico que realizó William Jameson. Una investigación sobre la relación entre Jameson y Sodiro en el contexto del desarrollo de la botánica en el Ecuador es una tarea pendiente.
 - 23 Una vez en el Ecuador Wolf envió varias colecciones de rocas volcánicas al profesor G. vom Rath (Martínez, 1994: 268). En 1875 el profesor le propuso a Wolf estar a cargo de una cátedra en la Universidad de Bonn. Wolf rechazó esta oferta y prefirió convertirse en Geólogo de Estado bajo el gobierno liberal de Borrero (Martínez, 1994: 272). En mayo de 1877 la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn honró a Wolf con el título de Doctor en Filosofía Honoris Causa (Martínez, 1994: 274).
 - 24 El primer trabajo científico publicado por Wolf tiene que ver con el premio que estableció el profesor Schadht por el mejor trabajo sobre la historia natural de las orquídeas. Wolf ganó el concurso y su trabajo fue publicado en el “Anuario de la ciencia botánica” de Pringsheim, bajo el título “Contribuciones para la historia del desarrollo de las flores de las orquídeas” (Martínez, 1995: 265).
 - 25 Luego fue profesor de historia natural en el colegio de María Laach y, más tarde, en 1870, fue a Quito (ver Martínez, 1995).
 - 26 Demelas y Saint-Geours consideran al proyecto como un híbrido entre un conservadurismo religioso y una fe en el progreso y la modernización: “matemático y místico, tradicionalista y técnico, García Moreno es el hombre de las paradojas asumidas en una extraña síntesis” (1988:145). La tesis de Maiguaschca considera el proyecto garciano como una forma distinta de modernidad; una “modernidad católica” (2005: 234).
 - 27 El periódico *El Nacional* anuncia el 11 de Octubre de 1871: “Lecciones públicas sobre las más interesantes cuestiones de la geología moderna, jueves (tarde) de 6 a 7”.
 - 28 Sobre el constante mal humor de Wolf, Martínez (1994: 258) describe lo siguiente: “una montaña de disgustos y contrariedades, una enfermedad que, a pasos acelerados, le llevaba a la tumba, agrió su carácter. ¡Vivía en un ambiente de perpetuo mal humor!”.
 - 29 Como mencionamos en la introducción, luego de la erupción del Cotopaxi Wolf y Sodiro son enviados por el presidente Veintimilla para interpretar el fenómeno. Cómo afirma (Fitzell, 1996: 309), Wolf, el “hombre de ciencia” por excelencia, es el único que no incluye ninguna referencia bíblica para explicar el proceso de erupción.
 - 30 Este interés por ir a las islas Galápagos se manifiesta desde la llegada de Wolf al Ecuador. Martínez (1994: 270) afirma que “los jesuitas españoles le habían desbaratado, cuando estaba en la Orden, un proyecto de viaje”.
 - 31 El señor Valdizán era propietario de una hacienda en la isla Floreana, donde se hospedó Wolf varias veces (Wolf, 1875: 532).
 - 32 Ver Gunther (1936) para una explicación de la historia de los descubrimientos científicos en relación con la corriente de Humboldt.
 - 33 Los científicos viajan a América con el propósito de seguir las huellas de Humboldt, en un viaje autofinanciado que en un inicio era corto, y que finalmente se convirtió en el “viaje investigativo más fundado y productivo en la historia de descubrimiento de toda América” (Meyer, 1905: 64, en Stüttgen, 1996a).
 - 34 Reiss y Stübel realizaron un enorme acopio de información y de objetos de diferentes culturas. Gran parte de esta colección hoy forma parte de cuatro museos alemanes: el Institut für

- Länderkunde, el Museum für Völkerkunde Berlin, el Iberoamerikanisches Institut Berlin y el Völkerkundliche Sammlungen (Brockmann, 1996).
- 35 “He elegido a Dresde como residencia tanto por la amistad con el Dr. Stübel cuanto porque me agrada más el carácter de los sajones” (Carta de Wolf dirigida a A. Martínez el 9 de septiembre de 1894 en Martínez, 1994: 276).
- 36 Sobre la muerte de Stübel, ver la carta del 23 de diciembre de 1904, escrita por Wolf a A. Martínez (Martínez, 1994: 278-279).
- 37 Fueron cedidas en 1918 por su hermana Ina al Archiv für Forschungsreisende in Leipzig. Sólo han sido publicadas en dos ocasiones. En 1994, el Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República, Santafé de Bogotá publicó la parte colombiana (Vol. XXXI, Núm. 35). Y en 1996, son publicados algunos de sus extractos por Ingrid Hönsch, directora de la Biblioteca Central Geográfica y del Archivo de Geografía, Institut für Länderkunde Leipzig.
- 38 Hettner (1927:106, en Gómez García, 1995) relaciona este nuevo entorno científico de la geografía con tres eventos: (1) la muerte de Humboldt y Ritter en 1859, (2) la publicación del *Origen de las especies* de Charles Darwin en el mismo año, y (3) la publicación de la obra de Oscar Peschel (1874), todo lo cual formula los “nuevos problemas” para la geografía de la segunda parte del siglo XIX.
- 39 Ver Bunske (1981) para un análisis de los efectos de la aparición de la Teoría de la Evolución de Darwin sobre el cambio en el respeto y la importancia que se da a Humboldt en los círculos científicos a partir de mediados del siglo XIX.
- 40 Ver Wolf, 1975: 572-3.
- 41 Ver Wolf, 1975: 600.
- 42 Ver Wolf, 1975: 549.
- 43 Ver Wolf, 1975: 581.
- 44 Naturalista alemán (1817-1908) que viaja por Colombia y Ecuador entre 1852 y 1854 y publica en 1886 su obra *Géologie de l'ancienne Colombie Bolivarienne, Vénézuëla, Nouvelle Grenade et Equateur*. (Berlín: R. Friedlander and Sohn).
- 45 Ver Wolf, 1975: 403.
- 46 Sobre la crítica de Wolf en relación con la validez científica de los relatos de los viajeros, ver Wolf, 1975: 245-246.
- 47 De hecho, existe una importante correspondencia entre Raimondi y Wolf que se conserva en el Museo Antonio Raimondi en Lima. El análisis de esta información es una tarea pendiente. No existe una relación personal entre Codazzi y Wolf; Codazzi muere en 1859, varios años antes de la llegada de Wolf al Ecuador.
- 48 Impresa en la casa Erhard Hermanos de la calle Denfert-Rochereau N. 35 de París.
- 49 Sobre los viajes de Antonio Raimondi ver Markham, 1890: 763.
- 50 Sobre la Sociedad Geográfica de Lima ver Cueto, 1992.
- 51 Wolf muestra su enorme frustración con el trabajo del Observatorio Astronómico de Quito en la siguiente cita: “La posición astronómica de Quito cae bajo 0° 13' 34'' Lat. S y en la Longitud de ...? ¿Determinenla los astrónomos del observatorio de Quito!” (Wolf, 1975: 128).
- 52 En 1873 se inicia la construcción del Observatorio Astronómico de Quito bajo la dirección de Juan Bautista Menten. En 1877 se inician las mediciones con los primeros instrumentos. En 1883 Menten deja la dirección de Observatorio. En 1887 se nombra a Guillermo Wickmann como director del Observatorio. Wickmann llegó a América en 1885 contratado como asistente de observatorio de Chile. En 1892 se vuelve a nombrar a Wickmann como director. En 1900 es sustituido por Gonnesiat.
- 53 Agradezco a Paúl Cisneros (Taller de tesis Septiembre 2009) por sus valiosos comentarios que me dieron luces sobre esta problemática.

Capítulo IV

Enrique Vacas Galindo: guerra, barbarie, religión y espionaje

El mapa como hecho legal

“Piensan algunos que, para el mejor éxito de nuestras cuestiones sobre límites habría sido más acertado conservar ocultos los documentos que hoy damos a luz; más a nosotros nos parece que, precisamente el ocultamiento de tan valiosas piezas, ha sido la causa principal de varios desaciertos y de la relativa flojedad de nuestros Diplomáticos. Si es cierto que en las Cancillerías se deben guardar en secreto los datos más eficaces y los planes de defensa que se crean más decisivos, es también innegable que el Pueblo debe poseer y conocer los instrumentos públicos de la propiedad nacional, para poderla sostener y defender con toda la energía de que fuere capaz, dado el caso de que alguien se la quiera arrebatar” (Vacas Galindo, 1902a: vi-vii).

En 1906, 14 años después de la publicación del mapa de Teodoro Wolf y dentro del contexto de una de las varias crisis militares por problemas fronterizos con el Perú, el Gobierno ecuatoriano, por tercera ocasión, toma la decisión de remplazar el mapa oficial del país. De hecho, como vimos en la sección anterior, a pesar de su reconocido rigor científico, el mapa de Teodoro Wolf no servía como instrumento de representación dentro de la

“complicada atmósfera retórica” (Padrón, 1998: 217) de un nuevo amenazante conflicto armado. A pesar de haber sido creado con la intención de servir como instrumento público, el mapa de Wolf no se manifestaba en relación con la propiedad nacional. El énfasis de Wolf se centró en la construcción topográfica e hidrográfica del territorio, pero no hizo mayores esfuerzos por consolidar la dimensión nacional a través de la cartografía. De hecho, el territorio que se disputaba entre los dos países no aparecía dentro del mapa de Wolf como una parte continua del territorio nacional. Como vimos en secciones anteriores, Wolf dibuja el Oriente dentro de un inserto en uno de los márgenes del mapa, solamente marca a grandes rasgos el curso de los principales ríos y coloca una leyenda que dice “zonas poco conocidas habitadas por indios salvajes”. Dentro de un contexto bélico, este mapa podría ser comprendido, tanto en ojos domésticos como internacionales, como una traición a una de las funciones ideológicas principales de la cartografía nacional: la de naturalizar una imagen del Estado como una entidad territorial coherente con fronteras no permeables. Padrón (1998: 217) sostiene que lo que es sorprendente en esta historia, no es el hecho de que el mapa de Wolf haya sido reemplazado, sino que el Gobierno ecuatoriano, tomando en cuenta su larga historia de complicados conflictos territoriales en esta zona, haya producido y auspiciado un mapa de esas características.

El mapa que reemplazó el de Teodoro Wolf fue producido por el fraile dominico Enrique Vacas Galindo (1865-1938)¹ quien se autocalifica como “un ecuatoriano, un católico, un sacerdote, un hijo del rosario” (Vacas Galindo, 1895: 246). En esta nueva representación cartográfica, se incluye no sólo el territorio que fue marginalizado por Wolf, sino una gran sección que en ese entonces estaba bajo control peruano. En este contexto, el enfoque de Vacas Galindo es radicalmente distinto al de Wolf. De hecho, el nuevo cartógrafo presenta otro tipo de documentos como base para la construcción del mapa. La información vigente, de corte puramente geográfica, no le basta. Vacas Galindo entrega una profundidad histórica y política al territorio y lo deja de ver como una red de montañas, ríos, quebradas y valles, para concebirlo como un terreno en disputa. Dentro de este contexto, la contribución de Vacas Galindo al problema del territorio nacional se centra en su investigación de archivo y en la gran cantidad

de documentos históricos que aporta a la discusión. Esta información es constantemente contrastada y debatida a la luz de los debates fronterizos de la época. Vacas Galindo cuestiona la premisa de que el Ecuador no dispone de la documentación suficiente para justificar sus derechos sobre los territorios disputados por el Perú en la región oriental. Esta creencia, por demás errónea —en la opinión de Vacas Galindo— es debida a la poca atención que han prestado los gobiernos del Ecuador al estudio de la cuestión de límites (Vacas Galindo, 1902a: v); elemento que es evidente en el trabajo de Teodoro Wolf:

Grandes desaciertos han cometido, desde un cuarto de siglo a esta parte, los gobiernos del Ecuador, y un peso enorme de responsabilidades oprime su cabeza; pero la peor y más clamorosa es la ignorancia, tendida, cual oscura atmósfera, sobre las regiones gubernamentales, acerca de la región oriental. Y los presidentes, y los congresos, y los ministros, y los plenipotenciarios han osado tratar de límites, sin conocer siquiera las cuestiones más rudimentarias de su geografía. ¿Por qué no se hizo un estudio anticipado y serio para no comprometer los sagrados derechos de la nación? ¿Por qué no se envió un número selecto, no de personas ignorantes e ineptas, sino de ilustración y alto criterio, para tomar los datos necesarios y adquirir los conocimientos indispensables? ¿No era natural, no se debía suponer que, sin esos requisitos, la alta Parte contraria, expondría las cuestiones y las cosas a su antojo? (Vacas Galindo, 1903: 705).

Al comparar los escritos de Villavicencio, Wolf y Vacas Galindo, nos damos cuenta que Vacas Galindo marca un corte con sus antecesores quienes hacen constante referencia, en sus discusiones sobre la historia de la geografía del país, a personajes como Humboldt, La Condamine y Maldonado. De hecho, las obras tanto de Villavicencio como de Wolf se construyen en función de estas referencias históricas y geográficas. Sus discusiones no buscan otros referentes cartográficos que no sean los mapas elaborados por estos personajes. A diferencia de ellos dos, Vacas Galindo propone un marco de discusión muy distinto. Cambia por completo de personajes de referencia dado que su discusión se aleja del énfasis mayoritariamente científico que encontramos en Villavicencio y Wolf (cada uno con su in-

interpretación específica de lo que es ciencia) y propone un marco más jurídico e histórico sobre el cual desarrolla toda su argumentación (de hecho prácticamente no cita ni a Wolf ni a Villavicencio). Para Vacas Galindo, el mapa es un hecho legal.

En la primera sección de este capítulo nos centraremos en la figura de Vacas Galindo y su relación con la Amazonía. De hecho, al igual que Manuel Villavicencio y a diferencia de Wolf, Vacas Galindo pasó varios años de su vida en el Oriente y luchó incansablemente para que el Gobierno ecuatoriano se ocupe de esta vasta zona olvidada. Nos centraremos en el análisis de la novela *Nankijukima*, escrita por Vacas Galindo en 1895, donde encontramos una serie de eventos de guerra, barbarie, religión y espionaje que van construyendo la mirada patriótica del autor, su inclinación hacia la diplomacia y su odio por el Perú.

En la segunda sección del capítulo discutiremos sobre las características del mapa poscolonial en los Andes y el inicio de la disputa entre Ecuador y Perú. Esto nos llevará a detallar las bases del sistema de control territorial en la colonia, el rol que las disputas fronterizas entre España y Portugal tuvieron en el origen de la Real Cédula de 1802 y sus efectos luego de la Independencia. La importancia de la cartografía en la creación del sistema de estados territoriales en Hispanoamérica es un punto de especial interés.

En la tercera sección de este capítulo discutiremos sobre una figura que aparece con enorme fuerza en los textos y la argumentación de Vacas Galindo: el Perú. De hecho, el Perú es tratado esporádicamente en Villavicencio (especialmente en el debate sobre los terrenos baldíos), se personifica en la admirada figura de Raimondi, en los textos de Wolf y sugiere más un ejemplo a seguir desde el punto de vista científico y de gobierno que un enemigo imperdonable; pero en las páginas de Vacas Galindo toma una personalidad absolutamente definida, negativa, arbitraria, abusiva y despiadada. De hecho, la agresividad que Vacas Galindo resalta del Perú tiene estrecha relación con el problema del territorio sucesor y sus consecuencias en la definición de los límites ecuatoriano-peruanos.

Misiones, jibarías, aventuras y archivos

“Después de 376 años de la Conquista del antiguo Reino de Quito, emprendida por Sebastián de Benalcázar, después de 326 de la creación de su Real Audiencia, decretada por el Rey Felipe II, después de la más constante, laboriosa y heroica formación de la Entidad política que debía ser un día la autonomía ecuatoriana; por fin, en 1809, declarándose, por vez primera, la Independencia americana, Quito levanta el pendón de la libertad y, emancipada de la Metrópoli, se constituye en nación independiente” (Vacas Galindo, 1903: 746).

Enrique Vacas Galindo nació en Cotacachi, Ecuador en 1865. Ingresó al Convento dominicano de Quito en 1880 y fue consagrado sacerdote en 1887. A finales de este mismo año viajó a las nuevas misiones dominicanas en Canelos donde se dedicó a la evangelización de las tribus salvajes. Sobre la historia de las misiones en el Oriente, Vacas Galindo cuenta que en 1870 García Moreno creó la gran misión oriental que fue entregada a los padres jesuitas, quienes se establecieron en Macas y el Napo. Esta misión duró quince años, hasta 1885 en que fue abandonada. Dos años después, en 1887, “el Excmo. Sr. Delegado Apostólico Dr. Benjamín Cavicchoni la dividió en dos grandes partes: el vicariato del Napo que quedó con los mismos padres jesuitas, y la prefectura de Canelos y Macas, que fue confiada a los hijos de Santo Domingo” (Vacas Galindo, 1895: 49-50). Fue en esta región donde el joven fraile pasó cinco años de su vida.

Las misiones en el Oriente² y la raza jíbara

“Los arroyos (...) se precipitan golpeándose entre las peñas de granito, cavando abismos, saltando y dando botes desde el Sangay, Cotopaxi, Cayambe, etc., por estrechas, profundas y oscuras gargantas que les sirven de lecho, hasta los valles más inmediatos a las cordille-

ra, donde se reúnen para formar las cabeceras de ríos poderosos; luego en diferentes direcciones y trazando caprichosas figuras, vuelven a precipitarse y hundirse entre los últimos ramales de la cordillera, separándose ésta a medida van acercándose a la planicie, para formar el pintoresco y poético Santiago, el profundo y manso Morona, de tan halagüeño porvenir, el bravo e indómito Pastaza, el enroscado y sombrío Tigre, el caudaloso y magnífico Napo, todos príncipes de regia extirpe, que reciben ufanos el tributo de mil vasallos, hasta entregar humildes el suyo al soberano y monarca de los ríos del mundo” (Vacas Galindo, 1895:6).

Partiendo de su experiencia en las selvas ecuatorianas, Vacas Galindo propone una tesis sobre el papel determinante que cumplen las misiones en el mantenimiento del territorio nacional que es el mismo que cumplieron en el mantenimiento del territorio colonial. En este punto, los argumentos de Vacas Galindo se asemejan a la postura de Villavicencio sobre los “actos de dominio” que demuestran la soberanía del Ecuador sobre su territorio. Como vimos en secciones anteriores, para Villavicencio estos actos de dominio sobre el territorio se efectúan muchas veces por fuera del alcance del Estado central y se manifiestan tanto con la presencia de misioneros y empresarios, como con el “patriotismo de las tribus indígenas” (Villavicencio, 1858: 31).

Dentro de este contexto, Vacas Galindo discute sobre la autoridad política de los misioneros y se pregunta si la conquista a través de misiones es tan sólo una conquista eclesiástica o conlleva también a un derecho político de apropiación de esas comarcas. Esta consideración de la autoridad de las misiones en el Oriente no solamente como una autoridad eclesiástica sino también política está asimismo presente en los escritos de Manuel Villavicencio que, al igual que Vacas Galindo, vivió varios años en el Oriente ecuatoriano y conoció de cerca la dinámica de esta región. El dominico resalta un elemento dentro de la gestión de las misiones, que es indispensable para el éxito de las tareas de civilización de la región oriental, y que no se puede lograr a través de ninguna de las herramientas que posee un gobierno político: el elemento moral. “No (basta) un Gobernador, no

(es) suficiente un Comandante General” –dice Vacas Galindo (1903: 224-225)– es “menester un elemento de carácter bien distinto: más poderoso que todos los resortes de un gobierno político, más eficaz que todas las armas de una Comandancia General; (es) necesario el elemento moral, el elemento religioso: aquí (deben) venir los hombres del sacrificio, los hijos de heroísmo”.

De hecho, a juicio de Vacas Galindo, este elemento moral está ausente en una de las grandes intervenciones en el Oriente que llegó a finales del siglo XIX con el boom de la explotación cauchera (Smith, 1946: 254). Vacas Galindo critica duramente la labor de los comerciantes, su trato inhumano con los indígenas y su explotación descontrolada de los recursos naturales. Así, al hablar de la disminución progresiva de la raza jíbara fruto de tantas matanzas, considera que “si el Gobierno del Ecuador no aprovecha el territorio oriental a favor de la inmigración, y no salva los restos espirantes de la antigua raza jíbara, procurando que sea absorbida por otra mejor, o invadida por los progresos siempre crecientes de la civilización moderna; en no lejano tiempo el Oriente será, no mansión de salvajes, sino guarida de víboras y fieras” (Vacas Galindo, 1895: 185). En este sentido, para Vacas Galindo, al igual que para Manuel Villavicencio, es indispensable incorporar al jíbaro a la sociedad ecuatoriana para poder colonizar el Oriente:

Actualmente, los jíbaros no son un obstáculo para la inmigración; porque han perdido los antiguos odios mortales que les impelían llevarlo todo a sangre y fuego contra los blancos; ni tampoco se consideran tan poderosos que no teman la venganza de estos (...) en vez de un obstáculo, son los salvajes el más grande apoyo y la mejor garantía para establecerse en el Oriente; ellos están llamados a trabajar las primeras sementeras de yuca y plátano, allí sumamente necesarias a la vida; de la misma manera están llamados a indicar los puntos más a propósito para abrir los primeros caminos, que sin el auxilio de los salvajes, para nada servirían los ingenieros más hábiles y los instrumentos más precisos (Vacas Galindo, 1895: 186-187).

Pero la posición de Vacas Galindo sobre el rol del jíbaro en la construcción de la nación ecuatoriana supera su función como mano de obra para la conquista del territorio oriental. De hecho, el fraile mira a esta raza

más allá de su inmediata manifestación de salvajismo y resalta la riqueza cultural de este grupo humano que forma parte de la riqueza cultural del territorio y de la nación. Esta tesis sobre la raza jíbara es presentada bajo la forma de una obra que Vacas Galindo publica en 1895, a los treinta años de edad y después de cinco años de peripecias en la Amazonía. “Nankijukima” se titula esta novela de aventuras y autobiografía en la que el autor retrata “en diez capítulos (...) a largos rasgos, varias noticias sobre la raza jíbara” (Vacas Galindo, 1895: iv). Vacas Galindo relata el contraste entre la barbarie y la profunda humanidad de estas “cunas salvajes y numerosas muchedumbres a orillas del Santiago, allende el Morona, entre las hermosas palmeras del Pastaza”:

Allí se mueven y se multiplican jíbaros feroces y záparos indolentes, con los cuerpos pintarrajados, las orejas colgadas en fracciones y los labios perforados, que vagan como nómadas por aquellas soledades, a imitación de las fieras, o fijan su manción de helechos, guayacán y palmas, entre los bosques o a las márgenes de ríos, alumbrados por los pálidos rayos de la luna. Allí están esas naciones en perpetua lucha, viviendo en medio del peligro, nunca desahucadas para la defensa, listas siempre para el combate; naciones rebajadas al nivel de los más viles animales, sometidas a las pasiones más indómitas y brutales, bajo el yugo de la ignorancia y del pecado; todas igualmente feroces, crueles y degradadas. En ese paraíso custodiado de fieras, el hombre es la fiera más peligrosa y sanguinaria! (Vacas Galindo, 1895: 10).

A lo largo de la narración encontramos la constante mirada del fraile que espera la salvación de estas almas y considera tener un rol activo en este proceso:

Y, sin embargo, todos esos hombres son redimidos con la sangre preciosa de Jesucristo, Nuestro Señor; son nuestros hermanos y tienen como nosotros igual derecho a los goces de la vida eterna. ¡Oh, quién pudiera llevarles la luz del Evangelio y la civilización cristiana! ¡Quién pudiera volverlos hijos fervientes de la Iglesia y ciudadanos útiles a la sociedad! (Vacas Galindo, 1895: 10).

Es esta la región y los hombres a donde nos transporta su historia; “allí gozaremos de sus maravillas y sufriremos sus azotes, más recios y dolorosos ciertamente de lo que puedes imaginar”, nos dice Vacas Galindo, y nos invita, como lectores, a acompañarlo. La legitimidad de su relato se basa en el profundo conocimiento que ha adquirido de la zona: “sígueme y te conduciré; cinco años de experiencia me han dado conocimiento y habilidad” (Vacas Galindo, 1895: 11).

Nankijukima: el más feroz de los leones de la selva

“No son hombres, lector, los que te presento, son leones: si los leones hablasen, encresparían la melena, erizarían el lomo, sacudirían la hinchada cola, darían coces, moverían todos los miembros del cuerpo, y sería su palabra rápida y brillante como relámpago, terrible y atronadora como el trueno; el tono de voz revelaría la fuerza de su espíritu y lo formidable de sus proyectos. Pues esa es la discusión y oratoria de los jíbaros: la voz de Estentor, el cuerpo todo entra en acción, los pies y las manos se mueven, el pecho espacioso se hincha, los ojos arrojan centellas, la frente brilla como la de un soberano, la cabeza se sacude, la cabellera se derrama por toda la espalda desnuda; cree el espectador encontrarse cerca de dos hombres poseídos del demonio, por la agitación, la vehemencia, la fuerza de imaginación con que hablan; parécele a veces asistir a una disputa acaloradísima en la que cada contrincante despliega un lujo de elocuencia y erudición que él mismo no puede contener” (Vacas Galindo, 1895: 80-1).

El nombre del héroe que construye Vacas Galindo en jíbaro significa “literalmente llevar lanza al combate; el sustantivo nanki es lanza, y el verbo jukima llevar”. De hecho, “la lanza es el móvil del salvaje; y se confunde en su lengua con la guerra o el combate mismo. La guerra ha sido casi siempre

el estado normal de estos salvajes, y no hay hombre que a la edad de veinte años, no haya entrado alguna vez en combate” (Vacas Galindo, 1895: 162). Pero dentro de este mundo de hombres de guerra, “la torre o fuerte de guerra de Nankijukima fue el más alto que se vio jamás en el Oriente”. Así, como “famoso capitán” Nankijukima “había celebrado muchas veces la fiesta de zhanzhas³”, y “vanidoso y lleno del deseo de sobreponerse a los suyos, construyó la casa más elegante, más espaciosa y elevada de todas las que se habían edificado en la jivaría; cabrían allí jugando y bailando desahogadamente mil personas” (Vacas Galindo, 1895: 68). Era tal la fortaleza de este capitán que “los enemigos no podían acometer de frente a Nankijukima, tanto porque la táctica militar del salvaje consiste en la sorpresa, como porque conocían la imposibilidad de vencer a un capitán de tanta fama y tan bien preparado a la defensa”; de esta forma, “Nankijukima descansaba y dormía tranquilo sobre sus máquinas de guerra, sin que nadie pudiera molestarlo” (Vacas Galindo, 1895: 70). Dentro de una cultura donde nadie manda y nadie obedece, este rey de la guerra es el único que ha logrado establecer un nivel de liderazgo tal que puede ser considerado como “el primer orador popular de las tribus del Morona” (Vacas Galindo, 1895: 86).

De los jíbaros, Vacas Galindo resalta varias características: su fortaleza física, su aptitud para la guerra, su vida en guerra constante, su falta absoluta de religiosidad⁴ y sus extrañas costumbres⁵. Pero curiosamente resalta también su lenguaje⁶. Al describir un diálogo entre jíbaros, concluye:

¡Oh! Es un idioma perfecto, filosófico, sentimental, sonoro, armonioso y conciso; de una energía semejante al ánimo audaz de quienes lo manejan; quizá más rico que ningún idioma europeo en la parte sentimental, zoológica y botánica, y como ninguno en el mundo, en la expresión gráfica de los efectos terribles de la naturaleza. Hasta la más mínima planta, hasta el insecto más diminuto de los infinitos árboles y animales que pueblan esas selvas cuenta un nombre propio. Ninguna lengua como la jíbara, describe tan al vivo el fragor del rayo, el rugido de la tempestad, el bramido del huracán, los golpes estupendos del combate, la rapidez devoradora del incendio, los ayes dolorosos y horrores desesperantes de la muerte (Vacas Galindo, 1895: 83).

De esta forma, dice al final: “Con razón dijo un conocedor de esta raza y de la lengua: si los jíbaros fueran civilizados, serían los mejores poetas del mundo” (Vacas Galindo, 1895: 84). Como vemos, la historia del feroz Nankijukima presenta una serie de contradicciones absolutamente irresueltas por su autor, donde los hombres más bárbaros del mundo, son a la vez los mejores poetas. En este sentido, existe una propuesta en *Nankijukima* que pretende rescatar la riqueza cultural de un grupo humano que ha sido tildado de salvaje, exótico e inmanejable para el proyecto nacional.

La verdad y la fantasía se entremezclan en el relato de Vacas Galindo sobre su experiencia en el Oriente, y a pesar de que en la vida real Nankijukima muere justo antes de que Vacas Galindo salga de las jivarías, el autor nunca relata la muerte de su personaje dentro de la historia. De esta forma, la vida del más feroz de todos los jíbaros queda en suspenso, convirtiéndolo en un personaje casi mítico, por fuera del tiempo y del mundo de los hombres. Vacas Galindo sólo menciona que Nankijukima murió en las “fauces de un lagarto”, lo cual enaltece aún más su carácter heroico porque ningún hombre fue capaz de matarlo:

La vida de Nankijukima terminó en medio de los conflictos de mi azarosa travesía por el océano mar de agua dulce americano; y mientras él quedó sepultado en los abismos de las ondas y en las fauces de un lagarto, yo, Dios mediante, alcancé sano y salvo el puerto de mi libertad y el término de mis desgracias. Habría deseado presentar el triste cuadro de la muerte del Capitán salvaje; pero sería ya el término de su historia (Vacas Galindo, 1895: vii).

En este sentido, a través de una herramienta literaria, Vacas Galindo se niega a poner un punto final a la historia de la raza jíbara que parece estar condenada a desaparecer, tanto por sus propias costumbres de guerra como por las presiones políticas y comerciales sobre su territorio. Por otro lado, al no matar a Nankijukima, Vacas Galindo plantea una idea de fronteras vivas, en la que los jíbaros quedarían de custodios del territorio.

Un fraile como espía de la nación

“El Ecuador se lanza contra nosotros; acabo de sorprender a un Fraile como espía de esa nación.

Inmediatamente ponga en conocimiento del Supremo Gobierno de Lima lo acontecido y recabe de él las instrucciones de lo que debemos disponer acerca del Fraile y los severos castigos que se le debe aplicar. Mientras llegare de Lima lo solicitado, me encargo yo de la vigilancia y custodia del retenido”

(Comunicado del Subprefecto de Yurimaguas, en Vacas Galindo, 1895: 241).

Bajo la forma de una Apéndice al final del relato de *Nankijukima*, Vacas Galindo cuenta sobre sus peripecias una vez que abandonó las jibarías y navegó por el Pastaza hasta llegar al Amazonas. Estos eventos se dan al final de su estadía de cinco años en las misiones de Macas (1888-1893). Vacas Galindo llega al poblado de Andoas⁷, donde se ve involucrado en una trifulca sobre el robo de las alhajas de la iglesia (Vacas Galindo, 1895: 237). Andoas es un punto crucial dentro de la disputa territorial entre el Ecuador y el Perú porque durante muchas décadas fue manejada bajo una doble administración política y militar (tanto del Ecuador como del Perú). Vacas Galindo es tomado prisionero por el problema de las alhajas y es llevado a Yurimaguas (poblado bajo jurisdicción peruana) donde el único ecuatoriano le cuenta “que el tema de las alhajas es una ridícula farza y que el subprefecto de Yurimaguas acaba de enviar un comunicado al prefecto de Moyobamba contándole que han atrapado a un “fraile como espía” del Ecuador. De hecho, la razón principal por la que llegaron a considerar a Vacas Galindo como espía es porque “se viene fijando en todo el territorio de la manera más minuciosa y tomando toda clase de datos” por lo que tienen la certeza de que “se halla aquí investido de una comisión secreta de su Gobierno” (Vacas Galindo, 1895: 240). Al respecto, Vacas Galindo se expresa con un tono de sarcasmo:

En todo Yurimaguas cundió como un relámpago la noticia de mi prisión y de boca en boca se la esparcía ponderando el peligro en que se había puesto el Perú, si la perspicacia y solicitud de las autoridades no hubiesen sorprendido in fraganti al terrible espía que iba a hacer bambolear la integridad nacional (Vacas Galindo, 1895: 242).

Luego de varios días de prisión en Yurimaguas, Vacas Galindo resuelve planear su fuga. Pero a pesar de esta firme resolución de fugarse, trató de apelar al derecho internacional para quejarse ante el Encargado de Negocios del Ecuador en Lima “sobre el vejamen que sufría la República” en su persona y “las tropelías de que (era) víctima en Yurimaguas”: “preciso era que mi Gobierno supiera lo que pasaba con un hijo del Ecuador” (Vacas Galindo, 1895: 260). Pero en pie de página, Vacas Galindo cuenta, con enorme desilusión y tristeza, que “el Gobierno del Ecuador lo supo todo y nada hizo”. Y luego se pregunta con tono irónico: “¿cómo se iba a acordar de un pobre ciudadano?” si “tenía el Gobierno que preocuparse en asuntos personales de grande trascendencia”. Sin embargo, concluye: “ni lo siento que el Gobierno no haya hecho nada, ni lo reclamo, ni lo necesito; mi gloria está en haber señalado con el dedo lo injusto, lo ilegal, lo estúpido, lo absurdo de sus contratos en la cuestión de límites”. En este punto, Vacas Galindo se distingue de todos los otros ecuatorianos, especialmente de los diplomáticos, y sostiene que nadie le puede disputar “el conocimiento práctico territorial, el topográfico, el civil y político” y el histórico que es fruto de todos sus viajes y peripicias. Por último, se burla de los “prohombres” ecuatorianos que “tratan de límites” y que son envueltos “como niños” por “los sofistas plenipotenciarios peruanos”. De esta forma, al suponer “lo que no deben suponer”, admitir “lo que no deben admitir”, y confiar en “los imperfectos y mentirosos mapas que tienen a la mano”, se tragan “inocentemente (...) la bola que dejan correr los otros”. “No puedo menos que mirarlos con lástima –concluye Vacas Galindo– y compadecer a la pobre República que tan mal sabe guardar sus intereses más sagrados” (Vacas Galindo, 1895: 260).

Los peruanos acusáronme de espía; no lo era por cierto. Sin embargo salió una gran realidad de ser no solo espía sino inexorable fiscal del estupendo hurto de aquello que todo ecuatoriano debe amar con delirio: la integridad

nacional. ¿Por esto me hicieron sufrir, me aprisionaron y persiguieron? Felices sufrimientos, amable prisión, bendita persecución! Si el Gobierno hubiera hecho algo por mí en esta materia habría quitado todo el brillo y esplendor a mi corona (Vacas Galindo, 1895: 261-262).

Después de estas aventuras en la Amazonía, Vacas Galindo llega a Chile en 1893 y regresa finalmente al Ecuador en 1894; meses antes de la llegada de la Revolución Liberal de 1895. Eloy Alfaro y Leonidas Plaza, los principales caudillos de la revolución, pusieron un límite al poder eclesiástico que había tomado fuerza a mediados del siglo anterior a través de la alianza clerical-conservadora del Gobierno garciano. En este contexto, tanto Federico González Suárez como Vacas Galindo “construyeron una reputación positivista-científica lo cual les permitió tener una importante participación intelectual y política en pleno auge de la revolución liberal”⁸ (Capello, 2010b: 5). El enorme conocimiento práctico del territorio amazónico de Vacas Galindo le convirtió en una figura importante dentro del debate sobre los derechos territoriales del Ecuador que fue una de las inquietudes de la primera administración de Eloy Alfaro (1897-1901).

Dentro de este contexto, Enrique Vacas Galindo fue uno de los “enviados especiales” (junto con el sacerdote Segundo Álvarez Arteta) nombrados por el Gobierno para recopilar información histórica en los archivos españoles, con el fin de fortalecer los argumentos para la defensa de la soberanía territorial (Pérez Concha, 1956: 30). De cierta forma, con este trabajo de archivo Vacas Galindo estaría cumpliendo un rol de “espía” del Ecuador, rol del cual fue acusado erróneamente años atrás en Yurimaguas.

El dominico realizó su misión en el Archivo de Indias de Sevilla en el año de 1898 donde recopiló los documentos relativos a la Cédula de 1802, información que publica entre 1901 y 1903 en los tres tomos de su “Colección de documentos sobre límites ecuatoriano peruanos”; obra que representa la base argumentativa del mapa de 1906 (Ministerio de Relaciones Exteriores, 1996). Los primeros dos tomos recogen los documentos expedidos en tiempo de la dominación española (Tomo I), y los del tiempo de la República (Tomo II). La mayoría de documentos están copiados “ad litteram, hasta con sus yerros y defectos ortográficos, aun los más visibles” y la contribución

del autor en esta parte es sólo “el título de cada uno de ellos y la colocación más conveniente por el orden cronológico y otros motivos” (Vacas Galindo, 1902a: viii). El tercer tomo es “un estudio detenido y el resumen razonado de la documentación, dividido en varios párrafos e ilustrado con varias cuestiones importantes y necesarias para el conocimiento perfecto del gran litigio ecuatoriano-peruano” (Vacas Galindo, 1902a: viii-ix).

Dentro de esta enorme documentación, Vacas Galindo incluye “casi todos los documentos que alega en su favor la República del Perú. Y a esto nos hemos decidido, ya porque, para juzgar con rectitud e imparcialidad sobre un litigio, es menester que se conozca lo alegado por uno y otro contrincante; ya también porque las pruebas presentadas por los escritores del Perú se desvirtúan por sí mismas, con sólo manifestar la más estrecha conexión y la mejor armonía que guardan éstas con los documentos que militan en pro del Ecuador” (Vacas Galindo, 1902a: vi).

Forman parte de la publicación igualmente dos mapas; una copia del mapa de Francisco Requena⁹ y una copia del mapa de Andrés Baleato¹⁰. En la época de la publicación, en Quito funcionaba una “Junta Patriótica” y el público vivía pendiente del “Laudo Arbitral del Rey de España” sobre el problema fronterizo, por eso la obra fue recibida con gran aceptación.

El mapa poscolonial en los Andes y el inicio de la disputa entre Ecuador y Perú

El mapa de Vacas Galindo y el sistema de Estados territoriales

“A vos, Pueblo querido del Ecuador, os dedicamos esta pequeña obra, fruto de catorce años de trabajo, cinco de los cuales hemos pasado en las selvas de la Región Oriental y, nueve, en los Archivos de Santiago, de Lima, de Quito, de Sevilla, de Madrid y del Vaticano”
(Vacas Galindo, 1902a: viii-ix).

Vacas Galindo sostiene que su mapa (1906) “contiene los datos más precisos para ilustrar nuestra cuestión de límites, señalando los que tenía el Ecuador antes y después de la Independencia, e indicando cuál es el terri-

torio que el Perú nos pudiera reclamar, aun en la hipótesis no aceptable ya de la Real Cédula de 1802, y cuál el territorio que de ninguna manera nos puede disputar” (Vacas Galindo, 1902a: viii-ix). El proyecto cartográfico de Vacas Galindo, de una manera mucho más agresiva que los dos proyectos anteriores, se concentra en consolidar una identidad geopolítica que defina al Ecuador como Estado territorial de acuerdo al modelo del Estado soberano de la época. Así, la aspiración del dominico es contar con un “dominio territorial basado en límites” (Espinosa, 2009: 81) que quede plasmado en sus tratados y en su mapa para ser presentado y reconocido por otros estados. Este modelo que se sustenta en el trazado de límites toma sus antecedentes de la época colonial en la que España intenta delimitar las fronteras amazónicas frente al imperio portugués en la segunda mitad del siglo XVIII, tema que abordaremos con más detalle en la siguiente sección. De hecho, la fijación de líneas imaginarias juega un rol determinante en esta estrategia que logra, a través de técnicas de triangulación geométrica, trazar límites en el terreno a lo largo de miles de kilómetros desprovistos de fronteras naturales (Espinosa, 2009: 81).

La propuesta cartográfica de Vacas Galindo nos lleva a mencionar detalles sobre las formas históricas de la gobernanza global; especialmente las consecuencias de la adopción, por parte de las nuevas repúblicas hispano-americanas, del juego de poder asociado al orden de Westfalia¹¹ que es la norma internacional del Estado territorial que está vigente desde 1648 y es la que impulsa la cartografía estatal. Así, para comprender el vínculo entre el modelo de estado-nación y el territorio se debe entender las maneras en las que el nuevo Estado definió su identidad en relación a las normas vigentes en el sistema de estados. La inserción del Ecuador en el sistema de estados significó no sólo contar con la semblanza de un Estado central, sino también obtener reconocimiento diplomático de estados con similares características y extender reconocimiento diplomático a los mismos (Espinosa, 2009: 77); acciones en las que la cartografía jugó un rol fundamental. Sin embargo, la reproducción del modelo europeo del sistema de estados fue una iniciativa difícil de poner en marcha en la región¹². Tal como lo resalta Espinosa (2009: 81) “suscribirse al modelo del Estado territorial no resolvía el problema de cuál debía ser el dominio territorial del

nuevo Estado”. De hecho, el establecimiento de límites se hizo en función de una serie de criterios contestados y polémicos. En este debate se incluyeron las fronteras entre los virreinos en 1810, los límites del antiguo reino de Quito y su estatuto de sucesor de la Gran Colombia, las opiniones personales de los distintos geógrafos, y toda la información confusa y dispar fruto de un conocimiento muy limitado en el terreno.

Como parte de su inserción en el sistema de estados, el Ecuador tuvo que guiarse en función de una serie de “normas de convivencia” que se establecieron en la zona andina y en Hispanoamérica bajo la influencia del sistema europeo. Estas normas, que organizaron la “retórica de la política exterior”, incluyen la norma de la soberanía, la obligación de cumplir los tratados internacionales, la no-intervención, la igualdad jurídica de los estados, la nación más favorecida y la libre navegación de los ríos (Espinosa, 2009: 85). La normativa se asoció a tipos de comportamiento tales como la razón de Estado, las alianzas, el equilibrio de poder y la protección de fronteras; todas muestras de una rápida internalización del sistema de estados vigente en Europa que se extendió a las repúblicas americanas. Pero aparte de las normas europeas, existían otras normas en Hispanoamérica que no eran tomadas de la cultura diplomática europea y que más bien eran “creaciones locales” (Espinosa, 2009: 85) tales como la legitimidad exclusiva de los regímenes republicanos, el *uti possidetis jure*, y la llamada cláusula Bello.

En este contexto, y como mencionamos en la introducción de este capítulo, el debate sobre el cual Vacas Galindo construye su ejercicio cartográfico es sustancialmente distinto al debate del cual se nutren las dos propuestas cartográficas anteriores. En este sentido, Vacas Galindo concentra su atención en un momento histórico clave para entender la relación poder-espacio que se definió a fines de la época colonial y tuvo enormes repercusiones en el contexto de las repúblicas nacientes. Así, Vacas Galindo se enfoca en el origen colonial de la relación poder-identidad-territorio. Dos elementos cumplieron un rol fundamental en esta dinámica y establecieron patrones que fueron internalizados por los nuevos estados soberanos en los Andes: 1) la demarcación de los dominios de Portugal y España en el Amazonas a partir de mediados del siglo XVIII, y 2) la norma inter es-

tatal del *uti possidetis jure* (Espinosa, 2009: 85). Ambas acciones, que son el centro de atención de los escritos de Vacas Galindo, fueron claves para que en la formación de las nuevas repúblicas se focalice la atención de los estados sobre su extensión territorial.

Control territorial en la colonia: España, Portugal y el origen de la Real Cédula de 1802

“Frente a una frontera imperial portuguesa en continuo movimiento, contrasta la imagen de un secular estatismo español, tanto en el sentido de algo que no se mueve como de algo irremisiblemente unido a la acción del Estado” (Lucena Giraldo, 2003: 27).

Durante la colonia, el control del espacio amazónico puso en evidencia las marcadas diferencias de carácter entre el imperio español y el imperio portugués. De hecho, “la tradición radicalmente urbana de la colonización castellana, por su carácter continental y terrestre, pareció encontrar desde el siglo XVI un muro insalvable” en sus proyectos de dominación amazónico en contraste con la estrategia portuguesa. “El sistema portugués de control territorial, de innegables reminiscencias marítimas, y apoyado en el movimiento estacional desde bases móviles de contingentes humanos indianizados y bien adaptados al nomadismo propio de la vida selvática, resultó más apto para controlar el espacio amazónico que el español, apegado a una lógica de dominación y poder urbana” (Lucena Giraldo, 2003: 28).

Durante el siglo XVIII, España y Portugal intentaron establecer en dos oportunidades los límites entre sus posesiones en América¹³. Fruto de los tratados de 1750 y 1777 (San Ildefonso) distintas comisiones conformadas por representantes de ambos países se encargaron de determinar la línea de demarcación entre los dos imperios¹⁴. La Real Orden del 6 de junio de 1778, firmada en Aranjuez y enviada a los virreyes de Perú, Santa Fe y Buenos Aires, determinó la formación de Juntas de Demarcación de Límites. El Virreinato de Buenos Aires tomó a cargo las Partidas 1^a, 2^a y 3^a;

mientras que al de Santa Fe quedó encomendada la 4ª Partida (Del Río Sadornil, 2003: 57). La misión fundamental de las partidas demarcadoras era doble: “por un lado, debían dejar señalizada la línea fronteriza definida con marcos o mojones; y, por otro lado, debían también dejarlos registrados en las cartas o mapas, con las correspondientes constancias documentales y diarios, a fin de evitar posteriores discusiones o interpelaciones interesadas por cualquiera de las dos coronas” (Del Río Sadornil, 2003: 59).

Para llevar a efecto la 4ª Partida, que es la que nos interesa, se nombró a don León García Pizarro como primer comisario y gobernador de Maynas, quien iría acompañado de don Francisco Requena y Herrera. Maynas es un gobierno que dependía en ese momento del Virreinato de Nueva Granada y que estaba incluido dentro de la Real Audiencia de Quito. El territorio, que toma su nombre de una tribu indígena, fue descubierto en 1616 por Diego Vaca de Vega quien fue su primer gobernador. Su capital se encontraba en San Francisco de Borja, fundada en 1634. En tiempo de Requena, tenía una extensión de 1 100 millas de este a oeste y está ahora dividido entre Brasil, Colombia, Ecuador y Perú. En la región occidental de Maynas, los jesuitas fundaron alrededor de 80 misiones que se encargaban de 15 000 personas antes de su expulsión de 1767 (ver García Jordán, 1996). Requena manifiesta que en 1785 solo existían 29 asentamientos con un poco más de 9 000 personas. Esta baja se produjo probablemente por la retirada de los jesuitas (Smith, 1946: 36). A finales del siglo XIX; Vacas Galindo describe Mainas de la siguiente manera:

Resumiré en pocas líneas lo que acabo de decir de Mainas: no hay más poblaciones importantes que Yurimahuas, Nauta, Iquitos y Caballococha; hay propiedades y sembríos de caña, yuca y plátano, más o menos importantes; las poblaciones indígenas están casi completamente destruidas; la gente blanca y comerciante del Amazonas creo que llega a 15 000 personas y la indígena a 4 000 fuera de los salvajes que tampoco son numerosos; y finalmente, el comercio se inclina a la decadencia, por falta de vida propias a Mainas e Iquitos y por el agotamiento de la goma elástica (Vacas Galindo, 1895: 323).

De hecho, Requena figuró inicialmente en la 4ª Partida, como ayudante del comisario principal y con el encargo de ejercer de geógrafo e ingeniero,

según el nombramiento del virrey Flores. Pero antes de iniciar los trabajos, García Pizarro fue elegido como presidente de la Audiencia de Quito, por lo que renunció a la Gobernación de Maynas y su cargo de primer comisario fue entregado a Francisco Requena, “quien iba a ser el verdadero protagonista por la parte española, en todas las estipulaciones del “Tratado Preliminar de Límites”, desde 1777, hasta el año de 1793, en el que retornará a España”¹⁵ (Del Río Sadornil, 2003: 57). A pesar de no contar con suficientes conocimientos, Requena era el único técnico de la partida por la parte española¹⁶. Por el contrario, la expedición portuguesa estaba mucho mejor equipada; contaba con ingenieros, cosmógrafos y astrónomos y con el apoyo de mapas y planos que no eran compartidos con los españoles (Del Río Sadornil, 2003: 59).

Al regresar a España en 1795, Requena fue considerado como el experto en límites no sólo de la Amazonía, sino de todo el continente americano (Beerman, 1994: 83). Se dedicó a ordenar sus papeles, mapas y documentos, labor que recoge en su “Historia de las Demarcaciones en América entre los dominios de España y Portugal”. De igual manera, en 1796, bajo orden del Gobierno español, trazó un mapa que señala la frontera hispano-lusa¹⁷. En 1798, una real orden del soberano español nombra a Requena miembro del Consejo Real Supremo de Indias y cuando se establece la Junta de Generales Consultiva de Defensa de Indias Requena es nombrado vocal en 1802.

Dentro de este contexto, el informe emitido por Requena orientó la posición de Carlos IV quien resuelve, mediante Real Cédula de 15 de julio de 1802, la creación de un obispado en las misiones de Maynas, dependiente del Virreinato del Perú y que el Gobierno y la Comandancia General de Maynas, con Quijos y Canelos, se incorporen al virreinato del Perú, segregándose de Nueva Granada y de la Presidencia de Quito. La decisión de la Corona seguía la opinión de Requena de que “tanto el Marañón como el alto Amazonas sólo podrían ser atendidos política, cultural y religiosamente, por un lado, y defendidos militarmente con eficacia (contra las amenazas portuguesas), por otro, estando bajo la dependencia del virreinato del Perú” y no de la Nueva Granada (Del Río Sadornil, 2003: 71).

En la primera parte de su informe, Requena sugiere que el Gobierno de Maynas debe formar parte del Virreinato del Perú porque esa región puede

ser accedida con mucho menos dificultad desde Lima que desde Quito. En la segunda parte, evalúa a los religiosos que habían remplazado a los Jesuitas como totalmente inapropiados para cuidar las misiones y recomienda que todas las misiones deben ser confiadas al “Colegio Apostólico de Santa Rosa de Ocopa”, cuyas misiones en los ríos Huallaga y Ucayali habían sido muy exitosas (por la Cédula de Julio 12 1790 estas misiones habían sido confiadas a los Padres Franciscanos de Quito, Vacas Galindo, 1902a: 114-116). Por último, con el objetivo de entregar el grado de unidad necesario para el desarrollo de las misiones, Requena propuso en la tercera parte del informe el establecimiento de una nueva Arzobispado de Maynas bajo la jurisdicción del Arzobispado de Lima. El reporte fue aprobado por el consejo de Indias en 1801 y el Rey de España promulgó la Cédula un año más tarde (Maier, 1969: 34).

De esta forma, la cédula de 1802 fue una respuesta a dos eventos significativos: la expulsión de los jesuitas mediante decreto real en 1767 y el avance de los portugueses hacia la alta Amazonía (Vacas Galindo, 1902a: 119-127). La expulsión de los jesuitas causó un gran deterioro en todas las misiones jesuitas, con el resultado de que muchas partes de Sudamérica fueron menos conocidas y menos civilizadas en 1850 que en 1750 (Vacas Galindo, 1902a: 153-161). También provocó una caída de la autoridad española en la Amazonía y facilitó la penetración portuguesa más allá de la línea de demarcación (Vacas Galindo, 1902a: 132). Sin embargo, el destino de esta cédula y el respeto que recibió en su momento no son muy claros. Entre la fecha de su firma y la Independencia existen “reportes confusos de hombres que intentan hacer que se cumpla, pero no se conoce el nivel de éxito de estos intentos”. Luego de la Independencia, se pierde el rastro y la Cédula de 1802 recién es sacada a la luz en 1853 por parte del Perú para fortalecer su posición en el contexto de las disputas fronterizas con el Ecuador (Smith, 1946: 259). Al respecto, Vacas Galindo se manifiesta de la siguiente manera:

A la fecha de esta Real Cédula se remontan las pretensiones del Perú sobre los territorios de Mainas que viene disputando al Ecuador. Y aunque no se atrevió a mentarla como documento favorable en los primeros tiempos de la

Gran República de Colombia, ni en las Conferencias de Guayaquil en 1829, ni siquiera en alguno de sus actos oficiales antes de 1853; el Perú ha pretendido, después de esta fecha, darle tal importancia y alcances tan desmedidos, que no sólo cree que con ella se segregó una parte del territorio ecuatoriano, sino que, dándole un valor nominal irrestricto, también pretende temerariamente, llevarse consigo toda nuestra zona oriental, dejándonos circunscritos tan solo a la región andina (Vacas Galindo, 1903: 117-118).

Requena y la erección del Obispado de Maynas

“Tan solo en 15 de Julio de 1802, una Real Cédula, emanada inconsultamente de la Corte de Madrid, sin razón de ser y con un objeto del todo en todo opuesto a lo que se supone y, por lo mismo, ocasionada a contradicciones en la práctica, como fue viciosa en su origen, hasta el extremo de no haber podido dársele cumplimiento ni aplicación alguna, vino a turbar la armonía de una posesión legítima, quieta y tranquila, a la par que gloriosa para los hijos de la antigua Presidencia de Quito” (Vacas Galindo, 1903: 117-118).

El principal argumento de Vacas Galindo y sobre el cual construye toda su tesis gira en torno al debate sobre la veracidad o no de la Real Cédula de 1802 y sus posteriores efectos en la determinación limítrofe entre el Ecuador y el Perú. Este punto de partida le lleva a tomar el informe¹⁸ y mapa de Francisco de Requena (y no a La Condamine, Maldonado o Humboldt) como su referente dentro del texto. De hecho, el valor legal exacto de la cédula ha sido interpretado de diferentes maneras. Los ecuatorianos sostienen que es solo militar y eclesiástica, y por lo tanto no tiene injerencia en temas territoriales. Pero los peruanos sostienen que la cédula implica total soberanía y que esta soberanía de hecho se ejerció (Smith, 1946: 259).

Vacas Galindo dedica varias secciones de su “Cuestión de límites” al análisis de la personalidad de Francisco Requena y nos presenta la figura de un hombre, casi desesperado, que debía enfrentar enormes dificultades

a la hora de administrar la Provincia de Mainas. Dentro de estos desafíos casi insalvables están los “alcances de la insaciable codicia de los portugueses” de los que Requena “había experimentado con amargura” su felonía en “cumplir las promesas, y conocía la triste historia de las violencias con que se habían apoderado del territorio”. De igual manera, Requena debía enfrentar el abandono de la región luego de la desaparición de los jesuitas, “centinelas y fortísimos muros que resistieron a sus ataques (de los portugueses), por lo que confesaba, con pena, la imprudencia de haberlos extrañado de las Misiones” (Vacas Galindo, 1903: 148). Es así, que a pesar de todos sus esfuerzos, al cabo de diecisiete años de permanecer en Mainas, Requena retorna a España “envenenado, herido en lo más vivo, y amargado con la acritud de quien se ve burlado en sus más nobles sentimientos y santas aspiraciones” (Vacas Galindo, 1903: 740).

“¿Cómo quedaba, pues, Mainas, esa preciosa perla de la Corona de Castilla, sumida en el fango de tantas ruinas y circuida de la voraz codicia de sus enemigos?”. Requena consideró que para “salvarla, no había sino un solo medio: como antes habían cuidado de ella los Jesuitas de Quito, entregarla ahora a los fervorosos Franciscanos de Ocopa” (Vacas Galindo, 1903: 740). Es así que “palpando la necesidad de los Jesuitas y bajo el influjo de las vivas y apremiantes circunstancias, quiso emprender una gloriosa reparación” para asegurar “la reorganización civilizadora de esas poblaciones” (Vacas Galindo, 1903: 148). De hecho, Requena había establecido varios contactos con los Padres de Ocopa; “y he aquí el principio inmediato, la causa eficaz y el motivo directo de la Real Cédula de 1802”:

Requena, español patriota y fiel a su Rey, deseoso de cooperar al bien de la comarca que tantos años había gobernado, quiso aprovechar, a la sazón, de una idea que, desde atrás, se esparcía en el centro del Continente americano, tanto como en las altas esferas del Real Consejo de Indias: la erección de un obispado de Misiones (Vacas Galindo, 1903: 740).

Pero la erección de este Obispado planteaba un problema administrativo: “segregándose el territorio principalmente de la Diócesis de Quito, el nuevo Obispo, de suyo, debía ser sufragáneo del Arzobispado de Lima;

además, los Franciscanos de Ocopa pertenecían también a la provincia eclesiástica de la ciudad de los Reyes: ¿sería prudente que cuidando y sirviendo, en lo espiritual, esas comarcas, los eclesiásticos del Perú, quedaran sometidas a las autoridades políticas y militares de Quito?”. La solución a este problema debía darse, según Vacas Galindo, a través de la creación de ramos administrativos. “Estableciendo una Comandancia y un Gobierno, compuestos del territorio que los necesitaba y, en cuyo favor, se efectuaba la reforma y se tomaban las medidas administrativas. Y tal como el Obispado era sufragáneo del Arzobispado, así también, para la eficacia de las providencias, el Gobierno y Comandancia quedarían sujetos al Virrey” (Vacas Galindo, 1903: 740). Pero el problema se presenta en el momento en que Requena,

en medio de este brillante plan y de ideas tan luminosas, se ofuscó, se confundió, se perdió: quiso neciamente aplicar estas disposiciones administrativas al Gobierno de Quijos, sitio a menos de veinte leguas de Quito, y aun a las Misiones de Mocoa y Sucumbios, a la distancia de seiscientas leguas de Ocopa. Esto lo echó a perder todo, dando al traste con el plan, con las medidas y hasta con el Autor de ellas. Para conseguir tan garrafal dislate, no se paró en medios: falseó la historia, abusó de la jurisprudencia indiana, despedazó la geografía, borró la corografía del país y deshizo la hidrografía de sus ríos; sedujo a los fiscales y al Real Consejo, engañó a la Majestad del Rey e hizo prescindir, en el expediente, contra lo ordenado en las Leyes de Indias, de todas las autoridades de Quito y de Santa Fe y aun de los directamente interesados en el asunto (Vacas Galindo, 1903: 741).

Pero de la Cédula de 1802, “jamás se ejecutó ninguno de sus mandatos, y quedaron todos sin la menor eficacia, tanto en el terreno de los hechos cuanto en la arena del derecho, hasta que, por fin, después de dieciocho años de inútiles experiencias, ordenó el Rey que volvieran las Misiones a la jurisdicción de Quito, de la que se las había querido separar” (Vacas Galindo, 1903: 741-742).

Vacas Galindo insiste, para concluir, que el objetivo de la Cédula de 1802 “no fue otro que una mera organización interna relativa a separación jurisdiccional y nunca territorial. Así como la organización eclesiástica no

da derechos territoriales, porque no afecta al territorio; de igual manera la organización política interna no afectando al territorio, tampoco puede dar derechos territoriales” (Vacas Galindo, 1903: 228).

Confesemos ingenuamente: o la Real Cédula de 1802¹⁹ no segregó territorio, sino solamente jurisdicción, o su existencia es un absurdo ante la historia, ante la jurisprudencia, ante la razón, la lógica y la justicia (Vacas Galindo, 1903: 270).

Independencia y configuración del mapa poscolonial en los Andes

Como vimos en la sección anterior, la estructura administrativa de la colonia consistió en “una pirámide de jurisdicciones superpuestas”, lo que llevó a que el legado colonial sea complejo y contradictorio. Esto abrió el campo para que, después de los procesos de Independencia, se disputen diversas posibilidades de construcción del Estado (Espinosa, s/f: 8). Dentro de este contexto, el *uti possidetis jure* fue uno de los principios que se utilizó como base para establecer las nuevas divisiones políticas. La norma del *uti possidetis jure* ha sido considerada como un factor que ha contribuido de manera importante en la estabilidad política de América del Sur ya que permitió dibujar tempranamente el mapa de la región y así disminuir las disputas territoriales (Espinosa, 2009: 87). Pero a pesar de que esta norma fue invocada con frecuencia en las relaciones entre los países andinos, siempre estuvo sujeta a interpretación y de hecho era una norma en disputa. El Ecuador se concentró consistentemente en los límites de la Real Audiencia en el siglo XVI y en el concepto del antiguo Reino de Quito para reclamar lo que le correspondía de acuerdo al *uti possidetis jure*. Sin embargo, esta no fue una estrategia jurídica ganadora ya que la Cédula de 1802 habría asignado una gran parte de la Amazonía al Virreinato del Perú.

El punto de partida para determinar la extensión de los nacientes estados fueron los territorios poseídos por los virreinos, las capitánías generales y las audiencias, de las cuales emergieron como estados soberanos.

Por supuesto, la tendencia natural fue que cada país maneje este principio de la forma que le garantice el máximo dominio territorial; y de ahí nace la larga historia de disputas fronterizas en Sudamérica la cual refleja un vago sistema de definición de fronteras tanto administrativas como eclesiásticas dentro de zonas pobremente mapeadas (Whittemore, 1938: 401). Así, entre 1809 y 1840 “la plasticidad prevaleció sobre los patrones establecidos y al final los cálculos pragmáticos de las ventajas y desventajas de escala, y los constreñimientos objetivos que debían enfrentar las alternativas más grandes y pequeñas, inclinaron la balanza a favor de revivir las unidades coloniales de mediana escala” (las Audiencias) como base para el establecimiento de los nuevos Estados (Espinosa, s/f: 9). En este sentido, la configuración de los seis Estados andinos actuales estuvo muy lejos de ser un desenlace natural o inevitable.

¿Cuáles fueron los determinantes principales de la configuración geográfica postcolonial en los Andes? Según Espinosa (s/f: 22) los Estados tomaron esa determinada escala por ser la “dimensión más eficaz para la organización de un Estado soberano, para los fines de la maximización de los ingresos, la defensa, el comercio interno y externo y la accesibilidad a las elites regionales. Esta afirmación queda respaldada por el fracaso de los estados para despegar a una escala más grande o más pequeña (Espinosa, s/f: 22). De esta forma, durante los debates políticos de comienzos del siglo XIX en los Andes, se discutió ampliamente en torno a la relación entre el poder y el espacio: temas como el ámbito geográfico apropiado para gobernar y los peligros del gobierno a distancia centraron la atención de los debates de la época (Espinosa, s/f: 4). Dentro de este contexto, las Audiencias aparecen como el sistema de poder / espacio que entrega mayores garantías tanto en función de retornos económicos de escala como la posibilidad de reconstituir hegemonías pasadas. Se puede incluso ir más allá y sostener que las unidades de audiencia fueron capaces de brindar a los dirigentes postcoloniales una “hoja de ruta ya lista con flujos de patronazgo, impuestos, información y comercio”. De esta forma, seguir esta hoja de ruta “junto con la reactivación de lo que quedaba del aparato estatal anterior a la independencia” permitió disminuir “enormemente los costos de constitución de los Estados sucesores” (Espinosa, s/f: 9).

Sin embargo, este argumento que da prioridad a las decisiones pragmáticas en el proceso de formación de los Estados y que determina que existe un proceso de selección dentro de un universo de múltiples opciones históricas, pone en duda un componente importante de la teoría de la construcción nacional: el argumento hermenéutico (Espinosa, s/f: 3). En efecto, la tesis de que las formaciones políticas son artefactos de la imaginación que luego son, de algún modo, implementados en el espacio, no entraría dentro de este marco interpretativo. Esta lectura pone en cuestión el concepto de comunidad imaginada (Anderson, 1993), que ha ocupado una posición central en los análisis del nacimiento de los estados-nación latinoamericanos. ¿Cómo interpreta Vacas Galindo esta tensión? De hecho, su forma de concebir el mapa parece partir en gran medida de un concepto de comunidad imaginada que se vincula con la idea del territorio sucesor. Así, Vacas Galindo no considera el tema de la soberanía desde un punto de vista de territorio-poder, que es justamente lo que de alguna forma sostiene la tesis de Requena, sino que construye una suerte de destino irrevocable a través del cual el territorio de la Audiencia de Quito desemboca irremediablemente en la nación ecuatoriana. En la siguiente sección veremos de qué manera el padre dominico construye sus argumentos.

El problema del territorio sucesor y la conquista peruana

La causa peruana es un “extravío mental”

“La cesión gratuita de Jaén y de Tumbes (...) o sea, la explícita aprobación de lo que, con sobrada justicia, debemos llamar la conquista peruana”
(Vacas Galindo, 1903: 706).

La defensa de la causa ecuatoriana en relación con su derecho territorial lleva a Vacas Galindo a construir una imagen absolutamente negativa del Perú. De hecho, el Perú de Vacas Galindo, a diferencia del Perú de Villavicencio y el Perú de Wolf, es por primera vez sentenciado al punto de aparecer como un enemigo de la nación ecuatoriana. Así, Vacas Galindo llena

su argumentación en contra de la tesis peruana con palabras tan fuertes como la nulidad, la ilegalidad, la caducidad, la pretensión, el atrevimiento, la falsedad y el vicio. Su tajante posición en relación con la actitud del Perú se resume en las siguientes líneas:

Después de lo que dejamos escrito a favor de la causa ecuatoriana, es preciso pesar y darle sus verdaderos calificativos a la defensa peruana. Usando del tecnicismo de la jurisprudencia, no trepidaremos en calificarla con el término riguroso, de temeraria: la defensa, la causa del Perú, en la cuestión de límites con el Ecuador, es temeraria; además, su aplicación geográfica es absurda y loca. Bajo triple aspecto debemos considerar esta defensa, el histórico, el jurídico y el geográfico. En los tres sentidos, las pretensiones se fundan en una mala fe evidente, y el tercero es aún efecto de un verdadero extravío mental (Vacas Galindo, 1903: 729).

Esta referencia a la visión geográfica del Perú como un “extravío” mental se basa fundamentalmente en el argumento peruano en relación con la navegabilidad de los ríos. Al respecto, Vacas Galindo dice que los peruanos creen que “los ríos orientales son navegables hasta la altura de dos, tres, cuatro y cinco mil metros de la Cordillera”, consideración que el dominico califica no sólo de temeridad sino simplemente de locura (Vacas Galindo, 1903: 732). De hecho, la discusión de hasta qué punto son navegables los ríos del Oriente es un debate que atraviesa el conflicto entre el Ecuador y el Perú. Manuel Villavicencio tiene una posición tan crítica como la de Vacas Galindo, al resaltar que “cuando la cédula (de 1802) habla de la navegación de los ríos, debe entenderse de la extensión en que era practicable hasta el año de 1802, época en que estaba limitado a poca distancia de la embocadura de los afluentes del Amazonas, y sólo el río Napo era el más navegable, porque servía de puerta y camino para las misiones de Mainas que dependían de Quito”. Así, Villavicencio denuncia el afán del Gobierno peruano por extender este concepto de navegación; intentando prolongar progresivamente los límites de la cédula a medida que “la navegación se fuera forzando hasta donde por sus raudales son inaccesibles los ríos”. El resultado de este afán sería “bien peregrino” en la opinión del geógrafo: “el Perú internado con el título de su cédula en el corazón de las poblaciones principales del Ecuador: el

Perú con dominio inmenso en las haciendas de Imbabura, Quito, Tacunga, Pillaro, Riobamba, Cuenca y Loja, y en los anejos o ayudas de las parroquias inmediatas de los ríos navegables” (Villavicencio, 1958: 23).

Territorio sucesor: la Amazonía

“Desde tiempo inmemorial, o sea, desde los primeros pasos aún vacilantes de la Conquista de los españoles, la Gran Hoya Amazónica perteneció a lo que actualmente forma la República del Ecuador. Hacia esas desconocidas y fabulosas regiones, uno de los Pizarros, el atrevido Gonzalo, emprendió, con ánimo heroico, su primer viaje de exploración, que luego tuvo por remate las famosas aventuras de Francisco de Orellana y del P. Gaspar de Carabajal. Cuando, años después, en 1563, fue creada la Real Audiencia de Quito, adjudicándosele, por la Real Cédula de erección, todo ese territorio, con los demás que descubriera y conquistara, su jurisdicción, al par de su territorio, extendieronse hasta las posesiones portuguesas, hacia el Amazonas, y hasta los altos pajonales del Guallaga y del Ucayali, esto es, a las fronteras del Virreinato de Buenos Aires por la banda Sur. Sabios como los padres Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda, exploraron científicamente este territorio; y luego una falanje poderosa de Sacerdotes, ha bregado, durante largas centurias, con la constancia del misionero, con el ardiente celo del apóstol y la fe invencible de los mártires, por mantener ese territorio, que su Rey y sus mayores habían legado a la futura Presidencia de Quito, hoy República del Ecuador” (Vacas Galindo, 1903: 1-2).

A pesar del vínculo que establece Vacas Galindo entre la extensión territorial colonial y la extensión territorial republicana, en la actualidad existe una falta de relación entre el territorio de la Audiencia de Quito y el territorio del actual Ecuador en su dimensión amazónica. En efecto, mientras que durante casi tres siglos la Audiencia de Quito fue “la modalidad administrativa del

poder amazónico de España, el Ecuador contemporáneo, heredero político de la Audiencia, se encuentra relegado entre los países andinos tropicales al rango de última potencia amazónica, en lo que concierne a la extensión de los territorios controlados” (Deler, 1987: 153). Este hecho puede servir para explicar por qué la nostalgia por la Amazonía es una característica fundamental de la nacionalidad ecuatoriana. Radcliffe (2001) describe la importancia de una imaginación espacial del Estado dentro de su proceso de formación. En este sentido, la autora nos entrega una perspectiva para entender las relaciones entre la disciplina de geografía, las imaginaciones geográficas (a partir del concepto desarrollado por Edward Said en *Orientalism*), y las prácticas del Estado. Este hecho es evidente en la importancia que ha tenido la imaginación espacial vinculada con la Amazonía en la construcción del estado-nación ecuatoriano. Podemos analizar este hecho a través de la categoría de “territorio sucesor” de Grosby (2007: 99-100). Este concepto se refiere a la manera en que ciertos símbolos territoriales son determinantes para la existencia de las naciones. El reconocimiento de los límites territoriales de una sociedad continúa, a través de distintos períodos históricos, como un punto de referencia en su formación —el ejemplo clásico de este fenómeno es la descripción bíblica de la “tierra de Israel” como sucesor de la antigua provincia egipcia de “Canaan”.

Para el caso ecuatoriano, el símbolo de la posesión amazónica es una categoría territorial que ha persistido en el tiempo desde la época colonial. La persistencia de la imagen de un territorio es un factor necesario para la existencia de una nación. Si se considera que un territorio es el sucesor de otro, entonces los habitantes del segundo son considerados como los descendientes de los habitantes del primero; lo cual resulta en la continuación circunscrita, transgeneracional característica de la nacionalidad (Grosby, 2007:108).

Vacas Galindo basa su argumentación en este concepto del territorio sucesor. En este sentido, la causa que él defiende y el origen de su derecho se fundamenta en una constante posesión territorial de tres siglos que es el reflejo de “toda la historia de la Real Audiencia de Quito, todos los derechos adquiridos por ella, cuya propiedad, así como de las demás entidades políticas, consagraban y defendían las leyes de la jurisprudencia indiana” (Vacas Galindo, 1903: 733). De esta forma, Vacas Galindo insiste sobre

dos cuestiones de derecho fundamentales: “que las Reales Audiencias eran la personificación jurídica de las futuras nacionalidades autónomas, y que los Virreinos sólo representaban el poder real, el dominio eminente, la jurisdicción personal del Monarca” (Vacas Galindo, 1903: 786). Así, “en armonía con estas verdades”, Vacas Galindo identifica el nacimiento de las distintas naciones desde el momento de la conquista:

Las Colonias comenzaron, desde poco después de las primeras conquistas, ese trabajo lento, pero firme e irresistible, y, sobre todo, providencial, para formar, en el perímetro de territorio señalado por el Soberano, la personificación de su futura autonomía. La personalidad política de un pueblo, o sea su autonomía nacional, no se crea con un fiat, como brotó la luz, no se compone con una anexión rápida de *res nullius*, sino que, al contrario, como pasó con el poderoso imperio romano, como ha sucedido con las naciones de la moderna Europa, es necesario trabajar, emprender, luchar, siquiera defendiéndose, para establecer la propia nacionalidad (Vacas Galindo, 1903: 737).

Pero a pesar de que este mismo proceso se llevó a cabo para formar las distintas repúblicas americanas, Vacas Galindo destaca el proceso de perfeccionamiento de la integridad nacional del Ecuador como algo excepcionalmente laborioso. Así, mientras que “el Perú sólo ha trabajado para formar y sostener su personalidad política, en el primitivo ámbito del territorio que el Monarca le asignara” vacas Galindo sostiene que Quito hizo mucho más, porque, “habiéndole señalado el Soberano su territorio, le dejó, además, un vasto campo de acción para que se dilatase aún más y se engrandeciese, autorizándole a conquistar y a anexarse cuanto descubriere, y reconociéndole después los derechos territoriales que ha adquirido. Esto hicieron los hijos de Quito, realizando empresas grandiosas, con mayor valor y audacia que otros de naciones sudamericanas” (Vacas Galindo, 1903: 737). Más adelante discutiremos sobre este culto al espíritu misionero que Quito emprende para el Nuevo Mundo.

“Algunas leguas de lodo”

“El Ecuador y el Perú quieren disputarse por medio de las armas algunas leguas de lodo ¿conviene o no la guerra? Nadie tendría la locura de afirmarlo. Sin embargo, esta es la verdad, porque si el Perú quiere quitar al Ecuador la orilla izquierda del Amazonas, y el Ecuador al Perú la derecha, quieren pelear por un terreno sumamente limoso, como acabamos de ver, que si bien contiene verdaderas riquezas, como goma elástica, marfil vegetal, zarzaparrilla, cacao, etc., de ninguna manera sirve para la agricultura, ni para fundar grandes poblaciones” (Vacas Galindo, 1895: 309).

Paradójicamente, y a pesar de la importancia de la Amazonía en el proceso de construcción nacional, el territorio oriental no ha dejado nunca de ser temido, especialmente por la feracidad de su clima, razón por la cual muy pocos extranjeros se asentaron ahí sin tener un motivo de fuerza mayor para hacerlo. De hecho, Vacas Galindo habla de un viajero francés que intentó trabajar en el Oriente y finalmente, agotado, escribe un día a su madre diciendo que “el oro del mundo no basta para pagar el trabajo de andar por tales caminos” (Vacas Galindo, 1895: 27). “Sólo el reino de Dios, a donde no se va por camino de flores, merece tales sacrificios!” –afirma enseguida Vacas Galindo. En el siguiente párrafo encontramos la descripción de las dificultades con las que se encuentra todo aquel que quiera entrar al Oriente:

El Oriente es la región de las aguas y por todas partes se las encuentra de sobra; es uno de los elementos más necesarios indudablemente, pero también uno de los que más atormentan al pasajero: mil arroyos corren bulliciosos por diferentes puntos; las peñas, las alturas, los árboles chorrean agua; el suelo y hojarasca la dejan correr en abundancia; y por doquiera hay lodo, tembladeras, ciénegas, charcos y torrentes; se salta los arroyos, se esguaza los ríos, se hunde en el cieno, se moja hasta el pecho, se ensucia hasta la cabeza; y apenas se ha caminado media cuadra, se repite la triste escena no diez ni

veinte veces al día sino a cada diez minutos, casi a cada momento; acaba de salir de un atolladero y principia a caer en otro! (Vacas Galindo, 1895: 24).

Y, en efecto, sólo los misioneros y los caucheros, cada uno en su manera, encontraron esos motivos de fuerza mayor que les permitieron manejar todas las adversidades del Oriente; todo el resto de la población nunca los tuvo. De ahí que los varios esfuerzos que se hicieron por colonizar estas regiones dependían más de un sentido del deber que del deseo (Smith, 1946: 254). Como mencionamos al inicio de este capítulo, Vacas Galindo es muy crítico sobre “la inmigración comercial al Amazonas ecuatoriano peruano” que a finales del siglo XVIII, la calcula en “unas quince mil personas blancas” (Vacas Galindo, 1895: 318). La principal denuncia que hace de los “comerciantes del Amazonas” es que mantienen “su comercio con el sacrificio de la raza indígena, a la cual se la trata como esclava, se la vende como bestia, se la compra como una mercancía, se la mata a palo y a latigazos como venenosa víbora” (Vacas Galindo, 1895: 319). La inmigración comercial –afirma Vacas Galindo– invadió “los ríos Pastaza, Tigre y Napo” y obligó a “los pacíficos hijos de Mainas, a abandonar el hogar, a dejar la familia, a desterrarse de su pueblo y a internarse meses y años enteros en la selva, para satisfacer la insaciable codicia del blanco que se declaraba su amo”. De esta forma, el “proceder del blanco con los indios, la violencia, el robo, el asesinato, la opresión y la injusticia más bárbara, más infame y escandalosa, han dado el increíble resultado de haber disminuido las tres cuartas partes de la raza indígena” (Vacas Galindo, 1895: 318). Sobre el comercio en el Amazonas, Vacas Galindo concluye:

Risa más que indignación me ha causado lo que se ha escrito en algunos periódicos peruanos, sobre las grandezas, el progreso, las vías de comunicación, el adelanto siempre creciente del Amazonas, los establecimientos en grande, las casas pujantes de comercio, los enormes capitales invertidos y el prodigioso fruto de ellos. Y no risa sino dolor siento al ver que después de tantas riquezas sacadas del Amazonas, no haya más vías de comunicación que las fluviales que existen desde que Dios formó el mundo; no hay más adelanto que el destrozo de nuestras montañas, ni más civilización que la esclavitud del indio y la disminución precipitada de su raza; no hay más

casas fuertes ni palacios que los que se establecen y se conservan durante uno o dos años, hasta explotar el caucho de un lugar determinado, y se los abandona incontinenti en brazos de la fértil y ardiente naturaleza que no tarda en sepultarlos en la feracidad de su seno. Así ha sucedido exactamente con los comerciantes del Pastaza, del Tigre, del Curaray y del Napo, en donde en la actualidad no existe casi nadie (Vacas Galindo, 1895: 320).

De esta forma, vemos que la evaluación que hace Vacas Galindo del desarrollo del comercio en el Oriente es muy negativa; y como afirma el autor, “la razón de esto es sencillísima: ni los comerciantes van al Amazonas por el adelanto del país, ni el terreno amazónico se presta a ello”; de ahí que se “explora, se destruye las riquezas de las montañas, pero jamás se progresa, ni se adelanta nada” (Vacas Galindo, 1895: 321). Entonces, si el Oriente no puede contribuir en el desarrollo del país y lo que se está disputando, como dice Vacas Galindo, no son más que “algunas leguas de lodo”, ¿conviene o no la guerra? (Vacas Galindo, 1895: 309). De hecho, muy pocos de los que se disputan este territorio²⁰ lo han visto, y ninguno lo ha visto por completo. Es por esta razón que las discusiones sobre el Oriente se basan principalmente en dos tradiciones rivales de lectura de mapas y no en información de primera mano (Smith, 1946: 254).

No obstante, a pesar de esta serie de obstáculos y malas experiencias, Vacas Galindo aún sostiene que existe una “grandeza” en el Oriente, la cual “no consiste en la exclusiva exportación de sus riquezas, que al fin se agotan, sino en el cultivo de ellas y en la agricultura”. Pero “la región amazónica, por lo bajo e inundable de su terreno no se presta” para la agricultura; “más si, y admirablemente, el terreno que se dilata hacia el Norte o Sur desde cien millas lejos del álveo del gran río” (Vacas Galindo, 1895: 321). Es en función de ese potencial que ofrece el Oriente que Vacas Galindo afirma que jamás abogará por “la paz incondicional y absoluta” con el Perú. De hecho, la presencia del Amazonas dentro del territorio en disputa cambia sustancialmente el enfoque de la pelea:

Si el Perú quisiera monopolizar la navegación del Amazonas y quitar al Ecuador la margen izquierda, dejándole sin derecho a fundar uno que otro pueblo

en algunos puntos prominentes, no se trata entonces de leguas de lodo; se trata de parte del Ecuador, en este caso, nada menos que del porvenir de la inmensidad de los terrenos magníficos que, en no lejano tiempo, deben poblarse de gente europea siquiera como lo estuvieron en el siglo VXI Valladolid, Logroño, Sevilla de Oro, Baeza, etc. (Vacas Galindo, 1895: 309).

En este sentido, la disputa territorial entre el Ecuador y el Perú puede resumirse en un afán por “monopolizar las orillas del Amazonas” dentro de un paradigma de colonización europea del territorio de influencia del gran río. Vacas Galindo sostiene que cualquier República que monopolice la navegación de este río sería responsable de un “irreparable e ingente daño de la vecina” y por consiguiente, sería “la que provoca la guerra”, mientras que la otra República tendría “razón de defender su porvenir, su grandeza, su integridad y su autonomía” (Vacas Galindo, 1895: 310).

Sin embargo, el dominico no se inclina por proponer la guerra como una solución al conflicto, sino que propone, más bien, una salida basada en una visión de la geografía como señal de la divinidad para los hombres. Así, dado que el Perú no tiene las bases legales para exigir el territorio que le da la cédula de 1802 y el Ecuador no debe exigir “por generosidad” el territorio que poseía hasta ese año, Vacas Galindo sugiere que “sería mejor y más razonable que toda otra razón, que nos conformemos y sujetemos a lo que la sabia Naturaleza y el Hacedor Supremo han dispuesto, han señalado y han marcado con señales y marcas poderosas acerca de los límites de nuestras Repúblicas” (Vacas Galindo, 1895: 312-314):

¿Por qué queremos nosotros unir lo que Dios separó y separar lo que Él unió? Por ventura ¿podemos nosotros hacer las cosas mejor que el mismo Dios? ¿Hay acaso, o puede haber entre nosotros límite mejor y más magnífico que el inmenso océano Amazonas? ¿No es una locura hundirse en el abismo y horrores de una guerra por no abrir los ojos y rendirse a la voluntad del Cielo? ¿Quién así lo hiciera bien merecerá ser castigado con ignominia eterna! ¿Qué perdería el Perú con ceder al Ecuador sus pretensiones a la margen izquierda, y éste al Perú las suyas en la orilla opuesta? (Vacas Galindo, 1895: 312-314).

Este vínculo entre la naturaleza y lo supremo es evidente en el siguiente párrafo donde Vacas Galindo describe su llegada al Marañón²¹.

Mi frágil navecilla corría a través de blanca espuma, agitando los crespos rizos del imperio de Neptuno, todavía quedaba ligero surco tras ella en el Pastaza, cuando saludé, con asombro, por vez primera, al monarca de los ríos del mundo, y rompía en seguida la quilla del mi nao (nave?) las magestuosas ondas del magnífico Marañón. Cuán asombroso es el Marañón para quién, como yo, por primera vez tenía el honor de visitarle: en él se realiza la más exacta idea de lo sublime; yo al mirarlo me sobrecogí de terror, porque creí ver ahí el más sorprendente atributo de lo divino, la inmensidad o infinidad de Dios. Un sabio europeo dice que al contemplar por vez primera la majestad del Chimborazo, lo habría adorado como Dios, si no hubiera sido católico: y yo creí sentir derramada de manera visible la presencia del Ser Supremo en la vasta superficie de las indas marañónicas (Vacas Galindo, 1895: 217).

Conclusiones

La reflexión de Vacas Galindo sobre el territorio del Ecuador profundiza su dimensión histórica y política. El dominico ve el terreno como un espacio en disputa que es necesario defender. Así, su trabajo introduce una nueva retórica que ya no es estrictamente geográfica sino jurídico-histórico-religiosa. En los ojos de Vacas Galindo, el mapa se convierte en un hecho legal. Esta estrategia le lleva a retomar una continuidad entre la Colonia y la República que no estaba presente en los dos ejercicios cartográficos anteriores. Su análisis se concentra en un momento histórico determinante para entender la relación poder-espacio que se definió a fines de la época colonial y tuvo enormes repercusiones en la constitución de las repúblicas nacientes.

En segundo lugar, al retomar la lógica colonial, resulta primordial para Vacas Galindo el papel de la iglesia. Sus escritos pueden ser leídos en función de una defensa de la iglesia y del rol que cumplen sus congregaciones en el Oriente como conductoras de valores y formadoras de las poblaciones aisladas. Su experiencia en las selvas ecuatorianas, le muestra

el papel determinante que cumplen las misiones en el mantenimiento del territorio nacional. Estos argumentos se asemejan a la posición de Manuel Villavicencio quien vincula el poder político con el poder eclesiástico en el oriente. Así, la figura de Vacas Galindo permite ver la dinámica de la iglesia en el marco liberal, donde se le asigna un nuevo papel como parte de un modelo de modernización. De esta forma, dentro del contexto de secularización de las instituciones y la transformación de las relaciones entre la iglesia y el Estado; la iglesia, a pesar de haber sido derrotada en el plano político, se convierte en la conciencia moral del Estado trabajando dentro del tejido social de las regiones remotas. Dado que los liberales no tienen la capacidad de generar una retórica secular en todo el territorio, la iglesia mantiene entonces una hegemonía importante. Así, paralelamente a la instalación del liberalismo, la iglesia se moderniza y ocupa nuevos espacios. Esta transformación institucional (Herrera, 1999) es la que empuja a las órdenes religiosas a desvincularse de las tierras altas y bajar a la Amazonía.

En tercer lugar, Vacas Galindo resalta el rol del jíbaro en la construcción de la nación ecuatoriana no sólo como mano de obra para la conquista del territorio oriental, sino que rescata la riqueza cultural de este grupo humano que forma parte de la riqueza cultural del territorio y de la nación.

Finalmente, este capítulo muestra que la cuestión del espacio era especialmente apremiante para Ecuador dado que su territorio era incierto debido a que existía una brecha entre el territorio que Ecuador reclamaba como propio y el que los Estados vecinos reconocían. Dentro de este contexto, la disputa de límites se convirtió en un problema existencial y el Perú claramente emerge como una amenaza.

Ahora, de la primera sección de esta investigación podemos sacar algunas conclusiones. En estos primeros capítulos hemos examinado la cartografía de tres geógrafos: Manuel Villavicencio, Teodoro Wolf y Enrique Vacas Galindo con el objetivo de entender la articulación entre la ciencia, el poder y la identidad en la construcción del espacio nacional. Para cada geógrafo hemos delineado un “contexto de producción” o campo social a la vez científico y socio-político: este incluye las comunidades epistémicas relevantes y sus normas, y los proyectos políticos que influyeron en las

labores de mapeo. El enfoque ha sido a la vez internalista, ya que examina los cánones disciplinarios que moldean la cartografía, como también externalista porque aclara los condicionamientos socio-políticos del saber. La necesidad de una imagen de sí mismo, la competencia con Perú y Colombia por la ocupación efectiva de territorio, el auge del caucho y la disputa territorial son algunos de estos contextos socio-políticos.

La cartografía otorga prestigio científico al nuevo Estado al tiempo que configura el cuerpo de la nación y sirve como guía para los proyectos de estatización y explotación económica del espacio. Estas tres figuras abordaron la representación del espacio nacional desde distintos supuestos epistémicos e intereses socio-políticos. Villavicencio buscó dotar al Ecuador de una imagen de sí mismo y al mismo tiempo una guía para una colonización postergada del Amazonas.

Las aspiraciones de Wolf, en cambio, fueron más de orden científico que identitario o de apropiación territorial. Su interés fue producir un mapa ajustado a los cánones de la geografía científica de la época. El Estado ecuatoriano auspició la cartografía de Wolf, a pesar de su aparente neutralidad científica, porque contar con un mapeo científico era necesario no sólo para la reputación del Ecuador sino para el ejercicio del poder. De hecho, los Estados de fines del siglo XIX requerían estadísticas, mapas y saberes para funcionar. Finalmente, Vacas Galindo, intervino frontalmente en la disputa de límites amazónicos, siendo su mapa un alegato visual a favor de los derechos territoriales del Ecuador. El mapa de Vacas Galindo es el complemento a la construcción del archivo Vacas Galindo que coleccionó los documentos coloniales que sustentaban la argumentación jurídica del Ecuador en la disputa territorial.

Notas

- 1 Ver Anexo 3.
- 2 Sobre la relación entre misioneros e indígenas ver Lemus (2008).
- 3 “Cabeza humana disecada y reducida al tamaño de una naranja” (Vacas Galindo, 1895: 68).
- 4 Sobre las críticas a la religión de los jíbaros ver Vacas Galindo, 1895: 90-92.
- 5 En especial se refiere a la chicha. Ver Vacas Galindo, 1895: 88-89.

- 6 Vacas Galindo tiene un enorme interés por el lenguaje de los jíbaros. De hecho, en 1891 publica la misión de Macas el “Catón de la doctrina cristiana” o “Elementos para el estudio de la lengua jíbara”; donde intenta iniciar, en su propio idioma, a las tribus orientales.
- 7 Sobre la historia de Andoas ver Vacas Galindo, 1895: 210.
- 8 Ver Ayala Mora, 1994: 98-99 y 124-148 y Castillo Illingworth, 1995.
- 9 El antiguo mapa de Requena “que, si bien está lejos de indicar hasta dónde se extendieron los antiguos límites de la Presidencia de Quito, señala al menos hasta dónde, en su tiempo, se estaba en legítima posesión” (Vacas Galindo, 1902a: viii-ix).
- 10 “El segundo es el plano del Virreynato del Perú, hecho por orden del Excmo. Sr. Virrey D. Francisco Gil y Lemos, en 1792, por D. Andrés Baleato; mapa de inestimable valor, para determinar oficialmente cuál fue la exacta circunscripción territorial del Virreynato en el año citado, y conforme, enteramente a la división de las Intendencias del mismo hasta 1803” (Vacas Galindo, 1902a: viii-ix).
- 11 Sobre Westfalia ver Holsti, 1991: 25-42, en Espinosa, 2009: 71.
- 12 Espinosa (2009: 80) menciona cuatro razones que explican esta dificultad: estados débiles; amplios territorios fuera de control; sistemas caudillistas de autoridad; y, asimetrías frente a actores extra regionales.
- 13 Sobre la frontera amazónica ver Peralta (2006) quien analiza los testimonios hechos sobre la Amazonía por los miembros de las expediciones científicas y por otros escritores pertenecientes al movimiento ilustrado.
- 14 Ninguna de las dos comisiones tuvo éxito. De hecho, a pesar de los numerosos tratados, expediciones, reportes y mapas, los comisionados de España y Portugal nunca llegaron a un acuerdo sobre una frontera que satisfaga las exigencias y expectativas de ambos lados. Es por esta razón, que al terminar el siglo XVIII, el problema de la frontera amazónica seguía sin resolución (Smith, 1946: 31).
- 15 Su título completo era Don Francisco Requena y Herrera, “teniente coronel de infantería, ingeniero ordinario de ejército, plazas y fronteras, gobernador de Maynas y comandante general de su provincia y de las de Quixos y Macas, primer comisario de la cuarta división de límites por su magestad católica” (Quijano en Smith, 1946: 33). En la actualidad, un puerto peruano sobre el Ucayali lleva su nombre: el 21 de agosto de 1907 se fundó el pueblo de Requena, hoy capital de la provincia de Requena, en el actual departamento de Loreto en el Perú (Del Río Sadornil, 2003: 51).
- 16 Requena “nunca había realizado cálculos astronómicos, conocimiento básico a la hora de realizar la demarcación. Sí tenía, en cambio, suficientes conocimientos físico-matemáticos, aunque no contara con el apoyo de un cosmógrafo” (Del Río Sadornil, 2003: 59).
- 17 “Mapa geográfico de la mayor parte de la América Meridional que contiene los países por donde debe trazarse la línea divisoria que divida los dominios de España y Portugal, construida en virtud de Real Orden por el Teniente General Don Francisco Requena en el año de 1796, imprimido por F. Bourquin, 31 So. Sixth St., Philadelphia, Pa”.
- 18 Vacas Galindo presenta una copia de este informe en el Volumen I documento XV: 122-139. Considera que este informe es la “fuente inmediata de la cual han corrido las aguas amargas de la Real Cédula de 1802” (Vacas Galindo, 1903: 250).
- 19 La posición de Manuel Villavicencio frente a la cédula de 1802 es incluso más radical que la de Vacas Galindo. De hecho, sus comentarios muestran un claro desprecio por la administración colonial, al considerar que los “vaivenes perniciosos” del gobierno español hicieron sufrir a estas colonias, desde que América fue descubierta. La cédula de 1802 sería un ejemplo más de esta dinámica (Villavicencio, 1958: 24).
- 20 “El territorio disputado entre las dos naciones es más grande que el imperio de Alemania y se extiende casi igualmente a uno y otro lado del Amazonas” (Vacas Galindo, 1895: 311).
- 21 El Marañón se junta con el Ucayali y da nacimiento al río Amazonas.

Capítulo V

Lectura de mapas: signos, predicciones, evocaciones y anticipaciones

“En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas”. Suárez Miranda: *Viajes de varones prudentes*, Libro Cuarto, cap. XLV, Lérida, 1658 (Borges, 1996: 225).

El instrumento por excelencia de circulación y visualización de un territorio es el mapa nacional. Ya hemos discutido sobre las bases teóricas de los primeros mapas del Ecuador (Manuel Villavicencio, 1858; Teodoro Wolf, 1892; Enrique Vacas Galindo, 1906), ahora los analizaremos en tanto imágenes de un territorio. Como afirma Korzybski (1948: 59, en Crampton, 2001: 239) un mapa no es el territorio que representa, pero si está correctamente construido, tiene una estructura similar al territorio que repre-

senta, lo cual le entrega su utilidad. En este sentido, si el mapa podría ser idealmente correcto, incluiría, en una escala reducida, el mapa del mapa; el mapa del mapa, del mapa; y así hasta el infinito. De esta propuesta se desprende la interrogante sobre la relación entre el mapa y el territorio; pregunta que apunta a la discusión sobre cuál es la naturaleza del lenguaje (y el sistema de símbolos en general) y de qué manera puede ser utilizado para representar algo¹ (Crampton, 2001: 239).

El concepto de la escala 1:1 –es decir, un mapa coextensivo con el territorio que representa– con el cual juega Borges en el relato del inicio de esta sección, pone en evidencia la inestabilidad del mapa en tanto representación. Un mapa de escala 1:1, que teóricamente sería la máxima evidencia de la perfección cartográfica, se convierte en un objeto perverso que empuja al límite la relación entre el mapa y el territorio, provocando, finalmente, que el ejercicio cartográfico sea inútil. Eco (1994) retoma la provocativa propuesta de Borges al imaginar, de forma burlesca, una manera de construir un mapa 1:1 para lo cual pone una serie de condiciones. Por ejemplo, que sea un mapa de verdad y no una hoja transparente que permita ver el territorio, o un atlas con páginas parciales, etc... Al igual que Korzybski, Eco concluye que la iniciativa es imposible, porque un mapa 1:1, por definición, tendría que contenerse a sí mismo (el mapa del mapa, del mapa...) (Crampton, 2001: 241) acción que llevaría necesariamente, en palabras de Borges (1996: 22) a la “ruina”. Dada esta imposibilidad de formar un mapa coextensivo con el territorio, el mapa tiene que necesariamente distanciarse de lo que pretende representar, lo cual hace que su construcción implique siempre, como sostiene Anderson (1993: 242), un componente de abstracción. Al levantar un mapa, el cartógrafo se ve obligado a abstraer la realidad en función de un sistema de convenciones y de un espacio de conceptos (Wood y Fels, 2008: 190). De esta forma, como cualquier otro sistema de signos, el mapa es el producto de una serie de códigos que definen relaciones de contenido y expresan una circunstancia semiótica específica. Curiosamente, este forzado distanciamiento del mapa de su territorio representado constituye la base de la principal paradoja de la cartografía: el mapa no es el territorio, y sin embargo muchas veces precede el territorio e incluso se convierte en él².

Así, resulta que un mapa es a la vez una síntesis de signos y un signo por sí solo³. Es tanto un instrumento de representación (de objetos, de lugares) como un instrumento de persuasión sobre estos objetos (Wood y Fels, 1986: 54)⁴. Este doble juego entre representación y persuasión, esta dinámica específica entre lo que se representa y lo que se implica, convierten al mapa en un espacio privilegiado para analizar la relación entre la política y la comunicación, entre el poder y el discurso. En este contexto, tal como señala Harley (2005), los mapas pueden ser leídos en función de una serie de intereses culturales, históricos y políticos; y pueden ser entendidos en función de lo que subyugan, ignoran, o disminuyen. La forma de interpretar un mapa no es como un registro del paisaje sino buscando las estrategias mediante las cuales manifiesta un principio de poder y cómo, a su vez, se encuentra atrapado dentro de una relación de poder. Estas estrategias por descubrir los silencios y contradicciones del mapa van a desafiar la aparente honestidad de la imagen (Harley, 2005) la cual, al deberse a un sistema semiológico específico, es siempre vulnerable a ser invadida por mitos (Wood y Fels, 1986: 64).

Finalmente, el mapa se distingue de otras formas de representación como el discurso por sus cualidades de accesibilidad y permanencia en el tiempo. Los mapas se hacen pensando en un público específico, pero luego son vistos por un público mucho más amplio. Su permanencia en el tiempo hace que su contenido sea sujeto a varias interpretaciones. Es por estas razones que los mapas pueden ser comparados unos con otros: un grupo de mapas del mismo territorio inmediatamente invita a una indagación de sus similitudes y diferencias. Este es el ejercicio que haremos a continuación con los tres primeros mapas del Ecuador.

Decodificación de los mapas

Wood y Fels (1986: 68-72) hacen una propuesta metodológica para interpretar el sistema de códigos sobre el cual se construye un mapa. Su metodología distingue entre los códigos que pueden ser explotados por el mapa (llamados “códigos de intrasignificación”) y los códigos a través de

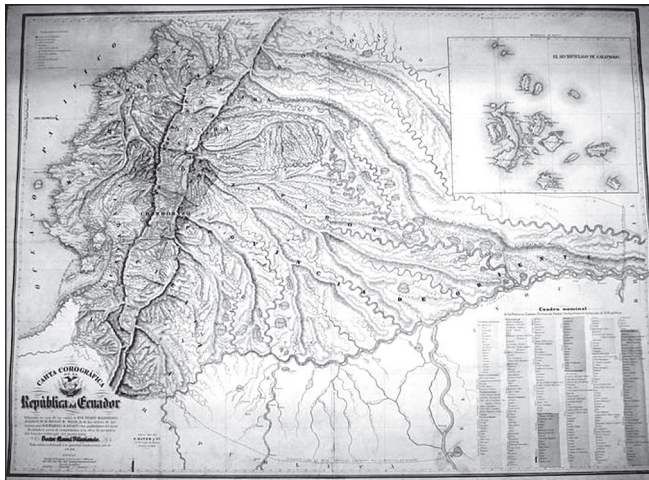
los cuales el mapa es explotado (llamados “códigos de extrasignificación”). Estos últimos operan por fuera del mapa, en el nivel del mito. En este sentido, la lectura del mapa se realiza en función de estos dos niveles. En primer lugar, un mapa funciona como una analogía visual de un fenómeno, de sus atributos y de una serie de relaciones espaciales. El mapa nos sirve como un modelo sobre el cual podemos actuar, como la anticipación de una experiencia, que podemos comparar o contrastar, analizar o predecir. Desde este punto de vista, el mapa parece informar, con un maravilloso desinterés, de los objetos y los eventos del mundo. En segundo lugar, en su calidad de mito, el mapa se refiere a sí mismo, a sus autores y a un mundo visto a través de sus ojos. Trae valores y ambiciones e implica una propuesta política. El mapa actúa constantemente entre estos dos planos de significación. Lo intrasignificante consiste en una serie de señales inherentes al mapa y que tomadas en conjunto convierten al mapa en un signo. La extrasignificación, por otro lado, se apropia de todo el mapa y lo proyecta a un contexto semiótico más amplio. A pesar de que la extrasignificación explota el mapa en su conjunto, los elementos iniciales del mito se extienden hasta los aspectos más fundamentales de la intrasignificación (Wood y Fels, 1986: 72).

Otra forma de ver esta distinción es la que propone Orlove (1991: 4) al señalar que el análisis del mapa se divide en dos acercamientos complementarios: en función de una lectura de su forma y en función de una lectura de sus prácticas. Así, los mapas representan la realidad a través de un conjunto de elementos que se dividen en un limitado número de tipos o categorías recurrentes: ríos, montañas, pueblos, caminos, límites, etc., cada uno indicado por un símbolo. El análisis de la forma consiste en la examinación de la representación de estos elementos en función de tres dimensiones: inclusión o exclusión de elementos; clasificación de elementos; y, relación entre elementos⁵. Mientras que el análisis de la forma examina la relación de un mapa con un paisaje determinado, el análisis de la práctica lo vincula con una audiencia y su manera específica de leer un mapa. Tiene que ver con la noción de que la gente recurre a un mapa con un objetivo específico en mente.

Códigos de intrasignificación

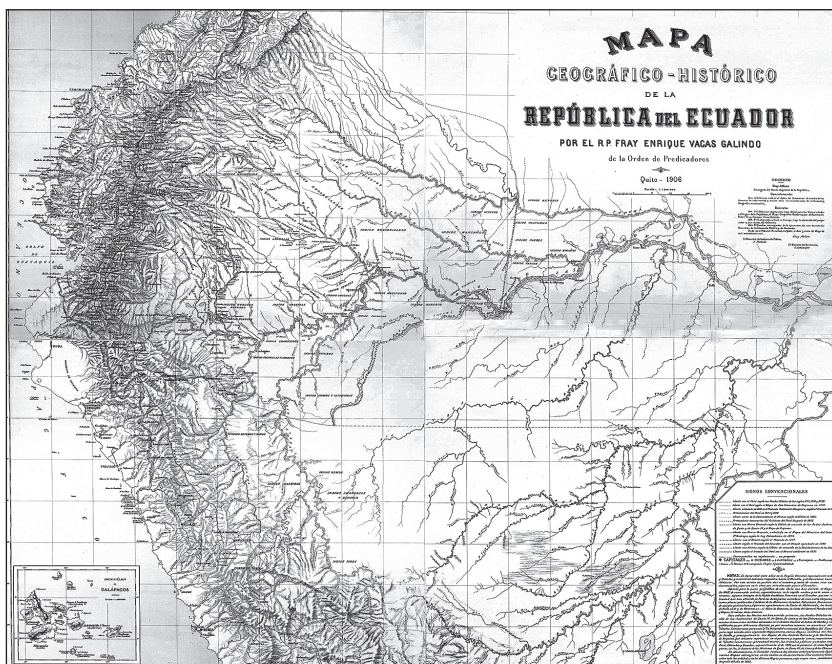
Comenzaremos con un análisis de los códigos de intrasignificación de los tres mapas. Wood y Fels (1986: 68-72) definen cinco distintos códigos: el iconológico, el lingüístico, el tectónico, el temporal y el presentacional. El primer nivel de lectura del mapa, es decir el código iconológico, se refiere al código de las cosas o de los eventos. Es el espacio del inventario y de la fragmentación del mundo que se manifiesta en el mapa. En este sentido, en esta primera lectura del mapa gobierna la manera en la que las expresiones gráficas corresponden con los elementos geográficos. De hecho, la iconicidad es una cualidad indispensable del mapa ya que es el principio de la analogía del mapa con los objetos, los lugares, las relaciones y los eventos que pretende representar. Así, la iconicidad se deriva de la capacidad del cartógrafo de transcribir su concepción espacial y marcarla bajo la forma de símbolos convencionales; en otras palabras, la iconicidad es su capacidad de mapear (Wood y Fels, 1986: 68-72). Los tres mapas que vamos a analizar presentan tres concepciones espaciales distintas para representar un mismo territorio. El primer elemento que llama la atención (a) son las proporciones de los mapas. Tanto para Villavicencio como para Vacas Galindo, el eje principal del mapa es el eje oeste-este. Así, presentan una imagen que va de la costa, a la sierra y luego al oriente.

Mapa N°. 1
Proporciones del mapa de Manuel Villavicencio (1858) que acentúan
el itinerario Costa-Sierra-Oriente



Fuente: Villavicencio, Manuel (1858), *Carta corográfica de la República del Ecuador*, Lit. e Imp. de F. Mayer y C., Nueva York.

Mapa N°. 2
 Proporciones del mapa de Enrique Vacas Galindo (1906) que acentúan el itinerario
 Costa-Sierra-Oriente



Fuente: Vacas Galindo, Enrique (1906), *Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador* por el R. P. Fray Enrique Vacas Galindo de la Orden de los Predicadores, Henry Barrere, Editeur – Geographe, 21 Rue du Bec, Paris.

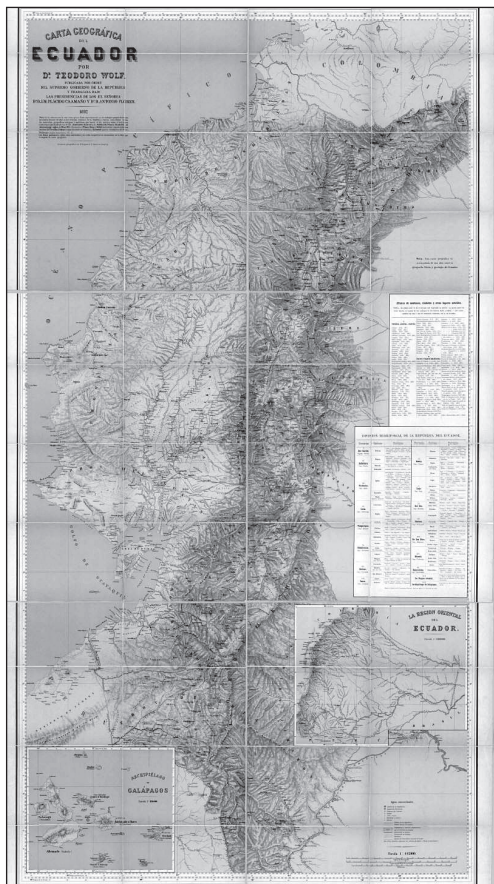
En dimensiones, estos dos mapas son más anchos que altos.

Tabla N°. 1
 Cuadro de dimensiones de los tres mapas

| Dimensiones | | | |
|-------------|---------------|------|---------------|
| | Villavicencio | Wolf | Vacas Galindo |
| Ancho (m) | 1,02 | 1,03 | 1,52 |
| Alto (m) | 0,75 | 1,98 | 1,24 |
| Área (m) | 0,8 | 2,0 | 1,9 |

Por otro lado, el eje principal del mapa de Wolf es el eje norte-sur. Su mapa, al excluir el oriente a un pequeño recuadro, es más alto que ancho y presenta las zonas de la costa y de la sierra con mucho más detalle que los otros dos.

Mapa N°. 3
Proporciones del mapa de Teodoro Wolf (1892)
que acentúan el eje Norte-Sur

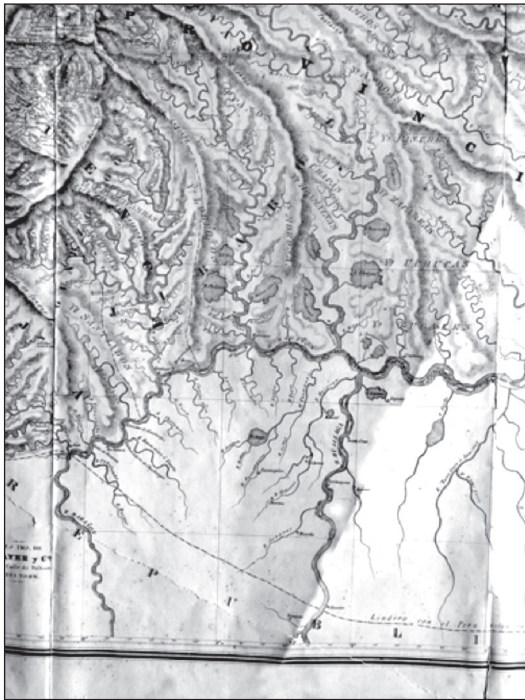


Fuente: Wolf, Teodoro (1892), *Carta Geográfica del Ecuador*, Leipzig, Instituto Geográfico de H. Wagner & F. Debes.

Un segundo elemento (b) que denota diferencias en la construcción de los mapas es la cantidad de información que se incluye por fuera de las fronteras de la República. En este caso, los mapas de Villavicencio y Wolf no incluyen mucha información adicional, es decir, sus mapas se limitan a la descripción geográfica del territorio incluido dentro de las fronteras. Por un lado, Villavicencio diferencia el espacio dentro de las fronteras del que queda por fuera de las fronteras a través de la utilización del color. Como se muestra en la siguiente sección del mapa de Villavicencio, todo lo que está por fuera de las fronteras es de color blanco. Mientras que el cuerpo del mapa es de varios colores fuertes (cada provincia tiene un color diferente).

Mapa N°. 4

Detalle de la utilización de colores en el mapa de Manuel Villavicencio (1858)



Fuente: Villavicencio, Manuel (1858), *Carta corográfica de la República del Ecuador*, Lit. e Imp. de F. Mayer y C., Nueva York.

A diferencia de Villavicencio, Wolf no utiliza una variedad de colores dentro de su mapa que está construido en función de diversos tonos de café. Wolf diferencia el territorio dentro de las fronteras del territorio por fuera de las fronteras a través de un menor desarrollo de los elementos topográficos. Así, por fuera de las fronteras, el trabajo de relieve de montañas y ríos es mucho menos detallado, como se evidencia en la siguiente sección de la frontera norte del mapa de Wolf.

Mapa N°. 5
Detalle del trabajo de relieve en el mapa de Teodoro Wolf (1892)



Fuente: Wolf, Teodoro (1892), *Carta Geográfica del Ecuador*, Leipzig, Instituto Geográfico de H. Wagner & F. Debes.

Por su parte, el mapa de Vacas Galindo es el que más información sobre los países vecinos incluye y no establece diferencias ni de color ni de detalles topográficos para marcar lo que está por dentro de lo que está por fuera de las fronteras, como se aprecia en la siguiente sección de la frontera sur de su mapa.

Mapa N°. 6
Detalle de la utilización de colores, relieve e información de países vecinos en el mapa
de Enrique Vacas Galindo (1906)



Fuente: Vacas Galindo, Enrique (1906), *Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador* por el R. P. Fray Enrique Vacas Galindo de la Orden de los Predicadores, Henry Barre-re, Editeur – Geographe, 21 Rue du Bec, Paris.

Un tercer elemento (c) que predomina en dos de los tres mapas es la ruptura del territorio al estar atravesado por los Andes. Tanto Wolf como Vacas Galindo colocan como elemento más sobresaliente la estructura de esta cadena de montañas, de la cual se derivan tanto sus estribaciones occidentales como orientales. De la estructura de las montañas nacen las quebradas y de ellas, a su vez, parten los ríos. El mapa de Villavicencio, por su parte, no marca

esta diferencia y pinta todos los ramales de las cordilleras secundarias (tanto occidentales como orientales) casi con la misma importancia que los Andes. De esta falta de diferenciación en la estructura del sistema montañoso se producen los gruesos rasgos que caracterizan el sistema hidrográfico de Villavicencio que es evidente en la siguiente sección de su mapa.

Mapa N°. 7

Detalle del sistema topográfico e hidrográfico del mapa de Manuel Villavicencio (1858)



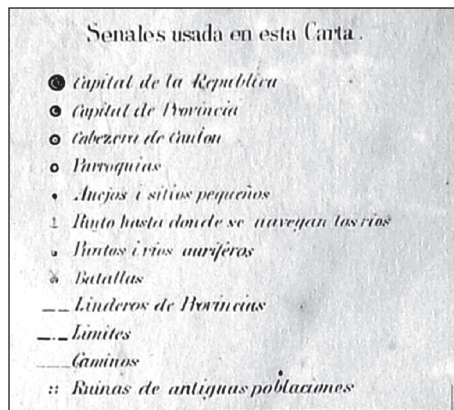
Fuente: Villavicencio, Manuel (1858), *Carta corográfica de la República del Ecuador*, Lit. e Imp. de F. Mayer y C., Nueva York.

Curiosamente, ninguno de los mapas pone énfasis en la composición de las zonas bajas (a excepción tal vez del mapa de Wolf donde se señala la presencia de tembladeras o ciénagos en la región litoral) y no se diferencia

en ninguno las extensas zonas de bosque con colores diferentes. Este hecho contrasta con las descripciones textuales de estas zonas (presentes en las geografías de los tres autores) donde se insiste varias veces en las metáforas del “océano de verdura” (para referirse tanto a los bosques orientales como occidentales) o del gran “desierto amazónico”; metáforas que no se ven reflejadas en ninguno de los tres mapas.

Ahora, el segundo nivel de lectura se refiere al código de los nombres. En este caso nos interesan las estrategias de clasificación que se reflejan en cada uno de los mapas. El cartógrafo identifica, nombra y asigna valor al territorio a través de una serie de leyendas que construyen conexiones semánticas entre las imágenes gráficas y las representaciones lingüísticas. En este sentido, la leyenda actúa como intérprete entre el sistema semiológico específico de un mapa y el sistema universal del lenguaje. Este efecto de traducción hace que el mapa sea legible, y que su significado esté disponible para la representación y la manipulación. En los tres mapas que estamos analizando encontramos que existe bastante variación en el tipo y cantidad de información que se incluye en las leyendas⁶. Villavicencio incluye 12 elementos en su leyenda.

Tabla N°. 2
Leyenda del mapa de Manuel Villavicencio (1858)



Fuente: Villavicencio, Manuel (1858), *Carta corográfica de la República del Ecuador*, Lit. e Imp. de F. Mayer y C., Nueva York.

Wolf incluye 14 elementos.

Tabla N^o. 3
Leyenda del mapa de Teodoro Wolf (1892)

| Signos convencionales. | |
|--|--|
| ⊕ | Capital de la República |
| ⊙ | Capital de Provincia |
| ⊖ | Cabecera de Canton |
| ○ | Pueblo |
| ◦ | Sitio (anexo) |
| • | Hacienda ó caserío |
| ∩ | Ruinas |
| — — — — — | Límites de la República |
| — — — — — | Límites de las Provincias |
| — — — — — | Tembladeras y terrenos pantanosos que en invierno se anegán. |
| — — — — — | Ferrocarril en acción |
| — — — — — | Ferrocarril en trabajo |
| — — — — — | Carretera |
| — — — — — | Can. no de herredura (en parte de à pié) |
| Las cifras insertas expresan las alturas en metros. (• Punto de observación) | |

Fuente: Wolf Teodoro, (1892), *Carta Geográfica del Ecuador*, Leipzig, Instituto Geográfico de H. Wagner & F. Debes.

Y Vacas Galindo incluye 21.

Tabla N^o. 4
Leyenda del mapa de Enrique Vacas Galindo (1906)

| SIGNOS CONVENCIONALES | |
|-----------------------|--|
| — — — — — | Límite con el Perú según las Reales Cédulas de los siglos XVI, XVII y XVIII. |
| — — — — — | Límite con el Perú según el Mapa de Don Francisco de Reguena en 1779. |
| — — — — — | Límite señalado en 1830 en el Protocolo Pedemonte-Mozuero, según el Tratado de 1829 |
| ••••• | Pretensiones del Perú en 1829 y 1830 |
| — — — — — | Límite norte de la Comandancia de Mainas según la Cédula de 1802. |
| ••••• | Pretensiones temporarias del Gobierno del Perú después de 1853. |
| — — — — — | Límite con Nueva Granada según la Cédula de erección de los Reales Audiencias de Quito y de Santa Fé y el Mapa de Reguena. |
| — — — — — | Límite con Nueva Granada, señalado en el Mapa del Ministro del Interior Sr Restrepo, según la Ley Colombiana de 1824. |
| — — — — — | Límite con el Brasil según el Tratado de 1777. |
| ••••• | Límite según el Tratado del Ecuador con el Brasil aprobado en 1904 |
| — — — — — | Límite con Bolivia según la Cédula de erección de la Real Audiencia de los Charcas |
| ••••• | Límite según el Tratado del Perú con el Brasil celebrado en 1851. |
| — — — — — | Ferrocarriles en explotación — en proyecto. |
| ● | CAPITALES — ● CIUDADES — ● CANTONES — ● Parroquias — ● Pucblas pequeñas |
| ∩ | Ruinas — ∩ Tránsito de la navegación á vapor ó puerto habilitado |

Fuente: Vacas Galindo, Enrique (1906), *Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador* por el R. P. Fray Enrique Vacas Galindo de la Orden de los Predicadores, Henry Barrere, Editeur – Geographe, 21 Rue du Bec, Paris.

Todas las leyendas tienen en común la presentación de una serie de elementos (capitales, ciudades, parroquias, pueblos, ruinas y ferrocarriles) que muestran el afán de los geógrafos por jerarquizar el territorio en función de una división administrativa que busca fijar un orden en el espacio en contra del peligro del faccionalismo. Pero sólo en el caso de Villavicencio y Vacas Galindo encontramos una referencia a la navegabilidad de los ríos del Oriente. Como vimos en la sección anterior, el tema de la navegabilidad de los ríos del Oriente es una discusión clave en la pelea territorial con el Perú. Wolf no incluye su mapa dentro de este debate. Por otro lado, sólo en la leyenda de Villavicencio y Wolf encontramos un énfasis en caminos (ya sea carreteras o caminos a pie o a caballo), Vacas Galindo no menciona nada de esto en su mapa. La leyenda del mapa de Villavicencio se diferencia, a su vez, por incluir datos sobre batallas y terrenos auríferos que no están presentes en los otros mapas. De igual manera, como ya mencionamos anteriormente, sólo en el mapa de Wolf encontramos una referencia a las tembladeras o ciénagos de la región costera. Y, finalmente, la leyenda del mapa de Vacas Galindo se diferencia de las otras dos porque 12 de los 21 elementos que la componen se refieren a distintos trazados de límites a lo largo de la historia.

Dentro del mapa, los elementos del lenguaje también sirven como contraparte de los signos iconológicos, sobrepasando su contenido y dominio espacial lo cual produce un eco en sus propias propiedades iconológicas. En el mapa, palabras y conjuntos de palabras parecen tener licencia iconológica generando un campo de signos lingüísticos cercano a la poesía. El tamaño de la letra se expande en tamaño y en peso, se utilizan mayúsculas para comunicar mayores grados de importancia. Variaciones de estilo, geométricas y cromáticas señalan divisiones semánticas. La sintaxis textual es abandonada y las palabras se alargan y los grupos de palabras se organizan para calzar en el espacio de su ícono equivalente (Wood y Fels, 1986: 79). Es el caso de los límites marcados tanto en el mapa de Villavicencio como de Wolf que son acompañados por leyendas que siguen fielmente el recorrido del límite a través del terreno. La siguiente sección del mapa de Villavicencio pone en evidencia esta costumbre; se lee en el recorrido del río “lindero sobre el río de Amazonas según la opinión de Villavicencio”.

Mapa N°. 8

Detalle de la utilización de palabras dentro del mapa de Manuel Villavicencio (1858)



Fuente: Villavicencio, Manuel (1858), *Carta corográfica de la República del Ecuador*, Lit. e Imp. de F. Mayer y C., Nueva York.

De igual manera, en la siguiente sección del mapa de Wolf se ve el baile de las letras sobre dos linderos diferentes en la frontera suroccidental; uno determinado por Restrepo y otro por Humboldt.

Mapa N°. 9

Detalle de la utilización de palabras dentro del mapa de Teodoro Wolf (1892)

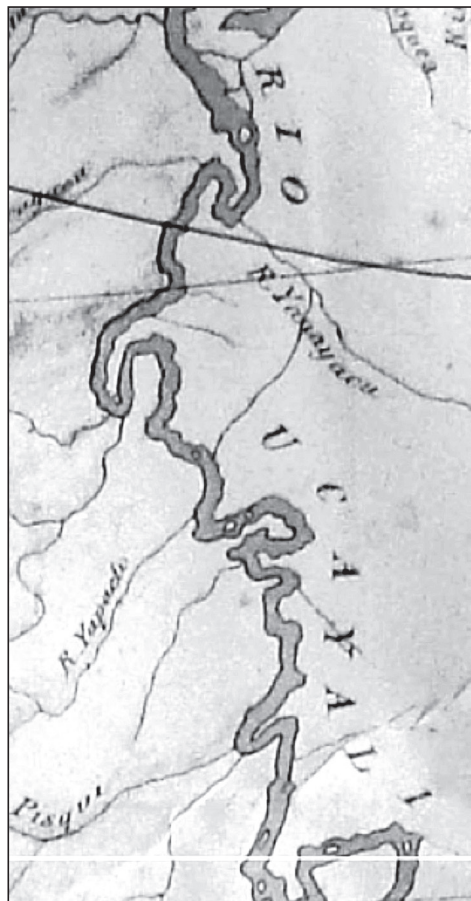


Fuente: Wolf, Teodoro (1892), *Carta Geográfica del Ecuador*, Leipzig, Instituto Geográfico de H. Wagner & F. Debes.

Pasa lo mismo en los tres mapas con los nombres de los ríos donde las letras parecen acompañar pacientemente su recorrido. A continuación un ejemplo tomado del mapa de Vacas Galindo.

Mapa N.º 10

Detalle de la utilización de palabras dentro del mapa de Enrique Vacas Galindo (1906)



Fuente: Vacas Galindo, Enrique (1906), *Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador* por el R. P. Fray Enrique Vacas Galindo de la Orden de los Predicadores, Henry Barrere, Editeur – Geographe, 21 Rue du Bec, Paris.

El tercer nivel de lectura corresponde al código tectónico que determina la relación de los elementos del mapa en el espacio. El código tectónico es el que permite encontrar, es el código del “llegar a”. Este es un código de construcción que configura el espacio gráfico en función de una relación específica con el espacio geodésico. De esta forma, este código es responsable de una doble transformación: de la esfera al plano en la producción del signo, es decir, en el trabajo del cartógrafo; y del plano a la esfera en la interpretación de la información cartográfica por parte del público. Así, a través de un trabajo de escalas y proyecciones de coordenadas, el código tectónico permite que saquemos de la lectura del mapa un mensaje en términos de distancia, dirección y extensión (Wood y Fels, 1986: 68-72). Dentro de este contexto, tanto el manejo de las escalas como del sistema de coordenadas difiere de un mapa a otro. En el caso de las escalas, Villavicencio enuncia dos tipos distintos de escalas; una “escala de leguas de 20 al grado o 5560 metros” y otra “escala de millas”. Por su parte Wolf presenta una escala de 1:445.000 con tres referencias (leguas de 20 al grado, leguas geográficas de 15 al grado y kilómetros). En el caso de Vacas Galindo sólo enuncia la escala 1:1 500 000. Por otro lado, como vimos en secciones anteriores, el tema de las coordenadas, del paso de la esfera al plano, responde a un debate específico. En el caso de Villavicencio, para determinar la longitud trabaja en función de dos referencias: Quito⁷ y el Meridiano de París⁸. Por su lado, Teodoro Wolf utiliza París y Greenwich. Vacas Galindo, en cambio, no especifica en su mapa el sistema de coordenadas en el cual se basa.

El cuarto nivel de lectura se refiere al espesor en el tiempo del mapa. El código temporal refleja un sentido de duración. ¿En qué tiempo se narra el mapa? ¿Cómo se configura el tiempo del mapa en relación con la serie de eventos y observaciones de las cuales este deriva? (Wood y Fels, 1986: 68-72). Uno de los elementos que denota el espesor en el tiempo en los mapas nacionales es la expectativa del ferrocarril. De hecho, este proyecto por alcanzar se marca, tanto en el mapa de Wolf como el mapa de Vacas Galindo, con la presencia de tramos ya construidos (en acción o en explotación) y tramos en proyecto o en trabajo. A continuación una sección del mapa de Wolf donde se marca el tramo ya construido del ferrocarril.

Mapa N°. 11
Detalle del trazado del ferrocarril en el mapa de Teodoro Wolf (1892)



Fuente: Wolf, Teodoro (1892), *Carta Geográfica del Ecuador*, Leipzig, Instituto Geográfico de H. Wagner & F. Debes.

A continuación una sección del mapa de Vacas Galindo donde se detalla una sección del ferrocarril en proyecto; entre Guayaquil y Santa Elena.

Mapa N°. 12
Detalle del trazado del ferrocarril en el mapa de Enrique Vacas Galindo (1906)



Fuente: Vacas Galindo, Enrique (1906), *Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador* por el R. P. Fray Enrique Vacas Galindo de la Orden de los Predicadores, Henry Barrere, Editeur – Geographe, 21 Rue du Bec, Paris.

De igual forma (b), el trazado de las fronteras propone una dimensión temporal en el mapa. En el caso de Villaviciencio, su voz se contraponen a distintas voces del pasado en el trazado de fronteras. Por ejemplo, en la siguiente sección se ven dos fronteras; una más al norte que corresponde al “Lindero con la República de Nueva Granada Cordillera del Caquetá”,

Mapa N°. 14

Detalle del trazado de fronteras en el mapa de Enrique Vacas Galindo (1906)



Fuente: Vacas Galindo, Enrique (1906), *Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador* por el R. P. Fray Enrique Vacas Galindo de la Orden de los Predicadores, Henry Barrere, Editeur – Geographe, 21 Rue du Bec, Paris.

Por otro lado (c), la presencia de zonas inexploradas, especialmente en el mapa de Wolf, plantea una pregunta clave en relación con este código temporal. ¿Son esas zonas no conocidas una invitación para futuras exploraciones o, el dejarlas plasmadas en el mapa es una sentencia que manifiesta una absoluta imposibilidad de conocimiento? También encontramos el espesor del tiempo (d) cuando este colapsa sobre el espacio dentro del mapa para convertirse en distancia. Encontramos esta dimensión especialmente en el caso de Wolf que señala la distancia de marcha y a caballo a través de algunos caminos. Por último (e), la doble referencia de coordenadas (París y Greenwich) en el mapa de Wolf señala también un cambio de tiempo y la inestabilidad de un debate científico.

Finalmente, el último código de intrasignificación es el código presentacional a través del cual el conjunto de elementos iconológicos, lingüís-

ticos, tectónicos y temporales son presentados de tal manera que el mapa se convierta en un discurso articulado. La diversidad de expresiones que constituyen el mapa (el tiempo del mapa, el espacio del mapa, los fenómenos materializados en el mapa y el lenguaje del mapa) están organizadas en el código de presentación de tal forma que se funden dentro de un discurso cartográfico coherente. En este nivel de lectura nos interesa la cuestión de la articulación de la imagen: ¿Qué está en el centro? ¿Qué está en los márgenes? ¿Qué se presenta en colores fuertes y que no? ¿Qué dicen los títulos, las fechas, las leyendas, los gráficos, las tablas, los textos, los emblemas, las notas, y cualquier elemento de expresión visual? Así, el código de la presentación lleva al mapa del campo de la intrasignificación al campo de la extrasignificación; es decir, al terreno de la cultura que promueve su existencia, que lo crea y que lo consume (Wood y Fels, 1986: 68-72). Comencemos por los títulos. El título de Villavicencio se encuentra en la esquina inferior izquierda del mapa y dice:

Carta corográfica (incluye escudo del Ecuador) de la República del Ecuador.
Delineada en vista de las cartas de DON PEDRO MALDONADO, el BARON DE HUMBOLDT, Mr. WISSE, la de las costas por M.M. FILZROY i H. KELLET, i las particulares del autor. Destinada a servir de complemento a la obra de geografía del Ecuador publicada del mismo autor Dr. Manuel Villavicencio (la letra que se utiliza para escribir el nombre del autor es muy decorada).

Esta carta es dedicada a la juventud ecuatoriana.

Año 1858.

El caso de Wolf, el título se encuentra en la esquina superior izquierda del mapa y dice:

Carta Geográfica del Ecuador (“Ecuador” en letras grandes negras mayúsculas) por Dr. Teodoro Wolf.

Publicada por orden del Supremo Gobierno de la República y trabajada bajo las Presidencias de los EE. Señores Dr. D. J. M. Plácido Caamaño y Dr. D. Antonio Flores

1892

El título del mapa de Vacas Galindo está en la esquina superior derecha y dice:

Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador por el R. P. Fray Enrique Vacas Galindo de la Orden de los Predicadores, Quito, (1906).

En relación con las notas, el mapa de Villavivencio no incluye ninguna. El mapa de Wolf, por otro lado, incluye dos notas: una primera nota en letras pequeñas por debajo del título que habla de las fuentes sobre las cuales se basa la elaboración de su carta. Y una segunda nota en el borde derecho casi en la mitad de la carta que dice: “Esta carta geográfica va acompañada de una obra sobre la geografía física y geología del Ecuador”. Por su parte, Vacas Galindo incluye una nota larga en la esquina inferior derecha del mapa que habla, al igual que Wolf, sobre las fuentes para la construcción de su carta y hace una proclama sobre la situación de los límites de la República. Los tres mapas incluyen la referencia del lugar donde fueron impresos. Villavivencio coloca esta información a un lado del título¹⁰. Wolf pone la información debajo del título¹¹. Vacas Galindo pone tanto la información del editor¹² (en el borde inferior izquierdo) como de la imprenta¹³ (en el borde inferior derecho). De los tres mapas, Vacas Galindo es el único que incluye el texto del decreto que oficializa su trabajo para la educación pública. Este decreto se presenta por debajo del título. Los otros elementos de presentación del mapa son la escala, la referencia a un sistema de coordenadas y la leyenda de las que ya hablamos en secciones anteriores. Por último, están los cuadros de información específica y los recuadros de zonas que se presentan en una escala diferente. El mapa de Villavivencio incluye un cuadro de información específica colocado en la esquina inferior derecha (“Cuadro nominal de las provincias, cantones, parroquias, anejos i Archipiélago de Galápagos de la República”) y un recuadro en la esquina superior derecha con el título “El Archipiélago de Galápagos” que no incluye una puntualización sobre el cambio de escala. En el mapa de Teodoro Wolf hay dos cuadros de color blanco que contrastan con el color marrón del resto del mapa en el borde derecho, en la mitad del mapa. El primer cuadro tiene como título: “Alturas de montañas, ciudades y otros lugares

notables”¹⁴ y está dividido en dos secciones: una sobre ciudades, pueblos caseríos (con 63 datos listados en orden alfabético, que incluyen nombre, altura y referencia bibliográfica), y otra sobre cerros y lugares inhabitados (con 59 datos). El segundo cuadro, un poco más grande que el anterior, se encuentra inmediatamente abajo y lleva como título “División territorial de la República del Ecuador”. Es una tabla dividida en tres columnas: provincias, cantones, y parroquias. Al final hay una nota entre paréntesis que dice “Según el decreto de la Convención Nacional, dado en Quito, a 17 de Abril de 1884”. Debajo de los dos cuadros se encuentra el recuadro que lleva por título. “Región Oriental del Ecuador” a escala 1:3.000.000. Por último, en la esquina inferior derecha se encuentra el recuadro del “Archipiélago de Galápagos” a una escala 1: 890.000. Así, el mapa de Wolf es el que mayor cantidad de información incluye. En el caso de Vacas Galindo, su mapa no incluye ningún cuadro con información ni de alturas ni de división territorial. Sólo se incluye un recuadro con las islas Galápagos.

Códigos de extrasignificación

Ahora, entremos al tema de los códigos de extrasignificación que son los que operan en el nivel del mito. En este caso nos fijaremos en las maneras en las que el mapa puede ser utilizado o distorsionado para perseguir objetivos específicos. Leeremos el mapa en tanto instrumento de persuasión. Para Wood y Fels (1986: 68-72) la extrasignificación del mapa se divide en cinco códigos: temático, tópico, histórico, retórico y utilitario.

Comencemos con el código temático: si el código de la presentación le permite llegar al mapa al nivel del discurso, el código temático establece su campo. ¿Sobre qué habla el mapa? ¿Cuál es su argumento? ¿Cuál es su proclama? ¿Cuál es su campo profesional, su vínculo institucional y el método y estética de su autor? El código temático nos permite entender la elocuencia, la fuerza de expresión y la retórica del mapa. El tema del mapa es experimentado por el lector como un elemento inherente de los íconos presentes en el mapa. De esta forma, el código temático tiene relación con el código de los íconos (Wood y Fels, 1986: 68-72). En este contexto, el

mapa de Villavicencio quiere afirmar la existencia de un espacio definido que se diferencia de otros. No se preocupa de su falta de conocimiento del terreno, simplemente quiere insistir que existen montañas y existen ríos, quiere marcar un sistema de administración a través de los colores de las provincias y el color global del mapa que se diferencia de lo que queda por fuera de las fronteras. Su actitud en relación a las fronteras es bastante curiosa ya que establece dos líneas una oficial y otra al juicio del autor. Por la disposición de los colores del mapa, tanto en la frontera norte como en la frontera sur, las líneas que demarcan finalmente el espacio nacional son las que a juicio de Villavicencio son las más válidas por estar acorde con la naturaleza. Este enfoque hace que el espacio se reduzca sustancialmente tanto al norte como al sur. Así, podemos ver que en el mapa de Villavicencio existe una tendencia a buscar que las unidades políticas estén divididas por la topografía. El autor del mapa sigue este principio al punto de dibujar montañas que no existen. Por su parte, el argumento del mapa de Wolf se basa más bien en los detalles topográficos, en las alturas y en las referencias geodésicas. Su preocupación por la división administrativa del espacio se limita a un cuadro de las provincias y a un discreto trazado de fronteras. El cambio más importante en relación con el enfoque de Villavicencio es que para Wolf el territorio que no se conoce no se puede incluir en el mapa con la tranquilidad con la que lo hace Villavicencio. Así, la estrategia que toma Wolf con el territorio oriental pone de manifiesto claramente la proclama de que la cartografía no puede ser una ciencia especulativa sino que se tiene que basar en datos empíricos.

De esta forma, de los tres mapas, el mapa de Wolf es el que más se alinea con un campo específico del conocimiento en lo cual radica su fuerza y autoridad. Por su parte, el mapa de Vacas Galindo nos habla de un tema trabajado con relativa ligereza en los otros dos mapas: el debate sobre las fronteras. Así, el argumento central del mapa de Vacas Galindo es mostrar que existe un debate en relación con el establecimiento de las fronteras y que el Ecuador conoce perfectamente sus detalles y está preparado para defender sus derechos. En este sentido, el mapa de Vacas Galindo propone una actitud belicosa que no está presente en ninguno de las dos otras propuestas cartográficas.

El segundo nivel de lectura es el código tópico que tiene relación con el espacio establecido por el código tectónico. Lo convierte de espacio en lugar, lo vincula, le da un nombre, lo separa de otros espacios, confirma su existencia: “este lugar es” (Wood y Fels, 1986: 68-72). Así, de los tres mapas, el que a primera vista plantea la propuesta de diferenciar un espacio de otro es el mapa de Villavicencio. De hecho, la utilización de los colores vivos para diferenciar el Ecuador de los países vecinos hace que la figura del contorno del país, casi como un logo, salte a la vista y comunique un argumento. Esta utilización de los colores no está presente en ninguno de los otros dos mapas que analizamos. Por otro lado, un segundo elemento que llama la atención en relación con las afirmaciones del espacio, es la forma en la que cada uno de los mapas vincula el territorio representado con diferentes sistemas de coordenadas. ¿Cómo posicionan Villavicencio, Wolf y Vacas Galindo al Ecuador dentro de la cuadrícula? ¿Qué relación establecen con el resto del mundo en el momento de trazar sus respectivos mapas? Dentro de este contexto, las diferencias entre los tres mapas son sustanciales; lo cual responde por un lado al momento en el que fueron construidos (porque las convenciones van cambiando a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX), pero también responden a las prioridades de cada uno de los autores dentro de un debate entre universalismo y localismo. Por un lado, Villavicencio dibuja su mapa en relación con el meridiano de Quito y el meridiano de París. El hecho de tomar como referencia el meridiano de Quito, característica que es duramente criticada algunos años más tarde por Wolf como un “particularismo ridículo”, era bastante usual en la época en la que este primer mapa es trabajado. Por su parte, Wolf establece relación tanto con el meridiano de París como con el meridiano de Greenwich. Vacas Galindo no especifica dentro del mapa en relación a qué meridiano lo está construyendo. De esta forma, el único mapa que no intenta establecer un diálogo con la geografía universal es el mapa de Vacas Galindo, que se encierra más bien dentro de una pugna regional que no es prioritaria en los otros dos casos.

El tercer nivel es el código histórico que trabaja en el tiempo establecido en el mapa a través de su código temporal. Incorpora el mapa en una visión de la historia. El tiempo se vuelve cómodo y seguro porque se lo entiende (Wood y Fels, 1986: 68-72). Esta seguridad del tiempo, esta forma de ver

la historia, puede ser leída en el mapa de Villavicencio a través de los elementos que incluye en la región oriental. De hecho, encontramos varios símbolos que indican la ubicación de pueblos que ya no existen en la época, que son ruinas de pueblos. Estas ruinas muestran un esfuerzo del cartógrafo por homogenizar el territorio, negando el hecho de que existe una marcada asimetría entre el territorio occidental y el territorio oriental. De esta forma, el mapa de Villavicencio esconde la fragmentación del territorio que en la práctica existe entre dos zonas fundamentalmente distintas: un occidente estable (cuya historia de enfrentamientos es más controlada) y un oriente inestable, donde los esfuerzos civilizatorios del Estado siguen luchando contra la “barbarie” (Padrón, 1998: 221). El efecto homogenizador final del mapa de Villavicencio es de absoluta simultaneidad: el Ecuador se presenta como un espacio unitario que vive bajo un mismo tiempo. En contraste con la estrategia de Villavicencio, Wolf no pretende utilizar su mapa con fines de homogenizar una visión particular de la historia. Por el contrario, su mapa expone de manera dramática esta asimetría entre el occidente y el oriente, que es abiertamente categorizado de bárbaro. De esta forma, el mapa de Wolf establece dos tiempos casi irreconciliables. Una costa y una sierra presentes en el mapa, estables, seguras y habitables; y un oriente impenetrable. Por último, el código temporal del mapa de Vacas Galindo propone una visión histórica mucha más profunda que la que está presente en sus antecesores. De hecho, comenzando con la formulación del título, donde el autor especifica que su trabajo es un “Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador”, Vacas Galindo insiste en la profundidad histórica que caracteriza su argumento. Así, a través del trazado simultáneo de doce diferentes líneas fronterizas dentro del mismo mapa, que van desde el siglo XVI hasta principios del siglo XX, el autor imprime la importancia de un debate de larga duración como eje legitimador de la construcción del espacio.

El cuarto nivel de lectura es el código retórico. Si el código temático determina la razón del discurso, si los códigos tópicos e históricos aseguran el lugar y el tiempo, es el código retórico el que fija el tono. Así, tomando del código de presentación, la retórica del mapa lo orienta en su cultura, dentro de una serie de valores y en función del mérito de un autor. El mapa se rodea de toda una cultura de mapeo; se viste de ciencia, de arte, de conocimiento.

En definitiva, este código vincula al mapa con el estilo que más conviene al mito que intenta propagar (Wood y Fels, 1986: 68-72). Esta autoridad retórica del mapa se puede basar en varios elementos. Una opción es que se base en la semejanza del mapa con el mundo. De ahí, como vimos en un inicio, se desprende la obsesión de los cartógrafos con la precisión. Otra opción es que la autoridad del mapa se desprenda de su autoría (Wood, 1993: 81). En efecto, un mapa que no se lee es sólo un pedazo de papel. Antes de convertirse en algo más que un pedazo de papel, necesito que alguien hable por él. Necesita garantes, necesita un testimonio juramentado. Sin estos elementos de autoría y respaldo, un mapa no es respetado. Cualquier persona puede dibujar un mapa, pero financiarlo y prepararlo para una publicación y distribución de decenas, cientos o miles de ejemplares es un acto político (Akerman, 1995: 139) que se basa en una retórica específica. Los tres mapas que analizamos difieren sustancialmente en este aspecto. El Cuadro N^o. 4 muestra los diferentes garantes que utilizan los mapas para establecer su autoridad.

Podemos ver que en total, en los tres mapas, se citan 21 fuentes distintas de donde se toma la información geográfica, pero de estas 21 fuentes, tan sólo una se utiliza en los tres mapas, y es el caso de la carta de Maldonado. El resto de fuentes se utilizan máximo en dos mapas a la vez (por ejemplo Humboldt o los académicos franceses), y en la mayoría de los casos se utilizan en un solo mapa. La utilización de Maldonado (1745) como fuente común denota la importancia y distribución que llegó a tener esta obra y apunta a la discusión sobre la permanencia o no de un orden colonial en la construcción del territorio en la etapa republicana. De hecho, en lugar de proponer una lectura que defienda la permanencia de las lógicas espaciales coloniales (Capello, 2010a), consideramos que la reiterada utilización de Maldonado es más un argumento histórico interesado que muestra el efecto aglutinante que puede tener la autoridad de un autor en la cartografía. Este efecto es evidente en el manejo de fuentes de los mapas republicanos: por un lado, Wolf no cita a Villavicencio en su mapa (por no respetar su trabajo) y retoma todas las fuentes sobre las cuales se basa Villavicencio; mientras que Vacas Galindo cita en primer lugar a Wolf como fuente de su trabajo y deja de citar la mayoría de fuentes que utiliza Wolf como si la calidad del trabajo de este último aglutinaría automáticamente todo el resto.

Cuadro N°. 4
Referencias de autoridad presentes en los tres mapas

| Referencias - autoría | | | |
|-----------------------|--------------------|---|--|
| | Villavicencio | Wolf | Vacas Galindo |
| 1 | Maldonado | Maldonado | Maldonado |
| 2 | Humbolt | Humbolt | |
| 3 | Wisse | Wisse | |
| 4 | Filzroy | Almirantazgo inglés | |
| 5 | Kellet | | |
| 6 | | Académicos franceses | Misión Geodésica Francesa |
| 7 | | Velasco | |
| 8 | | Witt | |
| 9 | | Wilson | |
| 10 | | Reiss | |
| 11 | | Stübel | |
| 12 | | Cevallos | |
| 13 | | Codazzi | |
| 14 | | Raimondi | Raimondi |
| 15 | | Wertheman | Wertheman |
| 16 | | | Wolf |
| 17 | | | Cisneros |
| 18 | | | Coronel Pando |
| 19 | | | Baleato |
| 20 | | | Requena |
| 21 | | | Misiones (jesuitas, dominicas, salesianas) |
| Autoridad política | | | |
| | Ninguna referencia | Por orden del Supremo Gobierno: Plácido Caamaño, Antonio Flores | Decreto Eloy Alfaro |

Finalmente, el mapa es utilizado, tomado por el código utilitario para servir al objetivo de un mito (Wood y Fels, 1986: 68-72). ¿Para qué se usaron estos mapas? De hecho, la principal función de los mapas impresos es definir en la imaginación la forma de un territorio determinado. A su vez, esta imagen familiar se convierte en un símbolo de autoridad política. Es así que el cuerpo de una tierra¹⁵ se representa como una entidad impersonal ligada a una realidad física, distinta del gobernante y del gobierno (Biggs, 1999: 390). En este sentido, el punto de partida para entender la utilidad de un mapa es su capacidad para invocar un territorio. Una vez que se invoca un territorio, se desencadena un proceso de aprobación y consentimiento (por ejemplo se consiente en la metáfora del océano de verdura o del desierto amazónico). Así, la continua aprobación de la proposición hecha por un mapa le entrega una autoridad de “objeto de referencia”. Más tarde, como veremos en el siguiente capítulo, una serie de recursos de objetivación, como los libros de texto y las novelas, separan paulatinamente el mapa de su autor y de sus condiciones de producción. Estas citas y constantes referencias incrementan la autoridad del mapa como fuente de conocimiento. Son estas validaciones, que se repiten miles de veces, las que convierten al mapa en un potente medio para la creación y transferencia de autoridad sobre un territorio (Wood y Fels, 2008: 191-192) y la creación de sujetos nacionales territorializados.

Conclusiones

¿Por qué poner énfasis en la construcción de un mapa nacional? Podemos pensar en preocupaciones prácticas que se buscaban remediar, a través de la herramienta de un mapa, relacionadas con problemas de gobernabilidad y organización política del territorio, problemas fiscales, fragmentación administrativa, políticas regionales. De manera más clara podríamos pensar que un buen mapa nacional contribuiría con la movilidad militar y su capacidad de acción dentro del territorio para la defensa de la soberanía nacional. Pero no deja de existir el problema de la escala en los mapas nacionales. La escala de un mapa nacional es tan reducida que en muchos

casos, por definición, su valor instrumental es muy limitado (Anderson, 1993). El mapa nacional no funciona para moverse dentro del terreno. De ahí que el valor más importante del mapa nacional, como hemos visto en esta sección, es su poder iconográfico, mucho más que su poder instrumental para la administración de la población. De hecho, a lo largo del siglo XIX en el Ecuador, el mapa no se transforma en un instrumento de administración interno, sino que queda más bien como algo hacia afuera. De esta forma, sirve a la función fundamental de mostrar un espacio definido donde una élite política intenta ejercer su dominación. Así, el mapa nacional se convierte en la afirmación simbólica de la existencia de una realidad política cuya constancia tambalea constantemente: la idea de un estado-nación unificado y soberano (Craib, 2002: 37-38). El mapa intentaría, entonces, afirmar lo que sólo en teoría existe.

De esta forma, el mapa se convierte en un modelo *para*, en lugar de un modelo *de*, una realidad que intenta representar. De ahí su carácter de instrumento de proyección (Anderson, 1993) más que de administración. En este sentido, el mapa puede ser visto como un signo predictivo, que representa cosas que son aún sólo imaginables. Siguiendo la problemática planteada por Winichakul (1994) podemos explotar el ángulo irónico de estas afirmaciones al preguntarnos cómo puede la nación ecuatoriana resistirse a ser fundada si sus mapas ya la predijeron.

Notas

- 1 Una aproximación a los mapas en tanto representaciones y espacios de poder-conocimiento se asocia con escritores como J.B. Harley, Denis Wood, John Pickles, Michael Curry y Matthew Edney.
- 2 De ahí la propuesta de Anderson (1993: 242) de que la abstracción de la realidad, en función de un sistema de códigos, se convierte en un instrumento de anticipación. El mapa ya no sólo muestra lo que está ahí, sino que se anticipa a la realidad espacial y se convierte en un modelo para lo que se quiere representar. El mapa es, entonces, un objeto de proyección.
- 3 El signo nace únicamente cuando una serie de reglas de código relacionan dos elementos provenientes de dos sistemas. Uno significando una expresión, el otro significando un contenido. Y cuando existe una relación entre estos dos elementos existe un signo. Se puede llamar este signo resultante un icono, una palabra, un símbolo, o un mapa. No existen signos sin sistemas de códigos (Wood y Fels, 1986: 67).
- 4 Wood y Fels (1986) exploran la idea del mapa como narrativa en un ensayo marcado por la influencia de Roland Barthes (1972).

- 5 Ver Jackson, 1989; Pandolfo, 1989; Robinson y Petchenik, 1976.
- 6 Ver Anexos 4, 5 y 6.
- 7 El mapa va de 3 grados hacia el occidente de Quito y 9 grados hacia el oriente de Quito. Galápagos sólo lo marca en función del meridiano de Quito. 14-10 de longitud.
- 8 Longitud occidental del meridiano de París. Va de 84 grados a 72 grados.
- 9 En los límites hacia el sur, Villavicencio pone también dos linderos diferentes. Marca un primer trazado más al sur que dice “Lindero con el Perú reclamado legalmente por el Gobierno del Ecuador” y pone otro trazado más al norte, escrito siguiendo las curvas del río Marañón que dice: “Lindero en el río del Amazonas según la opinión de Villavicencio por ventaja a las dos repúblicas por ser más conforme con la naturaleza”.
- 10 “Lit. e Imp. de E. Mayer y Ca. N. 96 Calle de Fulton, Nueva York”.
- 11 “Instituto geográfico de H. Wäger & E. Debes en Leipzig”.
- 12 “Henry Barrere, Editeur – Geographe, 21 Rue du Bec, Paris”.
- 13 “Imp. A. Gentil, 188, Rue du Fg–St–Denis, Paris”.
- 14 El cuadro incluye la siguiente nota: “La altura sobre el nivel del mar está expresada en metros, la mayor parte de estas alturas es tomada de los catálogos de los señores Reiss y Stübel. Los cerros notados con v. son de naturaleza volcánica, con n. son nevados”.
- 15 O el “geocuerpo” traducido del concepto de “geobody” (Winichakul, 1994).

Capítulo VI

Sujetos nacionales territorializados, clases de geografía y literatura

Nuestro trabajo sobre el desarrollo de la cartografía no estaría completo sin una investigación de la circulación y consumo de la información geográfica. De hecho, como señala Díaz Ángel (2008: 91), el planteamiento de preguntas sobre la utilización efectiva de las cartografías “es un aspecto indispensable para comprender el papel real que tuvo el uso de los mapas en la socialización de los discursos que se buscaba transmitir”. ¿Cuáles son estos discursos? La intuición que perseguimos a lo largo de nuestra investigación es que la construcción de un concepto de nación se basó sustancialmente en la invención de una imagen del espacio nacional y de sus fronteras como contenedores naturales de la historia nacional (Anderson, 1993; Radcliffe, 2001).

En este sentido, el poder del mapa recae en su capacidad de enmarcar la historia nacional dentro de un territorio naturalizado. Pero más allá del proceso de producción del mapa, fueron indispensables una serie de acciones por generar políticas educativas, identitarias y de memoria específicas “para la interiorización social de la representación oficial del espacio y de las fronteras mediante las cuales la imagen oficial de la nación (el mapa-logo de Anderson) entró en la memoria colectiva para volverse memoria individual” (Díaz Ángel, 2008: 91). En esta sección nos centraremos en los procesos que permitieron la formación de estos sujetos nacionales territorializados.

Las tres “Geografías” que hemos analizado (Villavicencio, Wolf y Vacas Galindo) son textos demasiado largos y eruditos como para que se conviertan en instrumentos de territorialización. Estos textos son traducidos

a imágenes mucho más reproducibles –siguiendo el concepto de Anderson (1993) de la serie de transformaciones dentro de la construcción del espacio– que sirven para que un grupo más importante de la población logre imaginar el territorio que comparte con el resto de habitantes y así construir las bases geográficas de un sentimiento de nacionalidad. Estas geografías son traducidas en distintos niveles de complejidad que permiten que su contenido se disperse y amplíe. En este contexto analizaremos dos espacios en los cuales se da esta posibilidad de reproducción y circulación de la información geográfica a un público más amplio.

Un primer nivel de traducción de la información geográfica son los catecismos y clases de geografía para escuelas primarias. Bajo el apoyo del Gobierno, la geografía entra en la enseñanza de las ciencias básicas para cumplir una función clave en la conformación del sentimiento nacional a través de la racionalización y homogenización del territorio. Por otro lado, una segunda migración de la información geográfica forma la base sobre la cual se asientan varias de las novelas escritas en el siglo XIX. El análisis del contexto espacial sobre el cual se desarrollan las diferentes tramas de estas novelas será el objetivo de la segunda sección del capítulo. De esta forma, en este capítulo tomaremos la educación y la literatura como momentos e hitos de nacionalización (Anderson, 1993).

Geografía y educación

Petchenik (1985) resalta la repetitividad e inflexibilidad de los mapas impresos como una acción que normaliza y de cierta manera legítima un determinado punto de vista. Este aspecto normativo de los mapas es de especial importancia para la socialización del conocimiento geográfico con los niños. Existe una necesidad de distribuir e incluso imponer imágenes comunes, de tal forma que todos los niños que viven dentro de una sociedad compartan el mismo vocabulario espacial. De esta forma, el mapa cumple un rol fundamental en la fijación de un escenario espacial y geopolítico sobre el cual se asienta el estado-nación (Akerman, 1995: 138).

De hecho, el poder del mapa en la definición y fijación de la imaginación geográfica de la juventud se complementa con la utilización de una serie de textos que traducen, en función de una audiencia específica, la compleja información levantada por los geógrafos. Esta migración de la información geográfica hacia las clases de geografía permite leer la educación como un dispositivo hegemónico, en el sentido gramsciano de hegemonía cultural, que ayuda a fijar una visión determinada del mundo. Según este concepto, la educación se cargaría de una orientación geográfica específica dirigida a establecer la primacía de un concepto unitario de Estado, de nación y de territorio como algo conveniente y natural; e inhibiendo otras formas de concebir el espacio y su relación con un sistema de gobierno. De esta forma, en nombre de la nación, se genera en el pueblo, a través de la educación, un sentimiento de identidad que permite conformar un bloque hegemónico que aglutina a gran parte de la población en torno a un mismo proyecto político.

En esta sección revisaremos los libros escolares de geografía publicados en el Ecuador entre 1875 y 1920: 1. Mera, Juan León (1875), *Catecismo de geografía de la República del Ecuador*, Quito: Imprenta Nacional; 2. Hermanos de las Escuelas Cristianas (1881), *Geografía de la República del Ecuador arreglada por los Hermanos de las Escuelas Cristianas para el uso de sus alumnos*, Guayaquil, Imprenta de Calvo; 3. Mera, Juan León (1884), *Catecismo de geografía de la República del Ecuador, texto de enseñanza para las escuelas ecuatorianas, adoptado por el Supremo Gobierno en 1874, Segunda edición, Corregida y aumentada notablemente y hecha con autorización del mismo Supremo Gobierno*, Imprenta de La Nación: Guayaquil; 4. Hermanos de las Escuelas Cristianas (1885), *Geografía Infantil, Nociones de Geografía física y política por los Hermanos Cristianos para el uso de sus alumnos*, 2da edición, Guayaquil: Imprenta de la Nación; 5. Andrade, Roberto (1899), *Lecciones de Geografía para los niños*, 2da edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 6. Andrade, Roberto (1902), *Lecciones de Geografía para los niños*, 3ra edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 7. Andrade, Roberto (1903), *Lecciones de Geografía para los niños*, 4ta edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 8. Andrade, Roberto (1904), *Lecciones de Geografía para los niños*, 5ta edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; Andrade, Roberto, (1905), *Lecciones de Geografía para los niños*, 6ta edición, Guayaquil, Im-

prenta del Universo; 9. Andrade, Roberto (1907), *Lecciones de Geografía para los niños*, 7ma edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 10. López, Felicísimo (1907) *Atlas Geográfico del Ecuador, arreglado según la carta del Dr. Teodoro Wolf*, American Note Company; 11. Andrade, Roberto (1910) *Lecciones de Geografía para los niños*, 8va edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 12. Andrade, Roberto (1912), *Lecciones de Geografía para los niños*, 9na edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 13. Andrade, Roberto (1914), *Lecciones de Geografía para los niños*, 10ma edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 14. Andrade, Roberto (1916), *Lecciones de Geografía para los niños*, 11va edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 15. Andrade, Roberto (1918), *Lecciones de Geografía para los niños*, 12va edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 16. Andrade, Roberto (1919), *Lecciones de Geografía para los niños*, 13va edición, Guayaquil, Imprenta del Universo; 17. Andrade, Roberto (1920), *Lecciones de Geografía para los niños*, 14va edición, Guayaquil, Imprenta del Universo.

Hemos tomado los textos escolares de este período de tiempo específico por algunas razones. En primer lugar, no creemos que exista una geografía escolar que se haya publicado antes de 1875, año en que publica Juan León Mera su *Catecismo*. Por otro lado nos extendemos hasta el año de 1920 para tratar de comprender la influencia a largo plazo que tuvieron tanto los trabajos de Wolf como de Vacas Galindo. Es interesante mencionar que en este proceso de traducción y dispersión del conocimiento geográfico existe una marcada tendencia a reducir paulatinamente el grado de complejidad de la información entregada a los estudiantes. Esta reducción se manifiesta, por ejemplo, en el número de páginas que componen estas geografías escolares; comenzando con un libro de más de 130 páginas, en el caso de Juan León Mera; y terminando con un libro de menos de treinta páginas, en el caso de Felicísimo López.

Juan León Mera

Al igual que la mayoría de escritores en Sudamérica del siglo XIX, Mera¹ fue también una figura política². A pesar de que comenzó su carrera como

liberal, se juntó a la línea conservadora cuando García Moreno³ llegó al poder en 1860, fue parte de la Asamblea Constituyente y gobernador de la provincia de Tungurahua. Mera se interesó mucho por el proyecto educativo de García Moreno, fundó varias escuelas en Tungurahua y escribió el *Catecismo de geografía* que fue adoptado para el uso en los colegios en 1875. Su *Catecismo* reduce la nación, su geografía, su historia, su demografía y su sistema de gobierno a una edición de bolsillo de 131 páginas. A través de este libro, los niños aprenderían a imaginar la nación y encontrar su lugar dentro de este espacio, dentro de su historia y dentro de sus estructuras de autoridad (Padrón, 1998: 221).

Como vimos en secciones anteriores, una de las preocupaciones principales de Teodoro Wolf al criticar el trabajo de Manuel Villavicencio es justamente que sus supuestos sobre la geografía del país no sólo se queden dentro de su libro sino que salten a una serie infinita de reproducciones; lo cual, a juicio de Wolf, hace aún más peligrosa la mentira inicial. Wolf advierte en varias ocasiones sobre este enorme problema de transferencia de conocimientos errados⁴. De hecho, en los textos de geografía que se publican después del trabajo de Villavicencio, como el *Catecismo de Geografía* de Juan León Mera (1875) y la *Geografía del Ecuador* de los Hermanos Cristianos (1881), que revisaremos más adelante, se siguió repitiendo lo escrito por Villavicencio, detalle que revela la difusión y prestigio que alcanzó su libro (Terán, 1984: xix).

El *Catecismo* de Mera lleva como subtítulo: “para el uso de las escuelas de esta República⁵”. En la Advertencia, el autor resalta que “la falta de un texto para la enseñanza de la geografía patria” es una necesidad latente de todos los “establecimientos de instrucción, públicos o privados”. Es bajo “el convencimiento de esta necesidad” y el deseo que le “han mostrado algunos maestros” de que él la llenase, así como de su propio anhelo de coadyuvar por este lado al “adelanto de las escuelas” que Mera justifica la publicación de su obra (Mera, 1875: II). El primer elemento que resalta Mera sobre el conocimiento de la geografía del Ecuador es que es una tarea incompleta e imperfecta. En este sentido, el autor declara en las primeras líneas que su trabajo no es más que “la recopilación epitomada de lo poco que hasta hoy han podido hacer algunos hombres científicos y estudiosos,

de los datos que (ha) sacado de muchos documentos públicos y particulares que (ha) tenido a la vista, y de tal cual observación propia”. Hecha esta aclaración, Mera considera innecesario el detenerse en citar las fuentes que ha utilizado para escribir este “librito” (Mera, 1875: II). A pesar de que podemos encontrar una clara evidencia de la influencia del trabajo de Villavicencio en Mera (ver Padrón, 1998), esta omisión en el momento de citar sus fuentes puede tener relación con la estrecha amistad entre Mera y Richard Spruce quien es uno de los críticos más fuertes del trabajo de Villavicencio⁶. Como veremos más adelante, las experiencias de Spruce en el Oriente (en busca de la cascarilla) son una de las fuentes de inspiración para que Mera escriba su *Cumandá*.

La estructura del texto del *Catecismo* se da bajo la forma de un diálogo donde la voz “P” enuncia una pregunta, seguida de una réplica de la voz “R” con una respuesta⁷. La primera pregunta es “¿Qué cosa es la República del Ecuador?” seguida de la respuesta: “Es una Nación libre independiente de la América del Sur.” Luego “¿Por qué lleva el nombre de Ecuador?” y responde “Porque está situada bajo la línea equinoccial” (Mera, 1875: 1). El texto inicia con una sección de Geografía Física, seguida de una segunda parte sobre la Geografía Política y Civil. Por último una tercera parte titulada Geografía descriptiva e histórica. El tono del texto es conciso y da la impresión de absoluta objetividad en los datos. Las preguntas son directas y las respuestas son cortas. Este estilo cambia radicalmente en dos momentos que delatan tanto los gustos y pasiones del autor por aspectos específicos de la geografía del país, como su tendencia poética en la escritura que está censurada en el resto del texto. Los Andes y el Oriente son los espacios que despiertan esta veta poética de Mera que parece olvidar que está escribiendo un catecismo para niños de colegio. En ambos casos, las respuestas son largas y descriptivas. Mera recurre al ojo del viajero y explorador como punto de vista para la descripción tanto de los Andes como de las selvas orientales, lo cual pone énfasis en lo remoto y desconocido de estos parajes. De hecho, en la segunda edición del *Catecismo*, al final de la descripción sobre las selvas del Oriente, Mera (1884:22) incluye un comentario del maestro que dice: “Bien, querido discípulo, ha descrito usted como un poeta”.

En relación con la zona oriental, esta primera descripción tan fantástica de sus bosques y misterios, de la “magnificencia y riqueza de sus selvas y ríos” contrasta con los comentarios finales del autor de que la provincia de Oriente, a pesar de ser “la más extensa y privilegiada provincia del Ecuador”, “no tiene otra cosa notable que sus recuerdos⁸ y esperanzas” (Mera, 1875: 141-2).

Los Hermanos Cristianos

En 1881, seis años más tarde de la publicación del *Catecismo* de Mera, los Hermanos de las Escuelas Cristianas publican una *Geografía de la República del Ecuador para el uso de sus alumnos*. Este trabajo se basa fundamentalmente en el *Catecismo* de Mera del cual se toman “párrafos enteros con poquísimas alteraciones o abreviaciones”. Al igual que en el caso de Mera, las fuentes geográficas de la obra no se especifican (se repite la utilización de Villavicencio y la omisión de su nombre), lo único que se especifica es que “para componer estas lecciones de Geografía del Ecuador” se utilizan “las varias obras que tratan de este importante ramo de instrucción nacional”. Una diferencia en el uso de fuentes entre Mera y los Hermanos Cristianos, que se mantendrá en trabajos posteriores, es que se cita la información de la Constitución y la ley de división territorial. El libro es aún más pequeño que el de Mera (78 páginas) e incluye, al final, un cuadro alfabético de las provincias, capitales, cantones y parroquias, y un “Cuestionario o numerosos ejercicios propios para dar a los alumnos la inteligencia de las lecciones, familiarizarles con ellas y dejarles bastantes conocimientos de Geografía patria” (Hermanos Cristianos, 1881: v). En varios lugares a lo largo del texto, encontramos instrucciones específicas para el profesor que vinculan la geografía con el mapa⁹ como por ejemplo: “el profesor puede mostrar a los alumnos los demás cabos y puntas en el mapa” (Hermanos Cristianos, 1881: 7). De igual manera, en el cuestionario hay una indicación que dice: “estos ejercicios puede el profesor variarlos a voluntad: multiplicarlos, cambiarlos, subdividirlos; formular la misma pregunta de varios modos, tomar por provincias, etc. etc” (Hermanos Cristianos, 1881: 78).

A partir de 1885¹⁰, la iniciativa de educación geográfica de los Hermanos de las escuelas cristianas se vuelve más ambiciosa con la publicación de un texto titulado *Geografía Infantil, Nociones de Geografía física y política por los Hermanos Cristianos para el uso de sus alumnos*. De hecho, la *Geografía Infantil* es un curso de Geografía Elemental dividido en varios cuadernos: un cuaderno sobre nociones de la Geografía Física y Política, un cuaderno sobre la Geografía del Ecuador, un cuaderno sobre nociones de Geografía Universal y General de América, un cuaderno sobre Geografía General de Europa, Asia, África y Oceanía, y un cuaderno sobre nociones de Cosmogonía. La publicación se justifica en función de una serie de criterios. Entre ellos, la “necesidad de dar a los niños una enseñanza metódica y gradual”, la importancia de los ejemplos locales y el costo de los libros para los niños. De esta forma, la Geografía del Ecuador se enseña en las escuelas de los Hermanos Cristianos como un capítulo dentro de un curso general de Geografía.

Roberto Andrade

Entre 1899 y 1920 el liberal Roberto Andrade publica 14 ediciones de un texto escolar elaborado bajo el título *Lecciones de geografía de la República del Ecuador para los niños*. La segunda edición¹¹ (Andrade, 1899) empieza con una sección sobre “documentos oficiales” que le entregan el carácter oficial a la iniciativa de Andrade. Primero, se presenta una carta dirigida al “Señor presidente del honorable Consejo de Instrucción Pública” y firmada por Celiario Monge, Director de Estudios de la Provincia de Pichincha que dice que “el señor Roberto Andrade es uno de los pocos escritores nacionales que se han dedicado a componer textos de enseñanza primaria” y su obra es de “suma utilidad para las escuelas”. Monge advierte el estilo “claro y sencillo” de los textos, característica propia “de las labores destinadas para la instrucción de la niñez”. De igual forma, Monge resalta, como en el caso de los Hermanos Cristianos, “la aplicación de las enseñanzas a la Ley de División Territorial expedida por la última Constituyente”. Estas dos razones llevan a Monge a sugerir que se declare como “texto” la publicación de Andrade

(Andrade, 1899: i-ii). La carta de Monge es seguida de una contestación, firmada por Luis N. Dillon donde se declara que “el Consejo General de Instrucción Pública, vista la solicitud del señor Roberto Andrade, y previo informe del señor Director de Estudios de la Provincia de Pichincha” acuerda declarar texto para las Escuelas del Estado la obra “Lecciones de Geografía de la República del Ecuador” (Andrade, 1899: iii).

Las *Lecciones de Geografía* de Andrade son libros pequeños de alrededor de setenta páginas que no incluyen mapas. La obra está dividida en tres secciones, siguiendo el modelo de Mera. La primera parte describe la geografía física, la segunda, describe la geografía política y civil, y la tercera parte corresponde a la geografía descriptiva. Cada sección está dividida en diferentes lecciones, y al final de cada lección hay una serie de preguntas para los estudiantes¹². Las nuevas publicaciones que aparecen cada año no incluyen modificaciones importantes en el contenido. Las primeras siete ediciones (entre 1899 y 1910) incluyen una nota al final que dice que “el estudio de esta geografía debe hacerse con vista del mapa del doctor Wolf, el más perfecto de todos los que existen” (Andrade, 1899: 69). En 1910, en la octava edición de las *Lecciones*, Andrade ya no toma a Wolf como la mejor referencia sino que cita a Felicísimo López: “el estudio de esta Geografía debe hacerse con vista al Atlas del Dr. Dn. Felicísimo López, Cónsul General del Ecuador en New York, que es el trabajo más perfecto de todo los que existen sobre la materia”. Como veremos más adelante, el *Atlas* de Felicísimo López es arreglado según la carta de Wolf. Esta referencia se mantiene hasta la edición de 1920. En ningún momento se menciona al mapa de Enrique Vacas Galindo como referencia

La influencia de Wolf en el trabajo de Andrade se nota en la cantidad de información que entrega de cada una de las zonas del país. De hecho, Andrade utiliza cinco lecciones para describir la región litoral; tres, para la región interandina, y solamente una muy corta para la región oriental donde solo se da información de los grandes ríos, se menciona que el sistema orográfico (o sea las cordilleras) no ha sido estudiado y que tampoco se puede determinar ni la extensión del territorio ni sus límites. El Oriente se describe como un territorio “feracísimo, cubierto de selvas seculares, cruzado por inmensos ríos y por varias cadenas de montes, no todas conocidas

hasta ahora” (Andrade, 1899: 68). Aquí encontramos una clara diferencia con el enfoque poético de Mera en la descripción del Oriente, que es luego retomado al pie de la letra por los Hermanos Cristianos, y que parece ser una clara influencia del trabajo de Villavicencio.

Felicísimo López

En 1907 Felicísimo López publica su *Atlas Geográfico del Ecuador, arreglado según la carta del Dr. Teodoro Wolf*. A diferencia del *Catecismo* de Mera en donde no se especifica directamente las fuentes de las que se toma la información geográfica, y del trabajo de Andrade donde la referencia se encuentra en una nota en la última página del texto, el trabajo de Felicísimo López se vincula, desde el título, directamente con la “Geografía” de Wolf. Así, en las primeras páginas del *Atlas* encontramos una carta de López dirigida al Ministro de Instrucción Pública F. J. Martínez Aguirre pidiendo el permiso para copiar el mapa geográfico de Teodoro Wolf “que es de propiedad del Estado” con el fin de “facilitar a los niños de las escuelas el estudio de la geografía nacional y de procurar que se conozca mejor el país”. López insiste más tarde que su trabajo trata de corregir “los muchos errores que, en la parte relativa al Ecuador, se han deslizado en las geografías y mapas que circulan con profusión en el extranjero”. Así, manifiesta que su “pequeño Atlas” (el libro tiene tan solo 24 páginas) toma como “base la mejor carta geográfica que ha tenido el Ecuador en estos últimos tiempos, que es la del Dr. Teodoro Wolf, mandada a publicar por orden del Supremo Gobierno en 1892”. Sin embargo, resalta la poca funcionalidad que tiene el trabajo de Wolf para la instrucción en las escuelas ya que su carta que fue hecha “con una escala relativamente grande consultando la exactitud” lo cual hizo que se convierta en “un mapa mural magnífico como obra de consulta, pero no adecuado para los escolares”. El Ministro de Instrucción Pública responde a esta petición concediendo el permiso a López para que “copie el mapa de esta República formado por el Dr. Teodoro Wolf en 1892, y haga las modificaciones que creyere convenientes para que lleve a cabo su fin” (López, 1907: 1).

El *Atlas* inicia con tres páginas de generalidades donde se describe los límites, la extensión, la división territorial, la población, las razas, la configuración, los ríos principales, el clima, las producciones, las instituciones y los adelantos. Luego, se divide por provincias, dedicando dos hojas por provincia. La cara izquierda incluye un mapa y la cara derecha incluye texto. En el mapa de la región oriental López mantiene la leyenda de Wolf que atraviesa todo el mapa: “Regiones poco conocidas y habitadas por indios salvajes”. En su descripción de la configuración de la región hace énfasis en el concepto de mar u océano para describir lo desconocido: “esta región extensa del Ecuador está inexplorada todavía en su mayor parte (...) sus selvas gigantescas se extienden cual un océano de verdura, surcado por sus innumerables y grandes ríos”. El trabajo termina con dos cuadros. Uno de las alturas de montañas y ciudades, y otro sobre la división territorial.

Un elemento que llama la atención después de analizar este grupo de catecismos es que Vacas Galindo no aparece en ninguno de estos textos. Existe una clara traducción o migración del trabajo tanto de Manuel Villavicencio como de Teodoro Wolf hacia los textos escolares, pero la propuesta de Vacas Galindo no aparece a pesar de que Felicísimo López y Roberto Andrade publican después de 1906, año en el que sale a la luz el mapa de Vacas Galindo. ¿Por qué el debate que propone Vacas Galindo no pasa de manera inmediata a las escuelas? ¿Dónde se traduce su propuesta? ¿Se queda acaso únicamente en los círculos diplomáticos? Esta falta de traducción de la tesis de Vacas Galindo puede ser leída, por un lado, como una evidencia de la dificultad que tiene el Estado en manejar una retórica única y uniforme en sus procesos de socialización de la información; y, por otro lado, pone de manifiesto la importancia avasalladora del punto de vista científico de un personaje como Teodoro Wolf en la construcción del espacio.

Geografía y literatura

“El territorio provee la materia del texto” (Fernández Bravo, 1999: 10, en Moyano, 2001: 53).

En esta sección queremos explorar el potencial de la ficción como una posibilidad de acceso a un territorio desconocido e inhóspito. En este sentido, la literatura se presentaría como una manera de domesticar la naturaleza. Las diferentes novelas permiten imaginar nuevos territorios y concebirllos en tanto espacios que pueden ser habitados. Todo esto supone, en definitiva, que la literatura tendría la capacidad de ayudar a construir la imagen del territorio; y que la evidencia del paisaje aparecería como una proclama para poblar imaginariamente el país (Balseca, 1996: 147). ¿Cómo opera la literatura en tanto recurso para la creación de sujetos nacionales? La literatura propone la imaginación de una propuesta compartida junto con distintas maneras de pensar la integración nacional (Balseca, 1996; Sommer 2004). En este análisis proponemos una nueva entrada a la relación entre literatura y sujetos nacionales al explorar el eco que dejan las geografías en la construcción de una serie de narrativas que comparten un interés por imaginar espacios vacíos.

Esta reflexión nos lleva a discutir sobre la utilización del método narrativo como una herramienta que permite conectar la ficción con la geografía. Partiremos de la propuesta de Bello (1966:1):

Cuando la historia de un país no existe, excepto en documentos incompletos y desperdigados, en vagas tradiciones que deben ser compiladas y juzgadas, el método narrativo es obligatorio. Reto al incrédulo a que mencione una historia general o particular que no haya empezado así.

¿Qué pasa en un país donde la geografía es incompleta y desperdigada? En este escenario, podríamos defender la narrativa como la única perspectiva del espacio que pueda anteponerse a las pretensiones de objetividad de una información científica incompleta. En un esquema científicamente rígido, la falta de información provocaría inevitablemente el silencio. Pero

para el novelista, la falta de información parece motivar la creación y la fantasía. Es por eso que la preferencia por el método narrativo no puede ser vista únicamente como una salida frente a la falta de explicaciones. De hecho, despojada de la presunción científica, la narrativa goza de una mayor libertad para reconstruir la geografía de un territorio. De esta manera, se deja entrever una audacia paradójica en las advertencias de Bello que parece aclararnos que la narrativa es necesaria, no sólo porque los espacios en blanco en nuestro conocimiento hacen inaplicables los métodos científicos, sino también porque el relleno representa una expresión independiente y local (Sommer, 2004: 25). La narrativa no sólo permite, entonces, concebir lo que la ciencia no ha podido imaginar, sino que permite que esta imaginación exprese los objetivos y motivaciones de un planteamiento político.

Llegamos, de esta forma, al concepto más ambicioso que ve el oficio de escribir como acto de crear. En este sentido, los autores de estas novelas “no se atormentaban ante la idea de escribir fabricaciones compensatorias para llenar un mundo plagado de vacíos” (Sommer, 2004: 27). Estos espacios vacíos eran parte constitutiva de su entorno geográfico y discursivo. La interrogante en el espacio parecería llamar con mayor fuerza al deseo de inscripción. Así, en los grandes textos literarios del siglo XIX y el paso al siglo XX, hay un denominador común: las narraciones pretenden acompañar al discurso estatal en la construcción de la nación (Balseca, 1996: 143). Las novelas nacionales discuten sobre los problemas raciales y de clase que amenazaban los proyectos nacionales, pero también intentan mapear el territorio de estas nuevas comunidades (Padrón, 1998: 219). No en vano, Beverley (1993) insiste en que la literatura es un discurso capaz de construir realidades sociales y de fabricar nociones de saber. La literatura es, pues, un discurso apropiado para permitir el dibujo y la delineación de un mapa nacional en elaboración (Balseca, 1996: 143).

En definitiva, esta operación, que implica la conformación de un mapa imaginario de la nación desde la literatura, constituye un gesto de territorialización que se anticipa al proceso de apropiación efectiva del espacio y de configuración del mapa político real del Estado. En este capítulo vamos a tratar este tema de manera muy parcial con el análisis de tres de las treinta y

siete novelas que Rodríguez-Arenas (2009: viii) identifica que han sido escritas en el siglo XIX en el Ecuador. Las novelas que hemos escogido, *Cumandá* (1879), *A la Costa* (1904) y *Zapikia y Nanto* (1912), giran en torno a diferentes metáforas del desierto (Moyano, 2001: 54), que se establecen a partir de un doble movimiento. Por un lado, encontramos estrategias de “vaciamiento del desierto” (a partir de la construcción de una imagen de la nada absoluta, del espacio sin límite ni propiedad, de la pura “naturaleza bárbara”); y, por otro lado, existen propuestas de civilización del desierto, que se presenta como “espacio potencialmente productivo en manos de hombres civilizados” (Navarro Floria 1999, en Moyano, 2001: 55). Analizamos estas novelas con el afán de trazar paralelismos entre las premisas geográficas vigentes en el momento de creación de estas obras y la forma en que esas premisas se traducen en el texto y el desarrollo de la trama. Pensamos que estas novelas juegan un rol dentro de la historia de la cartografía nacional enmarcada por los mapas de Villavicencio, Wolf y Vacas Galindo. En este sentido, leeremos hasta qué punto *Cumandá* refleja el imaginario geográfico creado por Manuel Villavicencio, *A la Costa* se alinea con las premisas de Teodoro Wolf, y finalmente, *Zapikia y Nanto* responde al trabajo de Enrique Vacas Galindo. En el análisis de estos textos buscaremos la relación entre el nacionalismo, la territorialidad y las formas discursivas (Padrón, 1998: 218).

“Cumandá”¹³: de la geografía al romance

El trabajo de Villavicencio, tanto su mapa como la geografía que lo acompañó, sirvió como fuente para los proyectos estéticos y pedagógicos de Mera. Las bases geográficas de la novela *Cumandá*¹⁴ reflejan claramente la influencia del autor del primer mapa del Ecuador. Por un lado, los detalles de la hidrografía amazónica descrita por Villavicencio, particularmente la existencia del lago Chimano, son retomados por Mera como escenarios donde se desenvuelve la trama de la novela. De igual manera, los elementos etnográficos de *Cumandá* coinciden con la información que entrega Villavicencio sobre las tribus indígenas en la Amazonía. Como afirma Padrón (1998: 222), estas similitudes sugieren que las preocupaciones de la nove-

la tanto en la naturaleza como en la geografía no pueden ser entendidas exclusivamente como preocupaciones estéticas. La poesía y la educación geográfica se confunden en el trabajo de Mera, lo cual nos permite analizar *Cumandá* como una ficción donde se funden discursos de territorialidad y nacionalismo.

La anécdota central de *Cumandá* le pertenece a Richard Spruce, un viajero inglés explorador de los bosques de quinua en la Amazonía, quien le cuenta la leyenda a Mera. En carta al director de la Real Academia Española el 10 de marzo de 1877, Mera cuenta que:

Tras no corto meditar y dar vueltas en torno de unos cuantos asuntos, vine a fijarme en una leyenda, años ha trazada en mi mente. Creí hallar en ella algo nuevo, poético e interesante; refresqué la memoria de los cuadros encantadores de las vírgenes selvas del Oriente de la República, reuní las reminiscencias de las costumbres de las tribus salvajes que por ellas vagan; acudí a las tradiciones de los tiempos en que estas tierras eran de España, y escribí *Cumandá*, nombre de una heroína de aquellas desiertas regiones, muchas veces repetido por un ilustrado viajero inglés, amigo mío, cuando me refería una tierna anécdota, de la cual fue, en parte, ocular testigo, y cuyos incidentes entran en la urdimbre del presente relato (Mera, 1985: 33).

La novela, al igual que la “Geografía” y el mapa de Villavicencio, se construye en función de un gesto de desplazamiento que lleva al lector lejos de las zonas relativamente pobladas del Ecuador hacia la desconocida y “desierta” zona oriental. En el prólogo de *Cumandá* “existe un afán de ‘abrir’ a la imaginación de los lectores el territorio de la patria” (Balseca, 1996: 146). Mera propone llevar al lector a “lo nuevo y lo desconocido” de las “vírgenes” regiones orientales, de las que “ni la industria ni la ciencia han estudiado todavía su naturaleza, ni la poesía la ha cantado, ni la filosofía ha hecho la disección de la vida y costumbres de los jíbaros, záparos y otras familias indígenas y bárbaras que vegetan en aquellos desiertos, divorciadas de la sociedad civilizada” (Mera, 1985: 34). Es importante notar aquí el papel de creación que Mera le asigna a la ficción narrativa: “estamos ante una instancia en la cual el literato tiene la capacidad (...) de hablar de aquello de lo que no se ha hablado, de insistir en otra cosa, de dibujar, en

suma, una extensión del mapa del país, de hacer un añadido o un nuevo recorte a la idea de la frontera y de las regiones que resultan desconocidas en el proyecto político de la comunidad a la cual se dirige” (Balseca, 1996: 146). Mera presenta una nueva espacialidad a su público lector que gira en torno a un mundo distinto: las selvas del Oriente que ocupan tanto espacio en el mapa de Villavicencio. En este contexto, la descripción del paisaje tiene especial importancia ya que “inaugura una manera de sentir ‘emotivamente’ al país” (Balseca, 1996: 146):

Una vez coronada la cima, se escapa de lo íntimo del alma un grito de asombro: allí está otro mundo; allí la naturaleza muestra con ostentación una de sus fases más sublimes: es la inmensidad de un mar de vegetación prodigiosa bajo la azul inmensidad del cielo (Mera, 1985: 39).

Pero tanto para Villavicencio como para Mera este nuevo paisaje, este mar de vegetación, es absolutamente impenetrable. De hecho, ambos autores pintan el Oriente de la misma manera: en primer lugar, proponen una descripción magnífica e impactante, pero distante de su inmensidad; luego, construyen su experiencia dentro de este espacio inmenso en función de una arquitectura hidrográfica específica, que a la vez que les permite moverse dentro del terreno les hace avanzar cada vez más hacia el oeste, hacia el Amazonas. Por último, ambos autores confiesan que todo el terreno que vaya más adentro que las escasas playas despejadas y pobladas en las orillas de los ríos más importantes es terreno inaccesible. Los dueños incontestables de este vasto territorio son los indígenas. Encontramos, entonces, en los dos autores una relación entre el dominio del territorio y la capacidad de recorrerlo. Tanto Mera como Villavicencio consideran que la capacidad que tienen los indígenas de moverse por lo “enmarañado de los bosques, sin norte ni camino, rompiendo malezas, i caminando como lo hacen las panteras en aquellos espesos bosques” (Villavicencio, 1894: 345) se debe a que “poseen un conocimiento instintivo¹⁵ de todas las vueltas, encrucijadas y enredos de esas desiertas y misteriosas ciudades de troncos y hojas, que se llaman selvas” (Mera, 1985: 137). Así, los indios “jamás se pierden, aunque recorran (la selva) en medio de las sombras de la noche” (Mera,

1985: 137). “Entre el espeso follaje de esos gigantescos árboles –concluye Villavicencio con mucha admiración– pocas veces se alcanza a ver los rayos del sol, rara vez se descubre los picachos de la cordillera o la cima de una colina que pueda servir de norte, i no obstante, el hombre de los bosques nunca pierde la ruta ni deja de llegar al punto que se propone” (Villavicencio, 1894: 345). Mera, por su parte, seguramente después de entender la sorpresa de Villavicencio sobre esta facilidad de orientación de los locales, sugiere que la única explicación es que para caminar en las selvas los indígenas se guían “por no sé qué brújula mágica” (Mera, 1985: 137).

Andoas, por otro lado, un símbolo de fracaso nacional en relación con la amenaza del Perú, para Villavicencio¹⁶; para Mera toma un rol fundamental¹⁷. En la novela este pueblo donde el padre de Carlos hace trabajo misional, tratando de pagar por sus pecados, es descrito, en tono de añoranza, como un lugar “bello y pintoresco”, como un “vergel cultivado por los misioneros en el corazón de las selvas”, como una “alegre esperanza de la patria en otros tiempos” y “del cual ¡ay! no quedan ya ni los vestigios” (Mera, 1985: 67). Este “embrión de sociedad” (Mera, 1985: 69) que en la época en que se narra la novela (primera década del siglo XIX) se encuentra “ya en decadencia” se halla al frente de la desembocadura del Bobonaza (Mera, 1985: 67) sobre el río Pastaza. Esta impresión de Andoas coincide con la opinión de Mera en su *Catecismo* al considerar que del Oriente sólo se puede rescatar su pasado glorioso.

Existen también diferencias claras entre la visión de Villavicencio y la de Mera. En general, las descripciones de Mera son mucho más distantes, críticas y menos comprometidas que las de Villavicencio. Es el caso, por ejemplo, del tema de la ayahuasca. Mera relata que “la guerra es casi el estado normal de los jíbaros”, que “su maestría en el conocimiento y uso de los venenos es horripilante” y que “la causa de sus contiendas es por lo común el deseo de llevar a cima una venganza”. Dentro de este contexto, Mera describe la toma de la ayahuasca, y dice que su:

Efecto es fingir visiones que el salvaje cree realidades, y ellas deciden lo que debe hacer toda la tribu: si en ese delirio ha visto la imagen de un enemigo a quien es preciso matar, no perdona diligencia para matarle; si se le ha

presentado cual adversa una tribu que, quizás fue su amiga, la guerra con ella no se hace esperar (Mera, 1985: 45).

A diferencia de Mera, como mencionamos en un capítulo anterior, Villavicencio relata la tradición del ayahuasca en función de su propia experiencia, lo cual hace que su explicación de esta costumbre de los indígenas sea mucho más profunda y matizada.

Por último, tanto Villavicencio como Mera ven en la religión el único medio para civilizar a los salvajes. Esta posición es clara en la constante crítica que hace Mera de la visión de los espíritus malévolos a lo largo de la novela y es la razón por la cual la muerte de Cumandá resulta tan ilógica e incomprensible en los ojos de su padre: el motivo de su sacrificio forzado (acompañar en la muerte a su nuevo esposo) no tiene ninguna relación con los valores de la religión católica. Para Villavicencio, el rol de la religión en el Oriente ecuatoriano se resume a una discusión entre fanatismo¹⁸ y barbarie. “¿De qué modo llegarían a ser (los salvajes) más útiles a la nación —se pregunta Villavicencio (1984: 364)— pasando a ser fanáticos o conservándose salvajes?”. La respuesta no es difícil para el juicio del geógrafo, “si se atiende a dos cosas: (1) que es más fácil viajar en país de fanáticos que de salvajes, y (2) que se puede reducir a un pueblo fanático i establecer relaciones de comercio con él, pero con un pueblo salvaje no se puede ni uno ni otro”. Finalmente, Villavicencio concluye que “a la nación no le queda más arbitrio que civilizarlos, o contar con un territorio del cual no sacará ventaja alguna por muchos años”.

“A la Costa”: mártires de una idea confusa

“Hacia el ocaso se descubre otra zona, otra naturaleza, un mundo nunca imaginado por el habitante de las cordilleras (...). Esa tierra vaporosa, esa llanura infinita, es la Costa ecuatoriana” (Martínez, 1998: 144-145).

A la Costa escrita por el ambateño Luis A. Martínez fue publicada en 1904. El presente de la obra abarca diez años, de 1890 a 1900. Desde el título, la

novela nos habla del desplazamiento de la población serrana hacia la costa en busca de porvenir.

La primera influencia que podemos identificar entre la visión geográfica de Teodoro Wolf y la novela de Martínez es que no existe el Oriente en *A la Costa*¹⁹. A pesar de que Martínez tiene una visionaria preocupación por la región oriental²⁰, en su novela el Oriente no parece formar parte del cuerpo de la nación. De hecho, siempre que el autor hace alusión al país en su conjunto, lo construye como producto de la suma de dos fracciones: la costa y la sierra. En este contexto, el momento más importante de la novela, en términos de construcción de nación, corresponde a los eventos relacionados con la guerra civil que se desató en 1894 tras el evento conocido como “la venta de la bandera”. Como resultado el presidente Cordero renuncia y se proclama en 1895 a Eloy Alfaro como Jefe Supremo de la República. En este contexto, para referirse al conjunto de la nación, Martínez, dice: “las quiebras andinas y las llanuras de la Costa retumbaban con las descargas del combate” (Martínez, 1998: 122). Y es en ese momento en que “la juventud de la Costa, la de la Sierra, toda levantóse entusiasta y viril para luchar por la realización de los sueños acariciados durante años” (Martínez, 1895: 123). Al describir el campo de batalla, Martínez se refiere a los “setecientos hombres que formaban la descubierta” quienes “eran nativos de todas las provincias ecuatorianas; serranos y costeños venían reunidos, impulsados por esa fuerza ciega y misteriosa que se llama revolución”. En la expresión “todas las provincias ecuatorianas” no se incluye la provincia oriental. Esto denota como el Oriente es visto como un elemento territorial más no demográfico dentro de la construcción nacional. Es imposible pensar que la gente de la provincia oriental vaya a luchar por una causa común.

A pesar de las diferencias entre la sierra y la costa, al describir el campo de batalla, Martínez si logra imaginar un conjunto. Por un lado están “los mozos interioranos, fuertes rojos, calmados de ánimo” quienes hacen “contraste con el montubio recio, nervioso y petulante, que, a pesar del frío para él penoso y desacostumbrado, encontraba aún en su alegre carácter, alguna andaluzada típica que hacía reír de buena gana a los atrevidos compañeros” (Martínez, 1998: 134). Y termina su descripción de la batalla con

una conclusión irónica: “los pobres mártires de una idea confusa que agonizaban en el campo” (Martínez, 1998: 143). Esta mezcla de caracteres que forman un todo se muestra con mayor fuerza en la ciudad de Babahoyo:

Ciudad donde el indio melenudo y silencioso de los páramos, se codea con el montubio de aire desafiador y petulante; donde el chagra sudoroso y de cara congestionada, envuelto en el grueso e incómodo poncho, hace contraste con el mulato vestido de cotona y pantalón blanco; donde los sacos de papas, manchados todavía con la tierra negra del páramo, están arrimados a los sacos de cacao, marcados con letras negras y recientes (Martínez, 1998: 161).

Otra influencia del trabajo de Teodoro Wolf en la construcción de la novela es la relación entre la naturaleza y el carácter de las personas. De hecho, *A la Costa* abunda en descripciones de una naturaleza inmensa y abrupta, de enorme poderío y majestuosidad, que contrasta con personajes que rara vez muestran alguna fortaleza de carácter. Existe un constante contrapunteo entre hombres y naturaleza donde la mayoría de veces la naturaleza termina “como burlándose del dolor humano, haciendo lujo de nubes coloreadas, de cielo azul, de calma majestuosa y solemne” (Martínez, 1998: 38). Dentro de este contexto, los volcanes son los signos por excelencia de este poderío frente a la insignificancia del hombre. El Cotacachi²¹, el Antisana²² y el Chimborazo²³ aparecen casi como testigos lejanos y silenciosos de la decadencia humana.

Para Martínez, este paisaje quebrado y majestuoso provoca debilidad de espíritu en los ecuatorianos. Un solo personaje, el intrépido joven provinciano, Luciano, parece escapar de aquella sentencia casi inevitable. En la personalidad de Luciano, Martínez permite que la naturaleza sea una fuente de vigor y de dominio. Así, Luciano se convierte en la figura del conquistador (de la mujer, del territorio nacional, e incluso supera las fronteras cuando viaja a Europa):

Nada le gustaba tanto (a Luciano) como trepar a uno de esos picos resquebrajados por las intemperies de los siglos, y dominar desde allí, sobre un dosel de nieblas, la confusión sublime de cordilleras, valles solitarios y gigantescos nevados. En cada lagunilla, en cada mancha de bosquecillos

negros, en cada roca, en cada hilera encontraba la poesía de la verdad la poesía de la naturaleza (Martínez, 1998: 120).

A diferencia de Luciano, el “cielo triste” y el “paisaje agreste” transforman a los ecuatorianos en seres débiles, “de poca iniciativa”, y víctimas “de las enfermedades nerviosas”. Martínez llega al punto de nombrar esta influencia de la naturaleza sobre el carácter del hombre como una “idiosincrasia nacional” que es la causa por la que “toda innovación se ha considerado como un peligro, toda ambición de mejora social y política, peligrosa, y toda expansión, criminal” (Martínez, 1998: 43).

Un tercer punto de contacto entre el trabajo de Wolf y la novela de Martínez es el desplazamiento del enfoque de la sierra hacia la costa. De hecho, ambos autores viven en la zona de la costa y pasan temporadas en Guayaquil (Wolf mucho más que Martínez²⁴ –Wolf vive 16 años en Guayaquil y sólo cuatro años en Quito (Wolf, 1975: 451)). Martínez describe la Costa ecuatoriana como “otra zona”, como “otra naturaleza”, como “un mundo nunca imaginado por el habitante de las cordilleras”:

Los cerros que, como una avalancha petrificada, se separan de la Sierra, se aplanan y casi se hunden en un abismo. El bosque trepa afanoso hasta las más altas cimas; las quiebras pierden las tonalidades y recortes duros de las rocas desnudas, para adquirir toques azulinos y vaporosos; y al fin, cerros, colinas, barrancos, se confunden, difuminan, desaparecen casi en medio de un velo glauco, para convertirse en una llanura infinita como el mar, la que se pierde allá en el horizonte en un cielo de nácar, en el que flotan algunas nubes de color de rosa y oro. Y en esta inmensa pampa brillan aquí y allá algunos puntitos como diamantes de un manto regio, puntos que indican curvas de inmensos ríos, se levantan algunas ligeras y casi fantásticas humaredas, y un aire caliente y denso baña ese gigantesco paisaje, en el cual los colores son todos suaves como los de un sueño medio olvidado en el rincón de la memoria. Hacia la izquierda del observador se levanta de la llanura una altísima cordillera azul turquí; es el último contrafuerte de los viejos Andes, que avanzan hasta el Pacífico (Martínez, 1998: 144-145).

Las descripciones que hace Martínez de la costa ilustran todos los sentidos. Usa en varias ocasiones el concepto de “la tierra caliente” (Martínez, 1998: 145) para sumergir al lector dentro de este nuevo mundo por descubrir. Describe cada sonido característico de los trópicos²⁵. Pinta con enorme detalle las texturas y los colores del paisaje costeño, hasta darle un tinte “casi sobrenatural”. Y finalmente concluye que todo eso es vida, “esa exuberante vida, prodigiosa, mágica, nacida al beso amoroso del sol fecundo que incubaba millones incontables de vegetales gigantes y de seres que se mueven por todas partes. Sí, allí estaba la vida, la creación incansable que no deja una pulgada de tierra abandonada por el hombre sin cubrirla con una planta, ni una hoja sin un insecto” (Martínez, 1998: 160). Esta vida que no se puede entender sino en función del fantasma de la muerte:

Pero esa misma potencia que fecunda en una noche la semilla confiada a la tierra, esa misma lujuria que hace crecer a las plantas a la vista del hombre y cubre de un cortinaje de inmensas hojas un árbol decrepito, engendra también esas miríadas de seres invisibles que en su afán de vivir, matan en poco tiempo al hombre robusto y al árbol colosal (Martínez, 1998: 201).

Así, Martínez narra a través de la mirada de Luciano y Salvador para describir esta “parte del territorio ecuatoriano” (Martínez, 1998: 165). De hecho, ambos personajes “conocían una población de tierra caliente (...) por primera vez en su vida, (...) ambos estaban habituados a la calma y silencio de las de la Sierra, por lo cual todo les era nuevo y de sabor exótico” (Martínez, 1998: 161). Martínez recurre intencionalmente a estas miradas de asombro como fuentes primarias de su descripción de la costa, probablemente porque sus lectores compartirían esta novedad con los jóvenes personajes. Esta mirada nueva, esta sensación propia de la primera vez que se observa algo, deja siempre al observador absorto, “sin perder nada de los mil detalles” de esta nueva naturaleza de los trópicos” (Martínez, 1998: 165). De esta forma, esta sensación de sorpresa que experimentan los dos personajes permite describir un paisaje y unas escenas “anormales” que contrastan con “las calmadas y silenciosas poblaciones serranas” (Martínez, 1998: 168).

Dentro de las numerosas descripciones del paisaje y costumbres de la costa, llama la atención el énfasis geológico en la descripción de la llegada a Guayaquil navegando por el río Babahoyo. Esta es una clara influencia de la lectura de la obra de Wolf:

Las orillas quedan a gran distancia del vapor que sigue afanoso la lucha con la creciente que ha principiado ya. La cordillera de Chongón, a la derecha, cubierta de árboles agostados, y a la izquierda los cerros de Durán, indican que allí termina el último oleaje pétreo que conmovió la Costa en las épocas geológicas. Al fondo de esa antesala de cerrillos de redondas cumbres, y como saliendo de las aguas del río, asoma Guayaquil (Martínez, 1998: 167).

Martínez centra gran parte de su historia en los alrededores de Guayaquil; la ciudad que huele a cacao, “a gas de alumbrado, a bodega repleta, a lodo de estanque, a sudor de una población atareada y alegre que todo lo hace a la carrera y gritando” (Martínez, 1998: 168); Guayaquil, la “Capital de la Costa”, “la ciudad de oro, del trabajo, de la actividad” (Martínez, 1998: 169); Guayaquil, la ciudad del Ecuador preferida por Teodoro Wolf. La vida y actividad de esta ciudad es contrastada con la esterilidad (Martínez, 1998: 169) y perversidad (Martínez, 1998: 149-150) de la sierra. Así, tal como declara Wolf en el siguiente párrafo sobre el progreso de Guayaquil, Martínez presenta a Guayaquil como la ciudad de la oportunidad y del futuro:

Estoy íntimamente convencido, de que Guayaquil con el empedrado y canalización de sus calles, y con la observancia de un sistema higiénico racional, podría ser una de las ciudades más sanas de los países intertropicales. El principio está hecho, y en los últimos dos decenios la ciudad ha caminado mucho en este sentido. La mayor parte queda por hacer, pero no hay que desmayar, y sólo cuando la obra se concluya, Guayaquil será también respecto de su estado higiénico lo que pretenden sus poetas, “la perla del Pacífico”, y gozará de un clima tan bueno y sano, como cuando constaba de pocas casuchas en las faldas del cerro de Santa Ana (Wolf, 1975: 454).

En *A la Costa*, la nación se construye no sólo en las grandes ciudades. De hecho, esta obra trae implícita una proclama en relación a los valores de los habitantes de las provincias, pues la novela apuesta por el papel de las clases

medias (provincianos) (Balseca, 1996: 154). Luciano pertenece a “las lejanas tierras del sur” (Martínez, 1998: 110), a alguna provincia de “la sierra del Ecuador” (Martínez, 1998: 71). Aquí se plasma un proyecto que busca la ampliación del espacio ciudadano. Encontramos, entonces, una clara intención por ampliar la esfera geográfica de la nación, llamando la atención sobre zonas ‘olvidadas’ o desconocidas. Este gesto tiene enormes repercusiones en el trazado del mapa en el imaginario colectivo a través de la incorporación literaria de regiones inéditas de la geografía nacional (Balseca, 1996: 155).

En esta dinámica de inclusión/exclusión ciudadana, la figura del Pichincha juega un rol fundamental. Una de las primeras veces que aparece el Pichincha en el relato es para mostrar la importancia de ese volcán en el imaginario que los dos niños quiteños (Salvador y su hermana) construyen de su entorno. Martínez describe la vida de los quiteños que sucede “al pie del abrupto Pichincha” (Martínez, 1998: 106) y señala que todo aquel que no ha nacido en las faldas de este magnífico volcán es considerado inferior²⁶. Pero una vez que Salvador emprende su viaje hacia la Costa, Martínez sutilmente adjetiva de “viejo” al volcán para hacerlo desaparecer “envuelto en un inmenso sudario de nieblas grises preñadas de lluvia” (Martínez, 1998: 133).

Sin embargo, a pesar de esta fuerza que Martínez entrega a las otras zonas del país, su personaje principal, Salvador, lo traiciona constantemente con sentimientos de nostalgia hacia la sierra y la capital. De hecho, la sierra, representada por su “centinela”, “el gigante de hielo”; el Chimborazo, alimenta este sentimiento de nostalgia apareciendo como un “blanco fantasma sobre un dosel de nubes de plomo” (Martínez, 1998: 170). Vistos desde la costa, la aparición de estos pedazos “de la Sierra abrupta y dentellada”, hacen que Salvador añore “los campos idílicos de la tierra propia”. “El corazón oprimido” y “algunas lágrimas quemantes y suspiros incontenibles” se convierten en las únicas hermosas manifestaciones de la nostalgia: Salvador frustra el afán de Martínez por imaginar nuevos espacios de la nación al sentirse como un extranjero “en su propia patria”²⁷ (Martínez, 1998: 180).

Zapikia y Nanto: Víctor Proaño, el descubridor del Morona

La fama de valerosos e indomables de los habitantes del oriente despertó el interés en los escritores y literatos de los siglos XIX y XX²⁸. *Zapikia y Nanto* fue escrita por Eudófilo Álvarez²⁹, quien al igual que Vacas Galindo, vivió algunos años en el Oriente y donde recogió la tradición oral sobre las hazañas del explorador Víctor Proaño³⁰. Producto de esta paciente búsqueda y de fuentes de archivo nace la novela histórica “*Zapikio y Nanto*” que fue escrita entre 1912 y 1914³¹.

A mediados del siglo XIX, Víctor Proaño es desterrado a Macas por ser enemigo político de García Moreno. Así, en calidad de desterrado político, Proaño se hundió “en las infinitas selvas orientales” (Álvarez, 2003: 61) para llevar a cabo la estupenda hazaña de recorrer los afluentes del Morona, río densamente poblado de jivarías (Costales, 2003: 19). Al describir a Proaño, Álvarez, dice que “tenía un carácter aventurero, y le gustaban las empresas difíciles, por tener la satisfacción de vencerlas. “Si la Naturaleza no me aplasta, decía, yo haré algo en el Oriente”. Y ese algo fue nada menos que el descubrimiento del más navegable de nuestros ríos orientales”. De hecho, Proaño muestra una enorme atracción por “ese encanto indefinible de los desconocido”, razón por la cual tanto “el misterio de nuestras selvas infinitas” como la “indomable i soberbia” raza jíbara, llaman su avidez de conocimiento (Álvarez, 2003: 54):

Los peligros no me amedrentan: muy al contrario, todo en esas regiones nebulosas me atraen: su grandeza, sus tesoros, sus peligros, su misterio. Todos hablan del Morona (los macabeos), pero nadie le conoce, nadie ha penetrado por él. ¿No te parece (mi querido Luis) que es preferible sucumbir en una empresa de estas, que pudiera redundar en grandes bienes para la Patria, antes que llevar una vida tranquila pero estéril? (Álvarez, 2003: 72).

Esta curiosidad por entender el verdadero recorrido del Morona –en contra de la creencia general de que el Morona no era otro que el bajo Upano– le llevó a planear su expedición (Álvarez, 2003: 102). De hecho, dada la época en la que realiza sus expediciones, Proaño únicamente podía conocer

los datos geográficos proporcionados por Manuel Villavicencio (incluso podemos suponer que tenía gran admiración por Villavicencio ya que según Álvarez, Proaño bautiza a un joven jíbaro con ese nombre³²).

Según Álvarez (2003: 378), Proaño había leído la “Geografía” de Villavicencio más de una vez. En ella se lee lo siguiente:

Morona. Nace en el descenso de la cordillera oriental de los Andes, i se compone del Suñac, que nace del lago Quinua-loma i del Atillo; y corren juntos hasta su unión con río del Volcán, que viene del Monte Sangay: desde este punto toma el nombre de Upano, hasta el estrecho de Narous, en el cual toma el nombre de Morona, con el que desagua en el Amazonas.

Pero sus observaciones en el campo sugerían algo distinto:

figúrate si no tengo razón de maravillarme de cuanto voy viendo, y más cuando voy dándome cuenta de que todo este inmenso caudal de aguas, procede, no de los Andes, como generalmente se ha creído, sino de una cordillera llamada Kutukú, paralela a los Andes, que hace días atravesé viniendo de Macas; de la cual cordillera jamás se ha hablado en nuestras geografías (Álvarez, 2003: 232).

Los planes de expedición de Proaño fueron vistos desde un inicio con mucho escepticismo:

Y para más amedrentarle le aseguraron que un jíbaro, llamado Nanchi que acababa de llegar a Macas, y que era muy conocedor de esas regiones por donde Proaño quería aventurarse, se había reído a carcajadas al saber que Proaño tenía tal pretensión, y dijo que los apachis³³ se imaginaban que era lo mismo trazar caminos en el papel (como le había visto hacer a Proaño), que irse por esas regiones tan llenas de peñas, como de peligros de todo género. Aseguró además que las jivarías del Morona eran tan bravías, que solo que fuera Dios Proaño podría recorrer con vida el terrible río Morona (Álvarez, 2003: 118).

Las hazañas de Proaño muestran que no se puede conocer el territorio sino recorriéndolo. Y frente a la inmensidad del espacio desconocido, donde las

geografías resultan ser insuficientes, sólo el instinto de los geógrafos locales puede dar luces sobre el detalle del terreno. En este contexto, Álvarez insiste varias veces sobre el profundo conocimiento que tienen los jíbaros de su territorio. Así, en varias ocasiones Proaño confirma que los “jíbaros eran buenos geógrafos por instinto” (Álvarez, 2003: 238). La figura del “geógrafo salvaje” propuesta por Álvarez tiene relación con la noción de “encuentros cartográficos” desarrollada por Rennie Short (2009: 13) quien sostiene que los mapas que analizamos son siempre fruto de estos encuentros entre exploradores blancos y nativos.

Al igual que *Nankijukima*³⁴ de Vacas Galindo, “el ingrediente más poderoso de *Zapikia y Nanto* es la aventura hidrográfica en los ríos: Macuma, Chaimi, Morona, Amazonas, Pongo de Maseriche y el Kanusa (Santiago)” (Costales, 2003: 47). Álvarez describe la Región Oriental del Ecuador como un “océano de verdura”, bañado “por infinitos y caudalosos ríos” (Álvarez, 2003: 76) y donde “El rey de los ríos del Oriente Ecuatoriano (es) el magnífico Morona” (Álvarez, 2003: 121).

Otro elemento de cercanía entre la obra de Vacas Galindo y la obra de Álvarez es la interacción con los jíbaros y su visión del rol que pueden cumplir en la sociedad ecuatoriana. A lo largo de la novela existe una evolución de los sentimientos que Proaño expresa por los jíbaros. Al inicio, sólo destaca la vida en constante guerra, el dominio del territorio, y tiene repetidas meditaciones sobre lo que la historia le ha contado de las hecatombes y grandes matanzas de los jíbaros³⁵ (principalmente de la lectura de Velasco). Lo primero que mueve a los jíbaros es el interés y lo segundo la venganza, concluye Proaño. Las reflexiones iniciales de Proaño también hacen un recorrido sobre la posición de la mujer en la sociedad jíbara y exclama con indignación que “amor no existe entre los jíbaros” y que las mujeres no son más que simples instrumentos de placer para los hombres. Pero esta serie de atributos negativos de los jíbaros contrasta con la hermosura de su libertad. De hecho, Proaño compara la actitud de los jíbaros con la actitud de “nuestros indios de la sierra” que “aparecen humildes y abatidos (...) porque reconocen el vasallaje del blanco, que está siempre sobre sí látigo en mano”. A diferencia de la población de la sierra, “los jíbaros ningún vasallaje reconocen” y “erguida la frente, como la palma gentil que les rodea,

andan por el desierto con la soberbia del león, como el rey de los bosques. Y así es frecuente verle al jíbaro, su cabellera al viento y lanza en mano, escurrirse por las selvas sin camino, saltando y cantando de alegría. Ah, raza hermosa, te aseguro!”. “No creo –concluye Proaño– que en el mundo ninguna raza como esta tiene tanto amor a la libertad, y que ninguna otra es tan celosa como esta de su soberana independencia” (Álvarez, 2003: 234).

La belleza de dos mujeres jíbaras; Zapikia (o Etza, la hija de Tungura) y Nanto (la hija de Intzakua), hace que la actitud de Proaño frente a esta raza cambie radicalmente. La “hermosura jíbara” (Álvarez, 2003: 196) de Etza rompe por completo los estándares estéticos de Proaño. Su juicio batalla constantemente frente a la posibilidad de permitirse sentir una atracción física por una salvaje. Proaño tiene claro que Etza, “la más jíbara de las jíbaras”³⁶ (Álvarez, 2003: 203), sería un “ser exótico imposible” en los salones de Quito; pero ahí “en medio de la majestad de estas selvas seculares, y en familia con las serpientes, los tigres y los leones, Etza es hermosa; y su hermosura (le) atrae a despecho de sus maneras cerriles”. “Es inexplicable lo que pasa conmigo –concluye Proaño– yo mismo me río a veces, y me pregunto si estoy enamorado de Etza” (Álvarez, 2003: 236).

Por otro lado, está Nanto. Para describir su hermosura, Proaño la compara con un colibrí, o con una libélula; con “los esplendores de una mariposa” y con “todas las delicadezas del universo” (Álvarez, 2003: 313). Nanto, a diferencia de Etza, es hija de una mujer blanca de la “buena sociedad de la aristocrática Lima”. Así, “la sabia labor de la naturaleza” formó esa “divina joven”: “la casta virgen del Chaymi, había tomado lo más hermoso y delicado de la raza blanca y de la raza jíbara, cosa de volverla un dechado de gracia y seducción” (Álvarez, 2003: 295). Proaño no duda de su enamoramiento de Nanto, la barrera racial no parece existir en una mestiza. Esta diferencia en la actitud de Proaño frente a sus sentimientos por Etza y por Nanto sugiere una lectura sobre la visión de la raza y la posibilidad de construir nación. Anderson (2004: 136) formula esta diferencia de la siguiente manera: “el hecho es que el nacionalismo piensa en términos de destinos históricos, mientras que el racismo delira con eternas contaminaciones, transmitidas desde los orígenes del tiempo a través de una secuencia interminable de cópulas fuera de la historia y detestables”. Sommer (2004: 39), por su parte,

sugiere que el concepto de mestizaje, es utilizado “como solución retórica a las crisis en estas novelas/naciones” en tanto figura de “pacificación”. Así, el mestizaje que “era el camino hacia la perdición racial en Europa” es considerado como la “vía hacia la redención en América Latina”: “una manera de aniquilar la diferencia y construir el sueño profundamente horizontal y fraternal de la identidad nacional. Era un modo de imaginar la nación a través de una historia futura” (Sommer, 2004: 56).

Vacas Galindo y Álvarez comparten una preocupación por la desaparición de la raza jíbara tanto por sus costumbres sociales basadas en la venganza como por las presiones políticas ejercidas sobre su cultura. Para ambos autores, la desaparición de los jíbaros significa tanto una pérdida cultural como la desaparición de toda posibilidad de apropiación del oriente por parte del Estado ecuatoriano. Ambos coinciden que la civilización de los jíbaros es condición absolutamente indispensable para dominar el entorno selvático. Como vimos en la sección anterior, Vacas Galindo resuelve esta tensión en *Nankijukima* a través de la omisión del relato de la muerte de su héroe, dejando así el destino de los jíbaros en suspenso. Por su parte, Álvarez construye a su personaje Proaño no sólo como el descubridor del Morona, sino como el “conciliador de la gran familia jíbara” a través del matrimonio entre Etza y Churubi. A partir de este evento, el desenlace de la novela presenta un fin a la perpetua guerra de los jíbaros (Álvarez, 2003: 494). En la pluma de Álvarez, el explorador es también amante, pacifista y evangelizador³⁷. Así, la gran conclusión de Proaño al terminar la novela es que los salvajes también saben amar con delirio; también ellos son sensibles a “los nobles sentimientos de la amistad y la gratitud, y que por su inteligencia y altivez, y por ese espíritu de imitación que les caracterizaba, que aún aptos les volvía para el progreso (...) aquellos misteriosos salvajes, tan calumniados, solo esperaban la palabra evangélica que les viniese a alumbrar, y la mano generosa que les supiese guiar por el camino de la paz y la civilización” (Álvarez, 2003: 497).

La posibilidad de la raza jíbara es la posibilidad del Oriente en *Zapikia y Nanto*. De este escenario es que Proaño ve surgir el “futuro Ecuador, bello como un fénix, e inmenso como un imperio; y vio locomotoras i vapores cruzar las llanuras i cruzar los ríos, llevando consigo las maravillas que los

siglos se habían complacido en ir amontonando en estas vírgenes selvas, y que la industria humana ha ido transformando de brillantes mariposas, i millones de aves de resplandeciente plumaje i divino canto” (Álvarez, 2003: 83). El Oriente es concebido de una manera tan extraordinaria en *Zapikia y Nanto* que las palabras no son suficientes y Álvarez concluye que “sólo el que ha venido al Oriente, ha podido ver y oír cosas tan extraordinarias”. En el Oriente de Álvarez, en este “mundo de pura poesía” (Álvarez, 2003: 151) “hay melodías no descubiertas por Bellini” y “conciertos ante los cuales quedarían débiles las poderosas sinfonías de Beethoven” (Álvarez, 2003: 91).

Pero la contemplación de “aquella maravilla de la naturaleza” lleva a Proaño a consideraciones políticas:

Y casi se avergonzó de ser ecuatoriano, al ver cómo los gobiernos de su país se habían preocupado tan solamente de una política de mala ley, y de que nada, nada hubiesen hecho por volver accesible esta región magnífica de riquezas varias ilimitadas, que a gritos pedían ferrocarril (Álvarez, 2003: 137).

En este contexto, al igual que en los escritos de Vacas Galindo, aparece la preocupante figura del Perú que logra vencer “obstáculos infinitamente superiores a los nuestros” y domina “hasta en nuestro territorio, a través de distancias inconmensurables, de ríos y montañas formidables”. El Ecuador, en cambio, “que casi todo ha tenido al alcance de sus manos”, no es capaz “de dar un solo paso en el sentido de salvar las barreras que la naturaleza ha puesto entre el Oriente y el resto de la República” (Álvarez, 2003: 137).

En carta a un amigo Proaño dice:

Yo le estoy muy agradecido a García Moreno, que creyendo hacerme un mal, me ha hecho un bien inmenso. Me considero uno de los más afortunados de la tierra, al ver que he podido penetrar siquiera una vez en mi vida por estas selvas maravillosas, que así me deleitan como me asombran (Álvarez, 2003: 231).

Existe un enorme paralelismo entre estas reflexiones de Proaño y la posición de Vacas Galindo. Ambos piden ayuda al Gobierno (Proaño para iniciar su aventura y Vacas Galindo para salir de prisión después del pro-

blema de las alhajas en Andoas) y ninguno la recibe. Este hecho les causa angustia y desesperación en primera instancia pero luego se convierte en la posibilidad y garantía del conocimiento. De esta forma, ambos aventureros terminan sus hazañas con una interesante sensación de agradecimiento por la ayuda que les fue negada. Esta curiosa relación con el gobierno demuestra el abismo que existe entre el centro político y el Oriente. Ambos aventureros resuelven que no se puede contar con el gobierno para entrar y conocer el Oriente, sino que estas iniciativas, por más urgentes e importantes que sean para el desarrollo nacional, tienen que ser emprendidas con otros medios, que en este caso se basan en el riesgo y la fortuna personal.

Conclusiones

Este capítulo trata la cuestión de cómo el conocimiento geográfico se articula y circula en el siglo XIX en Ecuador, a través de la examinación de libros de texto de geografía y novelas. Partiendo de la discusión de Anderson (1993) sobre las bases del nacionalismo, estos dos espacios a través de los cuales se discute y disemina las imaginaciones geográficas nos permiten hacer una exploración de las maneras en las que el conocimiento geográfico migra o es trasladado desde los geógrafos hacia textos que en principio tienen una mayor posibilidad de circulación. A pesar de que el análisis de este capítulo es todavía muy parcial e incompleto, la tesis que queremos plantear es que los mapas y paradigmas propuestos por los tres geógrafos, sus imágenes y sus perspectivas, fueron bien conocidos y circularon dentro de un público educado. En otras palabras, se hicieron parte del discurso público y de la imaginación popular de la nación. Este elemento de circulación de la información geográfica es algo que típicamente no aparece en la mayoría de los trabajos sobre los mapas nacionales y es un ángulo indispensable para vincular el estudio de la geografía con su impacto en la construcción de la nación.

Así, los distintos niveles de traducción de la información geográfica que hemos analizado muestran la trascendencia de los procesos de aprobación y consentimiento que se llevan a cabo una vez que el territorio ha sido

invocado a través del trabajo de los geógrafos. La continua aprobación de una proposición le entrega una autoridad de “objeto de referencia” y la va separando poco a poco de su autor y de sus condiciones de producción. Así, la autoridad del paradigma propuesto por cada uno de los geógrafos se incrementa a medida que se consolida como fuente de conocimiento. Estas validaciones se repiten miles de veces; cada vez que un profesor enseña geografía en el aula de clases y cada vez que se revive el drama de una novela: la información geográfica migra y se convierte en un potente medio para la creación y transferencia de autoridad sobre un territorio y la creación de sujetos nacionales territorializados. Dentro de este contexto, una de las interrogantes que queda abierta para futuras investigaciones tiene que ver con la cuantificación de este proceso. ¿Qué población del país estaría expuesta a esta literatura? ¿Cómo circularon estos textos?

Una segunda conclusión apunta al problema de la configuración de la nación, de su soberanía estatal y de sus límites territoriales dentro de un espacio desconocido, inexplorado y, por ende, no sometido. En este contexto, la escritura se convierte en una herramienta que permite “exorcizar” este espacio para estabilizarlo y asignarle un valor (Montaldo, 1999: 17). Es así que el problema del territorio se articula con la escritura para intentar construir una nación, jugando de manera muy ambigua entre sus fronteras políticas y culturales, en un afán por hacer efectivo un proyecto de unidad. Será en este marco que las geografías, los mapas y sus diferentes niveles de traducción buscan trazar una cartografía de la patria, dibujando un territorio que “para definirse debe exorcizar los fantasmas de una frontera cultural difusa y ubicua”. En este proceso, la lucha entre civilización y barbarie se convertirá en “la marca divisoria, la frontera que separe el ser y el deber ser de la nación”; una frontera que se extiende tierra adentro sobre el territorio (Moyano, 2001: 52-53). Profundizaremos este tema en la siguiente sección.

Notas

- 1 Para información biográfica de Mera, ver Guevara (1965).
- 2 Al respecto ver Vallejo, 2002: 212.
- 3 Para información sobre el periodo garciano ver Ayala Mora (1990).
- 4 Es el caso de la discusión que hace Wolf (1975: 40-41) sobre los límites del Ecuador para determinar su superficie. El autor concluye: “Advierto que el cálculo de Villavicencio, que da a la Repú-

- blica 16.000 y al Archipiélago de Galápagos 800 leg.², cálculo que ha pasado a todas las geografías modernas y a los libros de enseñanza del país, carece de todo fundamento, y sería falso aún en el caso supuesto, de que sus linderos fuesen aceptables”.
- 5 En la época en que publica Juan León Mera existen 435 escuelas en el Ecuador; 367 de niños y 63 de niñas. Cerca de 22 500 niños concurren a las escuelas y una cuarta parte son del sexo femenino (Mera, 1875: 67).
 - 6 “Mr. Markham brought me out proof-plates of 4 Cinchonas, & the text of *C. succirubra*, from Mr. Howard’s fine work on Cinchonas. I admire Mr. Howard’s industry and research, but am sorry to see he has been misled by taking as authority Villavicencio’s “Geografía del Ecuador” – a worthless book which contains almost as many errors as paragraphs” (Spruce, 1861: 320).
 - 7 En la segunda edición del texto (1884), Mera cambia las voces, ya no son “P” de pregunta y “R” de respuesta, sino “M” de maestro y “D” de discípulo.
 - 8 Estos recuerdos se refieren a la obra de “civilización cristiana” (Mera, 1875: 142) que llevaron a cabo los jesuitas antes de su expulsión en 1767.
 - 9 El libro hace referencia a la carta de los alumnos de las HH. De las Escuelas Cristianas de Guayaquil. No hemos encontrado este mapa en la mapoteca en la que hemos trabajado (Aurelio Espinosa Pólit).
 - 10 Esta es la segunda edición del texto. No hemos tenido acceso a la primera edición.
 - 11 Sólo pudimos analizar el trabajo de Andrade desde la segunda edición. La primera edición no está disponible en el archivo consultado (Aurelio Espinosa Pólit).
 - 12 Por ejemplo, la serie de preguntas al final de la lección 2 es la siguiente: “¿En cuántas regiones está dividido naturalmente el Ecuador y qué lo divide? ¿Cómo es la Región litoral? ¿Cómo la central? ¿Cómo la Oriental?” (Andrade, 1899: 8).
 - 13 Junto con *Huasipungo* de Jorge Icaza, *Cumandá* es la obra que cuenta con el mayor número de ejemplares en circulación en el Ecuador.
 - 14 *Cumandá* cuenta la historia de dos amantes marcados por el destino en los últimos años de dominación del imperio español sobre América. El texto invita al lector a imaginar el nacimiento de la nación en la reconciliación de las clases altas blancas con los indígenas subalternos bajo el amparo del Estado y de la iglesia. Sin embargo, el fin trágico de la novela frustra este deseo en las manos de un grupo de salvajes (Padrón, 1998: 219).
 - 15 En este punto es muy evidente la similitud entre las apreciaciones de Villavicencio y Mera. Villavicencio dice: “Los salvajes de estas soledades tienen un instinto tan especial para dirigirse de un punto a otro, que causa sorpresa y admiración” (Villavicencio, 1894: 345).
 - 16 A propósito de Andoas, ver Villavicencio (1984: 416-417).
 - 17 Vacas Galindo (1895: 210) menciona también varias veces a la población de Andoas.
 - 18 Villavicencio (1984: 364) habla de “fanatismo” en relación con la experiencia de las misiones del Paraguay: “¿se teme que las misiones del Oriente llegaran a ser lo que las del Paraguay, esto es, pueblos fanáticos y débiles?”.
 - 19 De hecho, Martínez sólo menciona el Oriente al referirse a Ibarra en el terremoto: “los árboles mismos, los copudos nogales, las palmas, los sauces verdes, que daban a Ibarra un aspecto de ciudad oriental” (Martínez, 1998: 37).
 - 20 Según Araujo (1989: 13) Martínez sueña con instalar ahí colonias agrícolas y utilizar la navegación fluvial para poder aprovechar la riqueza de la selva, apoya de manera muy activa el proyecto de ferrocarril a Curaray.
 - 21 “El Cotacachi, eterno e impasible, resplandeciente con el último rayo de sol de la tarde dominando la inmensa llanura cubierta ya de los tintes de la noche” (Martínez, 1998: 38).
 - 22 “El Antisana, como un animal gigante en acecho, resplandecía con los rayos del naciente sol” (Martínez, 1998: 113).
 - 23 “Un cinturón inmenso de picos abruptos y negros, y como broche magnífico la mole resplandeciente del Chimborazo, envuelto a medias en nubes grisáceas, cierra ese paisaje único tal vez en el

- Ecuador andino” (Martínez, 1998: 120).
- 24 Trabaja como administrador del Ingenio Valdez y a consecuencia de las duras condiciones de trabajo, cae enfermo en 1902 y lucha entre la vida y la muerte por cinco meses en la ciudad de Guayaquil (polineuritis malaría). “Esta experiencia personal se convierte en materia narrativa de su novela” (Araujo, 1989: 13).
- 25 “La noche era muy oscura; mil luciérnagas revolaban por todas partes; se oía el murmullo del cercano río, el incesante crac-crac de los sapos y la algarabía de los grillos, obligada armonía de tierra caliente” (Martínez, 1998: 146).
- 26 “Les hace ver como inferiores a la gente que no nacieron al pie del Pichincha” (Martínez, 1998: 88).
- 27 En su lecho de muerte: “¡Oh! ¡El Chimborazo! Murmuró Salvador... ¡Qué hermoso! ... ¡atrás está la Sierra!” (Martínez, 1998: 239) (...) “La cara tomó una expresión beática y bellísima, y los ojos vidriosos quedaron fijos en el Chimborazo, que allá, en el confin del paisaje inmenso resplandecía con los últimos rayos del sol” (Martínez, 1998: 240).
- 28 *Cumandá* de Mera (1875), *Viajes de exploración a las tribus salvajes del Ecuador* de Francisco Pierre (1892), *Nankijukima* de Enrique Vacas Galindo (1894), *Zapikia y Nanto y Sukanga* de Eudófilo Álvarez, y *Etza o alma de la raza jibava* de Alejandro Ojeda (Costales, 2003: 23).
- 29 Eudófilo Álvarez nace en Latacunga (1876-1917). Sobre su vida y obra ver Costales (2003).
- 30 Para entender el contexto en el que vivió Proaño ver Costales (1994).
- 31 La obra de Álvarez se publica recién en el año 2003. Es por eso que para el argumento que estamos construyendo sobre la creación de sujetos nacionales territorializados, esta novela es una excepción ya que no refleja la creación de sujetos sino la migración del conocimiento geográfico hacia el productor (el autor).
- 32 Ver Álvarez (2003: 140-141).
- 33 Blancos.
- 34 Alvarez cita la obra de Vacas Galindo en su novela y resalta que es un “libro escrito sin arte pero con mucha verdad” (Álvarez, 2003: 383).
- 35 Ver Álvarez (2003: 136).
- 36 “No sólo por ese su talle, que tenía de la soberbia esbeltez de la palma y la robustez del higuierón; no solo por esos sus bruscos movimientos como de fiera nerviosa, y por ese gesto bravío de su semblante, que le comunicaba un aspecto sombrío como de selva” (Álvarez, 2003: 203).
- 37 “La obra pacificadora del explorador vino a ser tan eficaz, y tan duradera la amistad entre sí de Tungura y Mashu y Changachangasa y Churubi, que la paz evangélica reinó en la inmensidad de las selvas orientales por el espacio de muchos años, a lo menos mientras vivió Tungura” (Álvarez, 2003: 497).

Capítulo VII

Cartografía poscolonial y la metáfora del desierto

Ciencia, Estado, nación y territorio

Nos propusimos hacer una comparación de las distintas maneras de construir el territorio del Ecuador a lo largo del siglo XIX. Esta inquietud nos llevó a tomar tres mapas republicanos como eje fundamental de análisis lo cual abre una discusión sobre la relación entre la ciencia, el Estado y la nación en la construcción del espacio. En las diferentes propuestas cartográficas que analizamos, estos cuatro elementos –ciencia, Estado, nación y territorio– interactúan de maneras diferentes lo cual pone de manifiesto variadas estrategias que imaginan la deseada unidad del estado-nación.

En el primer mapa del Ecuador (capítulo 2 y 5) construido por Manuel Villavicencio, por ejemplo, encontramos que es importante distinguir la relación entre la ciencia vista desde la nación y la ciencia vista desde un afán por aprehender un conocimiento universal. Esta característica es evidente en la influencia que tienen científicos europeos (analizamos la relación que establece Villavicencio con William Jameson, Gaetano Osculati y Adrian Balbi) en la definición de las prioridades del campo científico en el que se desenvuelve el geógrafo para construir su mapa nacional. Concluimos que este primer mapa evidencia un escenario en el cual actores independientes al Estado central dirigen definidas iniciativas nacionales: la nación es capaz de garantizar un espacio de posibilidad para la ciencia local que, a su vez, construye un concepto de nación con el fin de participar dentro del mapa de la ciencia universal. El rol del Estado en esta primera iniciativa de mapeo es bastante ambiguo.

A diferencia de esto, el mapa elaborado por el jesuita alemán Teodoro Wolf (capítulo 3 y 5) muestra un cambio en la relación ciencia/nación/estado que se caracteriza por la articulación del conocimiento científico con la administración estatal. De esta forma, el acercamiento de Wolf al estudio del territorio recurre fundamentalmente a la ciencia y al Estado como ejes de legitimación. Esta nueva dinámica está marcada por un creciente proceso de institucionalidad en las ciencias geográficas: las clases de la politécnica, la formación académica, la importancia de las iniciativas cartográficas tanto del Perú como de Colombia, el diálogo con una comunidad científica internacional; todo apunta a una transición de lo que fue el esfuerzo de un individuo relativamente aislado como Villavicencio a una comunidad científica más o menos definida. Curiosamente, en el segundo mapa del Ecuador, este poderoso vínculo entre ciencia y Estado se construye en detrimento de la imaginación de la nación a través de la ciencia.

Finalmente, el tercer mapa que analizamos, elaborado por el padre dominico Enrique Vacas Galindo (capítulo 4 y 5), presenta una dinámica sustancialmente distinta y marca una ruptura que plantea un interrogante sobre la funcionalidad de la ciencia para el proyecto nacional. Así, a diferencia de los dos mapas anteriores, Vacas Galindo no muestra un interés específico por la ciencia; sino que para él, el mapa es un hecho legal. Este cambio de retórica sugiere que el mapa no es sólo un argumento de la ciencia incursionando en la política sino que puede ser directamente un argumento de lo político.

En definitiva, en el debate sobre la construcción del espacio se hacen evidentes varias bases de legitimidad sobre las que se construyen distintas formas de conocimiento y su autoridad para determinar la interpretación de los eventos. Por un lado, el tema de la ciencia europea, su interacción con la ciencia local y otras formas de conocimiento del mundo es un punto clave que se encuentra atravesado por un afán de progreso. Pero estas ideas europeas de progreso, junto con sus prácticas científicas, introdujeron un tipo de lenguaje y un tipo de conocimiento que influyó parcialmente en la forma en la que los ecuatorianos interpretaron su espacio. Así, la representación, clasificación y organización del territorio se hace en función de varios sistemas de conocimiento; la ciencia europea no logra convertirse en la

única fuente de saber verdadero y legítimo. Los geógrafos locales, como Villavicencio y Vacas Galindo, interpretaron a su manera y en función de sus prioridades el espacio que les rodeaba. Esta limitada hegemonía de la ciencia europea en la imaginación del espacio ecuatoriano es también evidente en las construcciones educativas y literarias del territorio que revisamos en el sexto capítulo de esta investigación. Las formas de socialización de la información geográfica, se basan en distintos niveles de traducción donde se hace evidente los gustos y prioridades de los distintos autores y la falta de control de la información oficial. Esta constatación refuerza el concepto que propusimos al inicio de este trabajo de ver los discursos alrededor de la geografía como interacciones dentro de lo que Pratt llama una “zona de contacto” (1992: 4). En este sentido, y en acuerdo con la propuesta de Raj (2007) el debate alrededor del significado y uso de la geografía a lo largo del siglo XIX se da en función de un proceso de selección y adaptación de discursos europeos sobre América en un afán de crear Estados, naciones y territorios autónomos, independientes y decolonizados.

Nacionalismo y ciencia

En este trabajo fue muy importante la discusión sobre el nacionalismo (o la particularidad) y la ciencia (o la universalidad). Queremos hacer algunas puntualizaciones al respecto. En la última parte del siglo XIX, que es el periodo en el que nos hemos concentrado, la ciencia es considerada como un elemento primordial del progreso y es un requisito irrenunciable para concebir las naciones (Tenorio, 1998: 173). Pero, como afirma Tenorio (1998: 14) se entiende la ciencia como una “forma paranacional, natural y objetiva” de la producción y conocimiento humano. Así, a pesar de que es producida en diferentes escenarios nacionales, la ciencia se considera universal; “una forma de conocimiento libre de contextos nacionalistas” (Tenorio, 1998: 173). De esta manera, se define una dinámica entre la ciencia y el nacionalismo donde existe una tendencia de marcar todo conocimiento en un formato científico, en medio de un consenso paranacional sobre la efectividad de este conocimiento. Esta tendencia se refleja clara-

mente en el trabajo de los geógrafos que hemos analizado ya que intentan, de diversas maneras, proyectar su trabajo local en función de un horizonte universal de conocimiento que es el que justifica sus esfuerzos. La ciencia es abanderada de un discurso universal mucho más que de un discurso nacional.

Esta tendencia cambia radicalmente en el transcurso del siglo XX donde se instala un enfoque de tipo nacionalista mucho más fuerte. La manera en que se trata el aporte del mapa de Pedro Vicente Maldonado es un claro ejemplo de este cambio¹. De hecho, Maldonado no aparece más que citado como una fuente de información, dentro de las geografías que hemos analizado. No se encuentran las evidencias de la figura de Maldonado como un gran héroe nacional en el desarrollo del discurso cartográfico en el siglo XIX. Al parecer, este rescate de Maldonado es parte de un discurso geográfico nacionalista propio del siglo XX. De hecho, al hacer una genealogía de la geografía ecuatoriana, llama la atención que Terán (1990), geógrafo del siglo XX, no hace ningún énfasis en la influencia de los geógrafos europeos. El autor trata de establecer una distancia con la ciencia europea para crear un sentido de “ciencia nacional”. Dentro de este afán, la figura de Maldonado es elogiada como un punto de partida de altísimo mérito para las ciencias geográficas en el Ecuador. Para Terán, Maldonado inaugura en el siglo XVIII una forma de hacer ciencia que es un orgullo para la nación. Curiosamente, este elogio de Maldonado que es muy frecuente en los autores contemporáneos, no lo encontramos, por ejemplo, en Villavicencio quien, más bien, trata de construir un campo cosmopolita de conocimiento. Esta diferencia apunta al hecho de que en el siglo XIX la interacción entre el nacionalismo y la ciencia fue una discusión en la esfera de lo internacional.

Otro ejemplo que podemos citar para reforzar este argumento es la nostalgia de Terán (1990) en relación con el nombre “Ecuador”. De hecho, tal como lo explica el geógrafo, el país ganó a la vez un nombre y una identidad a través de la Misión Científica Internacional liderada por La Condamine. A pesar de que antes la zona geográfica se conocía como la Audiencia de Quito, el nombre de “Ecuador” entró en los circuitos internacionales y, en el momento de la Independencia, formó parte de la

Constitución de la nueva República. Este nombre científico, “global” y de hecho europeo fue apropiado en el momento de la Independencia porque permitió a la naciente República proyectarse dentro de las esferas internacionales en las que el progreso científico parecía ser más significativo que alianzas corporativistas y jerárquicas con España (en el caso de mantener un nombre derivado de la Audiencia de Quito) (Radcliffe, 1996: 30). Sin embargo, ya en el siglo XX, la lectura de esta dinámica es diferente. Terán (1990) interpreta este hecho con nostalgia y ya no reconoce la importancia de la conexión con la ciencia universal a través del nombre “Ecuador”, sino que rechaza el hecho de que el país haya sido bautizado por extranjeros. Existe entonces una clara ruptura con el discurso de una geografía volcada hacia una esfera internacional, que caracterizó el siglo XIX y se inaugura una nueva relación entre ciencia y nacionalismo cuyas repercusiones se deben estudiar con mayor profundidad.

La metáfora del desierto

En los textos geográficos del Ecuador del siglo XIX encontramos una forma particular de enfrentar la problemática del espacio desconocido que es descrita de varias maneras. Es el caso de los “mares de verdura” de Villavicencio, las “zonas poco conocidas habitadas por indios salvajes” de Wolf, y las “regiones incultas” de Vacas Galindo; todas formulaciones que sugieren distintas lecturas de lo que Moyano (2001: 54) define como la “metáfora del desierto”. Así, todo lo que en esta literatura geográfica se refiere a la figura del desierto puede ser leído como la proyección de una mirada que intenta transformar una situación de escaso o limitado poder sobre un territorio, superponiendo sobre él otro mapa, otra cartografía, otra forma de concebir la realidad y otro desarrollo de la historia. Es a través de esta metáfora del desierto que el estudio de las iniciativas de mapeo del territorio del naciente Estado ecuatoriano, nos permite concebir de mejor manera el concepto de la tierra incógnita. Hoy en día es muy difícil imaginar esta idea a no ser que pensemos en un concepto personal de tierra incógnita; es decir en la sensación que podemos experimentar en la cumbre de una montaña. De hecho,

al subir una montaña, observamos un enorme espacio de tierra desconocida (probablemente no desconocido para los sistemas modernos de geoposicionamiento) pero si nuestra propia tierra incógnita. Atrás nuestro queda el espacio conocido y caminado. Al hacer un vuelo de pájaro sobre el territorio que se despliega frente a nosotros, comenzamos a especular sobre un espacio escondido y experimentamos una sensación de misterio: escuchamos cantos de sirenas que nos seducen desde lejos (Wright, J., 1947: 1). Pero, aparte de este concepto personal frente al espacio oculto, la verdadera idea de tierra incógnita como símbolo de todo lo que es geográficamente desconocido es prácticamente inexistente en nuestros tiempos. A diferencia de esto, en el Ecuador del siglo XIX la tierra incógnita es un elemento muy tangible que está siempre en contacto con el mundo conocido; y es la conciencia de esta presencia amenazadora la que impulsa a la creación hasta la mente menos imaginativa. Es por esta razón que los viajes hacia estos lugares de sombra son recreados por poetas y literatos.

En este contexto, el impulso más profundo y básico que nos lleva a encontrar enorme satisfacción en los estudios geográficos está relacionado con una urgencia por aprehender el espacio que está por fuera de nuestras fronteras mentales con el fin de mover poco a poco los límites de la tierra incógnita para dar paso al mundo de lo conocido (Wright, J., 1947: 2). Pero esta zona que une y separa a la vez el mundo conocido del desconocido es un espacio donde se tocan y trafican las dimensiones de lo coetáneo y lo no coetáneo (Fabian, 1983). La tierra incógnita aparece como un territorio sin propiedad y aventurarse dentro de él implica incursionar en la frontera con lo otro, lo bárbaro, lo no propio.

Detrás de esta metáfora del desierto se oculta inevitablemente una frontera interna que entorpece el proceso de constitución del Estado y de la nación, al manifestar de manera escandalosa la existencia de una asimetría y de una otredad radical. Los procesos de territorialización que intentan materializar y consolidar la nación como una unidad política desplazan continuamente el malestar que producen sus espacios diversos y heterogéneos, a través del establecimiento de fronteras internas que permiten crear un espacio homogéneo y desprovisto de contradicciones. En este sentido, el Estado y la nación procuran entender y estandarizar su espacio, creando la ilusión

de estar constituidos apenas por dos ámbitos, uno interior conocido, propio; y uno exterior, ajeno. La consolidación de este espacio interno es una tarea vital para eliminar la incertidumbre y “proporcionar una especie de seguridad ontológica, donde se delimita, comienza y termina la interacción de un grupo social consigo mismo y con los otros” (Vargas, 2003: 41). Así, los tres mapas que hemos analizado muestran distintas propuestas para consolidar este ambiguo espacio interno. Pero, a pesar de todos estos distintos esfuerzos por consolidar un espacio interno, sigue existiendo un territorio y una población excluidos del orden que el estado-nación pretende proyectar; y este espacio no reconocido se convierte en un obstáculo amorfo que el progreso está llamado a superar (Moyano, 2001: 57).

Dentro de este contexto, una de las conclusiones que podemos sacar del análisis de la cartografía del siglo XIX en el Ecuador es que las maneras de afrontar este territorio perturbador e incluirlo dentro del proyecto nacional son inconstantes y contradictorias. Como por arte de magia, el Oriente ecuatoriano aparece y desaparece en los mapas y la pregunta sobre cómo incorporar toda la población indígena con la que se comparte este territorio queda irresuelta. Es por estas razones que la “ecuatorianidad” del salvaje amazónico es una noción que está siempre en jaque, y su verdadero significado parece ser híbrido y oximorónico (Anderson, 1994: 316).

La figura literaria del oxímoron permite concebir qué es lo que hace posible la inestable ecuatorianidad de los indígenas del Oriente a lo largo del siglo XIX. De hecho, el oxímoron consiste en armonizar dos nociones opuestas en una sola expresión, formando así un tercer concepto. El sentido literal de un oxímoron es siempre absurdo (por ejemplo, “un instante eterno”), por lo cual se obliga al lector a buscar un sentido metafórico en la expresión (un instante que, por su intensidad, hace que la sensación del tiempo se desvanezca). De hecho, en el Ecuador del siglo XIX, la idea de un “salvaje ecuatoriano” es considerada rápidamente como un absurdo. El ideal de progreso y civilización que se encuentra implícito en el concepto del sistema de naciones no armoniza en lo absoluto con la naturaleza indómica y antisocial del habitante de las selvas. ¿Pero si el sentido literal de esta expresión es imposible de concebir, cuál sería su lectura metafórica?

Dentro del proyecto nacional, el salvaje es concebido siempre en relación con el territorio que ocupa; ya sea como defensor de este territorio contra las pretensiones peruanas, como garantía para su colonización o como geógrafo y conocedor de su topografía. En todos los casos, el salvaje contribuye a la incorporación del territorio oriental al proyecto nacional, lo cual de cierta forma justifica su debatida “ecuatorianidad”. Pero la concesión de la nacionalidad depende siempre de un obligado desplazamiento de su condición anterior para incorporarse dentro de la nueva lógica de la nación. Este desplazamiento forzado deja al salvaje en una condición de exilio.

De esta forma, el sentido metafórico de este oxímoron recae en la idea del exilio como fuente del nacionalismo (Anderson, 1994: 315-319) a partir de una interesante mutación de la naturaleza del salvaje para convertirse en el único elemento útil para la conquista de un territorio indómito. Así, por ejemplo, la defensa del territorio ecuatoriano en contra de las intenciones peruanas (descrita por Manuel Villavicencio) de alguna manera parece alejar al salvaje de su estado primitivo y acercarlo a un escenario más conocido y deseado. Este movimiento que se desencadena a partir del exilio sería un momento de nacionalización que permite crear la imagen del salvaje ecuatoriano de manera figurativa para más tarde ser realizada cultural y políticamente. Aquí podemos ver los orígenes del concepto del nativo que en primera instancia es rechazado y excluido por su inconcebible salvajismo; pero cuya figura perdura por ser el dueño de un territorio que es una de las piezas fundamentales del proyecto político.

Paradójicamente, la deseada “pureza” del nacionalismo nace de esta inconforme hibridez. Las entradas y salidas de personajes como Villavicencio, Osculati, Jameson, Proaño y Vacas Galindo de la profundidad de las selvas y la posterior descripción de la dinámicas sociales que encuentran en estas regiones es lo que provoca que en la imaginación nacional se vaya construyendo la inestable ecuatorianidad de estas poblaciones olvidadas. Estos movimientos de ida y vuelta crean mundos imaginados, inestables y misteriosos vinculados con un territorio y una población en exilio. De repente, aparece la figura de unos “ecuatorianos-no tan ecuatorianos” como una extraña y ambigua negatividad que confunde al nacionalismo en su intento por resolver esta hibridez, este exilio dentro de su propio territorio.

La entrega de la ecuatorianidad a los salvajes del Oriente es una manifestación de un afán por controlar ese espacio: mantenerlos en el silencio provocaría inevitablemente que el territorio se esfume con ellos, como en el caso del mapa de Wolf, lo cual implica un riesgo político demasiado alto.

Otro tema que queremos distinguir a propósito de las fronteras internas es que a pesar de ser concebidas en la imaginación y sobre los mapas como líneas precisas, en la práctica se muestran siempre vagas. Lejos de los centros de poder que las originan, las fronteras son casi incapaces de separar dos espacios que son tomados como distintos (Vargas, 2003: 36). Esta característica nos lleva a tratar el problema de la frontera interna más como proceso que como espacio (Londoño, 2003: 75) siguiendo la definición de Frederick Jackson Turner quien en 1893, en el contexto de la reunión de la American Historical Association, presenta su concepto de frontera en un trabajo titulado “The significance of the frontier in American history”.

En este texto Turner establece una diferencia entre el límite (*border* o *boundary*) y frontera (*frontier*). Con el primer término se refiere a la línea que divide dos estados soberanos o dos sistemas administrativos. Por el otro lado, con el concepto de frontera, propone una definición elástica acorde con los objetivos de su escrito: “el elemento más importante de la frontera americana es el hecho de que va por el límite de las tierras abiertas a la expansión (...) y el margen externo del área colonizada” (1986: 63, en Londoño, 2003: 62). Esta definición, llevó a Turner a establecer una relación entre la presencia de una frontera y la creación de mitos positivos forjadores de sentimientos de nacionalidad y democracia.

Así, si seguimos esta definición de la frontera como una “línea móvil que señala el límite de la colonización con la naturaleza salvaje, sin conquistar” (Turner, 1986: 63, en Londoño, 2003: 62), podemos ver como en Ecuador nuevos elementos entran en juego dentro de este concepto: la frontera del misionero y de las misiones, la frontera indígena, asociada con procesos de resistencia y rebelión a la conquista española y luego a los señores del caucho en el Amazonas, la frontera marcada por los fallidos proyectos de inmigración, la frontera que traza la imaginación del poeta, la frontera que se enseña en los libros de texto de las escuelas y, finalmente, la

frontera del conocimiento científico; todos itinerarios interdependientes y vinculados con el sistema hidrográfico del Oriente.

Dentro de este concepto de frontera como proceso, la pregunta que cabe hacer es si todas estas distintas fronteras internas generaron o no un mito positivo en el Ecuador. El movimiento de misioneros, aventureros, comerciantes, científicos, colonos y poetas que estas fronteras internas impulsaron ¿fue fuente de libertad política? ¿supo engendrar una sociedad más igualitaria? ¿influyó de alguna manera en la creación de un sentimiento de identidad nacional? Por un lado, a través de la distancia que separa este territorio de los centros de poder, la frontera es capaz de producir un sentido de individualidad, de oportunidad, de frescura e incluso de antipatía o desconfianza por las imposiciones del sistema central (Turner, 1986: 52,60, en Londoño, 2003: 63).

Encontramos nuevamente este sentido de exilio vinculado con momentos de nacionalización, el cual empodera a los pioneros que se aventuran a conquistar este nuevo territorio, lo cual les lleva a sentir un vínculo muy poderoso con su patria. No se traduce otra sensación en las impresiones de Villavicencio, Víctor Proaño y Vacas Galindo al considerarse los únicos representantes de la nación ecuatoriana, en medio de las selvas salvajes, y muchas veces sintiéndose traicionados, olvidados o perseguidos por el poder central. Sin embargo, estas figuras pioneras son muy escasas. Un elemento que se repite en la literatura geográfica que hemos revisado en esta investigación es que se menciona frecuentemente la necesidad de tener más pioneros y colonizadores y la falta que ellos hacen para integrar este territorio virgen. De hecho, el territorio ecuatoriano en el siglo XIX prácticamente no se recorre. Los centros poblados son estáticos y poco dinámicos. Y los personajes como Víctor Proaño son muy escasos y muchas veces deciden recorrer el territorio tras un proceso de exilio. En este sentido, la geografía, la vegetación, el clima insalubre, las plagas y las fieras, parecen ganar la batalla al descubrimiento, haciendo que el territorio no inspire a los ecuatorianos para recorrerlo. Desde este punto de vista, podemos concluir que la frontera, en el sentido dado por Turner, y las corrientes de frontera vistas como el desplazamiento continuo y en una sola dirección hacia zonas no colonizadas, se dio de manera muy limitada en dirección

al Oriente, a pesar de los enormes esfuerzos de personajes como Manuel Villavicencio quienes abogaron por atraer grandes olas de inmigrantes para desarrollar este territorio. Es por eso que la figura del pionero, del colonizador, solamente existió en el ámbito de la literatura y de la leyenda, y por esta razón no ha desempeñado de manera significativa un rol dinámico de progreso y vanguardia de la sociedad (Belaúnde, 1994: 40-41, en Londoño, 2003: 72).

Mapas poscoloniales

Una de las preguntas que nos planteamos al inicio de esta investigación es si la nación y la geopolítica del Estado marcaron o no una ruptura en la representación geográfica del territorio, buscando dialogar con la premisa de Harvey (1990) de que cada organización social produce y es a la vez producida por un tipo de territorialidad que es el reflejo de una epistemología social específica. El objetivo detrás de esta pregunta ha sido entender hasta qué punto el estado-nación puede ser visto como un cambio fundacional en la organización política del territorio.

De esta forma, buscamos identificar, en el análisis de los primeros mapas republicanos, si se refleja una continuidad colonial en el manejo del espacio o si estas construcciones pueden ser interpretadas como productos originales y novedosos de una nación poscolonial. Las conclusiones a las que hemos llegado nos llevan a cuestionar tanto la tesis de Capello (2010a) de que existe una marcada herencia colonial en el manejo del territorio que se rompe únicamente con la institucionalidad establecida con la llegada del Instituto Geográfico Militar en el siglo XX, como la tesis de Demelas (2009) de que la estabilidad territorial fue la regla en el proceso de constitución del sistema de Estados en América.

De hecho, el caso que estudiamos sugiere una entrada distinta dentro de esta discusión. El análisis de los tres mapas, sus bases de construcción y los distintos debates en los que se insertan, propone más bien que no existe esta estabilidad. Los mapas no se canonizan, sino que se transforman en el terreno de la disputa. Están siempre en jaque y las tesis que proponen no

llegan a resolverse ni a normalizarse, lo cual mantiene en la agenda, por lo menos durante todo el siglo XIX, la discusión sobre distintas maneras de concebir el territorio y cómo vincularlo dentro de un orden poscolonial. Esto nos lleva a plantear más bien que la inestabilidad es la regla y que la coherencia que los mapas tratan de estabilizar queda la mayoría de veces al nivel del mito. Todo el siglo XIX se caracteriza por esta inestabilidad en el manejo del territorio y su accidentado encuentro con la nación y el Estado, lo cual se lleva a cabo como afirma Capello (2010a) por fuera de un marco de institucionalidad. Los esfuerzos por mapear el territorio son dispersos, individuales y muchas veces contradictorios, y su relación con el gobierno central tanto en la producción como en el uso son muy inestables. Pero esta falta de institucionalidad no implica una coherencia con el orden colonial previo, sino que es la manifestación de una transición frustrada y caótica pero radicalmente distinta al orden anterior. El debate sobre las fronteras, las naciones vecinas, la aparición y desaparición del Oriente e incluso la utilización de fuentes y argumentos coloniales son todas estrategias de una nación y un Estado poscoloniales que intentan descifrar su territorio y utilizar la cartografía como herramienta para hacerlo.

Así, a diferencia de lo que sugiere Grosby (2007: 110) sobre la triada territorio-estado-nación donde la nación sólo puede pensarse una vez que el territorio y el Estado se han estabilizado; lo que encontramos en esta investigación es que la imaginación territorial –y por ende la administración territorial– no llegan a estabilizarse lo suficiente y no se consolidan en la autoconciencia colectiva como un proceso anterior e independiente de la aparición de la nación. Todo parece suceder de manera paralela, simultánea, y por ende caótica. El Estado define el territorio que a su vez lo auto-define a él y la nación interactúa con igual fuerza entre los dos elementos, dejándose moldear y a su vez modificándolos a ellos.

En este sentido, coincidimos con la propuesta de Radcliffe y Westwood (1996) de que el territorio, el Estado y la nación en el Ecuador son tres componentes que pueden estar alineados pero que no necesariamente lo están, y además necesitan de un trabajo continuo para mantener el mito de coherencia. La nación no tiene una relación espacial directa con el Estado ni con el territorio. Así, la nacionalización y estatización de lo espacial no

son procesos naturales sino contruidos: desde el trabajo de geógrafos que caminan e imaginan metro a metro para definir un territorio, pasando por misioneros y aventureros que abren nuevas fronteras, incluido el aporte de abogados que inventan nuevos parámetros e instrumentos jurídicos, comerciantes y capitalistas que fortalecen la dimensión nacional en operaciones económicas, poetas que intentan conquistar con la palabra la indomable tierra incógnita, hasta la función de los colegios y otras instituciones disciplinarias en la construcción de la identidad nacional. No hay nada natural, fácil o predestinado en este proceso (Sassen, 2006: 18), que más que un proceso continuo, debe ser entendido, como sugiere Anderson (1994) en función de una serie de momentos: momentos de territorialización que se convierten en momentos de nacionalización.

Vale la pena marcar una diferencia de los proyectos geográficos latinoamericanos durante el siglo XIX frente a lo que sucedió en Asia, África y el Medio Oriente. De hecho, refiriéndose a estas regiones del mundo, Said (1978) destaca que existió una fuerte intención de apropiación imperial ligada a procesos de imaginación geográfica desde Europa. En este sentido, la suma de especulaciones sobre territorios lejanos, permitió llenar los espacios en blanco de los mapas imperiales. Esta utilidad de la geografía para el proyecto imperial estuvo en el origen de la multiplicación de sociedades geográficas en Europa durante el siglo XIX que tuvieron, como parte de sus objetivos, la exploración y apropiación intelectual de varias partes de Asia, África, el Medio Oriente y América. Pero en la misma época, América Latina se encontraba en un momento distinto dentro de la experiencia colonial-poscolonial. Comparado con África y gran parte de Asia, América Latina tiene una larga historia poscolonial por lo que las imaginaciones visuales y discursivas de su espacio han sido elementos cruciales en el desarrollo de sus Estados poscoloniales (Radcliffe, 1996: 25).

Por esta razón, las sociedades geográficas europeas y el proyecto geográfico colonial fueron sustituidos por un proyecto geográfico nacional desencadenando una serie de dinámicas que para Qayum (2002: 298) pueden concebirse bajo la noción de “colonialismo interno”. Los proyectos geográficos latinoamericanos fundan un nuevo tipo de deseo de conquista (de la población indígena, de la tierra, de los recursos, de las fronteras) dentro de

una visión de expansión del poder nacional. Así, a medida que el proyecto nacional se lanza a empujar hacia atrás las fronteras externas a través de la incorporación, muchas veces imaginaria, de las regiones periféricas, su “lógica colonial” intrínseca intenta superar las fronteras internas a partir de la domesticación de regiones y poblaciones indígenas extrañas y poco asimiladas; es el caso de la debatida “ecuatorianidad” de los salvajes de la selva que discutimos anteriormente. Se da entonces la reproducción de una relación colonizador-colonizado dentro de la República como parte de una deseada conquista efectiva del territorio. Como hemos afirmado a lo largo de este estudio, dentro del contexto latinoamericano la expansión de la geografía debe ser estudiada como un campo de conocimiento poscolonial (Qayum, 2002: 277-278).

Ahora, vale la pena plantear la pregunta de cuán excepcional es el caso de construcción del territorio ecuatoriano frente a lo que sucede en otras naciones de América Latina. ¿La estabilidad territorial es algo común en la región, como lo plantea Demelas (2009), o es el problema del territorio, tanto en la imaginación como en la práctica, un debate constante durante el siglo XIX? Podemos adelantar algunas intuiciones al respecto. Una primera intuición partiría de la premisa de que, a diferencia que en el Ecuador, los estados latinoamericanos logran armar un mapa oficial tempranamente, lo cual de cierta manera fijaría el imaginario espacial y no permitiría que se dé este ir y venir, esta disputa que caracteriza el debate geográfico en el Ecuador durante el siglo XIX. ¿Es este el caso de Codazzi para la cartografía colombiana? ¿Es su proyecto cartográfico lo suficientemente fuerte como para estabilizar la imaginación cartográfica de Colombia? ¿Qué sucede en el Perú? ¿Cuáles fueron los debates sobre el territorio antes de la gran obra de Raimondi a finales de siglo? Un elemento que si es excepcional en el Ecuador es la falta de institucionalidad en los estudios geográficos, como afirma Capello (2010a), lo cual no es una dinámica común en la región.

Durante el siglo XIX, el florecimiento de las sociedades geográficas no fue sólo un hecho característico de Europa. De las más de cincuenta sociedades fundadas entre 1821 y 1880, un grupo importante fue no-europeo, y entre ellas, tres fueron latinoamericanas: México (1833), Río de Janeiro (1838) y Buenos Aires (1879) (Schneider, 1990: 92)². Estas sociedades

geográficas en Latinoamérica eran el lugar donde confluían la geografía, el conocimiento y el nacionalismo y llevaban, todas, una misión civilizadora (Qayum, 2002: 283). Nos queda, entonces, como una interrogante abierta la comprensión del por qué no se llega a una institucionalidad en el Ecuador dentro de las ciencias geográficas y cuál fue el rol que cumplieron las otras sociedades geográficas alrededor del mundo en la creación del territorio ecuatoriano. Otro elemento clave que se desprende de este trabajo para futuras investigaciones es el análisis de la problemática territorial a nivel regional. La interacción entre las sociedades científicas, las intervenciones diplomáticas y la geografía abrupta de la región, en la domesticación y apropiación del territorio latinoamericano.

Sujetos territorializados sin territorio ¿el fracaso de la cartografía?

Finalmente, un tema que queremos discutir es si la cartografía fue capaz de convertirse en una herramienta eficiente de gobierno. ¿Son los mapas utilizados como instrumentos de administración de la población y del territorio? Coincidiendo con Anderson (1993), la respuesta es negativa. Los tres mapas que hemos analizado no parecen solucionar los problemas prácticos de la administración territorial, como los desafíos de gobernabilidad y organización política, problemas fiscales, fragmentación administrativa o establecimiento de políticas regionales. Estos mapas tampoco contribuyen con la movilidad militar ni con su capacidad de acción dentro del territorio para la defensa de la soberanía nacional. Su aporte a la soberanía nacional se queda en un nivel retórico. En este sentido, el valor instrumental de estos mapas es muy limitado; mientras que, como discutimos en el quinto capítulo, su poder iconográfico es mucho más importante (Anderson, 1993). De hecho, a lo largo del siglo XIX en el Ecuador, el mapa no se transforma en un instrumento de administración interno, sino que sirve a la función fundamental de mostrar un espacio definido donde una élite política intenta ejercer su dominación. Así, como afirma Craib (2002: 37-38), el mapa nacional es la afirmación de la existencia de una realidad política –la idea de un estado-nación unificado y soberano– cuya constancia tambalea constantemente.

Este sentido predictivo del mapa, anunciado por Anderson (1993), este intento del mapa de afirmar lo que sólo en teoría existe, y de representar las cosas que son aún sólo imaginables; provoca finalmente una enorme tensión en la construcción de sujetos territorializados. Al ser principalmente instrumentos de anticipación y no de administración, es muy difícil que los deseos y proclamas anunciados por los mapas nacionales se concreten en el terreno, lo cual es el origen de vacíos administrativos y políticos que terminan minando el territorio. En efecto, el caso que estudiamos pone en evidencia los límites de la propuesta de Anderson en el sentido de que una nación no puede sólo ser imaginada a través de un mapa, sino que tiene que ser ocupada. La fallida incorporación del Oriente es una muestra crítica del abismo que existe entre el mapa y el territorio que éste pretende representar. La nación se imagina de varias maneras en los mapas; eso no parece ser el problema. El problema recae en la aparente incapacidad de convertir esta anticipación de la realidad en algo tangible. El territorio se recorre, se conoce, y lo que no se conoce se imagina; este conocimiento es organizado bajo la forma de un texto de geografía y de un mapa, y luego esta información se socializa a través de varios métodos, entre ellos la educación y la literatura.

El resultado final es que los sujetos nacionales se territorializan, es decir, imaginan el entorno espacial que comparten con otros sujetos, y que a su vez les diferencia de otros grupos nacionales; e imaginan un territorio que les pertenece y al cual ellos pertenecen. Pero el peligro de todo esto es que, al no ser una herramienta eficaz en el terreno, el mapa se queda en el nivel del discurso, y este territorio imaginado es finalmente ocupado por otros, ya sea por una población que difícilmente se puede incorporar al proyecto nacional (los “indios salvajes pero ecuatorianos” de Villavicencio) o por las iniciativas de los países vecinos que se basan en sus propias proyecciones espaciales.

En definitiva, este territorio imaginado pero no ocupado, este espacio nacional tan sólo reivindicado y no efectivo descrito por Deler (1987: 129) finalmente se pierde, dejando sin territorio a los sujetos territorializados. En este sentido, al no lograr concretarse en el terreno, la proyección de futuro que queda escrita en los primeros mapas nacionales del Ecuador se convierte más bien en una regresión, en un recuento de lo que fue, de lo que antes hubo pero que ahora ya no existe. Los sujetos nacionales que

imaginaron; a través de los mapas, del sistema educativo y de las novelas, la forma de un territorio, casi como un logotipo como dice Anderson, ahora ya no lo encuentran. Este territorio que aprendieron a concebir como propio se desvanece a pesar de estar pintado en el mapa.

Pero hay otra forma de interpretar este aparente fracaso de los proyectos cartográficos del siglo XIX. De hecho, siguiendo la tesis de Ferguson (1990) cuando un mismo tipo de proyecto termina siempre en fracasos, pero se sigue repitiendo, auspiciando y financiando; entonces el fracaso se vuelve sospechoso. Analicemos rápidamente el problema en la cartografía. Morelli (2000: 52), por ejemplo, para hablar de la desesperación y desencanto de Bolívar sobre su fracaso de construir un nuevo espacio nacional con el proyecto gran colombino, toma la imagen del “laberinto” de García Márquez (1989). Así, antes de la Independencia, ya tenemos una imagen de fracaso en la que el laberinto refleja el efecto de divergencia entre los proyectos nacionales que identificaron los nuevos estados con antiguos espacios coloniales, y la realidad en la que varios espacios territoriales se escapaban de la soberanía estatal. Luego, para el resto del transcurso del siglo XIX, en esta investigación hemos sugerido la idea de los sujetos territorializados sin territorio, que es una vez más una imagen del fracaso de los proyectos cartográficos, en el sentido de que no logran ir más allá de sus efectos retóricos.

Más tarde, ya en el siglo XX; Radcliffe (1996: 37) sostiene que a pesar de una larga historia poscolonial, América Latina sigue estando internamente dividida por distintas visiones de la nación y el territorio, donde el proyecto de crear una comunidad imaginada unificada y geografías imaginadas de la dimensión nacional sólo ha sido logrado de manera parcial; y donde geografías populares e identidades siguen articulando la identidad, el espacio y la nación. La autora describe el problema de la geografía en el siglo XX como un proceso incompleto e inacabado que se asemeja a la frustración de Bolívar y a los mapas huérfanos de territorio de los primeros años republicanos. Fracaso tras fracaso, tras fracaso.

El argumento de Ferguson (1990) sobre la relación entre la intención de los grandes proyectos y la ciencia nos puede dar luces en este análisis. El autor sostiene que en una situación en la que el fracaso es la norma, no hay que

concentrarse en lo que no se logró hacer sino en lo que sí se logró; es decir, que la importancia está en los “efectos secundarios” de los grandes proyectos. Foucault (1979: 272, en Ferguson, 1990: 254), pensando en la prisión, sugiere que estancarse en el análisis de los fracasos puede ser plantear las preguntas equivocadas. Más bien hay que preguntarse ¿qué efecto tiene el fracaso? y ¿cuál es la utilidad de este tipo de fenómenos que son constantemente criticados? A donde apunta la propuesta de Ferguson (1990) es que el fracaso no es el meollo del asunto, sino que de la mano del fracaso se desarrollan efectos políticos de manera casi invisible. En este sentido, se puede justificar la idea de algún tipo de lógica que aparece cuando el enfoque científico se desarrolla: una lógica que trasciende las intenciones de los científicos. Dentro del contexto de esta lógica, los efectos secundarios pueden ser vistos bajo la formulación de Foucault (1979) de “instrumentos-efectos”; efectos que resultan ser a la vez instrumentos de lo que “resulta ser por coincidencia” un ejercicio de poder (Ferguson, 1990: 255).

En conclusión, la propuesta de Ferguson (1990: 256) nos permite ver que los grandes proyectos científicos, como los que hemos analizado en este trabajo, terminan expandiendo el poder del Estado, pero lo hacen en nombre del conocimiento y de la ciencia, y no formulan su rol en términos políticos. La ciencia es así despolitizada. Pero un proyecto científico puede terminar poniendo en marcha operaciones políticas extremadamente sensibles relacionadas con la expansión del poder institucional del Estado de manera casi invisible, bajo un manto de neutralidad al que nadie se opone. La dinámica “instrumento-efecto” tiene entonces dos vertientes. A la vez que existe un efecto de institucionalidad ligado con la expansión del poder burocrático del Estado, existe también un efecto conceptual o ideológico de despolitización de las acciones del Estado de la mano de la ciencia.

Notas

- 1 Agradezco las reflexiones de Sarah Radcliffe que me dieron luces sobre este tema.
- 2 Sobre el desarrollo de las sociedades geográficas en la región; para el Ecuador ver Capello (2010a), para el Perú ver López-Ocón (1995), para Bolivia ver Qayum (1993), y para el caso argentino ver Dodds (1993).

Bibliografía

- Abram, Matthias (2008). “Los Andes en el corazón: intérpretes del paisaje”. En *Paisajismo ecuatoriano, 1850-1930: Escenarios para una patria*, Alexandra Kennedy-Troya (Coord): 26-51. Quito: Museo de la Ciudad.
- Acosta-Solís, Misael (1985). “La ciencia iberoamericana durante la conquista y la colonia”. *Cultura* VIII (23): 141-199.
- Agnew, John (1994). “The Territorial Trap: the Geographical Assumptions of International Relations Theory”. *Review of International Political Economy* 1: 53-80.
- Akerman, David (1995). “The Structuring of Political Territory in Early Printed Atlases”. *Imago Mundi* 47: 138-154.
- Álvarez, Eudófilo (2003). *Zapikia y Nanto, novela histórica*. Quito: Abya Yala.
- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura.
- (1994). “Exodus”. *Critical Inquiry* 20 (2): 314-327.
- Arauz, Julio (1957). “Nota editorial: Manuel Villavicencio, geógrafo y naturalista”. En *Boletín de informaciones científicas nacionales* 84. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Araujo Sánchez, Diego (1989). “Estudio introductorio”. En *A la Costa*, Luis A. Martínez, 7-25. Ecuador: Libresa.
- Ayala Mora, Enrique (1990) (Ed.). *Nueva Historia del Ecuador*. vol. VII. Quito: Corporación Editora Nacional/Editorial Grijalbo Ecuatoriana.
- (1994). *Historia de la revolución liberal ecuatoriana*. Quito: Corporación Editora Nacional.

- Azzariti, V. (2000). *Vida y obra de Antonio Raimondi*. Lima: Asociación Educativa Antonio Raimondi.
- Balseca, Fernando (1996). "En busca de nuevas regiones: la nación y la narrativa ecuatoriana". *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia* 8: 141-155. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Balta, J. (1926). *Labor de Raimondi*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- Baranger, Denis (2004). *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Barthes, Roland (1972). *Mythologies* (trans. A. Lavers). New York: Hill & Wang.
- Berman, Eric (1994). "Pintor y cartógrafo en las Amazonas: Francisco Requena". *Anales del Museo de América* 2: 83-97.
- Belaúnde, Victor (1994). "The frontiers in hispanic America". En *Where cultures meet: frontier in Latin American History*, 6, David Weber y Jane Rausch. Wilmington: Jaguar Books on Latin America.
- Bello, Andrés (1966) [1848]. "Autonomía cultural de América". En *Conciencia intelectual de América*, Carlos Ripoll (Ed.): 48-49. Nueva York: Eliseo Torres.
- Beverly, John (1993). *Against Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Biggs, Michael (1999). "Putting the State on the map: cartography, territory and European State formation". *Comparative studies in society and history* 41 (2): 374-405.
- Black, Juan (1973). *Galápagos: Archipiélago del Ecuador*. Quito: Fundación Charles Darwin.
- Borges, Jorge Luis (1996). "Del rigor de la ciencia". *Obras Completas II*, Buenos Aires: Emecé Editores.
- Broc, Numa (1976). "La pensée géographique en France au XIX siècle: continuité ou rupture?". *Revue géographique del Pyrenées et du Sud Ouest* 67 (3): 225-247.
- Brockmann, Andreas (1996). "Las sociedades latinoamericanas vistas por Stübel y Reiss". En *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Santafé de Bogotá: Banco de la República.

- Bunkse, Edmunds (1981). "Humboldt and the aesthetic tradition in geography". *Geographical review* 1: 127-146.
- Callon, Michel, Pierre Lascuomes y Yannick Barthe (2001). *Agir dans un monde incertain*. Paris: Le Seuil.
- Cañizares-Esguerra, Jorge (2001). *How to write the history of the New World, histories, epistemologies and identities in the eighteenth century atlantic world*. Stanford: Stanford University Press.
- (2005). "Iberian colonial science". *Isis*. 96: 64-70.
- Capel, Horacio (1977). "Institucionalización de la geografía y estrategias de la comunidad científica de los geógrafos". *Cuadernos críticos de geografía humana* 1(8): 1-24. Universidad de Barcelona.
- Capello, Ernesto (2005). *City fragments: space and nostalgia in modernizing Quito, 1885-1942*. Disertación PhD. Universidad de Texas.
- (2010a). "Mapas, obras y representaciones sobre la nación y el territorio: de la corografía al Instituto Geográfico Militar". En *Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana*, Valeria Coronel y Mercedes Prieto (Coord.). Quito: FLACSO, Serie colección Bicentenario.
- Capello, Ernesto (2010b). "Cartógrafos y clérigos: misiones geodésicas y religiosas en el conocimiento geográfico del Ecuador (siglos XVIII-XX)". *Araucaria* 24: 150-175.
- Castillo Illingworth, Santiago (1995). *La iglesia y la revolución liberal: las relaciones de la iglesia y el Estado en la época del liberalismo*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Ccente Pineda, E. y F. La Torre (2003). "El devenir de la geografía en el Perú". Tesis de Geografía, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Collins, Harry (1985). *Changing order: replication and induction in scientific practice*. Londres: Sage.
- Cook, Harold (2007). *Matters of exchange: commerce, medicine and science in the Dutch golden age*. New Haven: Yale University Press.
- Costales, Alfredo (2003). "Introducción". Eudófilo Álvarez. *Zapikia y Nanto, novela histórica*: 7-50. Quito: Abya Yala.

- Costales, Piedad y Alfredo Costales (1994). *El General Víctor Proaño: el explorador del territorio Shuar*. Ecuador: Abya Yala y Sociedad de amigos de la genealogía.
- Craib, Raymond (2002). "A Nationalist Metaphysics: State Fixations, National Maps, and the Geo-historical Imagination in Nineteenth Century Mexico". *Hispanic American Historical Review* 82 (1): 33-68.
- (2004). *Cartographic Mexico: a history of state fixations and fugitive landscapes*. London: Duke University Press.
- Crampton, Jeremy (2001). "Maps as social constructions: power, communication and visualization". *Progress in human geography* 25 (2): 235-252.
- Cueto, Marcos (1992). "Apogeo y crisis de la Sociedad Geográfica de Lima: 1888-1940". *Acta hispanica ad medicinae scietiarumque historiam illustrandam* 12: 35-45.
- Deler, Jean Paul (1987). *Ecuador, del espacio al Estado nacional*. Quito: Ediciones del Banco Central del Ecuador.
- (1994). "Transformaciones regionales y ocupación del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930". En *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930*, Juan Maiguaschca (Ed.): 295-354. Quito: Proyecto FLACSO-CERLAC IV, Corporación Editora Nacional.
- Del Río Sadornil, José Luis (2003). "Don Francisco Requena y Herrera: una figura clave en la demarcación de los límites Hispano-Lusos en la cuenca del Amazonas S. XVIII". *Revista cumplutense de historia de América* 29: 51-75.
- Demelas, Marie e Yves Saint-Geours (1988). *Jerusalém y Babilonia: religión y política en el Ecuador, 1780-1880*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Demelas, Marie (2009). "Separar y unir: algunas preguntas sobre la formación de las nuevas naciones andinas y sus relaciones a principios de la independencia". En *Ecuador: relaciones exteriores a la luz del Bicentenario*, Beatriz Zepeda (Coord.): 27-44. Quito: FLACSO.
- Díaz Ángel, Sebastián (2008). *Contribuciones a la historia de la cartografía en Colombia: una red de investigadores y un caso de estudio*. Proyecto de grado, Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.

- Díaz Ángel, Sebastián, Santiago Muñoz Arbeláez y Mauricio Nieto Olarte (2010). *Ensamblando la nación: cartografía y política en la historia de Colombia*. Bogotá: Colección Bicentenario de una nación en el mundo, Universidad de los Andes.
- Dodds, Klaus-John (1993). "Geography, identity and the creation of the Argentine State". *Bulletin of Latin American research* 2 (3): 311-331.
- Drayton, Richard (2000). *Nature's government: science, British imperialism and the "improvement" of the world*. New Haven: Yale University Press.
- Duque Muñoz, Lucía (2006). "Geografía y cartografía en la Nueva Granada (1840-1865): producción, clasificación temática e intereses". *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* 33: 11-30.
- Eco, Umberto (1994). "On the impossibility of drawing a map of the empire on a scale of 1 to 1". En *How to travel with a salmon*. New York: Harcourt Brace.
- Errera, C. (1938). "Balbi Adriano". *Enciclopedia Italiana di scienze, lettere ed arti* 5: 68. Milano.
- Esvertit Cobes, Natalia (2001). "Los imaginarios tradicionales sobre el oriente ecuatoriano". *Revista de Indias* LXI (223): 541-571.
- Espinosa, Carlos (2009). "Ecuador se inserta en el sistema de Estados: las relaciones internacionales de Ecuador entre 1830 y 1870". En *Ecuador: relaciones exteriores a la luz del Bicentenario*, Beatriz Zepeda (Coord.): 45-76. Quito: FLACSO.
- (s/f). "Entre la ciudad y el continente: opciones para la construcción de los Estados andinos en la época de la Independencia". Disponible en <http://revistandina.perucultural.org.pe/textos/continente.doc>. Consultado 16 enero 2010.
- (2010). *Historia del Ecuador en contexto regional y global*. España: Lexus editores.
- Fabian, Johannes (1983). *Time and the other*. USA: Columbia University Press.
- Ferguson, James (1990). *The antipolitics machine: development, depoliticization and bureaucratic power in Lesotho*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fernández Bravo, A. (1999). *Literatura y frontera*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Fernández-Salvador, Carmen (2005). "Images and memory: the construction of collective identities in seventeenth-century Quito". Tesis doctoral. University of Chicago.
- Fernós, Rodrigo (2005). *En busca del Fénix, la ciencia y su historia en América Latina*. Puerto Rico. Disponible en http://www.ictal.org/_Medial/fenix.pdf.
- Flores Jijón, Antonio (1979) [1890]. *La conversión de la deuda anglo-ecuatoriana*. Quito: Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional.
- Fitzell, Jill (1996). "Cultural colonialism and new languages of power: scientific progress in nineteenth century Ecuador". *Journal of historical sociology* (9) 3: 290-314.
- Foucault, Michel (1979). *Discipline and punish: de birth of the prison*. New York: Vintage.
- Gallo Almeida, Luis (1929). *Literatura ecuatoriana*. Ecuador: Prensa Católica.
- García Jordán, Pilar (1996). "La frustrada reconquista de la Amazonía andina (1742-1821)". En *Las raíces de la memoria. América Latina ayer y hoy*, P. García Jordán, et al. (Coord.): 425-451. Barcelona: Quinto Encuentro Debate.
- García Márquez, Gabriel (1989). *El General en su laberinto*. Bogotá: Editorial Norma.
- Gómez García, Juan Guillermo (1995). "Stübel y Reiss: dos viajeros alemanes en la Colombia del siglo". *Boletín cultural y bibliográfico XXXI* (35). Disponible en <http://www.lablaa.org>.
- Grosby, Steven (2007). "The successor territory". En *Nationalism and ethno symbolism, history, culture and ethnicity in the formation of nations*, Athena Leoussi y Steven Grosby, 99-112. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Guevara, Darío (1965). *Juan León Mera o el hombre de las cimas*. Quito: Imprenta del Diario El Universo.
- Gunther, E. (1936). "Variations in behaviour of the Peru coastal current: with an historical introduction". *The Geographical Journal* 88 (1): 37-61.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2000). *Empire*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

- Harley, J.B. (2005) *La nueva naturaleza de los mapas: ensayos sobre la historia de la cartografía*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- Harner, Michael (1973). "Common themes in South American Indian yage experiences". *Hallucinogens and shamanism*. Oxford: Oxford University Press.
- Harvey, David (1990). *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Hegen, Edmund (1963). "The Andean cultural frontier". *Journal of Inter-American Studies* 5 (4): 431-436.
- Hernández Asensio, Raúl (2008). *El matemático impaciente, La Condamine, las pirámides de Quito y la ciencia ilustrada (1740-1751)*. Lima: IFEA, Universidad Andina Simón Bolívar, IEP.
- Herrera, Gioconda (1999). "La virgen de la Dolorosa y la lucha por el control de la socialización de las nuevas generaciones en el Ecuador del 1900". *Boletín Instituto francés de estudios andinos* 28 (3): 387-400.
- Hettner, Alfred (1927). *Die geographie. ihre geschichte, ihr wesen und ihre methoden*. Breslau: Editorial Ferdinand Hirt.
- Hönsch, Ingrid (1996). "Los viajes de investigación de Alphons Stübel por Sudamérica (1868-1877) a través de su correspondencia". En *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Santafé de Bogotá: Banco de la República.
- Jackson, Peter (1989). *Maps of meaning: an introduction to cultural geography*. London: Unmwin Hyman.
- Jameson, William (1858). "Excursion made from Quito to the River Napo, January to May 1857". *Journal of the Royal Geographical Society of London* 28: 337-349.
- Janni, E. (1942). *Vida de Antonio Raimondi*. Lima: Imp. T. Scheuch.
- Kennedy-Troya, Alexandra (2008) (Coord.). *Paisajismo ecuatoriano, 1850-1930: escenarios para una patria*. Quito: Museo de la Ciudad.
- Korzybski, A. (1948). *Science and sanity: an introduction to non-Aristotelian systems and general semantics*. Lakeville: The Internal Non-Aristotelian Library.

- Lafuente, Antonio y Antonio Mazuecos (1992). *Los caballeros del punto fijo, ciencia política y aventura en la expedición hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*. Quito: Abya Yala.
- Larrea, Carlos (1952). *Bibliografía científica del Ecuador*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- (1958). *El Archipiélago de Colón*. Quito: Editorial Casa de la Cultura.
- (1977). *Cartografía ecuatoriana de los siglos XVI, XVII y XVIII*. Quito: Ediciones Corporación de Estudios y Publicaciones.
- Latorre, Octavio (1988). *Los mapas del Amazonas y el desarrollo de la cartografía ecuatoriana en el siglo XVIII*. Guayaquil: Banco Central del Ecuador.
- Latour, Bruno (1987). *Science in action: how to follow scientists and engineers through society*. Cambridge: Harvard University Press.
- Lefebvre, Henry (1976). "Reflections on the Politics of Space". *Antipode* 8: 30-37.
- León, Juan Bernardo (2008). "Geología, vulcanología y educación cívica en Ecuador 1830-1920". En *Paisajismo ecuatoriano, 1850-1930: escenarios para una patria*, Alexandra Kennedy-Troya (Coord): 138-163. Quito: Museo de la Ciudad.
- Lemus Delgado, Daniel (2008). "Entre el cielo y el infierno: la construcción de la identidad y el mundo indígena en el discurso religioso del siglo XVII. El caso de la Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en la Provincia de Maynas". *Revista de humanidades Tecnológico de Monterrey* 24: 33-50.
- Londoño Mota, Jaime (2003). "La frontera: un concepto en construcción". *Fronteras, territorios y metáforas*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- López-Ocón, Leoncio (1995). "El nacionalismo y los orígenes de la Sociedad Geográfica de Lima". En *Saberes andinos, ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú, Lima*, Marcos Cueto (Ed.). Lima: Instituto de estudios peruanos.
- Lucena Giraldo, Manuel (2003). "Imperios confusos, viajeros equivocados: españoles y portugueses en la frontera amazónica". *Revista de Occidente* 260: 24-35.

- Maier, Georg (1969). "The boundary dispute between Ecuador and Peru". *The American Journal of International Law* 63 (1): 28-46.
- Mauguaschca, Juan (1994) (Ed.). *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930*. Quito: Proyecto FLACSO-CERLAC IV, Corporación Editora Nacional.
- (2005). "El proyecto garciano de modernidad católica republicana en el Ecuador, 1830-1875". En *La mirada esquiva: reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú) Siglo XIX*, Irurozqui Victoriano, M. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Markham, Beryl (1988) [1942]. *West with the Night*. Nueva York: North Point Press.
- Markham, Clements (1890). "Obituary: Antonio Raimondi". *Proceedings of the Royal Geographical Society and monthly record of geography* 12 (12): 763-765.
- Martínez, Augusto (1994) [1934]. "Setenta años de recuerdos: el Dr. Teodoro Wolf". En *Contribuciones para el conocimiento geológico de la región volcánica del Ecuador*, "Pioneros y precursores del Andinismo Ecuatoriano", Tomo 3: 255-279. Quito: Colección Tierra Incógnita, coeditado por Abya Yala y Agrupación de Excursionistas "Nuevos Horizontes".
- Martínez, Frédéric (1998). "Apogeo y decadencia del ideal de la inmigración europea en Colombia, siglo XIX". *Boletín Cultural y Bibliográfico* XXXIV (44): 3-45. Bogotá: Institut Français d'Etudes Andines.
- Martínez, Luis (1989) [1904]. *A la Costa*. Ecuador: Libresa.
- McEwen, Alec (1988). "The English place-names of the Galápagos". *The Geographical Journal* 154 (2): 234-242.
- Mera, Juan León (1985) [1879]. *Cumandá*. Ecuador: Libresa.
- Meyer, Han, (1905). "Alphons Stübel". *Mitteilungen des vereins für erdkunde zu Leipzig für*: 67-78.
- Ministerio de Relaciones Exteriores (1996). *Límites: misiones especiales*. Catálogos del Archivo Histórico. Quito: Abya Yala. Vol. 2.
- Miranda Ribadeneira, Francisco (1972). "La primera escuela politécnica del Ecuador: estudio histórico e interpretación". *Bibliografía cronológica de la primera Politécnica*. Quito: Ediciones FESO.

- Mitchell, W. (1986). *Iconology: image, text, ideology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Monmonier, Mark (1991). *How to lie with maps*. Chicago: University of Chicago Press.
- Montaldo, Rosario (1999). *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Argentina: Viterbo Editora.
- Moreno Yáñez, Segundo (2008). “Entre quimera y realidad: conocer y dominar las selvas amazónicas”. En *Paisajismo ecuatoriano, 1850-1930: escenarios para una patria*, Alexandra Kennedy-Troya (Coord.): 110-137. Quito: Museo de la Ciudad.
- Morelli, Federica (2000). “Territorial hierarchies and collective identities in late colonial and early independent Quito”. En *The collective and the public in latin America: cultural identities and political order*, Luis Roniger y Tamar Herzog (Ed.): 37-56. Portland: Sussex Academic Press.
- (2005). *Territorio o nación: reforma y disolución del espacio imperial en Ecuador 1765-1830*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Morse, R. (1965). (Ed.). *The bandeirantes. The historical role of the brazilian pathfinders*. Nueva York: Knopf.
- Moyano, Marisa (2001). “La fundación ideológica de las literaturas nacionales. Literatura y territorialización en el siglo XIX argentino”. *CUYO, Anuario de filosofía argentina y americana* 18-19: 51-61.
- (2003). “Facundo: la negatividad de la barbarie y los procesos de territorialización”. En *Sincronía*. México: Universidad de Guadalajara.
- Muratorio, Blanca (1987). *Rucuyaya Alonso y la historia social y económica del Alto Napo 1850-1950*. Quito: Abya Yala.
- Orlove, Benjamin (1991). “Mapping reeds and reading maps: the politics of representation in lake Titicaca”. *American Ethnologist* 18 (1): 3-38.
- Ortiz, Fernando (1978). *Contrapunto cubano (1947, 1963)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Orton, James (1876). *The Andes and the Amazon*. New York: James Publisher.
- Osculati, Gaetano (2000) [1850]. *Exploraciones de las regiones ecuatoriales a través del Napo y de los ríos de las Amazonas, fragmento de un viaje hecho por las dos Américas en los años 1846-1848*. Quito: Abya Yala.

- Ospina, Pablo (1996). "Imaginario nacionalistas: historia y significados nacionales". *Ecuador, siglos XIX y XX. Procesos* 9: 111-124.
- Padrón, Ricardo (1998). "Cumandá and the cartographers: nationalism and form in Juan León Mera". *Annals of Scholarship* 12 (3&4): 217-234.
- Pandolfo, Stefania (1989). "Detours of life: space and bodies in a Moroccan Village". *American Ethnologist* 16: 3-23.
- Paz y Miño, Luis Telmo (1948). *Guía para la historia de la cartografía ecuatoriana, primera exposición geográfica nacional*. Quito: Publicaciones del Comité Nacional Pedro Vicente Maldonado.
- Pearson, M. (2004). *Richard Spruce: naturalist and explorer*. UK: Hudson History.
- Peralta Ruiz, Víctor (2006). "La frontera amazónica en el Perú del siglo XVIII. Una representación desde la Ilustración". *Brocar* 30: 139-158.
- Pérez Pimentel, Rodolfo (1975). "Teodoro Wolf". En *Geografía y geología del Ecuador*, Teodoro Wolf. Quito: Editorial Casa de la Cultura.
- Pérez Pimentel, Rodolfo (2009). *Diccionario biográfico*. Disponible en www.diccionariobiograficoecuador.com, consultado 8 de Julio 2009.
- Petchenik, Barbara (1985). "The natural history of the atlas: evolution and extinction". *Cartographica* 22: 3.
- Pickles, John (2004). *A history of spaces: cartographic reason mapping and the geo-coded world*. London: Routledge.
- Pimentel, Juan (2003). *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Madrid: Marcial Pons Historia.
- Pratt, Mary Louise (1992). *Imperial eyes: travel writing and transculturation*. London: Routledge.
- Proceedings of the Royal Geographical Society of London (1865). *Thirteenth meeting* (Anniversary) 9 (5): 189-190.
- Ptucha, M. (1955). *Ocerki po istorii statistiki XVII i XVIII veka*. 1-2. Moskva.
- Qayum, Seemin (1993). "Espacio y poder; la élite paceña en el período geográfico". *Autodeterminación*. Vol. 11.
- Qayum, Seemin (2002). "Nationalism, internal colonialism and the spatial imagination: the Geographic Society of La Paz in turn-of-the-century Bolivia". En *Studies in the formation of the nation-state in Latin America*, James Dunkerley. Londres: Institute of Latin American Studies.

- Radcliffe, Sarah (1996). "Imaginative geographies, post-colonialism and national identities: contemporary discourses of the nation in Ecuador". *Ecumene* 3 (1): 21-42.
- (2001). "Imagining the State as space: territoriality and the formation of the State in Ecuador". En *States of imagination: ethnographic explorations of the postcolonial State*, Thomas Blom Hansen y Finn Stepputat (Ed.). Durham: Duke University Press.
- (2009). "National maps, digitalisation and neoliberal cartographies: Transforming nation-state practices and symbols in postcolonial Ecuador". *Trans, Institute of British geographers* 34: 426-444.
- (2010). "Re-Mapping the nation: cartography, geographical knowledge and Ecuadorian multiculturalism". *Journal of Latin American Studies* 42 (2): 293-323.
- (2011). "Third space, abstract space and coloniality: national and subaltern cartography in Ecuador". En *Postcolonial spaces: the politics of place in contemporary culture*, A. Teverson y S. Upstone (Ed.). London: Palgrave.
- Radcliffe, Sarah y Sallie Westwood (1996). *Remaking the nation: place, identity and politics in Latin America*. London: Routledge.
- Raimondi, Antonio (1879). *El Perú*. Lima: Imprenta del Estado.
- Raj, Kapil (2000). "Colonial encounters and the forging of new knowledge and national identities: Great Britain and India: 1760-1850". *Nature and Empire: Science and the colonial enterprise*. *Osiris* 15: 119-134. 2nd series.
- (2007). *Relocating modern science: circulation and the construction of knowledge in South Asia and Europe, 1650-1900*. New York: Palgrave Macmillan.
- Reiss, Wilhelm (1921). *Reisebriefe aus Südamerika 1868-1876*. Leipzig: Duncker & Humblot.
- Rennie Short, John (2009). *Cartographic encounters*. Great Britain: Reaktion Books Ltda.
- Reybaud, Louis (1839). "Voyageurs et géographes modernes: Adrien Balbi". *Revue des deux mondes*. Disponible en http://fr.wikisource.org/wiki/Voyageurs_et_Géographes_modernes.-_Adrien_Balbi, consultado 5 de Abril 2009.

- Robinson, Arthur y Barbara Petchenik (1976). *The nature of maps, essays towards understanding maps and mapping*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rodríguez-Arenas, Flor María (2009). “Representación y escritura: el realismo en ‘La Emancipada’ de Miguel Riofrío (1863)”. En *La Emancipada*, Miguel Riofrío. Estados Unidos: Stockcero. i-lxviii.
- Safer, Neil (2008). *Measuring the New World: enlightenment science and South America*. Chicago: University of Chicago.
- Said, Edward (1978). *Orientalism*. New York: Pantheon Books.
- Sala i Villa, Numa (1998). “La proyección de la legislación estatal amazónica en la selva sur del Perú”. En *La nacionalización de la Amazonía*, Pilar García Jordán (Coord.). Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona.
- Sassen, Saskia (2006). *Territory, authority and Rights: from medieval to global assemblages*. Princeton: Princeton University Press.
- Sauer, Carl (1956). “The education of a geographer”. *Annals of the association of American geographers* 46: 287-299.
- Schneider (1990). “Geographical reform and municipal imperialism in France 1870-1880”. En *Imperialism and the natural world*, John MacKenzie: 90-117. Nueva York: Manchester University Press.
- Schrader, Joachim (1996). “Alphons Stübel – el “Hombre experto”: Anotaciones a sus impresiones sobre los habitantes de Suramérica”. En *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Santafé de Bogotá: Banco de la República,
- Sevilla, Elisa (2007). “Ciencia y religión en el Ecuador de García Moreno: la visión de los padres jesuitas de la Escuela Politécnica sobre la relación entre su religión, la ciencia y las polémicas sobre el origen del Universo y el Darwinismo”. Monografía preparada para el curso de Métodos Históricos de Investigación. Quito: FLACSO. Inédito.
- Sidaway, James (1992). “In other worlds: on the politics of research by ‘First World’ geographers in the ‘Third World’”. *Jstor* 24 (4): 403-408.
- (2000). “Postcolonial geographies an exploratory essay”. *Progress in human geography* 24 (4): 591-612.
- (2003). “Sovereign excesses? Portraying postcolonial sovereign-tscapes”. *Political geographer* 22 (2): 157-178.

- Smith, Robert (1946). "Requena and the Japurá: some eighteenth century watercolors of the Amazon and other rivers". *The Americas* 3 (1): 31-65.
- Soja, Edward (1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso Press.
- Sommer, Doris, (2004) [1993]. *Ficciones fundacionales, las novelas nacionales de América Latina*. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Sörlin, Sverker (2000) "Ordering the world for Europe: science as intelligence and information seen from the northern periphery". *Nature and empire, science and the colonial enterprise*. *Osiris* 15: 51-69. 2nd series.
- Sparke, Matthew (2005). *In the space of theory: postfoundational geographies of the nation-state*. USA: University of Minnesota Press.
- Stüttgen, Michaela (1996a). "Introducción". En *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Santafé de Bogotá: Banco de la República.
- (1996b). "Sobre la vida y obra de Alhons Stübel y Wilhelm Reiss". En *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Santafé de Bogotá: Banco de la República.
- Taylor, Anne Christine (1994). "El Oriente ecuatoriano en el siglo XIX". En *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930*, Juan Manguaschca (Ed.): 17-68. Quito: Proyecto FLACSO-CERLAC IV, Corporación Editora Nacional.
- Tenorio Trillo, Mauricio (1998). *Artilugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales 1880-1930*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Terán, Francisco (1984). "La Geografía del Ecuador del Dr. Manuel Villavicencio". En *Geografía de la República del Ecuador*, Manuel Villavicencio, xi-xxvii. Quito: Corporación Editora Nacional.
- (1990). *Geografía del Ecuador*. Quito: Libresa. 13 edición.
- Thomas, Adam (2005). *Germany and the Americas: culture, politics and history*. California: ABC-CLIO.
- Trujillo León, Jorge (1992). "La Amazonía en la historia del Ecuador". En *Nueva Historia del Ecuador* Vol. XII, Enrique Ayala Mora (Ed.). Quito: Corporación Editora Nacional, Editorial Grijalbo Ecuatoriana.

- Turner, Frederick (1986). *La frontera en la historia americana*. San José: Universidad Autónoma de Centro América.
- Vallejo, Raúl (2002). "Juan León Mera". En *Historia de las literaturas del Ecuador*, Vol. III, *Literatura de la República 1830-1895*, Diego Araujo (Coord.): 208-254. Quito: Corporación Editora Nacional y Universidad Andina Simón Bolívar.
- Vargas López de Mesa, Gloria (2003). "Fronteras: espacio conceptuales y materiales en el contexto de la geografía". En *Fronteras: territorios y metáforas*, 15-34. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Velasco, Juan (1981) [1789]. *Historia del reino de Quito en la América meridional*. Caracas: Editorial Ayacucho.
- Von Wurzbach, C. (1856). *Biographisches lexikon des kaiserthums Österreich* 1: 130-131. Vienna.
- Wade Chambers, David y Richard Gillespie (2000). "Locality in the history of science, technoscience and indigenous knowledge". *Nature and empire: science and the colonial Enterprise. Osiris*. 15: 221-240, 2nd edition.
- Wacquant, Loïc (2005). "Claves para leer a Bourdieu". En *Ensayos sobre Pierre Bourdieu y su obra*, Isabel Jiménez. México: UNAM/Plaza y Valdes Editores.
- Weber, Max (1973). "Vom inneren Beruf zur Wissenschaft". En *Max Weber. Soziologie*, Johannes Winckelmann: 311-339. Stuttgart: Universalgeschichtliche Analysen-Politik.
- Whittemore Boggs, S. (1938). "The map of Latin America by Treaty". *Proceedings of the American Philosophical Society*. 79 (3): 399-410.
- Winichakul, Thongchai (1994). *Siam mapped: a history of the geo-body of a nation*. Honolulu: University of Hawai Press.
- Wolf, Teodoro (1975) [1892]. *Geografía y geología del Ecuador*. Quito: Editorial Casa de la Cultura.
- Wood, Denis y John Fels (1986). "Designs on signs/myth and meaning in maps". *Cartographica* 23: 54-103.
- (2008). "Commentary The nature of maps: cartographic constructions of the natural world". *Cartographica* 43 (3): 189-202.
- Wood, Denis (1993). "What makes a map a map". *Cartographica* 30 (2-3): 81-86.

- Wright, John (1947). "Terra incognita: the place of the imagination in geography". *Annals of the Association of American geographers* 37 (1): 1-15.
- Zbikowska Migon, Anna (2001). "Karl Heinrich Frömmichen (1736-1783) and Adrian Balbi (1782-1848)". *Scientometrics* 52(2): 225-233.

Archivo

Aurelio Espinosa Pólit

Andrade, Roberto (1899). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 2da edición.

Andrade, Roberto (1902). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 3ra edición.

Andrade, Roberto (1903). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 4ta edición.

Andrade, Roberto (1904). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 5ta edición.

Andrade, Roberto (1905). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 6ta edición.

Andrade, Roberto (1907). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 7ma edición.

Andrade, Roberto (1910). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 8va edición.

Andrade, Roberto (1912). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 9na edición.

Andrade, Roberto (1914). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 10ma edición.

Andrade, Roberto (1916). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 11va edición.

- Andrade, Roberto (1918). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 12va edición.
- Andrade, Roberto (1919). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 13va edición.
- Andrade, Roberto (1920). *Lecciones de Geografía para los niños*. Guayaquil: Imprenta del Universo. 14va edición.
- Hermanos de las Escuelas Cristianas (1881). *Geografía de la República del Ecuador arreglada por los Hermanos de las Escuelas Cristianas para el uso de sus alumnos*. Guayaquil: Imprenta de Calvo.
- Hermanos de las Escuelas Cristianas (1885). *Geografía infantil, nociones de Geografía física y política por los Hermanos Cristianos para el uso de sus alumnos*. Guayaquil: Imprenta de la Nación. 2da edición.
- Larrea, Carlos Manuel (1958). “Manuel Villavicencio y la Geografía del Ecuador”. *Boletín de informaciones científicas nacionales*. Quito: edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. 84.
- Menten, Juan (13 de marzo 1871). “Estudios astronómicos (continuación 4)”. *Boletín científico. El Nacional*. año 1. 28.
- Mera, Juan León (1875). *Catecismo de geografía de la República del Ecuador*. Quito: Imprenta Nacional.
- Mera, Juan León (1884). *Catecismo de geografía de la República del Ecuador, texto de enseñanza para las escuelas ecuatorianas, adoptado por el Supremo Gobierno en 1874, Segunda edición, Corregida y aumentada notablemente y hecha con autorización del mismo Supremo Gobierno*. Guayaquil: Imprenta de La Nación.
- Pérez, Juan Gualberto (1921). “Recuerdo histórico de la Escuela Politécnica de Quito”. Quito: Prensa Católica.
- Pérez Concha, Jorge (1956). “Honorato Vásquez ante el Rey de España”. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*. Quito: La Prensa Católica. Vol. XXXVI. 87.
- Sánchez, Antonio (1888). *Nuestro Oriente*. Quito: Imprenta del Clero.
- Vacas Galindo, Enrique (1895). *Nanjikujima, religión, usos y costumbres de los salvajes del Oriente del Ecuador*. Ambato: Imprenta de Teodomiro Merino.

- Vacas Galindo, Enrique (1906). *Mapa geográfico-histórico de la República del Ecuador por el R. P. Fray Enrique Vacas Galindo de la Orden de los Predicadores*. Paris: Henry Barrere.
- Villavicencio, Manuel (1984) [1858]. *Geografía de la República del Ecuador*. Quito: Corporación editora nacional.
- Villavicencio, Manuel (1957) [1864]. “Memoria leída por el Dr. Manuel Villavicencio en su incorporación a la Academia Nacional de Quito”. *Boletín de informaciones científicas nacionales*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana. 84.
- Villavicencio, Manuel (1860). *Apéndice a la Jeografía del Ecuador y defensa de los terrenos baldíos*. Chile: Imprenta y Librería del Mercurio.
- Villavicencio, Manuel (1858). *Terrenos baldíos del Ecuador*. Guayaquil: Imprenta del Progreso.
- Villavicencio, Manuel (1858). *Carta corográfica de la República del Ecuador*. Nueva York: Lit. e Imp. de F. Mayer y C.
- Villavicencio, Manuel (1958) [1860]. “Apéndice a la Jeografía del Ecuador y defensa de los terrenos baldíos”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. Vol. XXXVIII. 91: 11-46.
- Villavicencio, Manuel (1958) [1847]. “Cartas del Dr. Manuel Villavicencio al Sr. Presidente de la República Don Vicente Ramón Roca”. *Homenaje al Señor Doctor Don Manuel Villavicencio en el Centenario de la publicación de su “Geografía de la República del Ecuador”*. Cuenca: Casa de la cultura Ecuatoriana, Núcleo Azuay.
- Wisse, Sebastián (1848). “Noticias Geográficas i Estadísticas del Ecuador trabajadas de orden del Gobierno por el Sr. ... ingeniero civil de la República”. *El Nacional*. 196: 5466-5475.
- Wolf, Teodoro (27 de febrero 1871). “Estudios geológicos I: La tierra y el hombre”. *Boletín científico. El Nacional*. año 1. 22.
- Wolf, Teodoro (1 marzo 1871). “Estudios geológicos I: La tierra y el hombre” (continuación). *Boletín científico. El Nacional*. año 1. 23.
- Wolf, Teodoro (3 marzo 1871). “Estudios geológicos I: La tierra y el hombre” (continuación). *Boletín científico. El Nacional*. año 1. 24.
- Wolf, Teodoro (6 marzo 1871). “Estudios geológicos I: La tierra y el hombre” (continuación). *Boletín científico. El Nacional*. año 1. 25.

- Wolf, Teodoro (20 marzo 1871). “Estudios geológicos II: La ciencia geológica”. *Boletín científico. El Nacional*. año 1. 31.
- Wolf, Teodoro (29 marzo 1871). “Estudios geológicos II: La ciencia geológica (continuación 3)”. *Boletín científico. El Nacional*. año 1. 35.
- Wolf, Teodoro (26 septiembre 1871). “Informe acerca del fenómeno físico en las Costas de Manabí”. Quito: 1-12.
- Wolf, Teodoro (3 enero 1874). “Relación de un viaje geognóstico por la provincia del Guayas”. Quito: Imprenta Nacional.
- Wolf, Teodoro (14 noviembre 1887). “Memorias sobre las islas Galápagos”. Quito: Imprenta del Gobierno.
- Wolf, Teodoro (1964) [1879]. “Relación de un viaje geognóstico por la provincia de Loja”. Quito: El Comercio.
- Wolf, Teodoro (1983) [1879]. “Por la provincia del Azuay”. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Wolf, Teodoro. (1964) [1879]. “Memoria sobre la Geografía y Geología de la provincia de Esmeraldas con una carta geográfica sobre la misma”. Quito: El Comercio.
- Wolf, Teodoro (1892). *Carta Geográfica del Ecuador*. Leipzig: Instituto geográfico de H. Wagner & F. Debes.

Banco Central del Ecuador - Fondo Jijón y Caamaño

- Balbi, Adrien (1844) [1833]. *Abregé de Géographie, rédigé sur un nouveau plan d'après les derniers traités de paix et les découvertes les plus récentes*. Paris: Jules Renouard Libraires – editeurs. 3eme edition.
- Sánchez de Bustamante, Antoine (1856) [1844]. *Nuevo curso completo de geografía universal, física, histórica, comercial, industrial y militar según Balbi, Malte-Brun, Chanchard y Muntz, Meissas y Michelot, Cortambert, Letronne, Montenegro y Colón, Codazzi, Verdejo, Alcalá, etc., dispuesto con arreglos a las actuales divisiones políticas, a las últimas transacciones y a los descubrimientos más recientes para uso de los nuevos Estados americanos; con un resumen preliminar de geografía antigua y sagrada*. París: Librería de Rosa y Bouret. Tercera edición corregida. Tomo segundo.

Villavicencio, Manuel (10 septiembre 1850). “Orden del jefe político del cantón Quijos sobre libre paso de indígenas”.

Biblioteca Escuela Politécnica Nacional

Escuela Politécnica de Quito (1871). “Programa de las materias que se enseñan en la Escuela Politécnica establecida en Quito el 3 de Octubre de 1870 y aplicación de las mismas a las distintas carreras profesionales, bajo la dirección de los padres de la Compañía de Jesús”. Quito: Imprenta Nacional. I-II.

Escuela Politécnica de Quito (1872) “Programa de las materias que se enseñan en la Escuela Politécnica establecida en Quito el 3 de Octubre de 1870 y aplicación de las mismas a las distintas carreras profesionales, bajo la dirección de los padres de la Compañía de Jesús”. Quito: Imprenta Nacional. I-II.

Menten, Juan Bautista (1872). “Discurso sobre la enseñanza”. *Programa de las lecciones que se darán en la Escuela Politécnica de Quito en el año escolar 1872 a 187*. Quito: Imprenta Nacional. 1-18.

Archivo Histórico del Guayas

López, Felicísimo (1907). *Atlas Geográfico del Ecuador, arreglado según la carta del Dr. Teodoro Wolf*. American Note Company.

Vacas Galindo, Enrique (1902a). *Colección de documentos sobre límites ecuatoriano peruanos por el R. P. Fr. Enrique Vacas Galindo, del Orden de Predicadores*. Quito: Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios por R. Jaramillo. Tomo I.

Vacas Galindo, Enrique (1902b), *Colección de documentos sobre límites ecuatoriano peruanos por el R. P. Fr. Enrique Vacas Galindo, del Orden de Predicadores*. Quito: Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios por R. Jaramillo. Tomo II.

Vacas Galindo, Enrique (1903). *Colección de documentos sobre límites ecuatoriano peruanos por el R. P. Fr. Enrique Vacas Galindo, del Orden de Predicadores*. Quito: Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios por R. Jaramillo. Tomo III.

Royal Botanical Gardens, Kew Archives

Gardeners Chronicles (7 diciembre 1872). "Jameson, William". DC 204 Central America & British Guiana Letters 1865-1900. folio 614-622, MRF/273.

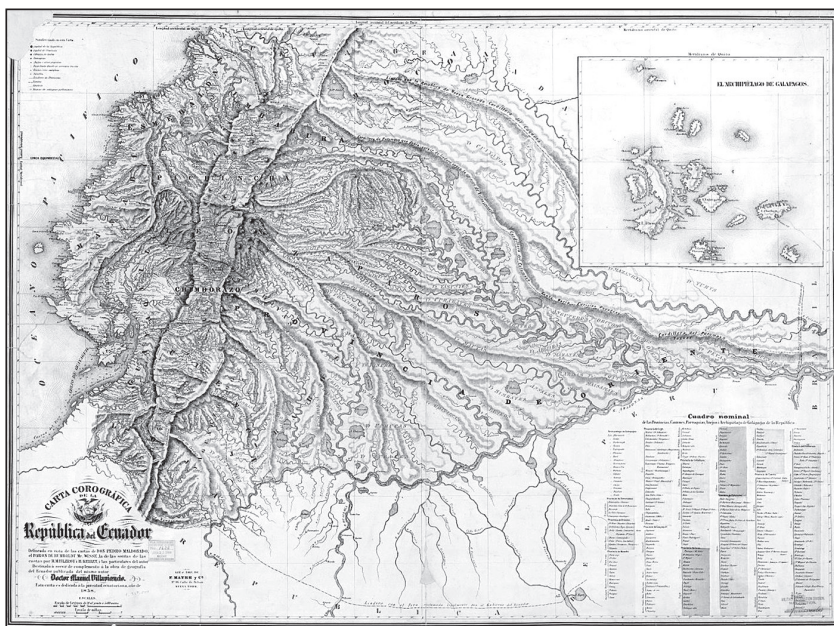
Villavicencio, Manuel (20 septiembre 1840). "Letter to William Hooker desde Quito". Director's correspondence Vol. LXIX S. American Letters 1838-1844. folio 348. MRF/150.

Archivo Royal Pharmaceutical Society -Londres

Spruce, Richard (1861). *Report of the expedition to procure seeds and plants of the Cinchona Succirubra or Red Bark Tree*, London: George E. Eyre y William Spottiswoode.

Anexos

Anexo N°. 1
Mapa de Manuel Villavicencio (1858)



Fuente: Mapoteca Aurelio Espinosa Pólit.

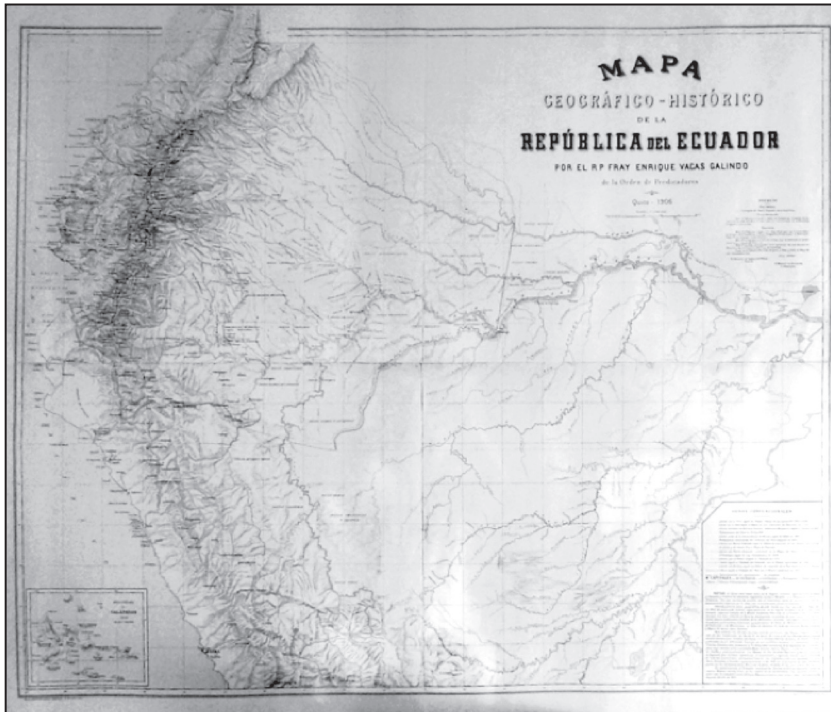
Anexo N°. 2
Mapa de Teodoro Wolf (1892)



Fuente: Mapoteca Aurelio Espinosa Pólit

Anexo N°. 3

Mapa de Enrique Vacas Galindo (1906)



Fuente: Mapoteca Aurelio Espinosa Pólit.

Anexos

Anexo N°. 4 Leyenda del mapa de Villavicencio

| | Bajo título "Señales usadas en esta carta" | Signo | Color |
|----|--|---|--------------|
| 1 | Capital de la República | Punto con 2 círculos alrededor | negro |
| 2 | Capital de Provincia | Punto con un círculo alrededor | negro |
| 3 | Cabecera de cantón | Punto fino con un círculo alrededor | negro |
| 4 | Parroquias | Círculo pequeño sin relleno | negro |
| 5 | Anejos y sitios pequeños | Punto | negro |
| 6 | Punto hasta donde se navegan los ríos | Ancla | negro |
| 7 | Puntos y ríos auríferos | Cuadrado pequeño | negro |
| 8 | Batallas | Dos espadas cruzadas | negro |
| 9 | Linderos de provincias | Raya - raya - raya | negro |
| 10 | Límites | Raya - punto - raya - punto | negro |
| 11 | Caminos | Raya-raya más fina | negro |
| 12 | Ruinas de antiguas poblaciones | 4 puntos de las esquinas de un cuadrado | negro |

*En negrita elementos que llaman la atención en la comparación de los tres mapas.

Anexo N°. 5 Leyenda del mapa de Wolf

| | Bajo título "Signos convencionales" | Signo | Color |
|---|-------------------------------------|------------------------------|-------|
| 1 | Capital de la República | Punto rodeado por 3 círculos | negro |
| 2 | Capital de provincia | Punto rodeado por 2 círculos | negro |
| 3 | Cabecera de cantón | Punto rodeado de 1 círculo | negro |
| 4 | Pueblo | Círculo pequeño | negro |
| 5 | Sitio (anexo) | Círculo aún más pequeño | negro |
| 6 | Hacienda o caserío | Punto | negro |
| 7 | Ruinas | Punto con bandera | negro |

El Ecuador en sus mapas: Estado y nación desde una perspectiva espacial

| | | | |
|--|--|-------------------------------|------------|
| 8 | Límites de la República | Línea - punto - línea - punto | negro |
| 9 | Límites de las Provincias | Línea - línea - línea - línea | negro |
| 10 | Tembladeras y terrenos pantanosos que en invierno se aniegan | Parche de líneas horizontales | Azul claro |
| 11 | Ferrocarril en acción | Línea gruesa | negro |
| 12 | Ferrocarril en trabajo | Línea gruesa cortada | negro |
| 13 | Carretera | Dos líneas delgadas paralelas | negro |
| 14 | Camino de herradura (en parte de a pie) | línea delgada | negro |
| Termina diciendo: "Las cifras inscritas expresan las alturas en metros. (+Punto de observación)" | | | |

*En negrita elementos que llaman la atención en la comparación de los tres mapas.

Anexo N°. 6 Leyenda del mapa de Vacas Galindo

| | Bajo título "Signos convencionales" | Signo | Color |
|---|--|--|-------|
| 1 | Límite con el Perú según las Reales Cédulas de los siglos XVI, XVII y XVIII | raya - raya - raya | rojo |
| 2 | Límite del Perú según el mapa de Don Francisco de Requena en 1779 | línea continua | rojo |
| 3 | Límite señalado en 1830 en el Protocolo Pedemonte - Mosquera, según el Tratado de 1829 | raya - punto - raya - punto | rojo |
| 4 | Pretensiones del Perú en 1829 y 1830 | Cruz - cruz - cruz - punto - raya - punto - raya | rojo |
| 5 | Límite norte de la Comandancia de Mainas según la Cédula de 1802 | Punto - punto - punto | rojo |
| 6 | Pretensiones temerarias del Gobierno del Perú después de 1853 | suma - suma - suma | rojo |
| 7 | Límite con Nueva Granada según la cédula de erección de las Reales Audiencias de Quito y Santa Fé y el Mapa de Requena | raya - raya - raya | azul |
| 8 | Límite con Nueva Granada señalado en el mapa del Ministro del Interior Sr. Restrepo, según la ley colombiana de 1824 | línea continua | azul |

Anexos

| | | | |
|----|---|---|-------|
| 9 | Límite con el Brasil según el tratado de 1777 | raya - punto - raya - punto | azul |
| 10 | Límite según el tratado del Ecuador con el Brasil aprobado en 1904 | suma - suma - suma | azul |
| 11 | Límite con Bolivia según la Cédula de Erección de la Real Audiencia bde las Charcas | Punto - punto - punto | azul |
| 12 | Límite según el tratado del Perú con el Brasil celebrado en 1851 | cruz - cruz - cruz | negro |
| 13 | Ferrocarriles en explotación | raya gruesa | negro |
| 14 | Ferrocarriles en proyecto | Raya gruesa entre- cortada | negro |
| 15 | Capitales | círculo negro con dos aros alrededor | negro |
| 16 | Ciudades | círculo negro con un aro alrededor | |
| 17 | Cantones | punto con un aro alrededor | negro |
| 18 | Parroquias | círculo sin relleno | negro |
| 19 | Pueblos pequeños | círculo más pequeño | negro |
| 20 | Ruinas | 4 puntos de las esquinas de un cuadrado | negro |
| 21 | Término de la navegación a vapor o puerto habilitado | ancla | negro |

*En negrita elementos que llaman la atención en la comparación de los tres mapas.

Este libro se terminó de
imprimir en abril de 2013
en la imprenta Gráficas V&M
Quito-Ecuador



Este libro explora la articulación entre la ciencia, el poder y la identidad en la construcción del espacio nacional ecuatoriano. Muestra que la cartografía otorgaba prestigio científico al nuevo Estado, al tiempo que configuraba el cuerpo de la nación y servía como guía para los proyectos de estatización y explotación económica del espacio. La cuestión del espacio era especialmente apremiante para Ecuador porque su territorio era incierto; ya que existía una brecha entre el territorio que Ecuador reclamaba como propio y el que los Estados vecinos reconocían. Tomando tres 'mapas nacionales' como punto de partida (Manuel Villavicencio 1858, Teodoro Wolf 1892 y Enrique Vacas Galindo 1906), se estudia la relación que existe entre la formación del estado-nación poscolonial y el mapa. De ahí surgen algunas preguntas clave: ¿existió una ruptura entre las formas de representación geográfica del territorio colonial y poscolonial? En relación con los intelectuales y cartógrafos poscoloniales: ¿cómo fueron sus interacciones con la ciencia europea y con la idea de una ciencia universal? Forman parte del estudio unos campos poco explorados de la historia de la cartografía: el uso del conocimiento geográfico (tanto por sus creadores como por el público); y la 'geografía informal' que se expresa en la ficción, la poesía y los libros de viaje.



FLACSO
ECUADOR